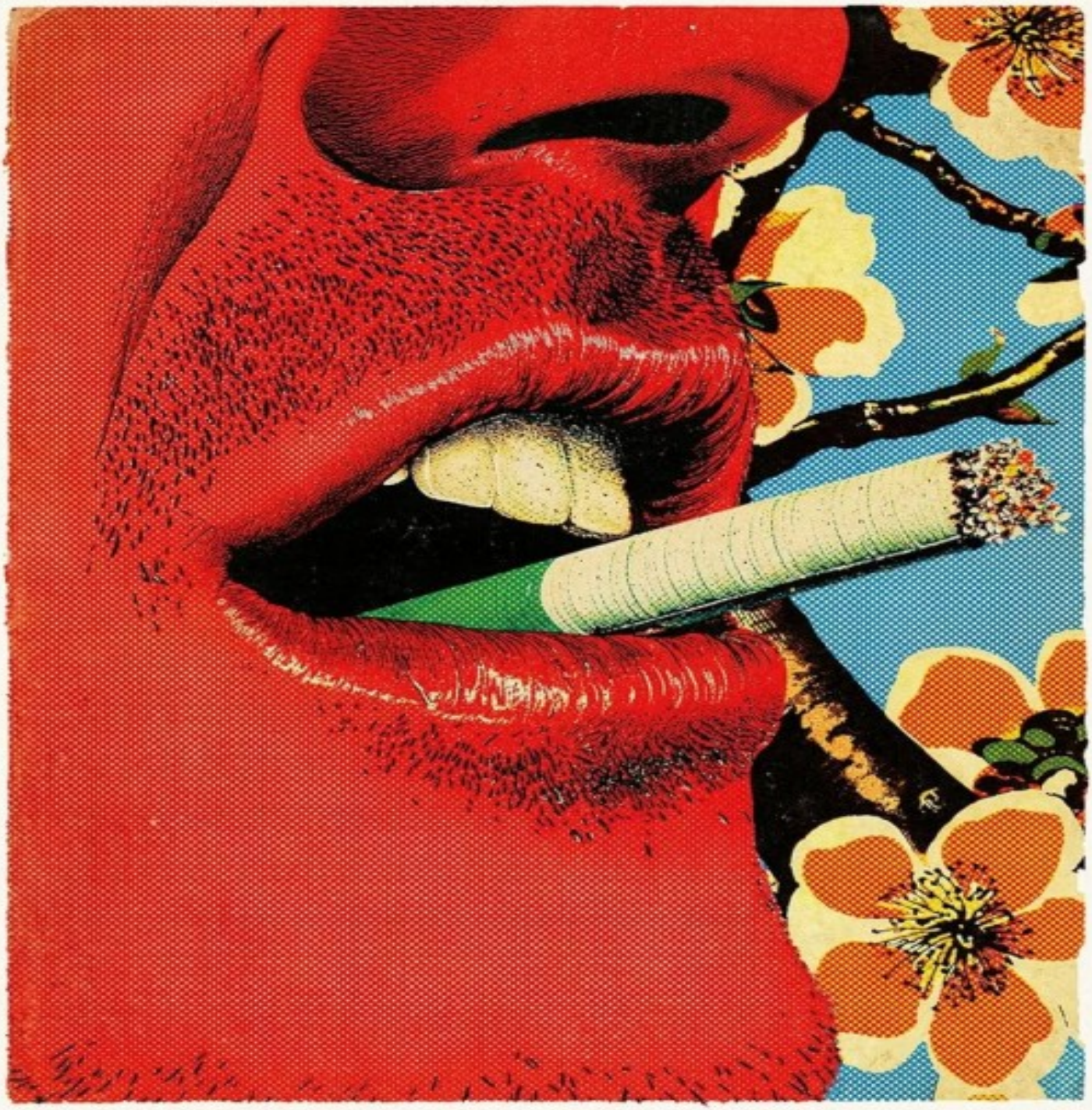
RUMENA BUŽAROVSKA

Toni

Traducción de Krasimir Tasev



RUMENA BUŽAROVSKA

TONI

Traducción del macedonio a cargo de Krasimir Tasev

IMPEDIMENTA

I

Toni oyó el rugido de sus tripas hambrientas. La hora de la comida había pasado hacía rato, pero su hijo y su chica seguían chapoteando en el mar, más caliente que la orina. Cada vez que la llamaba «chica» en voz alta, le saltaba una alarma en el cerebro recordándole que Tamara bajo ningún concepto podía considerarse una chica a su edad. No obstante, continuaba llamándola así: «mi chica». Sonaba como si ambos todavía fuesen jóvenes.

Con el agua por las rodillas, Tamara se había inclinado ligeramente sobre el pequeño, que daba manotazos de pánico en la superficie porque sus torpes músculos todavía no le servían para nadar.

—Ánimo, T. J. —le alentaba ella—. ¿Ves? ¡Estás nadando tú solo!

Tamara estaba mirando al mar, y cuando Toni se le acercó desde atrás para preguntarle cuándo iban a comer, volvió a fijarse en los michelines que se le habían formado en las caderas en los últimos dos años y comprobó por enésima vez, con la habitual decepción, lo plano que tenía el trasero.

—¡No gritéis tanto, hombre! —les regañó.

El mar le mojó los dedos, y los pies se le hundieron en la arena.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! —chilló con fuerza T. J., aunque su padre

no estaba muy lejos de él—. ¡Mírame! —gritó, y de nuevo se puso a chapalear en el agua.

—Muy bien, hijo, estupendo, pero no grites tanto —dijo Toni, dando media vuelta—, ¡qué vergüenza!

—¡Qué va a ser una vergüenza! —le replicó Tamara—. No es más que un niño. Hay un montón de niños en la playa.

—¿Voy a por comida? —Toni decidió no discutir con Tamara porque el estómago volvió a recordarle que estaba vacío—. Son ya las cuatro pasadas.

—Ve —repuso Tamara sin mirarlo—. ¡Levanta la cabeza para no tragar agua! —le gritó al niño.

Toni se encaminó hacia las tumbonas para sacar dinero del bolsillo de sus pantalones cortos, colgados bajo la sombrilla. Deja de pegar voces, por Dios, pensó. ¿Quieres ser como todos los demás palurdos de la playa? Míralos, gente de tercera, macedonios, serbios y griegos muertos de hambre. ¿Tú también quieres ser una persona de tercera o qué?, discutía con ella en su fuero interno mientras buscaba pequeños billetes de euro en el bolsillo. Se dio cuenta de que no le había preguntado qué prefería, si *gyros* o pizza, pero ya estaba a medio camino hacia las tres filas de edificios blancos, paralelas a la playa, que formaban el centro del pueblecito al que habían ido de vacaciones. Allí estaban las dos tabernas, los dos establecimientos de *gyros* y una de las pizzerías que vendían pizzas al corte.

La misma tarde en que llegaron al pueblo, nada más hincarle el diente a la ración de pizza que habían comprado, la dentadura superior se le había quedado atascada en una de las tres rodajas gruesas y duras de salchicha kulen esparcidas de forma irregular sobre el queso fundido. Se apresuró a meterse otra vez el pedazo de

pizza en la boca, en un intento de volver a fijar las muelas postizas en la encía.

—¡Coño! —gritó cuando consiguió solucionar el problema.

—¡Ja, ja, coño! —repitió T. J.

—¿Estás bien? —Tamara lo miró preocupada.

—Precisamente ahora tenía que pasar… —refunfuñó Toni y, con la boca cerrada, se revisó la dentadura superior con la lengua. Tenía la vista clavada en un punto lejano detrás de Tamara.

—¿Has conseguido fijarla? ¿No se te cae? —preguntó Tamara, con una leve nota de pánico en la voz.

—Solo me faltaban tus comentarios para terminar de crisparme los nervios —rugió Toni—. Sí, la he fijado. La cola no pega bien. Ahora por fin no se mueve, ya está.

—¡Coño, coño! —volvió a gritar T. J., aún más fuerte.

—Bueno, solo era una pregunta —dijo Tamara en voz baja.

—¡Su puta madre, puta mierda de pizza, joder! —rugió Toni tirándola al plato de papel, que estaba ligeramente inclinado sobre la tumbona.

La pizza se salió del plato y fue a parar muy cerca de un montoncito de arena. Tamara se puso de pie para devolverla al plato.

—¡Coño, coño, coño! —repitió T. J., sonriendo de oreja a oreja y mostrando los dientes manchados de chocolate.

—¡Te voy a dar yo coño! —lo amenazó Toni y volvió a coger la pizza, mordiéndola con cuidado por donde no había salchicha. El puente permaneció en su sitio—. Venga, a comer, si quieres que te crezca el pito y puedas perseguir coñitos.

El niño soltó una carcajada abriendo mucho la boca, y Tamara aprovechó para meterle dentro un trocito de pizza mientras murmuraba con voz quejumbrosa:

—¡Toni, ya está bien! ¡Qué vergüenza!

T. J. masticaba con la boca abierta, haciendo ruido. Tamara se dirigió al niño:

—Nadie te querrá si eres un maleducado. Debes comer con la boquita cerrada y lavarte los dientecitos. No quieres que se te caigan los dientes, ¿verdad?

—Como a papá, ja, ja —gritó el niño. Un par de migajas húmedas le salieron disparadas de la boca y aterrizaron sobre la rodilla de su padre.

Toni le lanzó una mirada a Tamara y se limpió la rodilla. Ella conocía muy bien esa mirada. Significaba que iba a castigarla por algo y que el castigo sería más grave que la falta, para que no se repitiera. También sabía que el castigo le llegaría más tarde, probablemente antes de acostarse, para que no pudiese dormir.

—Tamara —dijo Toni con tono inexpresivo y, ladeando la cabeza como si quisiera recordar algo, añadió—: Renacuajo, ¿cómo le decimos a Tamara cuando empieza a ponerse pesada?

—¡Ojalá Tamara no me cansara! —gritó T. J., abriendo mucho la boquita, llena de comida a medio masticar.

Toni llegó al establecimiento de *gyros* llamado Porky's, de cuya O asomaba un cerdito rosa guiñando un ojo y vestido con un delantal azul de carnicero. En el vano de la puerta colgaba una cortina de canutillos rojos. En el interior, caluroso y sofocante, apenas cabían tres personas. Delante de Toni hacían cola dos muchachos corpulentos con grandes tatuajes en las pantorrillas: el del primero era un dragón, y el del segundo, una rodela con dos espadas cruzadas. Sus nucas sudorosas irritaron a Toni. El de la rodela y las espadas parecía dudar qué quería exactamente que le pusieran en el bocadillo, mientras que el otro estaba pagando en la caja. Entre la

barra de cristal y el asador vertical, en el que giraba un enorme huso de carne, había dos hombres de mediana edad trabajando con diligencia, bañados en sudor, con gorros blancos, mascarillas blancas bajo la barbilla y delantales con el logo del cerdo alegre. El más bajo y regordete bizqueaba de un ojo, por lo que Toni tardó un momento en darse cuenta de que se dirigía a él cuando, tras la salida de los dos muchachos, este lo miró y le dijo:

—*Oriste, parakaló.*[1]

—Tres *gyros* —dijo Toni—. *One chicken.*[2]

—*This is Porky's, no chicken, my friend*[3] —repuso el bizco.

Qué se le va a hacer, pensó Toni. Tamara siempre pide pollo por su dieta, pero si de verdad quiere adelgazar, que coma ensalada, sentenció en su fuero interno.

—*Okay, three porky gyros.*[4]

Con los dientes inferiores tanteó el puente delantero para cerciorarse de que estaba en su sitio.

—*What do you want, my friend?*[5] —le preguntó el bizco, inclinado sobre las dos filas de ensaladeras de aluminio en la vitrina, con la pinza para ensalada en la mano.

A Toni le fastidiaba tener que pensar todo el tiempo en qué era lo que no comían Tamara o T. J. Él comía de todo, y en ese sitio hacía un calor infernal, así que no quería perder el tiempo dándole muchas vueltas.

—*Everything* —dijo, metiendo la mano en el bolsillo del bañador, abultado por las monedas—. *How much?*[6]

—*Three gyros, nine ninety, my friend*[7] —dijo el bizco.

Toni por poco soltó un «¡Vaya!». La última vez que Tamara lo llevó de vacaciones a Grecia, el *gyros* costaba dos euros, dos cincuenta como mucho. El tintineo de la cortina de canutillos a sus espaldas lo sacó de sus reflexiones.

—*Kalispera*[8] —dijo con tono afable el dependiente flaco, estirando tanto el cuello para saludar a quienes acababan de entrar que parecía una garza.

Toni giró la cabeza y vio a dos chicas jóvenes en bañador.

—*Kalispera* —contestaron las dos a la vez, sin sonreír ni quitarse las gafas de sol.

—*Gia sas!*[9] —dijo Toni, porque no sabía muy bien lo que quería decir *kalispera,* pero las chicas no respondieron.

Una de ellas llevaba un bañador de una pieza color amarillo limón, con un escote profundo, casi hasta el ombligo, que se adivinaba bajo la fina tela. Tenía los pechos más pequeños que su compañera de atrás, quien lucía un bikini rosa, pero esta era más bajita y a Toni le pareció algo achaparrada, como si tuviera las piernas desproporcionadamente cortas con respecto al resto del cuerpo. La proximidad de la chica del bañador amarillo le recordó meter barriga y enderezar la espalda para parecer más alto. Y eso que era bastante alto, con unas manazas que ahora estaban llenas de monedas sudadas.

Como de costumbre, no se había llevado las gafas de cerca y no podía contar el dinero; además, tampoco quería contarlo delante de las chicas con aquel calor que de pronto le estaba haciendo sentirse viejo y pobre. El bizco le entregó los *gyros* con las dos manos, como si sostuviera tres cornetas que le quemaran los dedos, y Toni dejó todas las monedas sobre la barra.

—*Keep the change*[10] —dijo, recogiendo los bocadillos.

Con aire despreocupado, se dirigió hacia la salida, pasando al lado de las chicas; consciente de su corpulencia, no hizo el menor amago de apartarse un poco, sino que las rozó ligeramente. Sintió la piel de la chica del bañador amarillo limón, tersa y húmeda.

—*Efjaristó polí, brother!*[11] —oyó decir a sus espaldas.

Regresó caminando por la arena llena de conchas y colillas que se le metían entre los sucios dedos de los pies. Se estaba quemando las plantas, lo mismo que las manos con los *gyros* humeantes, cuyo olor a salsa de tomate le daba directamente en la nariz. Quién sabe cuántos euros le habré dado al tipo con el ojo a la virulé, pensó, irritado por haberse gastado el equivalente de cuatro o cinco *gyros.* Los precios por las nubes y encima les dejo propinas excesivas, se reprochaba, caminando a grandes y furiosas zancadas. Pasó al trote entre las tumbonas con cuerpos humanos que le parecieron filetes de pollo hasta llegar a la orilla. El mérito de que dos días seguidos hubieran encontrado un sitio junto al agua era de Tamara, que se levantaba temprano por la mañana, despertándolo de paso también a él con su estúpida alarma, y salía corriendo a la playa para dejar las toallas sobre dos de las tumbonas mejor situadas; luego volvía a la habitación para prepararle el café a Toni y el desayuno a T. J.

Tamara seguía de espaldas a él, con las piernas abiertas y los brazos en jarras, mostrándole su culo plano. Ahora observaba a T. J. construir una torre de arena con la ayuda de una pequeña pala amarilla medio rota. Allí estaba, a la vez fofa y tersa, vergonzosamente blanca bajo el sol radiante. Su cuerpo imperfecto exasperó aún más a Toni.

—¡Tamara, T. J.! —los llamó.

En la playa había tanto bullicio de gente chillando y escuchando música con el móvil que tuvo que gritar más fuerte de lo que le parecía educado. Tamara se giró sin mover los pies, como un gusano de gominola.

—¡Ñam ñam, llegó el *gyros*! —exclamó, tomando suavemente a T. J. del codo—. Venga, a lavar la arena de esas manitas y a zampar, que se nos va a enfriar la comida —le dijo con voz de bebé.

—¡Sí, se nos va a enfriar! —murmuró Toni—. A cuarenta y dos

grados que estamos. Como mucho, se quedará seca y tiesa.

Se sentó con cuidado en la tumbona, con las piernas muy abiertas. Como las rodillas le dolían al flexionarlas y los músculos de los muslos no lo sostenían bien, le dio miedo desplomarse hacia atrás y que se le cayeran los *gyros* calientes sobre el pecho. Ya va siendo hora de que me ponga a hacer ciclismo o senderismo, o de que me apunte al gimnasio, pensó, como cada vez que tenía que enfrentarse a un asiento demasiado bajo.

Siguió con la mirada a Tamara, que llevó a T. J. de la mano hasta la pequeña fuente donde los bañistas se lavaban los pies. Se preguntó cómo no le daba vergüenza caminar bajo el sol tan desnuda entre toda esa gente. La primera vez que hicieron el amor, Tamara se negó a quitarse el sujetador, y eso que su físico era cien veces mejor que ahora. Tres días a la semana hacía pilates, pero sin resultado. De todas las cualidades físicas que a Toni le habían parecido atractivas, solo le quedaban la flexibilidad y el hecho de que hacía mucho ruido en la cama.

—Huele bien —le dijo Tamara mientras se sentaba en la tumbona de enfrente con T. J., a quien colocó a la sombra. Ella quedó con casi toda la espalda y las piernas expuestas al sol.

Bien hecho, pensó Toni, estás demasiado blanca.

—Venga, quítame los bocadillos de las manos —dijo Toni, distraído—. Estoy todo pringado de grasa y encima me he quemado los dedos —se quejó, buscando con la mirada un sitio en la tumbona donde pudiera dejarlos. El olor le daba náuseas. Por un lado, se le hacía la boca agua, pero por otro se le revolvían las tripas por el tufo penetrante de la salsa de tomate caliente mezclada con la carne de cerdo y la cebolla.

—¡Soy un tiburón! —dijo T. J., entrechocando sus dientecillos cariados y enseñándoselos a Tamara.

—Ahora ese tiburón le va a dar un mordisco a la carne —le contestó ella tras recoger dos *gyros* y dejar uno en su regazo para alimentar con el otro a T. J. Empezó por meterle un trocito de patata en la boca—. ¡Pero este tiene cebolla! —dijo al instante, sacando una rodaja y lanzando una mirada de alarma a Toni—. ¿Son de pollo?

—¡No quiero cebolla! —chilló el niño.

—No te preocupes, quitamos la cebolla —le respondió Tamara con ternura.

—No había pollo, solo cerdo —dijo Toni, y empezó a comer con cuidado su bocadillo. Hambriento como estaba, se le escapó una gota de saliva y le cayó sobre el muslo.

—¡No quiero cebolla! —repitió T. J. con tono lastimero.

—Pero si sabes perfectamente que no como cerdo —le dijo Tamara.

—Pues no comas —repuso Toni y, un poco más relajado, siguió mordisqueando el *gyros.*

Tamara lo miró como un mendigo en la calle. Así es como solía conseguir que él se arrepintiera del trato que le daba. Ya se había percatado de que las palabras eran inútiles y de que solo con la mirada podía hacerle entender que la había ofendido gravemente. Si le mostraba su enfado, Toni la castigaba de forma aún más severa. Pero en ese instante Toni tenía demasiada hambre y calor como para sentir el más mínimo asomo de lástima.

—Si tú misma has dicho que deberías comer menos porque has vuelto a engordar —le espetó.

Tamara dejó el *gyros* de T. J. en la toalla a su lado y se puso de pie.

—Me voy al agua —dijo, y entró en el mar con pasos rápidos.

—No quiero cebolla… —dijo T. J. con voz llorosa.

—Oye, hijo —dijo Toni con la boca llena—. Este *gyros* está muy bueno. La cebolla la puedes sacar y tirarla. Tú ya eres grande, ¿no?

T. J. no contestó, tan solo torció la boca como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—¿Quieres que te crezca el pajarito? —dijo Toni, mirándolo con un reproche burlón—. Quieres, ¿no?

—Sí, quiero —gimió T. J.

—Pues come para que te crezca grande grande —dijo Toni, levantando muy alto la mano libre—, ¡hasta el cielo!

Mirando a T. J. a los ojos, dio otro mordisco, con lo que su *gyros* casi desapareció.

—Venga, que yo te vea comer solo. Ya eres grandote —dijo levantándose con esfuerzo y ofreciéndole el *gyros* que Tamara había dejado en la toalla.

T. J. lo cogió torpemente con las dos manos y empezó a comérselo; después metió los dedos dentro y sacó un trocito de patata. Todavía tenía la boca torcida como si estuviese a punto de echarse a llorar.

—A ver, coge un poco de carne —le animó su padre, y después, con el índice y el pulgar, sacó del papel pringoso lo que le quedaba del *gyros* para comérselo. Una de las mejillas se le hinchó como si tuviese una pelota de *ping-pong* debajo.

T. J. sacó un trocito de carne del *gyros* y se lo llevó a la boca con cautela.

Toni miró al mar para ver si localizaba a Tamara: lo hizo sin problema, porque ella nadaba con la cabeza siempre fuera del agua, como una abuelita que no quería mojarse el pelo cardado. Sabía que no tenía el valor de adentrarse en el mar para asustarlo, y eso le provocó un desprecio aún mayor, que lo llevó a coger el *gyros* de Tamara y comérselo.

A ver, pensó, Tamara ha vuelto a engordar bastante, y eso para una mujer de más de cuarenta es como una sentencia de muerte. Tendría que dejar de comer pan, patatas y carne roja, además de la salsa de tomate, que llevará de todo: aditivos, azúcares y a saber qué más. En realidad, se decía Toni, le he hecho un favor a mi mujer, quiero decir, a mi chica, haciéndola enfadar tanto que ha decidido irse a nadar en vez de zamparse el *gyros* entero. Primero, es más bajita que yo; segundo, yo soy un hombre y tendría que comer al menos el doble que ella, no solo un bocata y la mitad del otro que va a dejar el niño, manoseado y cubierto de saliva, mientras ella se zampa casi uno entero. Además, yo soy casi dos veces más corpulento, así que le he hecho un gran favor. Que nade, a ver si se le aprieta un poco el culo, porque, como siga así, le va a llegar al suelo, y entonces no se podrá hacer nada, discurría mientras masticaba.

—¡Ay! ¡Me van a picar! —T. J. lo sacó de sus pensamientos. Se había enderezado, asustado por unas avispas reunidas a sus pies en torno a un pequeño montículo de sobras del *gyros*—. ¡Papá, no quiero más! —gritó, pasándole el bocadillo destrozado.

—Hay que ver la que has liado, renacuajo —dijo Toni, echando arena con el pie sobre los restos de comida—. Ve a lavarte las manos en el agua y te pongo dibujos animados, anda —añadió, dándole vueltas al *gyros* de su hijo para ver si se podía salvar.

T. J. asintió entusiasmado y corrió hacia el mar, donde se puso en cuclillas a la espera de que las olas le mojaran las manos; luego las frotó concienzudamente en el agua salada y, por último, se lavó la cara como una pequeña nutria. El ruido del oleaje rompiendo en la orilla fue absorbiendo poco a poco el griterío de la playa, y unos nubarrones negros se aproximaron desde el horizonte. Toni recorrió la superficie del agua con la mirada en busca de la cabeza de

Tamara: la descubrió nadando deprisa hacia donde estaban T. J. y él, contra las olas que la habían arrastrado lejos de allí. En ese instante vio a las dos muchachas que se había encontrado en el Porky's: caminaban con despreocupación por la arena, recogiendo guijarros y conchas. Ambas fumaban, llevaban gafas de sol y, ahora, sendos pareos multicolores traslúcidos que les cubrían los hombros. La bajita con los pechos más grandes y el bikini rosa tenía un sombrero de ala ancha y una cinta de varios colores, a juego con el pareo. No importa que sea bajita y rechoncha —pensó Toni al examinarla, dejando el *gyros* semidesintegrado de T. J. sobre la toalla a su lado —, cómo me gustaría sentármela en la polla…

En ese instante, T. J. se levantó y corrió hacia su padre, pero se chocó con la chica del bañador amarillo limón. Ella se tambaleó, mientras que el niño cayó a los pies de la más bajita.

—*Watch out, little guy*[12] —le dijo la chica con acento norteamericano, agarrándolo del codo para ayudarle a levantarse.

Toni se levantó con esfuerzo de la baja tumbona y se encaminó despacio hacia ellos, sacando pecho y metiendo la barriga, contento de tener la oportunidad de acercarse a las chicas gracias al niño, a quien solía utilizar con frecuencia para ligar, paseándolo como a un perrito por el Parque de la Ciudad de Skopie los fines de semana.

—*What do we say to beautiful ladies, T. J.?*[13] —le preguntó a su hijo.

T. J. lo miraba con la boca abierta, manteniendo las manos —totalmente cubiertas de arena— lo más lejos posible del cuerpo, como si le dieran asco.

—*Come on, what do we say to beautiful, very beautiful ladies?* [14] —repitió Toni, hinchándose aún más. Se pasó la lengua por la dentadura para asegurarse de que seguía en su sitio, sonrió con picardía y metió aún más la barriga.

—*Ciao, bella!* —sonó la vocecita de T. J.— *Scusi, bella!* —añadió mirando a su padre.

Las dos chicas sonrieron.

—*Oh, what a cutie!*[15] —dijo la del bañador amarillo limón.

—*Just like his father*[16] —dijo Toni guiñando un ojo, sin percatarse de que no tenía sentido porque llevaba gafas de sol.

—*Bye, little guy!*[17] —gritó la bajita.

—*Have a good day!*[18] —dijo la del bañador amarillo limón.

Las dos siguieron su camino por la playa y se alejaron.

Mirando a hurtadillas los tersos culos de las dos jóvenes, Toni se agachó y le dijo a T. J. en voz baja:

—¿Y cómo les decimos a las tías en el parque?

T. J. se quedó un rato pensando y después, agitando la sucia mano, gritó:

—¡Adiós, tías!

Pero las chicas no le oyeron. Solo el humo apenas perceptible de sus cigarrillos permaneció un rato en el aire a su alrededor. Toni cerró los ojos un instante, aspirando profundamente la brisa marina, mezclada con el humo de tabaco y el olor a crema solar, y sintió que lo invadía una sensación placentera similar a la excitación o al amor. Se enderezó, exhaló y volvió a abrir los ojos. Vio a Tamara frente a él, fría y húmeda como una sepia, apretándose los pechos con las manos para escurrir el agua del relleno del bañador. Miraba a Toni a los ojos con el ceño fruncido, jadeando. Era evidente que estaba enfadada.

—Tienes una piel de tomate entre los dientes —le dijo y, tras volver a escurrirse el agua de los pechos, añadió—: Y una mancha en la barbilla.

—Ja, ja, ja —se rio T. J.—. Papá tiene una piel de tomate.

Toni dejó de sonreír, pero no hizo nada para quitarse la piel o

limpiarse la barbilla: no iba a darle ese gusto a Tamara.

—Tengo hambre —dijo ella—. ¿Dónde has dejado el dinero?

—¿El cambio? —preguntó Toni, ahora ya limpiándose la barbilla con el dorso de la mano.

—Sí, lo que tenías en el bolsillo.

—Me lo he gastado —respondió él, pasándose la lengua por los dientes sin sentir ninguna piel de tomate.

—¡Pero si eran más de quince euros! —dijo Tamara—. ¿Cómo es posible que te los hayas gastado?

—¿Qué te crees, que hemos vuelto al pasado? Todo está por las nubes, no te hagas la tonta —le mintió.

Los dos se dirigieron a las tumbonas, enfadados, y T. J. los siguió.

—Me voy a casa a comer —dijo Tamara furiosa, envolviéndose con la toalla y recogiendo su bolsa.

—¡Yo también quiero a casa! —gritó T. J.

—Vete a casa con Tamara a ver dibujos animados en la tablet —dijo Toni, bajando el cuerpo con cuidado antes de sentarse en la tumbona—. Yo me quedo aquí. ¿Quieres el *gyros* que ha dejado el niño? —preguntó señalando con la mano hacia la toalla donde yacía el bocadillo a medio comer de T. J.

Tamara ni se dignó mirar a Toni. Tenía los ojos fijos en la bolsa, donde estaba recogiendo apresuradamente las cremas solares, la toalla de T. J. y unos cuantos juguetes. La barbilla empezó a temblarle ligeramente. Ahora, para colmo, se hará la víctima, pensó Toni, asqueado.

—Pues, si no lo quieres, para mí —dijo recogiendo el *gyros* de la toalla, en la que quedó una mancha grasienta.

Tamara se colgó los flotadores de T. J. en el brazo izquierdo mientras con la mano derecha tomaba al niño de la mano, y los dos

se marcharon con pasos rápidos en dirección a las tres filas de edificios blancos.

Durante unos minutos, Toni estuvo completamente absorto en la tarea de terminarse el *gyros* de T. J. y, en cuanto acabó de masticar el último bocado, en su memoria volvió a aparecer la imagen de las dos jóvenes que se paseaban por la playa fumando. Se acordó de que tenía un paquete en el que quedaba un cigarrillo y la boca se le hizo agua al pensar en ese placer. Se levantó de la tumbona con un quejido, hurgó en el bolsillo de los pantalones que colgaban bajo la sombrilla, sacó el paquete de tabaco y el mechero y, tras un par de intentos fallidos, volviendo la ancha espalda al viento, consiguió encender el cigarro antes de acostarse de nuevo. Miraba el cielo azul y fumaba. Mar, cielo, tías, vida, pensó.

Saciado y solo, Toni tuvo una agradable sensación de felicidad y se durmió enseguida. Soñó que estaba en el establecimiento de *gyros* y que la chica del bañador amarillo limón le llenaba el pan de pita con tomates y cebollas. «No seas tacaña —le dice él—, ponme un poco de carne.» «Imposible», le contesta la chica, mirándolo. Tiene un ojo completamente blanco, sin iris ni pupila. «Te faltan los dientes, te los has tragado», añade ella. Toni se tantea con la lengua la mandíbula superior, pero no siente más que las encías. «Si sueñas que te has tragado un diente, eso quiere decir que pronto morirás», le dice la muchacha. «Como mi padre», contesta Toni, mirando el mostrador con las ensaladas. Pero allí ya no están los recipientes de aluminio con tomates, cebolla, patatas o *tzatziki:* detrás de la vitrina yace el cadáver de su padre, Andon. La joven está inclinada sobre él, con la palita medio estropeada de T. J. Pero el que está ahora allí ya no es Andon, sino el mismo Toni. La chica empieza a echarle paladas de arena sobre la cara y a escupirle. Toni quiere decirle que

pare, pero no puede moverse. La boca se le llena de tierra, en la tienda resuena el «Kyrie» del *Réquiem* de Mozart y el zumbido atronador de un enjambre de avispas. «Kyrie!», grita alguien. «Kyrie!»[19]

Toni consiguió despegar los párpados a duras penas y enseguida se dio cuenta de que tenía la boca abierta y reseca. Al cerrarla, sintió el crujido de granitos de arena entre los dientes. Ah, bueno, están todos en su sitio, pensó al abrir completamente los ojos. Por encima de su cabeza vio una oscuridad densa. Se dio cuenta de que tenía las gafas de sol puestas y, al quitárselas, descubrió que el mar y el cielo habían adquirido un color morado, fundiéndose en uno. Soplaba un viento fuerte y en la playa no quedaba nadie, salvo un muchacho bajito que estaba recogiendo la tumbona de al lado y le gritaba: *«Panteloni, panteloni!»,* señalando con el dedo en dirección a algo grisáceo que rodaba por la arena. Levantó la mirada hacia la sombrilla de paja, que parecía a punto de desprenderse y salir volando, y vio que sus pantalones habían desaparecido. Se levantó tambaleándose y corrió tras ellos, pero eran más rápidos que él. De pronto se detuvieron como a propósito, pero luego, con un movimiento que parecía planificado, saltaron al mar y empezaron a revolcarse en la espuma de las olas.

Toni fue a la carrera hasta la orilla y se quedó pensando si debía lanzarse en busca de sus pantalones. Entre los silbidos del viento, oyó gritos de pánico:

—*Oji, oji!*[20] —vociferaba el muchacho bajito que recogía las tumbonas. Había dejado una a sus pies en la arena y le hacía señas enérgicas, formando una X con los dos brazos y dando brincos.

—Está bien, muchacho, no voy a tirarme al agua —dijo Toni, pero su voz se perdió en el rugido del mar junto con sus pantalones, que desaparecieron entre la furiosa espuma.

Se dio la vuelta y, forcejeando contra el viento, regresó a su tumbona, pero solo encontró una de las chanclas, enterrada bajo la arena. ¿Qué tendría en los bolsillos del pantalón?, se preguntó. El teléfono… no, estaba en la bolsa de Tamara, menos mal. Dinero, gracias a Dios, no tenía. Las gafas… ¡sí, las gafas! En los próximos días no podría ver nada de cerca. Aunque, en realidad, qué más da, pensó, si de todas formas no tenía la intención de leer libros. Me quedan un par de pantalones cortos, pero lástima por los que acabo de perder, me sentaban de puta madre. Esto último lo dijo en voz alta y se encaminó hacia los edificios con la chancla en la mano. Su apartamento estaba en la tercera fila —la de más atrás—, con vistas al aparcamiento de una tienda de tuberías y materiales para baños. El viento rugía a su alrededor, mientras una lluvia fina, fría y penetrante empezaba a azotar su cuerpo desnudo.

En el pequeño apartamento se entraba por detrás del edificio. A la hora de hacer la reserva, Tamara le dijo que había encontrado un buen alojamiento en la planta baja, pero cuando llegaron se encontraron con que «planta baja» quería decir simplemente que antes había servido de garaje. La puerta de entrada era corrediza, de sólido vidrio mateado con un marco de plástico, y la llave entraba con dificultad en la cerradura barata. Aunque el sitio se llamaba «apartamento», en realidad se trataba de una habitación con un baño minúsculo en el que había una cabina de ducha, con barras improvisadas para una cortina que se te pegaba al cuerpo, un lavabo no más grande que la mano de Toni y un inodoro más bajo de lo normal, de manera que, cuando la primera mañana Toni se sentó para hacer sus necesidades, las rodillas le tocaban la barbilla. Justo al lado del baño, el casero había instalado algo que hacía las veces de cocina, con dos aparadores por encima del fregadero y, debajo,

un tubo de desagüe, un cubo de basura y cuatro cajones. En la encimera, sobre los cajones, había un hornillo torcido y un artefacto eléctrico que en la descripción del alojamiento figuraban respectivamente como *stove* y *coffee pot.* Había también un frigorífico junto a un sofá para dos personas con brazos de madera aglomerada tapizada, muy desagradable al tacto. En el anuncio, el sofá se presentaba como una tercera cama, pero el único que cabía y podía dormir allí era T. J. En la pared sobre el frigorífico había un plato azul decorativo con un barco en un mar agitado y, debajo, un pequeño icono de la Virgen. Delante del sofá había una mesita y una silla con el asiento de paja típico de las tabernas griegas. Las dos maletas yacían abiertas entre la cama de matrimonio y el sofá, pues en el estrecho y viejo armario de madera junto a la puerta de entrada no había sitio para la ropa.

La puerta estaba cerrada y, como no había timbre, Toni tocó con los nudillos en el cristal. Desde dentro se oyeron susurros, pasos, un par de intentos de girar la llave en la cerradura herrumbrosa y, finalmente, la puerta corrediza se abrió. Delante de él apareció Tamara con un tomate en la mano izquierda, mordido como si fuese una manzana. Tenía el cabello recogido bajo un pañuelo que le daba la apariencia de una abuelita eslava. Llevaba sus gafas de miope, por lo que sus ojos se veían aún más pequeños que de costumbre.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó ella con la boca llena—. ¿Dónde está la otra chancla? ¡Mira dónde pisas! ¡Vas a ponerlo todo perdido! —gritó, y de entre los montones de ropa en las maletas sacó una pequeña toalla.

La tiró al suelo delante de Toni, que se limpió las plantas de los pies, moviéndolas de un lado a otro, antes de pisar las baldosas del suelo. Estuvo unos segundos pensando dónde sentarse, pero al final se quedó de pie.

—Tengo que darme una ducha —dijo mirando a T. J., que estaba tumbado sobre la cama y, con la boca entreabierta, veía dibujos animados en la tablet. Ni por un segundo levantó la mirada de la pantalla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tamara—. ¿Y tus pantalones?

—A mí no me preguntes —repuso Toni—. Me quedé dormido. Cuando me desperté ya no estaban. Lo mismo que una de las chanclas.

Prefirió no decirle nada del sueño y olvidarlo lo antes posible.

—¿Cómo que no estaban? —Tamara abrió los ojos como platos detrás de los gruesos cristales de las gafas.

—¡Yo qué sé! Los putos griegos y los putos serbios están por todas partes —dijo—. No entiendo cómo puedes comerte así un tomate.

Tamara miró extrañada el tomate que tenía en la mano.

—Estoy cenando —dijo torciendo las comisuras de los labios hacia abajo.

Toni sabía que pretendía darle pena por haberla tratado mal, pero lo que en realidad provocó en él fue repugnancia y un deseo aún mayor de castigarla.

—Allá tú —repuso, encaminándose al baño—. Dame unos calzoncillos.

—Menos mal que el teléfono lo dejaste en mi bolsa —dijo Tamara, con el tomate en una mano y hurgando con la otra en la maleta. Una gota rosa pálido de jugo de tomate se le fue deslizando por el antebrazo—. ¿Llevabas algo importante en los bolsillos? ¿Dinero?

—Dinero, dinero, siempre con lo mismo —gruñó Toni, consciente de que a Tamara el dinero no le interesaba. Atrapó en el aire los calzoncillos que ella le había lanzado y añadió—: Como si fuera la

cosa más importante del mundo.

—Bueno, no he dicho que…

—Llevaba las gafas —la interrumpió—. Y ahora tendré que comprarme otro par de chanclas, claro. También es una lástima por los pantalones, pero qué le vamos a hacer —dijo al entrar en el baño.

Se metió en la ducha y abrió el grifo. Salió un fino chorro frío que tardó un buen rato en calentarse. Se mojó lo mejor que pudo y trató de enjabonarse la piel y el pelo con su gel masculino para todo el cuerpo, envasado en un bote de plástico azul oscuro en el que ponía POWER y, abajo, ENERGY. Pero no lograba dar con una postura en la que la cortina no se le pegase al cuerpo. Con los codos muy recogidos, hizo un esfuerzo por masajearse el cuero cabelludo. Le daba mucha importancia a la limpieza y al volumen de su pelo; este había sido siempre su mejor baza. Con los años, se le había vuelto entrecano en las sienes, pero a él no le molestaba tener alguna que otra cana, porque las asociaba con la madurez. Frecuentaba el mismo peluquero de toda la vida, donde siempre pedía un corte tipo Johnny Depp. Cuando intentaba ligar, se pasaba indefectiblemente los dedos por el pelo o echaba la cabeza hacia atrás, creyendo que así impresionaba a las representantes del bello sexo, como solía llamar a las mujeres. A pesar de que las barbas estaban de moda y a él le hubiera gustado lucir una, prefería afeitársela, pues le había encanecido rápida e irregularmente, y cuando se la dejaba parecía como si le chorreara pasta de dientes de las comisuras de la boca. Por las mismas razones se afeitaba el vello púbico: cuando entró en la treintena —y más tarde la cosa fue empeorando— empezaron a aparecerle pelos blancos, fuertes e indómitos como alambres. Se enjabonó el pene y las nalgas, notando que se había dejado crecer un poco el vello. Vaya, pensó, ¿y si aquí de pronto surge alguna

oportunidad? Nunca se sabe. No tengo las condiciones adecuadas para depilarme, pensó decepcionado y siguió masajeándose el pene. Cerró los ojos, dejando que el fino chorro de agua le corriera por la coronilla y le acariciara la espalda. Al imaginarse a la chica del bañador amarillo limón caminando por la playa con los pezones duros, una ola de sangre afluyó a su miembro. De pronto se encontró en una habitación de hotel con ella y, agarrándola con sus grandes manos, se la sentó en el regazo. «Eres una putita desvergonzada», le dijo, pero entonces detrás de ella apareció la otra, la rechoncha con las tetas más grandes. «Y tú eres todavía más puta, ¿verdad?», le dijo, sintiendo la afluencia de otra pequeña ola de sangre.

—¡Otra vez te has olvidado la toalla! —dijo Tamara, irrumpiendo en el baño y bombardeándolo con preguntas—: ¿La cuelgo detrás de la puerta? ¿Todavía no estás listo?

—¡Joder! ¿No sabes llamar o qué? —gritó pegando el pene a los fríos azulejos, por si a Tamara se le ocurría abrir la cortina que ahora Toni tenía pegada al culo.

—¡Uf, no se te puede hacer un favor! —le dijo Tamara, probablemente con esa mueca de autocompasión que Toni no soportaba.

La puerta se cerró, pero el corazón de Toni siguió galopando.

«La madre que la parió, puta paleta de Lisiche»,[21] gruñía ya fuera de la ducha mientras se secaba con la toalla que ella le había traído (y que ella misma le había regalado en una de las fiestas de Año Nuevo). La toalla era enorme, gris, gruesa e inusualmente suave. Una toalla lujosa como esa la había visto solo una vez antes, en casa de Nina en Suiza, aunque todas las de ella eran blancas, como correspondía a una verdadera aristócrata.

Se puso frente al espejo empañado y lo limpió con la mano.

Siempre que se observaba, tenía la irritante impresión de que le había crecido la cabeza. En todas las fotos de su juventud tenía la cara dos veces más estrecha. Estaba convencido de que eso no tenía que ver con su peso, sino con un cambio en la estructura y la textura del rostro y el cuello —sí, también el cuello se le había ensanchado—, porque, a fin de cuentas, esas cosas les pasaban hasta a los mejores, a los que podían permitirse liposucciones, entrenadores y nutricionistas personales, como Alec Baldwin, sin ir más lejos.

Miró su cepillo, dudando si lavarse los dientes, pero no podía estar seguro de que no fuera a entrarle hambre de nuevo antes de que acabara el día, a pesar de haber engullido dos *gyros* y medio. No descartaba esa posibilidad, por lo que le pareció una tontería perder tiempo en cepillarse los dientes dos veces. Además, como de todas formas gran parte de su dentadura eran puentes, solía recordarse a sí mismo que no tenía mucho sentido lavarlos con cepillo y pasta. Lo haré más tarde, pensó mirándose en el espejo para ver si se le notaba que tenía el puente superior suelto, al tiempo que trataba de ahuyentar la idea de que, a su regreso a Skopie, se vería obligado a pasarse horas donde la dentista, tumbado y con la boca abierta. Para colmo, tenía la sospecha de que las muelas postizas eran demasiado blancas: había hecho caso omiso a la dentista, que le había sugerido hacérselas un poco más oscuras para que su sonrisa no fuera tan brillante que le resultara extraña, previniéndole asimismo de que ya no tendría dientes y muelas torcidos, como si se tratase de una mala noticia. Al verse así, sonriendo —sobre todo ahora, bronceado como estaba—, una parte de él le susurraba que su sonrisa tenía un aire artificial.

La atmósfera del diminuto cuarto de baño se hizo sofocante, con un perceptible olor a alcantarillado. No tenía ninguna gana de volver

al cuarto con Tamara y T. J., y, de no haber sido por el hedor y la humedad, probablemente se habría quedado más tiempo en el baño, aunque hubiera tenido que lavarse los dientes. Con la esperanza de que al menos T. J. se hubiese dormido ya, se puso los calzoncillos y pasó a la habitación, donde le recibió un olor a mar y chanclas mojadas.

—¡A menudo zulo me has traído! —dijo antes de mirar a Tamara. Primero lanzó una ojeada para ver si T. J. dormía, pero este seguía absorto en la tablet—. Ducharse es una auténtica proeza.

Tamara estaba sentada en el sofá, ligeramente encorvada, chupando mayonesa de un tubo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Toni, mirándola con desdén.

—No queda pan para el peque —repuso ella—, ni para ti si te entra hambre.

—¿Y por eso estás chupando mayonesa? —preguntó Toni como si no la hubiese oído.

—¿Y qué quieres que haga? —respondió Tamara—. Tú me has dejado sin comer, ¿no te acuerdas?

—¿Yo? —dijo Toni enseguida, como pasmado por lo que acababa de oír—. Si mal no recuerdo, fui a comprarte comida.

—¡Será posible! —Tamara lo miró desconcertada—. ¿No te acuerdas de que me trajiste carne de cerdo?

—Es increíble —replicó Toni—. ¿Cómo haces para estar todo el tiempo discutiendo sobre tonterías? Y encima delante de él —dijo señalando con la barbilla a T. J., que se estaba comiendo los mocos despacio y sin darse cuenta, absorto en los dibujos animados de la tablet—. ¡T. J.! —le gritó Toni, pero el pequeño ni se movió—. ¡T. J.! —gritó aún más fuerte. El niño lo miró distraído, relamiéndose el labio superior—. ¡Cuántas veces te he dicho que no te comas los mocos!

T. J. asintió con la cabeza y, metiéndose una mano bajo el culo, siguió mirando los dibujos animados.

—Déjalo —dijo Tamara en voz baja—, cuando empieza a comerse los mocos, es que está a punto de dormirse.

—¿Dónde está el secador de pelo? —Toni se acomodó con cuidado sobre el sofá con los brazos estirados hacia adelante, como si estuviera haciendo sentadillas.

—En internet ponía que había secador, pero no sirve para nada —reconoció Tamara con voz lastimera—. Mira —añadió, se puso de pie y, tras hurgar en uno de los cajones de la cocina, se lo trajo. Era de los más pequeños: un secador para viajes. La pintura verde pálido del mango se había descascarillado en varios puntos.

—A saber si esto funciona —gruñó Toni con el ceño fruncido.

—Funciona, pero muy flojo. Aquí hay un enchufe —repuso Tamara, conectando el aparato a la pared y, tras sentarse con la cara vuelta hacia él, preguntó—: ¿Quieres que te seque yo el pelo?

Tamara tenía los dedos largos y delgados, iba regularmente a hacerse la manicura y lucía las uñas pintadas de un tierno color melocotón. Al comienzo de su relación, recostar la cabeza contra el pecho de Tamara para que le peinara suavemente el pelo con los dedos o se lo secara era una de las cosas que más le gustaban a Toni: le provocaba unas cosquillas agradables en la nuca y en el cuello que, a veces, le bajaban hasta la entrepierna, y le parecía oír la circulación de su propia sangre. Cuando era niño y su madre le leía cuentos, le acariciaba el pelo de esa forma a la hora de acostarlo. Tamara tenía la misma habilidad.

—No —respondió Toni, arrebatándole el secador de las manos.

Lo que quería era estar enfadado y que Tamara le ayudara a que se le pasara el cabreo. Puso el secador a la máxima potencia y empezó a frotarse enérgicamente la cabeza con la toalla. Muy pronto

el aparato empezó a emitir sonidos parecidos a los estertores de una abuelita agonizante, acompañados de un calor peligroso, y de golpe dejó de funcionar.

—Se ha recalentado —dijo Tamara, como queriendo justificar el comportamiento del secador—. Espera que se enfríe un poco y podrás terminar de secarte.

Gracias por explicármelo, quiso contestarle Toni, pero se dio cuenta de que T. J. se había dormido y, al verle la cara plácida, vuelta hacia él sobre la almohada, por un instante se le olvidó que estaba enfadado.

—Está durmiendo —dijo Tamara sin necesidad.

Se levantó para taparlo con una sábana y apagó la tablet, que se le había caído de las manos.

—El hombrecito de papá —dijo Toni sonriendo.

Tamara volvió al sofá y se pegó a Toni. Empezó a rascarle suavemente la espalda.

—Todavía es temprano, pero según la hora griega tampoco es tan grave —susurró, dibujándole grandes círculos en la piel, apenas tocándolo con las puntas de las uñas—. Se ha cansado mucho hoy. ¿Viste cómo nadaba?

Toni asintió. No quería que el enfado se le pasase tan rápido, aunque las caricias en la espalda le resultaban placenteras. Se enderezó un poco, girando la cabeza de un lado a otro en señal de que Tamara debía empezar a rascarle donde más le gustaba: primero en el cuello y, tal vez, en la coronilla.

Tamara captó en seguida el sentido de los movimientos y poco a poco fue subiendo los dedos hasta el cuello de él. Toni cerró los ojos.

—Tragó mucha agua, pobrecito —siguió susurrando ella—, pero no se rendía. Creo que el año que viene se atreverá sin flotadores.

Se le da bien, se mueve estupendamente, es ágil y tiene que hacer deporte para que el cuerpo se le desarrolle como es debido.

No dejaba de parlotear. Cómo no se da cuenta de que cuando me está rascando debería callarse, pensaba Toni.

—Además —prosiguió Tamara—, míralo, no se ha quemado. Solo tiene las mejillas un poco enrojecidas después de pasarse el día entero en el agua y bajo el sol. Todo el tiempo estuve poniéndole crema solar, cada hora.

Toni sabía que ella esperaba elogios por haberle cuidado al hijo todo el día, embadurnándolo con crema, pero eso solo lo reafirmó en su decisión de no pronunciar ni una sola palabra de agradecimiento o alabanza.

—Ahora podrá descansar —dijo Tamara, y su mano subió hacia el cuero cabelludo de Toni—, porque hoy no ha parado de moverse ni un momento.

Moverse, pensó Toni, dándose cuenta de que el baño era demasiado estrecho para los dos. Si apagaban la luz, tal vez Tamara podría chupársela en la oscuridad; sería la mejor solución. Pero aún no había oscurecido del todo, parecía que en Grecia el sol no se ponía a tiempo. Además, las luces del aparcamiento se filtraban de noche por la puerta de cristal, iluminando directamente la cama de matrimonio, así que una mamada a oscuras no era una opción viable.

—No vaya a despertarse —susurró Tamara, como si esta vez sí hubiese adivinado los pensamientos de Toni.

—¿Qué tiempo va a hacer mañana? —se acordó de preguntarle él.

Tamara no respondió enseguida.

—Pone que va a llover —dijo—, pero eso no significa nada.

Toni abrió los ojos.

—¿Va a llover? —preguntó en voz alta, como si le dirigiese una acusación.

—¡Chist, no lo despiertes! —susurró Tamara.

—¿Va a llover? —repitió Toni, ahora en voz un poco más baja, pero con el mismo tono acusador.

—Eso ponía, pero ya sabes que el tiempo es imprevisible.

—¿Solo mañana?

—Decía tres días —reconoció Tamara.

—Yo no me quedo en este zulo —bramó él, dirigiéndose al armario improvisado.

—¿Adónde vas? Tu pijama está debajo de la almohada.

—¡Pero qué pijama! ¡No pienso acostarme con las gallinas! Voy a por tabaco y a dar un paseo.

—¿Dónde vas a dar un paseo?

—¡Donde me dé la gana, joder! —dijo en un grito susurrado—. Y los putos griegos me confiscaron los cigarros en la frontera, ¡la madre que los parió! Ahora, a apoquinar seis euros por una cajetilla, cuando un cartón entero se ha ido a la mierda.

Se puso la camiseta de los Ramones que estaba colgada de una percha.

—¿Dónde están mis vaqueros? —gruñó.

—Delante de tus narices. —Tamara se miraba los pies con el ceño fruncido.

—¿Dónde delante de mis narices?

—Ahí, dos pares en la misma percha.

Toni empezó a buscar entre las perchas, haciendo que chocaran entre sí.

—Es normal que no los vea, si no hay más que tres perchas y lo has colgado todo en ellas —siguió gruñendo, colérico—. ¿El dinero está en la maleta?

Tamara asintió. Toni se acercó a la maleta y sacó cien euros del bolsillo lateral con cremallera que creían escondido y a salvo de ladrones, por si alguno entraba en el apartamento (es decir, en la habitación). Se los guardó en el bolsillo delantero del pantalón y sacó ruidosamente las zapatillas de lona negras de la bolsa de plástico Kam Market en la que él mismo las había envuelto. Después, con mucha cautela, se sentó otra vez en el sofá al lado de Tamara, inclinándose hacia delante para ponerse las zapatillas, en las que había metido sendos calcetines malolientes. En el silencio solo se oía el crujir de las tablas del sofá y la respiración tensa de Toni mientras se ataba los cordones.

—Yo no me quedo aquí tres días si llueve —refunfuñó con rabia renovada cuando el hedor a alcantarillado del baño llegó a sus fosas nasales.

—¿Quieres que hable con el casero, a ver si tiene libre algún apartamento mejor? —susurró Tamara con desesperación—. Ya sabes que está pagado por cuatro noches más.

—Tú lloriqueaste para que viniéramos a la playa, tú verás cómo nos sacas de este lío —dijo sin bajar la voz y se dirigió a la puerta.

T. J. se movió en sueños, pero Toni no quiso averiguar si se había despertado, porque eso podía significar que tuviera que quedarse media hora más sentado en la cama con las zapatillas puestas hasta que su hijo volviera a dormirse. Abrió la puerta y le sorprendió ver que afuera había anochecido. Dudó un segundo si no sería más razonable quedarse, pero al final salió a la oscuridad.

Ante él se abrieron las fauces del espacioso aparcamiento y del cielo negro violáceo. La acera también se veía oscura porque estaba mojada, aunque ya no llovía. Mierda, dónde me habré metido, no se ve ni torta, pensó Toni. Giró a la derecha, a lo largo del pequeño

edificio con las ventanas iluminadas, y después otra vez a la derecha, por el camino que llevaba directamente a la playa. Pensó que, en el peor de los casos, se sentaría en una de las dos tabernas de la primera hilera de edificios, con vistas al mar, para tomarse una cerveza en la terraza. En la esquina había una pequeña tienda donde podía comprar tabaco. La idea de beber y fumarse un cigarro él solo lo llenó de alegría: de pronto el húmedo viento marino le olía a juventud y vida. Inhaló profundamente, sintiendo su pecho henchirse de vapor.

Reinaba el silencio y todo estaba a oscuras debido al mal tiempo; ni siquiera se oía la música griega de las cafeterías. A duras penas pudo reconocer la tienda, pues no se veían los expositores con imanes, colgantes, tarjetas postales, sombreros, flotadores y toallas. En el escaparate parpadeaba con un zumbido un letrero de neón en el que ponía, con grandes letras azules, POSEIDONAS. La puerta permanecía abierta con la ayuda de una de las perchas con toallas que abarrotaban la tienda, y a Toni le costó trabajo abrirse paso hasta la caja, donde una mujer de mediana edad con la mascarilla debajo de la barbilla fumaba un váper y miraba el móvil. Detrás estaban todos los demás expositores con souvenirs y flotadores, y el aire olía a pedos. Qué mujer más fea, pensó Toni cuando la vio levantar la mirada y sonreírle.

—*Oriste* —le dijo ella.

—*Marlboro Red* —repuso Toni con una mirada que enseguida le apagó la sonrisa a la mujer.

Con un quejido apenas audible, ella estiró la mano hacia abajo, sacó un paquete y con un dedo marcó algo en la caja.

—*Cash or card?*[22] —Alzó los ojos y señaló los números en la pequeña pantalla que Toni no podía leer.

Él sacó del bolsillo el billete de cien y se lo entregó. La mujer le

lanzó una mirada de pánico.

—*Change?*[23] —le preguntó.

Toni se limitó a negar con la cabeza, altanero. O me partes el billete o me das el paquete gratis, cerda griega, pensó, imaginándose que le daba un puñetazo al agente aduanero que se había incautado del cartón de cigarrillos de su maleta. La mujer suspiró.

—*Last change!*[24] —dijo apretando un botón para abrir la caja, de donde sacó todo el dinero, incluido un montón de calderilla.

Sin contarlo, Toni se lo guardó en el bolsillo y se dirigió enfadado a la salida, donde empujó intencionadamente el expositor con las toallas. Lo oyó desplomarse a sus espaldas, acompañado por el grito de la mujer:

—*Panagiá mou!*[25]

A tomar por culo si no tiene suelto, ¿a mí qué?, pensó Toni, encendiendo a propósito un cigarrillo delante de la misma tienda. Se sentía seguro de sí mismo porque era corpulento y no creía que le pudieran dar una paliza con facilidad. Satisfecho, se encaminó con pasos lentos a la zona donde debían de estar los bares, pero allí lo recibieron la oscuridad y el solitario ruido de las olas rompiendo en la orilla. Las mesas estaban desnudas y húmedas; las sillas, apiladas unas sobre otras. En el segundo local vio una luz pálida detrás de la barra, donde un hombre estaba limpiando el suelo con una fregona. No es posible que los putos griegos hayan cerrado ya, pensó girando el pomo de la puerta, pero esta no se abrió. El hombre de la fregona levantó la mirada y Toni dio unos golpes en el cristal, señalándose la boca con el pulgar hacia abajo para darle a entender que quería beber algo. El otro hizo un gesto negativo con el índice y desapareció detrás de la barra, como si se hubiese esfumado. Pero qué pasa, dónde me han traído, qué coño hago yo aquí, dijo Toni en

voz alta, deteniéndose perplejo en la pasarela de madera y dándole una calada al cigarrillo. Tenía muchas ganas de una cerveza. La arena estaba húmeda y no había dónde sentarse en la playa, y tampoco podía volver a la tienda para comprarle una lata a la mujer cuyas toallas había tirado al suelo. Voy a esperar aquí, a ver si se me ocurre algo, se dijo. El viento le trajo una melodía familiar con las palabras *when you're strange, faces come out of the rain…* Giró la cabeza en la dirección de donde le pareció que venía la música y oyó otro *when you're strange.* Como un perro sabueso, siguió a ciegas la estela de la canción, que se fue haciendo cada vez más nítida, hasta que, de pronto, Toni se encontró delante del local de comida rápida llamado Porky's.

El interior estaba en penumbra; había unas cortinas burdeos en las ventanas que le daban un aire de burdel. Delante de la puerta abierta con la cortina de canutillos rojos había un altavoz sobre una pequeña silla y, a su lado, sobre dos taburetes altos junto a una mesa de plástico a modo de barra, estaban sentados ambos dependientes, ahora vestidos con camisetas negras, pantalones ceñidos, también negros, y sin los delantales de antes. El del ojo bizco tenía un collar de cuero con púas, mientras que el más joven lucía tres aros centelleantes en la oreja izquierda. Los dos bebían cerveza y fumaban. El cenicero delante de ellos estaba lleno a rebosar y humeaba. Enfrente había otra mesa alta de plástico, con tres taburetes. Tanto las mesas como los taburetes eran rojiblancos, con el logo de Coca-Cola.

—*Welcome, my friend!*[26] —saludó el más delgado.

—¡Guau! —exclamó Toni, sonriendo. Los dientes le brillaron en la oscuridad—. Los Doors, ¿eh?

—*There are things known and things not known, and in between*

are The Doors[27] —dijo el bizco.

—Jim Morrison, *brother* —dijo Toni y, señalando su camiseta de los Ramones, añadió—: *My music, my time.*[28]

—*Drink on house* —dijo el bizco—. *What do you want, my friend?*[29]

—*What you have?*[30] —preguntó Toni, acomodándose a la mesa libre. El teléfono y los cigarrillos en los bolsillos de los vaqueros estrechos no le permitían sentarse cómodamente, así que los sacó y los colocó frente a sí.

—*What you want*[31] —repuso el bizco.

—*Whisky?* —preguntó Toni, ya que en ese momento empezó a sonar «Riders on the Storm» y él pensó que, con lo bien que se sentía, podía tomar algo más fuerte y más caro.

—*No whisky, my friend, but I bring something special*[32] —dijo el bizco, recogió el cenicero y retiró la cortina de canutillos para pasar al interior.

Toni encendió un cigarro y cerró los ojos. Ya ves, pensó, estaba claro que iba a encontrar una solución. Siempre encuentro una solución, se dijo, entornando los ojos porque, de repente, era como si la música y la humedad del mar lo estuviesen reblandeciendo por dentro. Todo lo que necesitaba, siguió discurriendo, todo lo que uno necesita es ponerse las pilas y mantener la calma, sentenció dándole una calada profunda al cigarrillo. Después echó la cabeza hacia atrás y expulsó prolongada y plácidamente el humo, regocijándose con la idea de cuánto humo cabía en sus pulmones. Ahora solo necesito que me traigan un coñac y se acabó el coñazo. Sonrió al darse cuenta de lo chistoso que podía ser, incluso sin público. La vida no está tan mal a fin de cuentas, pensó, cerrando los ojos y tarareando por lo bajo.

—*Oriste!*

Oyó una voz y un golpe sordo sobre la mesa. El bizco estaba a su lado; irradiaba calor como si fuese una estufa. En la mesa de plástico delante de sí Toni vio un vasito bajo de cristal con un líquido transparente.

—*What is this?*[33] —dijo, olfateando el alcohol.

—*Famous drink*[34] —repuso el bizco.

—*Greek magic*[35] —añadió el más flaco de la otra mesa.

Te voy a dar yo *greek magic* de una hostia, pensó Toni.

—*Tsipouro, my friend, best in Makedonía*[36] —dijo el bizco, acentuando en la última sílaba.

Te voy a dar yo *Makedonía,* dijo Toni para sí, y probó el *tsipuro.* Alcohol puro, pensó mientras el líquido bajaba quemándole la garganta, menos mal que no lo pago yo. Bebió otro trago grande y dio una profunda calada al cigarrillo.

—*Yamas*[37] —les dijo, levantando el vasito y bebiéndolo hasta la mitad.

—*Cheers!*[38] —respondieron los dos hombres, dando un trago de sus cervezas tranquilamente.

Llegó la parte conocida de la canción de los Doors: el solo de Hammond.

—*To Ray Manzarek!*[39] —dijo Toni con solemnidad, volvió a alzar el vaso y lo apuró de un tirón.

Una sensación mágica se apoderó de él, como cuando era joven e iba de vacaciones a la playa, o como cuando, de noche, mientras tocaba la guitarra, su mirada se cruzaba con la de alguna chica guapa. Cerró los ojos, aspiró profundamente, sacó pecho y se peinó el pelo con los dedos. Al abrir otra vez los ojos, vio dos sombras —una más alta que la otra— acercarse a él. No me lo puedo creer, pensó. No puedo creer quién viene a mi regazo, se dijo a sí mismo, observando a las dos chicas de la playa. Llevaban vestidos negros y

pintalabios rojo fuerte.

—*Kalispera, kopeles!*[40] —las saludó el bizco, mientras que el flaco, en su intento de levantarse rápidamente, por poco se cae de la silla.

—*Oriste!* —dijo señalando su asiento.

—*Kalispera* —respondieron las dos muchachas, de pie entre las dos mesas mientras decidían dónde sentarse.

Toni se dio cuenta de que los griegos le iban a quitar a las chicas si no reaccionaba rápido.

—*Here is free too*[41] —dijo señalando los dos taburetes altos junto a su mesa.

—¿Dónde quieres que nos sentemos? —le preguntó la más alta a su compañera en macedonio.

—Lo natural sería que os sentarais con los paisanos.

Aprovechando la oportunidad para atraerlas a su lado, Toni se pasó el flequillo al otro lado de la frente y sonrió, pero enseguida le asaltó el temor de que alguno de los puentes se le hubiera soltado. Cerró la boca, se pasó la lengua por la dentadura superior y solo se relajó cuando se hubo asegurado de que todo estaba en su sitio.

—Bueno, está bien —dijo la bajita.

La otra asintió con la cabeza y las dos se acercaron a la mesa de Toni. La más alta se instaló sin dificultad en el taburete, pero la bajita tuvo que apoyarse en la mesa y por poco la vuelca.

—Es demasiado alto para mí —dijo riéndose, pero Toni ya estaba a su lado dispuesto a socorrerla.

—Permíteme que te ayude —le dijo ofreciéndole la palma de la mano. Cuando la chica se hubo subido al taburete alto, Toni hizo una ligera reverencia y, antes de que ella pudiese decir nada, se le adelantó—: Muchas gracias.

Ese truco se lo había enseñado su padre, Andon, que siempre

decía que un caballero ha de agradecerle a la dama la oportunidad de abrirle la puerta o encenderle el cigarrillo. Según él, eso «arrasaba entre las hembras».

—De nada —repuso la muchacha de forma maquinal, sacando un paquete de tabaco del bolso sobre sus rodillas. Cogió un cigarro y le ofreció el paquete a su compañera.

En el ínterin, Toni se apoderó del mechero de la mesa y, apretándolo en la mano, esperó la ocasión para encenderles los cigarrillos.

—Nosotras pensábamos que usted era italiano —dijo la más alta, mientras Toni encendía el mechero bajo sus narices.

—Ah, ¿sí? —exclamó, halagado por el hecho de que lo hubieran tomado por un italiano, pero al mismo tiempo disgustado porque le hablaban de usted—. Y no me habléis de usted, por favor —dijo sonriendo y echando una mirada furtiva a las tetas de la más alta. Buenísimos pezones, pensó dándose la vuelta para ofrecerle fuego a la más bajita y, de paso, asomarse también a las profundidades de su escote.

—Sí, porque nos dijo algo así como *ciao, bella* con el niño hoy en la playa —dijo ella, echándole el humo directamente a la cara.

Toni se acordó de que, cuando era joven, si una chica te echaba el humo de su cigarrillo a la cara, es que quería follar.

—Y yo pensando que era porque parecía italiano —dijo Toni, sonriendo y encendiendo otro cigarro, contento de que las chicas se acordaran de él.

Quiso proseguir la conversación, pero lo interrumpió el más flaco de los dependientes del local, que apareció con dos bebidas transparentes de las que sobresalían sendas pajitas rosa pálido y las dejó delante de ellas.

—*Regular, yes?*[42] —preguntó con una sonrisa, revelando que le

faltaban muelas en uno de los lados de la mandíbula superior.

—*Efjaristume!*[43] —dijo la más alta.

—*Stin iguiá mas!*[44] —añadió la bajita, levantando la copa en dirección al camarero, y después las dos buscaron con la mirada al bizco para brindar también con él.

—¡A vuestra salud! —dijo Toni con la intención de brindar con ellas mirándolas a los ojos, pero se dio cuenta de que tenía el vaso vacío. Se inclinó hacia atrás y, con el vaso en alto, le dijo al bizco—: *My friend, bring me!*[45]

—Venís mucho por aquí si saben lo que tomáis —le dijo Toni a la bajita. Había decidido que le molaba más.

—Sí —repuso ella.

—¡Ah, vaya temazo, colega! —dijo Toni al oír «Little Wing», de Jimi Hendrix. Cerró los ojos, frunció el ceño y tocó un rato la guitarra aérea, hasta que el bizco le trajo la bebida—. *Great music!*[46] —comentó, con la colilla del cigarrillo adherida a los labios y, sin esperar la respuesta del bizco, otra vez se volvió hacia la chica bajita —: Ponen buena música —dijo tratando de despegar la colilla sin desgarrarse la piel de los labios—. ¿Siempre es así?

—Sí —repuso ella, apagando el cigarrillo y sacando otro del paquete.

Toni sacó el mechero enseguida.

—Pido disculpas —dijo pasándose la lengua por los dientes superiores—, todavía no me he presentado. Soy Toni.

Extendió la mano hacia la bajita.

—Kate —repuso ella.

—Natasha —dijo la más alta.

—Mucho gusto de haberos encontrado aquí —dijo Toni, bebiendo un trago del nuevo vaso de *tsipuro*—. Hoy os he visto dos veces más, una aquí y otra en la playa —añadió de forma innecesaria.

—El pueblo es pequeño —comentó Natasha sin sonreír.

—Pero ya sabéis, dicen que las casualidades no existen —declaró Toni.

—¿Quién lo dice? —preguntó Kate.

—Pues yo, ja, ja, ja —se rio Toni, orgulloso de su ingenio.

Las chicas se rieron por educación, pero sin decir nada; se limitaron a dar un sorbo de la bebida que cada una tenía al lado. No son muy parlanchinas, pero saben beber, pensó Toni. Ya sé cómo animarlas.

—¿Qué estáis tomando? —preguntó, mirando de nuevo a Kate.

—Gin-tonic —contestó ella.

—*Brother, bring two more.*[47]

Se volvió hacia el bizco, que los observaba fijamente. Parecía mirar con uno de los ojos a Kate y con el otro, a Natasha, mientras jugueteaba con un cigarrillo entre los dedos. El flaco se levantó de un salto y se encaminó con paso rápido a la puerta. Se oyeron los chasquidos de la cortina de canutillos.

—¿Sois de Skopie? —inquirió Toni.

Las chicas asintieron a la vez y apuraron los gin-tonics.

—¿De qué zona?

—Karposh 4 —respondieron las dos a la vez, se miraron y se echaron a reír.

—Ajá, karposhanas —dijo Toni como si supiera algún secreto sobre ellas, y encendió otro cigarrillo—. ¿Calle Razlovechko? —preguntó, queriendo demostrar que conocía bien el barrio.

—Vich —contestaron las dos al unísono y volvieron a reírse aún más fuerte.

—Decidme dónde está la gracia y así me río yo también —dijo Toni, bebiendo un sorbo del *tsipuro.* Sintió que el alcohol se le había subido suavemente a la cabeza, porque el aroma del mar se había

hecho más intenso.

—Pues en que hablamos las dos al mismo tiempo —le explicó Natasha.

—Vich —dijo Toni, tratando de volver a encaminar la conversación hacia donde le convenía—. ¿Conocéis a Toni el Moco? Vive allí.

—Yo no —repuso Natasha.

—Yo tampoco —dijo Kate.

—Es toda una leyenda en Skopie —declaró Toni—. Teníamos un grupo hace tiempo. Pero vosotras sois jóvenes —dijo mirando a Kate —. Seguro que no lo recuerdas.

Ya se estaba dirigiendo solo a ella. Natasha miró a su amiga, abriendo un poco más los ojos. Se oyó el ruido de la cortina de canutillos y el dependiente más flaco apareció con dos gin-tonics.

—*Efjaristume!* —agradecieron ambas al unísono, y volvieron a reírse. Después, las dos sorbieron por las pajitas a la vez.

—*Brother, one more!*[48] —pidió Toni, apurando su bebida y dejándole el vaso vacío en la mano sin mirarlo.

Ahora también el olor del cigarrillo, mezclado con el aroma del mar, le enturbiaba la cabeza de un modo mágico. Se imaginó que tumbaba a la muchacha más bajita sobre la arena, con las olas lamiéndole los talones, y poco a poco le iba quitando el vestido. Volviéndose otra vez hacia la chica, dijo:

—Aunque tú seguramente no lo recordarás, el Moco y yo tuvimos un grupo de rock; duró poco, pero éramos de culto. ¿Dónde hiciste el bachillerato?

—Las dos en el Instituto Orce Nikolov —dijo Kate mirando a su compañera. Su cuerpo pareció tensarse un poco.

Mira, está intentando incluir a su amiga, pensó Toni. Puede que sean pareja, quién sabe, puede que sean modernas. Se las imaginó

en la playa haciendo el amor.

—Yo soy un hijo del centro, estudié en el Josip Broz Tito —dijo Toni—. El Moco también estudió allí, pero era un año menor. —El dependiente flaco dejó el vaso de *tsipuro* delante de él—. *Thanks, my friend* —le agradeció Toni, y enseguida levantó la bebida para brindar con las muchachas, tratando de mirarlas fijamente a los ojos —. ¡Por las karposhanas! —Después de tomar un trago del nuevo vaso de *tsipuro,* prosiguió—: Más tarde me matriculé en Artes Plásticas, estudié escultura. Estaba fascinado por la perfección del cuerpo femenino.

Dio una calada al cigarrillo. Sabía que esa frase surtía efecto entre la mayoría de las chicas, dándoles pie para preguntarle en qué y cómo trabajaba. Después había que decirles que se había dedicado a la música, su gran pasión desde pequeño. Nunca mencionaba que había dejado la universidad porque detestaba levantarse temprano para trabajar en el taller, y que tampoco había sido capaz de aprobar Historia del Arte de tercero porque el profesor —amigo de su padre — que le había dado clase en primero y segundo se había muerto, y lo había sustituido una hija de puta que se negaba a ponerle un aprobado.

Pero las chicas no dijeron nada, lo cual lo desconcertó. Probó a hacerles una pregunta:

—Y vosotras ¿sois estudiantes o algo?

—Graduadas en Biología —dijo Natasha.

—Retículo endoplasmático —soltó Toni.

Las chicas lo miraron perplejas y bebieron de sus copas de ginebra.

—Es lo único que recuerdo de biología. Debo reconocer que no fui un alumno brillante —dijo como si anunciara algo de lo que podía estar orgulloso—, porque entonces nos dio por dedicarnos a la

música. Pues lo que te decía —volvió a dirigirse inconscientemente hacia Kate—: el Moco y yo tocamos en The Institutions, ¿os suena? —Esta vez miró también a Natasha.

Ambas muchachas se encogieron de hombros.

—The Institutions, porque éramos toda una institución y, además, estábamos como para que nos internaran en una institución con paredes acolchadas, no sé si me explico —prosiguió Toni, de nuevo dirigiéndose solo a Kate, que sonrió con timidez—. Empecé con una guitarra, tocando en fiestas, y también tocaba para chicas guapas en la playa —las muelas de un blanco antinatural le brillaron en una amplia sonrisa—, pero, como tengo unas manazas —aquí levantó la izquierda, abriendo los dedos como un abanico—, decidimos que me vendría mejor el bajo.

Las chicas callaban.

—Así que nos cambiamos: el Moco pasó a tocar la guitarra y yo, el bajo. El grupo duró poco, pero sentamos un estándar —dijo Toni, haciéndole una señal a los dependientes—: *My friends, one more round!*[49] —gritó señalando la mesa entera.

Volvió a apoderarse de él aquella sensación agradable de cuando era joven e iba de vacaciones a las playas del Adriático y por la noche en las discotecas encontraba a chicas guapas de toda Yugoslavia.

—*Coming!*[50] —dijo el bizco, encendiendo el cigarrillo con el que había estado jugueteando, mientras el flaco se levantaba otra vez y entraba en el local.

En ese instante Toni oyó los primeros acordes de una de sus canciones favoritas de Pink Floyd.

—*Pigs! Three different ones!*[51] —gritó, saltando de su asiento y comenzando a tocar en el aire los *riffs* de guitarra de la introducción, con las piernas abiertas y una zapatilla sobre el reposapiés del

taburete alto del que acababa de levantarse.

Percibía un olor a marihuana cada vez más intenso, y de pronto se dio cuenta de que el bizco, que estaba sentado a su lado mirando con un ojo a Natasha y con el otro a él, le estaba ofreciendo un porro encendido.

—*Well, my friend* —dijo el bizco—, *this is Porky's.*[52]

—*This is best place in Greece*[53] —replicó Toni, aunque solo había ido una vez a Tesalónica y a Katerini de niño, con sus padres.

Aceptó el porro, a pesar de que llevaba más de veinte años sin probar la marihuana, desde que le dio un ataque de pánico. Ahora puedo, se alentó, y dio una calada tan fuerte que le pareció como si el humo le entrase en el estómago, donde todavía estaba digiriendo los *gyros* de aquella tarde. Envalentonado porque no había tosido, dio dos caladas más y le ofreció el porro a Kate, que lo aceptó con calma y dio un par de caladas antes de pasárselo a Natasha, que hizo lo mismo.

—*Enjoy* —dijo el bizco—, *I make another one.*[54]

Después volvió a sentarse a la mesa de al lado y se puso a liar otro porro.

—¡Dios, vaya álbum! —exclamó Toni, sintiendo que su cabeza empezaba a hincharse y a llevarse todo su cuerpo hacia arriba, hacia los nubarrones negros del cielo que ahora le quedaban justo sobre la coronilla—. Una obra maestra de finales de los setenta. Creo que, cuando era adolescente, me volví loco al oírlo. Fue uno de los primeros vinilos que pedí cuando trabajaba en Jugoton.[55] —Al decir esto, le lanzó una mirada significativa a Kate—. ¿Os acordáis de Jugoton? Puede que me hayáis visto allí —añadió, recogiendo el porro de manos de Natasha.

Las dos chicas callaban.

—¡Ay, Dios! ¡Pasé allí tres o cuatro años! —dijo Toni, consciente

de que fueron menos años, porque su padre muy pronto le encontró un trabajo de funcionario en la televisión pública—. Siempre se me olvida que sois pequeñas —prosiguió y dio una ávida calada al porro —. Pero sí, dejé la universidad, y todo por la música: los discos se convirtieron en una obsesión mía. —Mientras hablaba, a veces hacía una pausa para cantar algún verso de la canción—. Pero esto… ¡Una obra maestra política y social! Un comentario del capitalismo y de Orwell. ¿Lo habéis leído?

—*¿1984?* —preguntó Kate.

—No, *Rebelión en la granja:* esa sí que es una obra maestra de la literatura —dijo Toni, porque no había leído *1984* y no estaba seguro de si era de Orwell o de Huxley, que también estaba de moda en su juventud—. Casi todo el álbum es de Waters, él es el genio detrás del proyecto. Eso fue cuando *The Wall* todavía no los había lanzado a la fama. Me gustaban mucho antes de que se hicieran famosos, antes de que todo el mundo en nuestro país empezara a escucharlos —añadió, sin prestar atención al dependiente flaco, que había aparecido al lado de la mesa con tres bebidas.

—*Gin-tonic for ladies and* tsipouro *for gentleman*[56] —murmuró.

—*Thank you, my friend* —gritó Toni, ofreciéndole el porro después de darle una profunda calada.

—*No, thanks* —dijo el vendedor—. *It makes me…* —Se quedó un rato en silencio, buscando la palabra en inglés. Con la mano derecha hizo un gesto como si desenroscara una bombilla—. *It makes me crazy.*[57]

—*We never gonna survive unless we are a little crazy*[58] —dijo Toni, lanzándole una mirada significativa a Kate. Se pasó la lengua por la dentadura para comprobar que seguía allí: todo estaba en su sitio y Toni sonrió de oreja a oreja—. ¿No es así, nena? —le dijo,

ofreciéndole el porro.

Kate volvió a ponerse rígida y señaló con la cabeza a Natasha, que aceptó el porro en silencio.

—Pero ese es otro tema, no nos distraigamos —declaró Toni.

Se sentó otra vez en el taburete y, cerrando los ojos, volvió la cara y el cuerpo hacia Kate. Sonrió plácidamente, apuntando con la barbilla hacia la chica. El fresco aire marino le daba en pleno rostro, despeinándole los mechones recién lavados.

—La vida es breve —susurró con los ojos cerrados, pensando que Kate se daría cuenta entonces de que no había que perder tiempo y que, al abrirlos, ella estaría sonriéndole, con la cara más cerca de la suya. Decidió quedarse un rato más con los ojos cerrados.

—Te está sonando el teléfono. —La voz de Kate le sobresaltó.

Abrió los ojos y vio en la pantalla la foto de Tamara que había instalado a instancias de ella. El corazón le dio un vuelco.

—¡Joder, qué susto! —dijo, y respondió de malas maneras—: Sí, dime. ¿Qué pasa?

—¿Dónde estás? —preguntó Tamara.

—¿Qué haces llamando en *roaming?* —repuso Toni, irritado.

—Si solo habías ido a la tienda…

—He ido a dar una vuelta. ¿Qué haces llamando en *roaming?* —repitió.

Las chicas sorbían de las pajitas, observándolo. El corazón empezó a latirle aún más rápido y la boca se le quedó reseca. Intentó alzar la lengua para comprobar que no había ningún problema con su dentadura, pero apenas logró despegarla del fondo de la boca.

—T. J. se encuentra mal —dijo Tamara.

—¿Cómo que se encuentra mal? —preguntó Toni.

—Ha vomitado y pregunta por ti —respondió Tamara—. Lo ha dejado todo hecho un desastre.

Toni no dijo nada. Estaba buscando un buen motivo para no volver a la habitación, pero no se le ocurría ninguno. Al final decidió actuar como si nada, con la esperanza de que el problema se solucionara solo. Tomó un trago del *tsipuro* para humedecerse la boca.

—Voy —dijo, y colgó. El corazón seguía latiéndole desbocado.

—Nosotras también nos vamos a otra parte —dijo Kate mirando a Natasha.

—Sí, y estará todo cerrado —añadió Natasha, mirando a Kate.

Las dos bebieron un par de tragos de sus copas.

—Solo tengo que pasar por el baño —dijo Toni y, volviéndose hacia los dos dependientes, preguntó—: *Bathroom?*[59]

—*Inside*[60] —respondió el bizco.

Toni se encaminó a la puerta abierta con la cortina de canutillos rojos. Le pareció que tardaba una eternidad en dar los cuatro pasos hasta los escalones que conducían a la puerta, como si tuviera gelatina en vez de rodillas; por eso pisaba con cuidado, para no caerse. Se imaginó dando un traspié en las escaleras y abriéndose la cabeza contra el cemento. La sangre empezaba a chorrearle por la frente. «¡Rápido, llamad a su mujer!», gritaba Kate.

—¡Brrr! —gruñó Toni para ahuyentar la nefasta fantasía y para que se le despejara la cabeza, pero la imagen no desapareció. «¿Dónde está su teléfono?», seguía gritando Kate.

Mientras extendía la mano hacia los canutillos de la cortina, Toni se acordó de que se había dejado el móvil en la mesa. ¿Y si Tamara me llama mientras estoy en el baño?, pensó lleno de pánico al imaginarse a las chicas riéndose del pálido semblante de Tamara en su intento de poner morritos para la foto. «¿Sabes cuál es la

diferencia entre una esposa y una amante?», le pregunta Kate a su compañera. «¿Cuál?», dice Natasha. «Veinte años y veinte kilos», contesta Kate y las dos se parten de risa. Uf, pensó Toni, no puedo volver ahora a por el móvil. Apartó con la mano los canutillos, que empezaron a repiquetear. Pero volvió a oír en su cabeza las risotadas malignas de las muchachas mirando la foto de su mujer y cambió de parecer. Se dio la vuelta y se encaminó despacio hacia la mesa.

Las chicas estaban sentadas parcialmente de espaldas. Estaban pegadas una a la otra y se reían, mordiendo las pajitas de sus copas. A Toni le pareció que volvían a poner la misma canción de Pink Floyd y Natasha, volviéndose hacia Kate con los ojos cerrados, tocaba en una guitarra aérea algunos *riffs* de «Pigs». Kate soltó una risita tonta. El móvil estaba entre las dos, con la pantalla oscura. No suena, pensó Toni, y se dirigió hacia él, extendiendo la mano.

—¿Sabes qué es lo único que ha cambiado en el tipo ese desde que era niño? —oyó a Kate decirle a su amiga.

—No, dime —dijo Natasha, intrigada.

—La dentadura —contestó Kate, y las dos estallaron en carcajadas.

Se reían de forma idéntica: echaban la cabeza hacia atrás y soltaban risotadas agudas al unísono. El brazo extendido de Toni ahora estaba suspendido en el aire entre ellas. Las dos se sobresaltaron al girarse y verlo allí: pálido, los ojos como platos, enrojecidos, y la boca entreabierta.

—Disculpad —les dijo—, mi mujer me necesita. —Apenas logró pronunciar las palabras: tenía la lengua hinchada y reseca, como si se hubiera metido en la boca una gruesa rosquilla cubierta de harina. Intentó tragar, pero no le quedaba saliva—. Tengo que irme —balbució agarrando el móvil.

Las chicas lo miraban petrificadas. Ya no se reían, pero en sus

labios se veía una sonrisa.

—*I go* —dijo volviéndose a los dos dependientes—. *I pay now, must go.*[61]

—*Come on, brother* —dijo el bizco—, *I play «Pigs» again for you!* [62]

—No, no —dijo inconscientemente en macedonio Toni. De pronto, la canción le resultaba molesta—. *I mean, ohi!*[63] —gritó sacudiendo la mano de un lado a otro—. *I pay, emergency!*[64]

Ahora también sentía que su vejiga estaba a punto de estallar como un globo enorme dentro de su cuerpo. Sacó del bolsillo la bola de billetes arrugados que le había devuelto la mujer con papada de la tienda y la dejó sobre la mesa, porque la idea de contarlos le aceleró aún más los latidos del corazón. Estaba de espaldas a las chicas, pero de ellas le llegaba algo así como una corriente gélida que le enfrió el cuerpo e hizo que empezaran a castañetearle los dientes.

—*You okay?* —le preguntó el flaco, devolviéndole veinte euros del dinero que había tirado sobre la mesa—. *Grass, make you – you know? Crazy!*[65] —dijo, otra vez con el gesto de desenroscar una bombilla.

—No, no —dijo Toni, dirigiéndose a trompicones a la salida—. *Family problem! Goodbye, brother!*[66] —gritó, sin siquiera mirar a las chicas. Empezó a caminar por la calle, en la dirección de donde había venido.

—Ji, ji, ji. —Oyó a sus espaldas las lejanas risotadas de las dos jóvenes.

Hienas, pensó, dos hienas de la muerte.

Caminaba por la calle desierta en la dirección en la que esperaba encontrar el apartamento. Son tres filas de edificios, al fin y al cabo,

no es posible que me pierda; dondequiera que esté, lo encontraré, se alentaba tratando de no pensar en la risa de las chicas, que parecía perseguirlo por la callejuela, al igual que el viento que ahora le enfriaba el cuello sudado. La vejiga le apremiaba y, para colmo, tenía una sed insaciable. Pensó que, si abría bien los ojos, encontraría a su alrededor alguna botella de agua o una fuente para lavarse los pies. Se le pasó por la cabeza ir a la playa y mear en el mar, justo en el sitio donde este se había llevado sus pantalones. Me meo y me cago en este mar, pensó, y la ocurrencia le alegró un poco. Siempre he sido muy gracioso, pero ahora tengo una sed que no veas; allí podría beber de la fuente para los pies, se dijo. Tenía la garganta tan reseca que no era capaz de tragar sin ponerse a toser, y temía que, si tosía, terminaría vomitando. No voy a llegar al mar ni de coña, empezó a murmurar por lo bajo, en vista de que a su alrededor no había nadie. Ni de coña voy a llegar al mar, repitió. Y después añadió para sus adentros: creo que llevo un buen rato caminando hacia casa; hasta el mar tardaré aún más, no puedo darme la vuelta. Aguantaré, se alentó, y trató de apretar el paso, pero las rodillas de gelatina no se lo permitieron.

Una inesperada racha de viento lo empujó hacia adelante y se le metió debajo de la camiseta, enfriándole aún más el cuerpo. A lo lejos, donde se imaginaba un negro mar abierto, retumbó un trueno. Toni oyó un rumor y sintió unas cuantas gotas duras impactar sobre su nariz y su coronilla. Las casualidades no existen, se dijo en voz alta mientras la lluvia arreciaba de forma tan repentina que en un instante le empapó las zapatillas de lona. Se le coló agua fría entre los dedos de los pies. Todo esto es una señal: no debo acercarme al mar. Se detuvo con la cara levantada hacia el cielo y, abriendo la boca, dejó que la lluvia le mojara la lengua. Un par de gotas cayeron sobre sus dientes de porcelana. Paf, paf, paf. El sonido devolvió a

Toni al rincón oscuro de sus pensamientos, al Porky's con las chicas, y le pareció oír de nuevo sus risas siniestras en medio del rumor de la lluvia.

Si nada ha cambiado en mí desde que era niño, quiere decir que todavía soy joven, dijo tragándose las gotas. Esa idea le animó. Tampoco me ha encanecido el pelo, aparte de algunas hebras grises en las sienes que me gustan porque son señales de madurez y experiencia, dijo para sí, y retomó la marcha. Y con los dientes, ¿qué quieren que haga? ¿Dejar que se me caigan?, murmuraba. ¿Qué culpa tengo yo de que la periodontitis sea tan común en nuestra familia? Además, cuando éramos pequeños, comíamos toda clase de chuches y bombones, y como no había buenos dentistas… Mientras seguía reflexionando de esta forma, la lluvia le golpeteaba la coronilla y le empapaba las zapatillas. Menos mal que tengo las cejas pobladas y negras, sin hebras grises, se animaba mientras veía la lluvia que le goteaba de la frente como de un alero. ¿Y si meo aquí fuera, bajo la lluvia? Nadie se dará cuenta, pensó. Sentía que le iba a explotar la vejiga de un momento a otro. Pero entonces vio que se encontraba en el aparcamiento de la tienda de tuberías y materiales para baños y que la segunda puerta de plástico iluminada a la izquierda era la suya.

Estaba cerrada con llave. Se puso a aporrear el cristal, y le pareció que pasaba toda una eternidad antes de que la sombra de Tamara se acercase para abrir.

—Ten cuidado —le previno ella, señalando hacia el suelo—, no pises el agua. —Sobre las losas debajo de la puerta se había formado un charco por la lluvia que había entrado en el umbral—. Aunque de todas formas estás hecho una sopa… —añadió frunciendo el ceño y, dándole la espalda, fue a sentarse en el pequeño sofá junto a T. J., que parecía cansado y observaba con la

boca abierta y los ojos entornados la tablet que tenía entre las manos. Ni siquiera miró a su padre.

Un olor penetrante a vómito le mordió el interior de las fosas nasales, pero tenía tantas ganas de orinar que atravesó el cuarto a la carrera hasta el baño.

—¡Si no meo ya, me muero! —gritó, cerrando con un golpe la puerta del baño, que ahora le parecía aún más diminuto.

Dentro también apestaba a vómito. Mientras se desabrochaba la bragueta, vio que el asiento estaba levantado y la taza del inodoro estaba salpicada de pequeñas manchas color naranja pálido. Podrías haber limpiado un poco, hija de puta, qué asco, pensó, y enseguida soltó un gemido, dejando que el fino chorro de orina corriera un buen rato. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás de puro placer. Le pareció como si llevara meando una eternidad; se imaginó cómo la vejiga se le iba arrugando como una bolsa de plástico perforada y llena de agua. De repente notó un calor en el pie y abrió sus ojos soñolientos dirigiendo la mirada hacia abajo: se estaba meando la zapatilla derecha.

—¡Hostia puta! —gritó dirigiendo el chorro hacia la taza.

—¿Qué pasa? —oyó la voz preocupada de Tamara al otro lado de la puerta cerrada.

—¡Que todo está lleno de pota, eso es lo que pasa! —bramó Toni.

Tras hacer un esfuerzo para echar las últimas gotas de orina, se sacudió el pene. Luego tiró de la cadena y salió del baño, furioso.

Tamara estaba de pie, asustada, en medio del reducido espacio que hacía las veces de cocina. Tenía los hombros encogidos, como siempre que se sentía culpable. Esto no hizo más que reafirmar a Toni en su convicción de que su rabia estaba justificada y de que ella lo sabía.

—Además, ¡dentro huele que apesta! —gritó mirando a la cama de matrimonio. El colchón estaba desnudo, cubierto solo con la toalla de playa de Tamara.

—Ya te dije que T. J. se encontraba mal y ha vomitado —dijo Tamara con tono lastimero—. Y todavía no se encuentra bien, espero que no vomite más.

—¿Ha vomitado en la cama? —preguntó Toni, colérico, al ver la sábana con las manchas naranjas hecha una bola en el suelo, junto al armario—. ¿Y dónde vamos a dormir?

Tamara se encogió de hombros.

—No tengo más sábanas —dijo—. Además, he usado todas las toallas. No te imaginas la que ha liado el pobre. Ahora se ha calmado.

Tamara miró a T. J., que no había cambiado de postura. Resonó un trueno y el ruido de la lluvia arreció. Volvió los ojos hacia la puerta: el hilo de agua se había adentrado aún más en la habitación y casi había alcanzado la cama.

—Tú eras la que no dejaba de lloriquear para que viniéramos aquí —declaró Toni con voz impasible, sintiendo que la mancha caliente de orina en la zapatilla empezaba a enfriarse—, ahora dime cómo piensas resolver esto. —Mantuvo la voz calmada: sabía que eso era lo que más la aterrorizaba.

A Tamara empezó a temblarle la barbilla; los ojos y la nariz se le pusieron rojos incluso antes de que se le saltaran las lágrimas.

—De verdad que no sé qué hacer, tenía un plátano y se lo di, traigo algún medicamento contra la indigestión, pero no tengo ni infusiones ni nada, y la cama está toda cubierta de vómito… —Aquí se le quebró la voz y se cubrió el rostro con las manos.

Menos mal que se lo ha tapado, está aún más fea con la nariz roja, pensó Toni.

—Venga, haz las maletas y nos largamos de aquí —dijo, sentándose en el borde del colchón, frente a T. J. —¡Hala, espabila! —volvió a instarla, y extendió el brazo para acariciarle la cabeza a su hijo—. A ver, ¿dónde le duele la tripa al hombrecito de papá? —le susurró, quitándole la tablet de la mano, porque el niño se estaba durmiendo—. ¿No queda ni una toalla seca? —preguntó en un susurro más fuerte a Tamara, que, de espaldas a él, estaba doblando y guardando cosas en la maleta; su culo aplastado le reforzó la cólera—. Estoy hecho una sopa.

Tamara sollozaba, doblaba la ropa y la guardaba en la maleta, sin contestar. Toni estaba tan furioso que decidió seguir insistiendo.

—Dame una camiseta seca —le ordenó.

Se detuvo de pie a su lado, se quitó la camiseta de los Ramones empapada y la tiró en la maleta. Tamara le alcanzó una doblada, recogió la que él acababa de tirar y se dispuso a guardarla.

—Si me hubieras traído unas bermudas más, ahora no tendría que viajar con el pantalón empapado hasta Skopie —le reprochó.

—Te he traído un par de vaqueros —dijo Tamara fríamente—. ¿Los quieres?

Toni se dio cuenta de que en el bolsillo le quedaban veinte euros y unas cuantas monedas que tendría que sacar para trasladarlos a los vaqueros nuevos, y lo último que quería en ese instante era tener que explicarle a su mujer dónde se había gastado el dinero para las vacaciones de los dos, que estaba calculado para cada uno de los días. Se percató de que se había pulido casi cien euros y se había dejado el tabaco en la mesa del Porky's, donde las hienas.

—¡Mierda! —dijo al acordarse de los cigarrillos y de las chicas—. ¡Putos griegos de los huevos! ¡Que se me seque la polla si vuelvo a poner un pie en este puto país!

Tamara soltó un sollozo, se levantó y fue al armario para recoger

un nuevo montón de ropa, tras lo cual volvió a acuclillarse y siguió haciendo la maleta.

—Conduces tú —dijo Toni—, yo no tengo gafas.

—Pues claro que conduzco yo —repuso Tamara—. Si tú no tienes carné.

Toni no dijo nada. Era verdad que nunca había llegado a aprobar el examen, pero estaba convencido de que sabía conducir, porque a veces lo hacía en secreto, de noche, cuando Tamara estaba durmiendo y a él le entraban ganas de comprarse un kebab o cigarrillos, y cuando sabía que no lo iba a pillar la policía por la calle.

—Que me hayas traído aquí demuestra que tienes menos seso que un mosquito —le dijo mientras se ponía la camiseta seca—. Dame las llaves del coche para calentarlo e ir llevando a T. J., a ver si al menos nos secamos.

—Están en la mesita —dijo Tamara, poniéndose de pie y sacando un pañuelo de su bolsillo para sonarse la nariz.

¡Dios, qué fea!, pensó Toni mientras recogía las llaves de la mesita.

—¿Dónde están las toallas? Da igual que estén mojadas. Voy a llevar a T. J. al coche. Dame algo para cubrirlo, que no se empape —dijo con tono altanero, como si se dispusiera a hacer una proeza.

—Ha quedado una para las manos; está colgada en el baño —dijo Tamara en voz baja—. ¡Pero si el coche está a dos metros! —añadió con un profundo suspiro.

Toni entró en el baño y, antes de descolgar la toalla, vio la mancha amarillenta de orina que había dejado al lado del inodoro. ¡Mierda!, murmuró, y se aguantó las ganas de cerrar de un portazo al salir porque vio a T. J. dormido y no quería despertarlo. Lo levantó en brazos, apoyándolo en su hombro derecho y, tras cubrirlo con la toalla, salió a la calle, saltando por encima del charco delante de la

puerta.

Las luces del automóvil centellearon como un faro en medio de una tormenta cuando accionó el mando a distancia. El sonido de las cerraduras al desbloquearse le pareció un trino de pájaro esperanzador. Abrió la puerta trasera derecha y acomodó a T. J. en la silla infantil mientras las gotas de lluvia le impactaban sobre la espalda como fríos cuchillos afilados. Después se sentó en el asiento del conductor, encendió el motor, puso la calefacción al máximo y volvió al asiento trasero, junto al niño dormido. Cerró los ojos y se imaginó que estaba tumbado en la cama seca y caliente de Tamara, solo, sin ella, mientras de la ventana entreabierta le llegaban los soplos de una brisa veraniega y, afuera, sobre los abedules y los tilos, bramaba una tormenta nocturna. La cabeza se le hizo pesada, los pensamientos se le nublaron y acabó por sucumbir al sueño.

Soñó con Nina llevándolo en el BMW de su marido. Es de noche, el vehículo ronronea y se desliza por la carretera suiza. El asiento es tan cómodo que Toni puede estirar completamente las piernas y un chorro constante de aire caliente le va secando los pies mojados. «¿Quieres que ponga la calefacción de tu asiento?», dice Nina, desviando la mirada de la carretera y volviéndose hacia él. Le parece muy guapa, tan guapa que tal vez no sea completamente Nina, pero a pesar de todo es Nina; la luna le ilumina la cara. «¿Cuánto falta?», pregunta él. «Falta poco, Toni. Pero antes tienes que despertar», le responde Nina, agarrándole la rodilla.

—¡Despierta, Toni!

Toni abrió los ojos y vio a Tamara con la cabeza vuelta hacia él desde el asiento del conductor, sacudiéndole la rodilla.

—Estamos en la frontera —le dijo con voz fría, y después se volvió hacia adelante para entregarle los documentos al impasible

policía griego.

—¿Qué hora es? —preguntó Toni, estirando el cuello, que se le había quedado rígido.

T. J. dormía profundamente en su silla infantil.

—Casi las once hora de Grecia, las diez nuestras —repuso Tamara con voz seca—. *Thank you!* —dijo sonriéndole al policía que le devolvía los pasaportes—. Llevas durmiendo a pierna suelta todo el camino —le dijo como si esperara una disculpa.

Toni sacó el teléfono de su bolsillo, lo alejó de su cara tanto como pudo y pestañeó varias veces. Era como si Nina todavía estuviese con él, como si la llevara dentro. Estaba convencido de que ella también pensaba en él y de que, si ahora le enviaba un mensaje, le contestaría; además, no era imposible que estuviera en Skopie, o tal vez él tomaría al día siguiente un vuelo directo a Zúrich y harían el amor con frenesí en el maravilloso sofá color café de su salón, junto a la chimenea. Trató de conectarse lo antes posible a una red nacional cuando el policía macedonio les hizo señas para que pasaran y dejaron atrás la marquesina de la aduana para salir de nuevo a la carretera, donde la lluvia azotaba el asfalto sin piedad.

—No ha dejado de llover ni un minuto —comentó Tamara, apretando el volante con las dos manos.

Tenía la cabeza hundida entre los hombros crispados y miraba fijamente hacia delante, más allá de los limpiaparabrisas, que funcionaban a la máxima velocidad. Al mirarla, a Toni se le ocurrió que parecía una oca. Después buscó el teléfono de Nina en la lista de contactos: *Nina Suiz,* así figuraba.

—No sé por qué pagamos peaje si la carretera está llena de baches —decía Tamara—. Si no fuera despacio, podríamos matarnos con esta lluvia.

Toni no dijo nada, un poco irritado porque Tamara lo había

despertado del sueño en que Nina lo llevaba en el BMW de su marido. Quería estar solo con sus pensamientos y con el mensaje que iba a mandarle a Nina ahora, después de tanto tiempo.

—Desde luego, el tiempo se ha vuelto loco —seguía murmurando Tamara con la vista fija en la carretera delante de ella.

—¿Por qué no pones la radio? —dijo Toni para hacerla callar.

—Porque necesito silencio para concentrarme. Es muy difícil conducir con esta lluvia. Y los reflejos del agua me ciegan —se quejó ella, pero Toni ya estaba tecleando el mensaje a Nina: «He soñado contigo. Estabas guapísima».

Pulsó *enviar* y el corazón empezó a latirle con fuerza. Se imaginó a Nina vestida de *negligé,* sentada en alguno de los sillones del salón, bebiendo con desenvoltura vino tinto en alguna de sus magníficas copas del tamaño de una pecera pequeña; su móvil se ilumina en la penumbra y ella abre el mensaje.

—Hay lagos enteros, es muy fácil patinar si no se tiene cuidado —seguía Tamara con su cháchara—. ¡Mira a ese loco, cómo me está adelantando!

¿Y si no me responde?, se preguntó Toni. ¿Y si ya no quiere nada conmigo nunca más? Imposible, de inmediato ahuyentó esa idea. No es posible que, tras aquel orgasmo, no quiera verme de nuevo, pensó con una sonrisa. Ya me contestará, lo que pretende es tenerme esperando. Primero sintió una especie de calidez en la zona del corazón al recordar el orgasmo de Nina y, después, algo así como un golpe en las entrañas, que le provocó una repentina hinchazón en el vientre.

—¡Ay! —gimió, moviéndose un poco.

Echó una mirada al teléfono, desbloqueándolo por si acaso, pero todavía no había mensaje.

—¿Por qué gritas? —preguntó Tamara.

—Nada, me ha dado un calambre en el vientre —se quejó Toni, y enseguida sintió otro espasmo en las entrañas—. ¡Ay, esto no pinta bien!

—¿Vas a vomitar?

—No, déjame en paz —gimió Toni, con la esperanza de que todo se arreglaría soltando unos cuantos gases.

La fetidez que salió de él resultó tan venenosa que Tamara tuvo que abrir inmediatamente la ventanilla.

—¡Ay, Dios! —exclamó ella, y las gotas de lluvia entraron en el coche como flechas, salpicándolos a ellos dos y al niño, que frunció el ceño sin despertarse.

—¿Cómo que «Ay, Dios»? ¡Ni que fuera mi culpa! —dijo Toni, sintiendo que el rostro y el cuello se le enfriaban y que sus piernas parecían haber desaparecido—. ¡Los putos *gyros!* —gritó. El dolor en el vientre se desplazaba, emitiendo una especie de rugido—. ¡Ay! —volvió a exclamar, porque se le habían nublado los ojos.

Tamara cerró la ventanilla y la fría lluvia dejó de golpearlos, pero una nueva ola de pestilencia la obligó a abrirla de nuevo rápidamente.

—¿Estás seguro de que no vas a vomitar? —volvió a preguntar.

—¡Ya te he dicho que no, déjame en paz! —gruñó Toni retorciéndose, pues ya apenas podía hablar.

Tamara cerró la ventanilla y él sintió otra oleada de gases, pero se dio cuenta de que esta vez iban acompañados de otra cosa.

—¡Para enseguida, tengo que salir!

—Pero ¿cómo voy a parar aquí? ¡Estamos en la autopista! —repuso ella.

—¡Me da igual, para! —dijo entre dientes.

—Espera a que lleguemos al menos hasta la próxima área de descanso, ten paciencia —le dijo Tamara.

—¿Que tenga paciencia? —gruñó Toni en voz baja, porque a pesar de todo no quería despertar a T. J.—. ¡Para ahora mismo! ¡Pon los intermitentes! —dijo con un grito sofocado.

—¿De verdad no puedes aguantar? —preguntó Tamara, girando rápidamente la cabeza hacia él para mirarle. Sus ojos muy abiertos expresaban impotencia y tenía la boca entreabierta de miedo.

—¡Si no paras ya, va a ocurrir una catástrofe! —dijo él con la mandíbula rígida, y emitió un lastimero gemido.

Tamara fue reduciendo poco a poco la velocidad y puso los cuatro intermitentes. Cuando el vehículo se detuvo, Toni se metió el teléfono en el bolsillo delantero del pantalón, salió disparado y, saltándose a la carrera el arcén, se adentró unos metros en el campo. Se desabrochó el pantalón y se puso en cuclillas bajo la lluvia. Sintió el crujido de sus rodillas y un dolor punzante en las articulaciones. De sus entrañas empezó a salir agua mientras la lluvia le chorreaba por el rostro. Estuvo gimoteando mientras evacuaba. Los intermitentes del coche de Tamara le hacían guiños aciagos y la lluvia seguía azotando la autopista. Cuando se aseguró de que se había vaciado completamente, se dio cuenta de que no tenía con qué limpiarse.

—¡Joder, joder, joder, joder, los putos *gyros* y su puta madre! —gritó y se enderezó, subiéndose los calzoncillos y los vaqueros mojados.

Se abrochó la bragueta y sintió una vibración en el bolsillo. ¡Un mensaje!, exclamó, y lo buscó con la mano, pero justo en ese momento oyó un estruendo formidable en la carretera, un chirriar de ruedas y el fragor de cristales rotos. Levantó la mirada y vio ante él la más absoluta oscuridad: el coche de Tamara ya no estaba allí.

II

El entierro de Tamara estaba previsto para las 13:00 en el cementerio municipal. A Toni no le apetecía ir, pero no se le ocurría ningún pretexto que justificara su ausencia. Si al menos hubiera podido decir que tenía que cuidar de T. J., se habría librado del entierro y habría ido más tarde a la tumba de Tamara para despedirse de ella en privado, como pensaba hacer al principio. Pero su ex no quería ni contestarle las llamadas, qué decir de dejarle estar con su hijo.

En las noticias habían dicho que dejaría de llover alrededor del mediodía y, efectivamente, cuando los amigos y parientes afligidos llegaron frente a la capilla, ya hacía un sol de justicia y la atmósfera era húmeda y pesada. Para colmo, aunque las mascarillas ya no eran obligatorias al aire libre, había gente que seguía llevándolas, y la parte del rostro que quedaba al descubierto se veía rosada, hinchada y sudorosa. Todo el mundo sabía que era en los entierros donde con mayor facilidad se podía contraer el covid, por lo que mucha gente tenía una justificación para no asistir. La madre de Toni, por ejemplo, aunque él había intentado convencerla de que lo acompañase. Ella le recordó que tenía ochenta años y era población de riesgo; además, con el calor que hacía, seguro que se encontraría

mal en algún momento. A Toni no le convencía nada de aquello: si su madre tenía fuerzas para pasear todos los días por el parque detrás de su casa y tomar café con sus amigas, entonces podía esforzarse un poco y acompañarlo. De sus amigos de primaria y secundaria, solo Toni Sharska lo llamó para darle el pésame y decirle que no podía asistir porque tenía que trabajar. Aunque su hermana había dejado de hablarle hacía tiempo y ahora estaba en algún lugar de América del Sur —Toni no recordaba si Chile o Perú—, esperaba que al menos lo llamara para preguntar si T. J. estaba bien, pero eso tampoco ocurrió. El resto de sus amigos y conocidos le pusieron muchos emoticonos de caras llorosas debajo de su publicación en Facebook con la foto borrosa de Tamara con gafas de sol y chaqueta de cuero en un club de rock duro en alguna parte de Europa, que ella misma le había enviado. «¡Buen viaje con los ángeles, ángel mío!», había escrito Toni. Reunió unos 320 me gusta y 150 comentarios, en los que sus amigos de Facebook expresaban su incredulidad y escribían «que en paz descanse» o «Dios la tenga en su gloria». Al leer todos esos mensajes, a Toni se le formaba un nudo en la garganta y la respiración se le hacía más entrecortada y superficial; en esos momentos, le parecía que la tragedia de la muerte de Tamara le afectaba principalmente a él.

Al entierro acudieron unas cincuenta personas que no sabían cómo saludarse unos a otros debido a los protocolos anticovid, titubeando sobre la distancia de seguridad que debían mantener. Toni llegó con media hora de retraso porque calculó mal el tiempo que se tardaba en llegar hasta allí en coche y, además, le costó un buen rato parar un taxi, que sabía de antemano que le iba a salir por un riñón. Al bajarse del vehículo en medio del caluroso silencio de la callejuela frente a la capilla, le entró el pánico: ¿y si después tenía que volver en autobús? Por allí probablemente no iba a pasar ningún

taxi y, en cualquier caso, no quería meterse en el coche de un bruto que terminaría de desplumarlo. Bueno, se consolaba mientras caminaba hacia el grupo de personas que se sonaban la nariz a cierta distancia unos de otros, como piezas negras de ajedrez. Bueno, ya habrá quien me lleve a la ciudad. Como vivo en el centro, todos tienen que pasar por allí sí o sí, pensaba mientras se iba acercando al lúgubre y ruidoso coro de gente. El siguiente dilema era si le correspondía estar dentro de la capilla, al lado de los padres y el hermano de Tamara, a quienes podía ver desde las escaleras de la entrada, de pie junto al ataúd cubierto de flores y coronas, detrás de la foto en blanco y negro de la difunta y la cruz con el nombre y las fechas de nacimiento y muerte. En la penumbra del interior divisó dos espectros negros que rodeaban el féretro para darle el pésame a la familia. Está lleno de gente, mejor no entro, se dijo, y esperó a que algunos de los amigos y parientes de Tamara que había conocido en comidas de familia y fiestas de cumpleaños se le acercasen para darle el pésame. Aunque vivíamos juntos, a fin de cuentas no estábamos casados, se justificaba Toni mientras intentaba ver si reconocía a alguno de los presentes.

Primero encontró la mirada de Ema. De qué conozco yo a esta, joder, pensó mientras Ema se le acercaba.

—Mi más sentido pésame —dijo ella y, tras volver a ponerse la mascarilla, lo abrazó torpemente con el cuerpo a cierta distancia.

—Gracias —balbució Toni, dándole unas palmaditas en la espalda.

La mujer tenía la edad de Tamara.

—No sé si te acuerdas de mí, soy Ema, de pilates —le dijo ella, poniéndose la mascarilla debajo de la barbilla.

—Perdona, ahora mismo no caigo —dijo Toni, pues desde pequeño había aprendido que parecía mucho más importante si

reconocía de forma arrogante que no recordaba a la gente a la que había conocido en algún momento del pasado.

—Una vez tomamos café en su casa —Ema se estremeció al instante y rectificó—, en vuestra casa, no sé si te acuerdas.

—Ah, sí, sí, ya me acuerdo —dijo Toni, pensando que no se notaba que Ema hiciera pilates, pero, por otro lado, a Tamara tampoco se le notaba. Calló a la espera de más preguntas.

—¿Cómo estás? —le preguntó Ema.

—Ah, estupendamente —suspiró él, mirando hacia arriba. Los ojos se le humedecieron de verdad detrás de las gafas.

—Perdona —dijo Ema sonrojándose—. Y el hijito, ¿qué tal?

—Va tirando. Está con su madre. No he querido traerlo a un entierro —mintió—. Ya tendrá ocasiones en la vida de ver muertos —añadió encendiendo un cigarrillo. Ema no dijo nada—. De todas formas, fue un milagro que se salvara solo con un par de rasguños.

—Sí, un milagro —repitió Ema, volviendo la cabeza hacia sus amigas—. Hemos venido varias del grupo. La profe también está aquí. Queríamos mucho a Tamara. Era maravillosa. Ha sido un choque. —Apenas pudo pronunciar las últimas palabras, porque se echó a llorar y se cubrió la boca con un pañuelo que sacó del bolsillo.

Toni miró hacia el rincón opuesto de la plazoleta y vio, junto a la cerca, a la profesora de pilates y a un grupo de chicas, todas vestidas de negro y con gafas oscuras. Pues la profe no está tan buena como cabría esperar, ni tampoco las tías a su alrededor, pensó. Dios sabe qué harán en el pilates ese.

—Una tragedia, Ema, una tragedia —dijo, secándose el sudor sobre el labio superior.

—Están saliendo —dijo Ema, prorrumpiendo en sollozos al ver a cuatro hombres que sacaban en silencio el ataúd de Tamara y lo

colocaban en el coche fúnebre.

La madre de Tamara bajó las escaleras con pasos lentos e inseguros, del brazo de su esposo. Delante de ellos caminaba el hermano de Tamara, pisando firme con la cruz en las manos y los labios apretados, como un soldado. Los tres llevaban gafas de sol. La madre gimió cuando deslizaron el féretro en el interior del vehículo, cubriéndose la boca. Toni sintió que el corazón le retumbaba en los oídos y desvió la mirada hacia el árbol más cercano. Entre las ramas de la corona había una grajilla que se puso a graznar en el instante en que los sepultureros y los amigos de Tamara empezaron a colocar los ramos y las coronas de flores sobre la caja. Tal vez debería haberme acercado a saludar a los padres de Tamara, pensó dando una calada al cigarrillo. Pero ya habrá tiempo, se tranquilizó, ahora hay que ir hasta la tumba. Uno de los sepultureros cerró la puerta de atrás y les explicó dónde se encontraba la parcela a la que debían dirigirse, pero Toni ni siquiera hizo el intento de escucharlo, pues sabía que habría quien supiera dónde quedaba la tumba exactamente. En el silencio se oían sollozos, quejidos, gimoteos, llantos sofocados, suspiros y, en medio de todo esto, los insolentes graznidos de la grajilla. Acto seguido, los presentes se pusieron en marcha, dispersándose como bolsas de basura negras llevadas por el viento.

—¿Tienes coche? —preguntó Ema.

—No —repuso Toni secamente, pensando que tal vez así ella se daría cuenta de lo tonta que era su pregunta, porque él también había estado en el accidente. La gente no se entera de nada, pensó airado.

—Nosotras hemos venido con dos coches. ¿Quieres que te llevemos hasta la tumba? —preguntó Ema, encaminándose hacia la salida de la pequeña plaza—. A pie tampoco queda lejos, cinco o

diez minutos desde aquí.

Toni echó una mirada al cigarrillo a medio fumar y dio una profunda calada.

—Voy a pie, gracias —dijo, exhalando el humo. Observó a un grupo de personas que se iban adentrando en el camposanto con pasos cortos—. Para calmarme un poco —añadió, consciente de que no se sentía como quien acaba de perder a su novia.

Era como si, en realidad, no acabara de sufrir una pérdida, como si no tuviera nada que ver con Tamara. Pero sí sentía un mal sabor de boca del que pensaba deshacerse por el camino o frente a la tumba misma y que se originaba en su miedo de que la gente lo creyera de alguna manera culpable de la muerte de Tamara o, aún peor, un mal padre que había expuesto a T. J. a un peligro, como insinuaba su ex. Para poder explicar a los demás lo que realmente había ocurrido, pensaba que debía estar solo, tan solo que todos quisieran consolarlo y expresarle sus condolencias. Al final, menos mal que no ha venido mi madre, se dijo cuando se le acercó la primera señora mayor para darle el pésame y preguntarle cómo estaba su hijo.

—¿Y Antonio está bien? ¡Pobre niño! —gimió la señora, secándose la esquina del ojo con un pañuelo de papel arrugado.

—Gracias a Dios, T. J. ha salido ileso —dijo Toni, enfatizando en el nombre que él le había impuesto *a posteriori* a su hijo: Toni Junior, o T. J., para que no sonara como A. J., el hijo de Toni Soprano.

—¿Cómo es posible…? —Al lado de la primera señora de negro se materializó otra igual que ella: bajita, con zapatos planos negros y gastados, de cintura ancha, los pechos colgando bajo la camiseta negra y las comisuras de los ojos enrojecidas.

—Se salvó con un par de rasguños —respondió Toni.

—Dios estaría con él —dijo la primera señora, persignándose.

—Hasta en las peores circunstancias puede pasar algo bueno —dijo la segunda señora, persignándose a su vez.

—Y tú, hijo, ¿cómo te salvaste? —detrás de la segunda señora ahora apareció una tercera, un poco más rellena que las dos primeras. A Toni no le gustó el brillo de los agujeros de celulitis que se marcaban en sus brazos bajo el sol.

—Yo salí del coche para tirar, con perdón, los vómitos de T. J. —repuso Toni, preparado. A su lado apareció un hombre bajito que tendría más o menos su edad. Parece mucho más viejo que yo, pensó Toni al echar una mirada a su coronilla—. Tamara me pidió que me bajara —prosiguió Toni, aportando detalles por si acaso— para que no empezara a vomitar también ella —explicó mirando a la señora de los brazos regordetes.

—Para poder conducir —comentó casi en un susurro el hombre bajito. Tenía la voz demasiado aflautada para el gusto de Toni.

—Después no me acuerdo de nada —dijo Toni, apretando los labios para no echarse a llorar.

Los nombres de los muertos en las lápidas y los monumentos en mal estado, el sol de justicia y la lenta procesión de figuras negras por los caminos entre las tumbas le hacían difícil controlar sus sentimientos. Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, lágrimas de autocompasión. Tenía que contarle a todo el mundo su experiencia traumática y, para colmo, su ex había amenazado con denunciarlo y no dejarle ver a su hijo nunca más. Todo eso no pensaba confesárselo a nadie.

—¡Qué tragedia! —murmuró el hombre bajito.

Toni apretó el paso; no le gustaba esa compañía. Delante de sí reconoció la figura solitaria de Milena, amiga de Tamara desde primaria. Se le acercó por la izquierda, como quien no quiere la

cosa, y empezó a caminar a su lado. Milena siempre le hacía pensar en *baklava:* tenía el culo grande y era dulce como un bombón. Justo en la cintura se ensanchaba, mientras que sus pies y su cabeza eran notoriamente pequeños. Tenía una boca diminuta, con labios prominentes que siempre parecían húmedos. Cuando le dio el pésame y le estrechó la mano, la barbilla de Toni empezó a temblar aún más fuerte y Milena le acarició el codo y el tríceps. Como le agradó el gesto, repitió varias veces «No recuerdo nada…, nada», permitiéndose soltar también una lágrima de autocompasión. Al ver la lágrima, Milena tomó su manaza entre las suyas, acariciándosela con sus uñas ovaladas pintadas de rosa.

—Todo irá bien —le susurró acercándosele. Toni sintió el calor de su cuerpo, muy cerca de él—. Hasta el final de tu vida la llevarás en el corazón… ¡Hasta el final! —añadió en un susurro más enfático. Tenía las manos sudadas por el calor, y las suyas también estaban empapadas. Por la frente de Toni corrían gotas de sudor a causa del sol que les abrasaba la cabeza.

—¿Tienes un clínex? —le preguntó él, porque a propósito no llevaba consigo, aunque su madre se lo había recordado al salir («Llévate clínex, por si te pones a llorar», le había dicho).

Una grajilla volvió a graznar entre las ramas de un roble. Toni alzó los ojos hacia el ave, preguntándose si sería la de antes. No es posible que sea la misma, pensó mirando a Milena, que había sacado de su pequeño bolso negro un paquete de pañuelos desechables y se lo ofrecía.

—Quédatelo —dijo ella con una mirada grave y, después, con un tono aún más grave, añadió—: Lo vas a necesitar.

Toni sacó un pañuelo del paquete y se secó la frente; después se lo pasó también por el cuello sudoroso.

—Gracias, querida —le dijo—, por el clínex y por tus palabras. —

Y tras una pausa agregó—: Me has ayudado mucho.

En medio del silencio circundante todos oyeron de nuevo los graznidos de la grajilla, tres veces seguidas. Toni trató de no pensar en el ave. Sacó otro pañuelo y le devolvió el paquete a Milena.

—Con este tengo suficiente, gracias —le dijo, sin explicarle que en realidad no quería guardar cosas que abultaran en los bolsillos de sus vaqueros ceñidos.

Vio a la grajilla levantar el vuelo desde la rama de un cerezo y posarse encima de un enebro, a la cabeza de la procesión, como si pretendiese mostrarles el camino. Volvió a graznar, de nuevo tres veces seguidas. Tu puta madre, pajarraco de mierda, le espetó Toni para sus adentros.

El aire pesado y sofocante pareció volverse de plomo cuando a su nariz llegó el olor del incienso.

—Hemos llegado —le susurró Milena al ver al pequeño grupo detenerse alrededor de un punto invisible que sería, pensó Toni, la tumba de Tamara.

—Si quieres, acércate más, yo me quedo aquí, no puedo… —le dijo él, poniéndose a la sombra de un cerezo silvestre poco frondoso que crecía al lado de una gran lápida de mármol recién colocada. Toni apoyó el codo en la lápida; le dolían los pies, ya que en verano las zapatillas le apretaban y le dejaban ampollas en los dedos.

—Voy —dijo Milena—. Quiero decir unas palabras sobre Tamara, nuestro ángel —añadió en voz baja.

Se alejó en dirección al corro, que se separó en dos para abrirle paso. Se detuvo, orgullosamente erguida, al lado de la lápida, en la que Toni pudo leer: Paraskeva Popovska (la abuela de Tamara, con quien había de compartir ahora la tumba). Cerca de la antigua lápida de Paraskeva había un pope meciendo un incensario encendido. Con la cabeza en alto, adoptando la postura de quien se dispone a decir

algo importante, Milena se quitó las gafas de sol y miró con ojos serios al público que tenía delante. Sus iris azules parecían flotar en medio de una sustancia rosa. Sin querer, Toni divisó el borde de la fosa donde había de entrar el ataúd de Tamara, con ella dentro. La nada que sentía en su interior pareció llenarse del olor a incienso y tuvo que cerrar los ojos.

—¡Tamara! —oyó el alarido de Milena resonar en medio del silencio—. ¡Tami, querida! —chilló aún más fuerte—. ¡Ángel nuestro! —volvió a gritar, e hizo una pausa antes de proseguir—: ¡Eras tan buena que Dios decidió llamarte a su lado!

Repitió la pausa, porque la voz se le rompió en las últimas palabras.

—De verdad, ¿conocíais una persona mejor que Tamara? ¿Eh? —siguió gritando con voz temblorosa, como si esperara una respuesta del público, pero todos callaban. Ella rugió, casi enfadada—: Yo os lo digo: no, y que Dios me perdone, pero yo a él nunca le perdonaré que haya decidido llevarse a una persona como Tamara, quitárnosla tan prematuramente. —Su grito agudo pareció traspasar el espacio bajo el corazón de Toni, donde él sentía el vacío. Al momento, Milena pareció dominarse y prosiguió con más calma—: Quitárnosla a nosotros, que tanto la queríamos. ¡Tami, Tami nuestra inolvidable! —dijo estallando en llanto, de modo que las comisuras de sus labios se contrajeron hacia abajo.

Ay, cómo me gustaría estar en otro sitio, pensó Toni y, al abrir los ojos, miró la lápida de mármol sobre la que se había apoyado: Toni Petrovski (1989 – 2019), rezaba la inscripción, sobre la foto de un muchacho corpulento en cuclillas al lado de una moto potente.

—¡Ah! —se le escapó, sobresaltado, y retiró al instante el codo del mármol, como si la muerte del joven Toni fuera contagiosa como un virus.

Varias personas, entre ellas Ema, volvieron la cabeza hacia él, mirándolo con la boca entreabierta o torcida por la tristeza o el llanto, creyendo que había gritado de pena por Tamara, conmovido por las palabras de Milena. Deseando huir de la tumba del muchacho, Toni buscó con la mirada otra sombra cercana donde pudiese cobijarse y descubrió un arce raquítico, debajo del cual estaba a la espera uno de los sepultureros. Decidió acercarse, con cierta reticencia: un sepulturero también tenía que ver con la muerte, pero de forma estrictamente profesional, pensó. Mientras se dirigía hacia el árbol, le pareció que cada piedrecita debajo de sus zapatillas crujía a su paso.

Milena se estaba mirando los zapatos, secándose las lágrimas.

—¡Tu partida es tan difícil de aceptar! —prosiguió—. ¿Cómo hablar de ti en pasado? —Entre el público se oyó un gemido—. ¡No había, no hay ni habrá mejor persona que tú! Eras el apoyo de todos nosotros. ¡Querías incondicionalmente a todos, y todos te querían a ti! Cuando alguien te conocía mejor, enseguida empezaba a quererte. Y lo que te hacía más grande todavía era que tú siempre cuidabas de todos, Tami querida —chilló Milena, hundiendo la nariz en el pañuelo de papel.

Es verdad, pensó Toni deteniéndose lo más lejos posible del sepulturero, a Tamara le gustaba cuidar de la gente, y era buena, se comportaba como si fuera la madre de T. J. Al acordarse de su hijo, sintió una punzada donde antes se había instalado el vacío. Tamara había cuidado de T. J. y de todos los miembros de su familia: de su hermano y de los hijos de su hermano, que no habían ido al entierro. No estaba ni la esposa de su hermano; Toni la buscó con la mirada por todas partes entre la gente, pero no la vio. Se habrá quedado en casa con los niños, pensó, pero rápidamente ahuyentó esa idea de su cabeza para concentrarse en el discurso de Milena,

que había vuelto a cobrar impulso. Ahora hablaba aún más alto que antes, con la nariz taponada por el llanto:

—Tami, querida, ¡tú amabas tanto la vida, amabas tanto la música! ¡Te expresabas a través de la música, desde que éramos pequeñas! Y ahora lo único que me queda es cantarte nuestra canción favorita, aquella que te cantábamos toda la clase durante el viaje en autobús por Yugoslavia —gritó Milena y, tras tomar aliento, empezó efectivamente a cantar—: *Ko mi tebe uze, Tamara?* —Alzó la voz con furia, levantando el puño cerrado y haciendo una pausa dramática—. *Prodala si suze drugima! Noćima ja sanjam tvoje tragove.* —Cantó los últimos versos deprisa y, volviéndose hacia atrás, llamó—: Vamos, 8.º B, todos juntos, ¡todos juntos!

Se oyeron un par de vocecitas tímidas y temblorosas, acompañándola en un desafinado y lloroso último verso: *Kuda idu izgubljene djee-vooojke?*[67]

Se hizo un silencio incómodo, en el que Toni oyó un ligero *¡plas!* a su lado; giró la cabeza y vio que el sepulturero acababa de darse una palmada en la frente. El aire estancado impregnado de incienso ahogó los chillidos y el llanto de Milena. Dos compañeras suyas del «8.º B» la abrazaron y se la llevaron lejos de la tumba y de la vista de Toni. El enterrador fue a reunirse con sus dos colegas, que sacaron una pesada bolsa blanquecina de la fosa. El pope empezó a cantar y Toni volvió a cerrar los ojos. Nadie podía ver que los tenía cerrados tras los cristales oscuros de las gafas. Quería evitar en especial los pensamientos relacionados con huesos, cadáveres y muerte. Además, el olor a incienso le daba dolor de cabeza, así que empezó a respirar por la boca para neutralizar el olfato. Después oyó golpes secos, tierra cayendo, plañidos de mujeres, silencio.

De forma involuntaria entreabrió el ojo derecho y vio delante de él a Ema con una bandeja metálica con pastelitos y pequeños vasos

de plástico.

—Trigo cocido y aguardiente, por el alma de la difunta —murmuró ella, acercándole la bandeja a la cara.

—Que Dios la tenga en su gloria —dijo él, y cogió un pastelito.

Inmediatamente pensó que no debía morder el trigo cocido para evitar que los puentes se le despegaran, así que se lo metió en la boca de una vez. Sabía a harina caliente y húmeda. Tragó casi sin masticar, sintiendo cómo se le pegaba la masa a la garganta. Tal vez debería derramar un poco de aguardiente por el alma de Tamara, pensó, pero no estoy seguro. De repente le entró miedo de que le diera un ataque de tos, así que apuró el vaso entero de golpe, con la esperanza de que sirviera para bajar el trigo. El aguardiente era excepcional, muy fuerte y a todas luces casero, y le quemó la garganta. Al instante, un cálido rubor le subió al rostro.

Tengo que beber algo más, pensó, y decidió cambiar de sitio, porque tenía la impresión de que todo el olor a incienso se había concentrado donde estaba en ese momento. Caminó en semicírculo alrededor de la tumba hasta un pino. Allí podría esperar a la sombra el momento idóneo para irse y, mientras tanto, conseguir algo para beber. En ese momento vio a Ema con una bolsa en una mano y una botella de plástico con algún tipo de refresco en la otra. Se acercó a ella y extendió la mano con el vaso vacío, que Ema llenó hasta arriba.

—Dios la tenga en su gloria —le dijo ella.

—Que viaje con los ángeles —respondió Toni, y dio un par de tragos grandes.

El refresco estaba caliente y tenía mucho gas.

—Por favor, toma uno —susurró Ema, señalando con la barbilla la bolsa en su mano izquierda.

—¿Qué es esto? —preguntó Toni con voz normal, pues le daba

pereza esforzarse para susurrar.

—Por el covid no nos atrevemos a comer en el restaurante del cementerio, pero hay *catering* —le explicó ella susurrando, mientras Toni sacaba de la bolsa un plato desechable envuelto en celofán, con una brocheta de pollo, cinco o seis palitos arrugados de patatas fritas, cuatro rodajas de pepino descolorido sin pelar, dos de tomate y un trozo de pan candeal barato—. Por el alma de la difunta —añadió Ema, y se alejó para ofrecer refresco a los demás asistentes, algunos de los cuales ya empezaban a marcharse.

Toni oyó las paladas de tierra repiquetear sobre el ataúd a medida que se iban acumulando. Se acordó de que, al morir su padre, fue él quien tiró el primer terrón sobre el féretro. Después lo hizo su madre. Pope no había. Se preguntó si era demasiado tarde para ir hasta la tumba y tirar un puñado de tierra dentro, pero le repelía la idea de acercarse a los sepultureros, y además tengo las manos ocupadas, se dijo. La cruz estaba apoyada sobre la lápida de Paraskeva y Tamara; detrás se veía el camino donde estaba estacionado el coche fúnebre. Junto a este, una hilera de perros perezosos observaba atentamente a la concurrencia, que comía pollo mientras los sepultureros llenaban la fosa. Todos eran chuchos blanquecinos con el hocico marrón y una oreja gacha con una marca de plástico amarillo, una señal de que estaban castrados. El quinto perrito —el más pequeño y el más feo— no tenía esa marca; era más flaco y de color más oscuro, y estaba sentado con gesto triste, apartado de los demás.

Bajo el sol abrasador que le quemaba la coronilla, Toni localizó el pino bajo el que quería situarse a la espera de que alguien se ofreciera a llevarlo de vuelta, pero, cuando se acercó, vio que en la sombra había un banco medio roto, en cuyo borde estaban sentados los padres de Tamara, abatidos y con gesto ausente. Ay, se dijo,

todavía no les he dado el pésame. Inhaló el aire del cementerio, polvoriento y lleno de incienso, y sintió que se le pegaba al interior de la nariz. Con cierta reticencia, se encaminó hacia ellos. Qué pequeños y pálidos son, pensó. Y qué encorvados, lo mismo que Tamara. Seguía intentando armarse de valor para estrecharles la mano cuando el hermano de Tamara le cortó el paso.

—¿Adónde crees que vas? —le susurró, furioso.

Toni lo miró desconcertado.

—A darles el pésame. Mi más sentido pésame… —balbució, pero el hermano de Tamara lo frenó en seco, empujándolo con el pecho hacia atrás y alejándolo de sus padres.

—Te puedes meter el pésame por el culo —le susurró entre dientes. Un par de gotas de su saliva cruzaron el aire y aterrizaron sobre los labios de Toni—. ¡Largo de aquí, desgraciado! De no haber sido por ti, mi hermana seguiría viva. Si mañana a las cinco no estás fuera de su piso, vamos a tener un puto problema tú y yo.

Si yo no he hecho nada, quería decir Toni, pero empezó a tartamudear:

—Espera un momento…

Se calló, porque en ese mismo instante oyó que la madre de Tamara volvía a prorrumpir en llanto y vio a Milena inmóvil junto a la tumba con un enorme ramo de flores, mirándolo. Con el vaso semivacío de refresco en una mano, se limpió las salpicaduras de saliva de la boca con la otra.

—Como no te hayas llevado tus cosas a las cinco, las vas a recoger de la calle —continuó el hermano de Tamara—. Hala, fuera de aquí, si no quieres que a ti también te tengamos que cavar una tumba —le espetó apretando los dientes y empujándolo con las dos manos.

—¡Hijo, déjalo! —se oyó la voz llorosa de la madre.

Una intensa blancura deslumbró a Toni, enturbiándole la cabeza. Trastabilló hacia atrás, se dio la vuelta y con las rodillas flojas se encaminó hacia un sendero entre las tumbas. Empezaron a temblarle las manos, se le secó la garganta y de golpe sintió frío. Se terminó el refresco y dejó caer el vaso de plástico al suelo. Detrás de sí oyó ladridos, una voz de hombre gritando «¡Fuera! ¡Fuera!» y, enseguida, los gemidos de un perro.

No sabía adónde ir. El sol le calentaba la cabeza y se filtraba a través de la camiseta negra. Hasta las gafas oscuras le quemaban en la nariz. Por los senderos estrechos entre las tumbas salió a una calle asfaltada. Todos los caminos llevan a alguna parte, pensó. Agua, necesito agua, se repetía mientras intentaba ahuyentar de su mente la imagen del hermano de Tamara insultándolo, así como la mirada fija de Milena con el enorme ramo en las manos al lado del túmulo recién hecho. No les hagas caso, se dijo, la gente es muy bruta, desagradecida y egoísta. Si no hubieran estado allí sus padres, y de no haber sido por respeto a mi chica, le habría partido la cara. Comenzó a enardecerse, dando rienda suelta a su rabia. En medio del silencio sepulcral, oyó pasos detrás de sí, acompañados de un jadeo entrecortado. Al girar la cabeza, vio al perrito más triste y feo del grupo; lo seguía a dos o tres metros de distancia, con el rabo entre las piernas debiluchas.

—¡Fuera! —le gritó, dando un fuerte zapatazo en el suelo; el perro se echó al suelo de miedo y empezó a acercársele a gatas. Tenía un aire tan lastimoso que a Toni le disgustó aún más—. ¡Fuera te digo! —rugió, dando un par de pasos en su dirección, en vista de lo cual el cachorro corrió a esconderse detrás de una lápida, gimoteando.

Encima se pone a chillar sin que le haya hecho nada, pensó Toni, y en ese instante se dio cuenta de que todavía tenía en la mano el

plato desechable con la brocheta y las patatas fritas. No pienso alimentar a los chuchos callejeros, con eso no le haría un favor a nadie, reflexionó. Siguió caminando, ahora furioso y resuelto a encontrar la parada de taxis más cercana para salir de esa madriguera de la muerte, pero volvió a oír pasos detrás de sí y, cuando giró la cabeza, vio al mismo perrito con el rabo entre las piernas.

—¡Fuera, chucho de mierda! —volvió a gritar, esta vez poniéndose en cuclillas y fingiendo que cogía una piedra del suelo para tirársela.

Las rodillas le crujieron y por poco se desploma sobre el asfalto. El chucho escapó gimoteando otra vez y desapareció entre las tumbas, mientras la rabia de Toni crecía.

—¡Fuera, puto bicho! —bramó.

Continuó su camino volviendo la cabeza de vez en cuando para ver si el cachorro lo seguía; cuando se aseguró de que no estaba, se sintió aliviado, pues se le había metido en la cabeza que todo en aquel lugar podía traerle la muerte: había oído rumores de que las enfermedades que habían acabado con los difuntos se filtraban fuera de los ataúdes, mezclándose con la tierra y con la comida en el cementerio. Sacudió la cabeza para ahuyentar esos pensamientos nauseabundos.

Entró en una zona del camposanto un poco menos desagradable que le resultó familiar, más limpia y boscosa, más humana. Se dio cuenta de que por allí estaría la Avenida de los Gigantes, no muy lejos de la cual se encontraba la tumba de Zorba el Griego y, muy cerquita de esta última, la del padre de Toni, cuya película favorita había sido precisamente *Zorba, el griego,* con Anthony Quinn. Se olvidó del chucho y buscó con la mirada el abedul que estaba no muy lejos de la tumba de su padre, así como el sepulcro con la

pelota de fútbol que inmortalizaba al futbolista Mitko y le servía de orientación, señalándole dónde debía girar a la izquierda. Muy pronto vio la pelota y sintió un subidón de energía y esperanza. Encontró también el abedul y, poco después, la tumba de su padre, en cuya lápida gris el marmolista había grabado Dr. Anton Stoyanov (1938 – 1991) —poniendo por error *Anton* en vez de *Andon*— y, justo debajo, la inscripción:

El hombre siempre está solo.
Hegel

La tumba se encontraba bajo la sombra de un álamo cercano, y a su lado había un pequeño banco instalado hacía años por Evguenia, la madre de Toni. Dejó el plato sobre las sucias tablas verdes del banquillo, se sentó al lado, inspiró profundamente y observó el sepulcro: parecía un poco abandonado, porque su madre ya no lo visitaba tan a menudo como antes. Iba solo cuando encontraba a alguien que pudiese llevarla en coche. «No tiene sentido visitar el cementerio por una persona que ha muerto: ya no está, ¿entiendes?», solía decirle Toni cuando su madre le reprochaba no haberse sacado el carné de conducir y no poder llevarla ni a visitar el camposanto. «Además, conducir un coche no es ecológico», había aprendido a añadir en los últimos años. Pero mientras descansaba en el banco con los hombros encogidos, la mirada fija en la tumba descuidada de su padre, la frente y la nariz chorreando un sudor que hacía que las gafas se le deslizaran hasta las aletas, se dio cuenta de que su madre casi había dejado de venir en los últimos años.

La lápida estaba cubierta de surcos blancos y resecos de caca de pájaro, que hacían difícil leer el nombre de su padre y la cita de Hegel. La propia tumba también estaba salpicada de grandes

manchas de caca y tapizada de pinaza y conos, hojarasca podrida y algún que otro pedacito de basura. Junto a la cabecera de la tumba yacía una botella vacía de Coca-Cola de medio litro con la etiqueta desteñida por el sol y la lluvia, y en la base de la lápida, una bolsa de Doritos, aplastada por la tierra y las hojas. Toni miró alrededor, pero no vio ninguna papelera cerca, de manera que dejó la basura donde estaba. Vio que, unas cuantas tumbas más adelante, donde estaba la de Zorba, aquí o allá se divisaba alguna que otra flor roja y, además, la hierba y los árboles parecían un poco más cuidados. Esto le provocó un arrebato de rabia, y no tardó en culpar a su madre. A fin de cuentas, pensó, si ella no puede, podríamos contratar a una mujer para que se ocupe de mantener la tumba… En ese preciso instante, su memoria le trajo la imagen del hermano de Tamara empujándolo y gritándole que se mudara antes de las cinco del día siguiente porque si no, iban a tener un puto problema. Cerró los ojos, sintió un escalofrío. Se dio cuenta de que no le quedaba otra opción que dejar el apartamento y que ese mismo día tendría que avisar a su madre de que iba a volver a su antigua habitación. Ella estará encantada, se consolaba, y T. J. podrá visitarnos y mamá cuidará de él. Abrió los ojos y se quedó mirando el nombre de su padre. Guau, pensó Toni, ¡qué joven eras! Falleciste con apenas cincuenta y tres años, suspiró profundamente y por su cabeza pasó veloz otro pensamiento que, hasta entonces, quién sabe por qué, nunca se le había ocurrido: en ese momento él mismo tenía cincuenta y tres, y también podía morir.

Se acordó del sueño de la playa, en el que se había tragado los dientes, y una nueva ola de sudor frío le perló el labio superior. Enseguida se le enturbió la mirada y sintió que la cabeza le pesaba medio kilo menos. No he probado bocado desde esta mañana, a excepción de ese trigo cocido, pensó, y su mirada se posó sobre el

plato de plástico del restaurante del cementerio. Lo cogió y, con dedos temblorosos, empezó a desenvolver el celofán. Primero se zampó las patatas raquíticas, que no le dejaron nada satisfecho. Después sacó los cuatro trocitos de carne de pollo pegajosa de la brocheta, partió el panecillo duro en cuatro y con las cuatro rodajas de pepino hizo sendos pinchos. *Polluelos,* así llamaba su padre a los pinchos que a veces le daba de comer cuando era pequeño. «Cómete un polluelo, que te crezca el pajarito», le decía, envuelto en una nube de humo de cigarrillo, y ese recuerdo le hizo sonreír.

—Ay, papá, ¡qué desgracia te cayó a ti, y la que me ha caído a mí! —suspiró mientras masticaba. Una migaja de pan mojado le salió disparada de la boca y cayó sobre la goma de su zapatilla izquierda. Se le humedecieron los ojos y la tumba de su padre pareció flotar en medio de un lago—. ¡Cincuenta y tres años, papá! Por poco me lleva la muerte, como te llevó a ti —dijo con voz áspera y tragó todo lo que había masticado; luego levantó un pincho en el aire—: ¡Por tu alma, gigante! —dijo metiéndose el pincho entero en la boca.

Masticó con lágrimas en los ojos, como un niño pequeño obligado a comer a la fuerza, con la mirada desenfocada fija delante de él, en el mármol grisáceo cubierto de cagadas secas de pájaros. En sus oídos percibía un zumbido como de caracolas marinas, provocado por el esfuerzo de no echarse a llorar.

Ese zumbido se mezcló con un breve pero insistente gimoteo. Toni levantó la cabeza y distinguió una mancha blanquecina sobre la lápida de la tumba de al lado. Al secarse los ojos, reconoció al cachorro que lo había seguido: lo observaba sentado con sus ojos tristes, con el rabo entre las piernas, barriendo nerviosamente la pinaza. A Toni le invadió una familiar mezcla de asco y lástima.

—¡Chucho! —gritó haciendo ademán de tirar una piedra invisible. El cachorro empezó a chillar como si Toni de verdad lo hubiese

golpeado con algo; después posó la cabeza en el suelo dócilmente y siguió mirándolo a los ojos, entre gemidos—. No tengo nada que ofrecerte —dijo Toni mirando el plato a su lado y, levantando con los dedos las dos rodajas de tomate que quedaban dentro, añadió—: ¡Toma! Si tienes hambre, te los comerás.

Vio cómo el animalito masticaba con desgana y nerviosismo lo que le había tirado. Ante sus ojos apareció la imagen de Tamara comiéndose un tomate mientras la lluvia tamborileaba afuera y se colaba por debajo de la puerta de la habitación. Su última cena, pensó estremeciéndose de miedo, como si unas gotas frías le hubiesen mojado la espalda. Este sitio me ha dejado tocado, se dijo, levantándose del banco. Tengo que pirarme cuanto antes, ya encontraré una papelera por el camino, murmuró recogiendo el plato de plástico y dirigiéndose a la tumba de Mitko el futbolista, el faro que había de guiarlo por el camino correcto hacia la Avenida de los Gigantes.

—¡Adiós, viejo! —dijo volviendo la cabeza por última vez hacia el sepulcro de su padre—. Ojalá no nos veamos pronto —añadió con un suspiro, esperando que esas palabras sirvieran de antídoto al sueño de los dientes que había tenido en Grecia.

Se puso a caminar por la hierba seca de los estrechos senderos entre las tumbas en dirección a la avenida principal, tratando de evitar el contacto con las lápidas sucias o los bancos medio rotos colocados aquí y allá. El sol volvió a calentarle la coronilla. Bueno, iba discurriendo para sus adentros, al final no fui yo el que murió tras el sueño en el que me tragaba los dientes, sino otra persona: Tamara. Ese sería el sentido oculto del sueño. Me quiso decir, además, que vendría a ver a papá, pero no en la muerte, sino aquí, en el cementerio. La muy imbécil.Si no hubiera insistido tanto en que fuéramos a Grecia, nada de esto habría ocurrido, seguía

murmurando cuando salió a la calle principal, en la que esperaba encontrar una papelera, una fuente de agua y una señal indicando la dirección de la capilla, donde buscaría un taxi o un autobús. Pero en medio del silencio volvió a oír tras de sí los pasos del perrito. Se detuvo y los pasos también se detuvieron. Se dio la vuelta y vio al cachorro, que parecía una hembra.

—Oye, ¡deja de seguirme de una puta vez! —le gritó, dando un zapatazo en el suelo. El cachorro volvió a tirarse de espaldas y empezó a gimotear—. ¡Joder, toma! —bramó de nuevo, tirándole con todas sus fuerzas el plato de plástico, pero este salió volando como un frisbi y aterrizó no muy lejos del animal, que se acercó a la carrera y empezó a chupetearlo—. ¡Lámelo y déjame en paz! —dijo Toni, enfadado, y se dirigió con pasos rápidos hacia la avenida.

Ojalá deje de seguirme, ojalá se pierda, pensaba mientras caminaba deprisa al lado de los gigantes, calle abajo, en dirección a la avenida principal, donde no había más que unos puestos de color verde oscuro con deprimentes vendedores de ramos asépticos y un viejo autobús rojo con el motor encendido y la puerta abierta, a punto de partir. Toni se apresuró a entrar por la puerta del medio. Dentro había tres personas más, solas en sus asientos, mirando por la ventanilla, todas vestidas de negro, todas entradas en años, todas más o menos de mi edad, pensó Toni. El autobús pareció estremecerse con esa idea suya, cerró las puertas con un silbido ensordecedor y arrancó. Junto a uno de los puestos de flores fúnebres, Toni vio al perrito, sentado al borde del camino con la cola entre las patitas delgaduchas. Sus miradas se cruzaron. El animal se echó a correr detrás del autobús y no desistió hasta quedarse sin fuerzas. Al perderlo de vista, Toni suspiró, cerró los ojos y apoyó la sien en el cristal, ensuciado por las frentes y mejillas de viajeros anteriores. Olía a pupitres de escuela y a gasolina.

—Puto país —dijo Toni en voz alta.

Nada valía una mierda y las cosas iban de mal en peor. Perros y basura por todos lados, coronavirus, suciedad, pensó, y de repente se dio cuenta de que tenía la piel pegada a la ventanilla. Se enderezó sobresaltado, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. No servimos para nada, no vamos a ninguna parte, se repetía mientras observaba los hombros encogidos y los zapatos viejos de los tres pasajeros del autobús. Una mujer con el pelo corto teñido de rojo oscuro tenía en el regazo una bolsa a cuadros para la compra; las manos duras y arrugadas, con varias sortijas incrustadas en la piel, apretaban de forma convulsa las asas resquebrajadas de piel sintética.

Toni se vio a sí mismo correr con pasos cortos, medio borracho y sonriente, en pos de Nina, agarrado de su mano enfundada en un guante de piel suave. Nina ha decidido impulsivamente que suban a un autobús en el centro de Zúrich. Es de noche y en el aire se percibe el frescor del otoño. Sopla un viento que les enrojece las caras, ya de por sí sonrosadas por efecto del vino. Todos los asientos del autobús están ocupados. Jadeantes, se detienen junto al aparato para validar billetes.

—¿Qué hacemos? —Toni mira hacia abajo, a la pequeña Nina, cuyo rostro está casi al nivel del pecho de él, frente a los botones del abrigo azul oscuro.

—Viajaremos de gorra —le responde ella con una sonrisa pícara —. Son solo dos paradas —añade, tocándole el hoyuelo de la barbilla con un dedo envuelto en su guante de cuero—. Y yo voy con tacones.

—Y sigues necesitando un banquito para saludar —le dice Toni, agachándose para besarla en la boca, pero Nina le lame descaradamente los labios con su áspera lengüita. Durante unos

segundos se besuquean como adolescentes, mientras el autobús los menea suavemente a uno y otro lado en la noche de Zúrich.

—He venido preparada, con un pintalabios que no mancha —dice ella y los dos ríen, la boca del uno pegada a la del otro.

—Además de guapa, lista —comenta él, limpiándose los labios húmedos con la manga.

Nina tiene un pañuelo en el bolsillo de la chaqueta, que le llega un poco más arriba de las nalgas respingonas. Lo saca, se toca varias veces los labios con él y, tras lanzar una mirada furtiva a un punto detrás de Toni, apoya la frente en su pecho, riendo por lo bajo.

—¿Qué te pasa? —pregunta él, riendo también.

—¿Ves a aquella mujer con el bolso de Prada allí atrás? No, déjalo, no te gires.

Pero ya es tarde: Toni está mirando a la mujer. Sus miradas se cruzan.

—Nada, que la he visto con un bolso de Prada y me he acordado de una cosa. Una amiga del barrio, una mujer rica entrada en años que tenía un doguillo…

—¿Esos perros pequeños y feúchos con los ojos saltones?

—Sí, esos —responde Nina riéndose. Toni está satisfecho con su descripción—. Pues lo llevaba consigo a todas partes. Un día lo llevó también a una tienda de Prada…

Toni se da la vuelta para mirar a la mujer con el bolso; no parece muy rica que digamos. Pero todo el mundo en Suiza le parece normal, como cree que ha de ser la gente: blanca y aseada.

—Mientras ella se probaba ropa, el perrito la estaba esperando, y de pronto le dio un infarto: se cayó al suelo en medio de la tienda y murió —dice Nina, muerta de risa; la cara se le contrae en una carcajada muda.

—¿Y? —pregunta Toni. Se sorprende a sí mismo por haber seguido la historia de Nina e ir haciendo preguntas. No está acostumbrado a escuchar ni a reírse de las bromas de los demás.

—Y… —Nina inhala por la nariz, como una dama, tratando de sofocar la risa—, como no tenían dónde meter al perrito, lo envolvieron en papel de Prada, blanco y suave como aquel, se lo entregaron a la mujer para que se lo llevara a casa en un bolso de diseño, y ella subió a un autobús…

—Apuesto a que alguien le robó el bolso —la interrumpe Toni—, ¿a que sí?

—¡Rápido, esta es nuestra parada! —dice Nina, y los dos se bajan precipitadamente en el último segundo a la fría acera.

Toni está feliz de que no los hayan pillado los revisores. Se siente joven, como en el instituto, cuando viajaba de gorra y se besuqueaba en los autobuses y en las paradas. Solo que ahora no está en Skopie. Ahora es mucho mejor: está en Europa.

—¿A que sí? —A Toni le interesa saber si ha adivinado el final de la historia. Está parado afuera, al viento, y el frío le va bajando por el cuello del abrigo como un chorro de agua fresca.

—Sí, alguien le robó el bolso —se ríe Nina, ahora en voz alta, pero sola, porque Toni está distraído por la satisfacción de haber acertado.

—Lo sabía —comenta.

Nina vuelve a tomarlo de la mano.

—Allí está el restaurante —le dice, y lo arrastra tras de sí.

Toni se ha abandonado a la ciudad y a Nina. No sabe dónde está, no tiene itinerancia, no tiene suficiente dinero en efectivo, no tiene suficiente crédito en la tarjeta como para pagar una comida para dos en un restaurante de la ciudad más cara de Europa.

—El billete, por favor. —Una voz áspera, de fumador, lo sacó de

sus pensamientos.

Toni giró la cabeza y vio, inclinado sobre él, a un hombre de mediana edad, seco como una rama de árbol muerta en pleno invierno. Llevaba un uniforme azul y una pequeña cartera de cuero sintético le colgaba inerte hasta el muslo. Tenía la parte inferior del rostro cubierta con una mascarilla quirúrgica blanca.

—¿Perdón? —preguntó Toni, mirando desconcertado la cara grisácea del hombre, cuya mascarilla se le pegaba y despegaba de la boca con la respiración.

—El billete —repitió inexpresivamente el hombre, con los ojos cansados—. ¿Tienes billete? Y la mascarilla. Ponte la mascarilla —añadió al ver que Toni seguía mirándolo confundido.

—¿Dónde te crees que estás? ¿Quién te ha dicho que puedes tutearme? —Toni se enderezó en su asiento, agarrándose del asidero que tenía delante como si se fuera a poner de pie. Sabía que era mucho más alto que el revisor, cuyos ojos adormilados se entreabrieron cuando Toni empezó a gritarle—. ¿No dices nada? ¡Chusma maleducada! —rugió Toni poniéndose de pie.

Le sacaba una cabeza al revisor, cuya boca olía a salami a pesar de la mascarilla. Los pasajeros de la parte trasera del vehículo giraron la cabeza. Todos llevaban mascarillas quirúrgicas blancas, de las más baratas, y tenían las orejas gachas por los elásticos.

El revisor dio un paso atrás.

—¡Hombre, no es para tanto! —dijo en voz baja, buscando con la mirada a su compañero, que revisaba los billetes en la parte delantera del autobús—. Ponte la mascarilla si no quieres que llame a la policía —añadió. Su voz ronca pronunció casi en un susurro la palabra «policía».

Esto solo logró encolerizar aún más a Toni, que sacó del bolsillo de sus vaqueros negros ceñidos una mascarilla hecha una bola.

También era negra, y de tela, de las que no protegían del covid, según había leído, pero a él le gustaba: le daba el aspecto de un *ninja*. Se la habría puesto antes, pero no podía llevar las gafas de sol al mismo tiempo, porque con la respiración se le empañaban los cristales.

—¡Aquí está la mascarilla! —dijo Toni, colocándosela en la boca de forma ostentosa.

—Ahora el billete, por favor —pronunció con una voz apenas audible el revisor, mirando con los ojos muy abiertos a su compañero, que permanecía inmóvil en su sitio, mostrando evidente reticencia a acercarse y ayudar.

—¿Sabes qué? En este puto país no me da la gana de enseñar nada —dijo Toni, agarrándose del asidero junto a la puerta—. Ha fallecido mi mujer. Vengo del entierro. ¿Y sabes de qué ha muerto?

Los pasajeros de la parte trasera del autobús ahora tenían la mirada clavada en sus regazos.

—¡De coronavirus! Muerta, ¿entiendes? *Capisci?*

Toni hizo ademán de soltarse del asidero para acercarse al revisor, que volvió a retroceder un poco. Las vibraciones del autobús fueron para Toni una señal de que estaba disminuyendo la velocidad y muy pronto iba a llegar a la próxima parada. La mujer con la bolsa de la compra a cuadros se giró en el asiento, con intención de bajar, pero no se atrevía a acercarse al colérico Toni—. Detenme si quieres, múltame, llévame a la policía, pero no le vas a devolver la vida —dijo Toni, más sosegado, en el instante en el que el vehículo se detuvo, abriendo las puertas entre silbidos y chirridos.

El revisor no se movió de su sitio. Toni bajó con cuidado los escalones del autobús, porque tenía las gafas empañadas, y tras él salió también la mujer, que se alejó de la parada a toda prisa.

Toni se puso la mascarilla por debajo de la nariz y se quitó las

gafas, pero su vista seguía borrosa: se dio cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas. Con un suspiro, se sentó en el banco a la tenue sombra del techo de la parada y volvió a ponerse las gafas. Estaba solo. Tamara ya no está ya, y tampoco está Nina, ni mi padre, se dijo para sus adentros, ajustándose las gafas por si lo veía alguien, aunque alrededor no había un alma. Se encontraba en algún barrio de las afueras, pero a él, que era del centro, todo le parecía igual. En tiempos recientes, las casuchas aldeanas se habían convertido en viviendas unifamiliares con balcones redondeados y fachadas pintadas de color melocotón sucio o azul bata de hospital. En las plantas bajas se alquilaban tiendas vacías que alguna vez habían sido pequeños supermercados o peluquerías. Sacó el teléfono del bolsillo. Nadie lo había llamado, nadie le había enviado ningún mensaje, ni al teléfono, ni a Facebook, ni a Viber, donde antes se escribía con Nina. La noche del accidente, el mensaje no había sido de Nina, sino del operador móvil que le daba la bienvenida a Macedonia. Nina nunca le contestó. Tengo que escribirle otra vez, pensó, y buscó el hilo de la conversación con ella en Viber, pero se acordó de que lo había borrado para que no lo descubriera Tamara. Es posible que haya cambiado de número; le escribiré nada más regresar a casa, dijo para sí, pero enseguida se acordó de que tenía que mudarse urgentemente y se estremeció.

Un destartalado taxi blanco y amarillo, en cuyo letrero ponía STIL, se detuvo con un estruendoso traqueteo en la parada de autobús. Una joven bajita con un vestido veraniego de color rosa con pequeñas flores estampadas salió deseándole buenas tardes al taxista y cerró la puerta con un portazo involuntariamente fuerte. Toni se cruzó con ella y le llegó una suave ola de su perfume con aroma a limón. Antes de abrir la portezuela del taxi, se dio la vuelta un instante para admirar el culo de la chica.

—¿Está libre? —preguntó inclinándose ligeramente; el taxista, con la mascarilla bajo la nariz, estaba mirando enfadado a la muchacha que se alejaba.

—Sí —le confirmó, y Toni se acomodó en el asiento trasero—. ¿Has visto el portazo que ha dado la tía esa? —se quejó mirando a Toni en el retrovisor—. Ya nadie tiene ni un mínimo de educación.

Toni no dijo nada, ocupado en seguir con la mirada a la muchacha hasta que se perdió detrás de un edificio.

—¿Adónde vamos? —le preguntó el taxista.

—Ah, sí, hacia Vlada —repuso Toni, distraído tratando de recordar el perfume favorito de Nina. A ella también le gustaban las notas florales y frutales, de fruta dulce y tierna, como ese pimpollo que acaba de salir del taxi, discurría con la mirada perdida en los pequeños edificios que se iban quedando atrás.

—Y con este puto calor y esta humedad… —El taxista lo sacó de sus cavilaciones—. Para colmo, nos obligan a conducir con las ventanillas abiertas —siguió quejándose, aunque el coche era tan viejo que ni siquiera tenía aire acondicionado.

Toni seguía callado, pensando todavía en el perfume de Nina, pero cuanto más se esforzaba por revivirlo, más fuerte le volvía el recuerdo del olor a incienso.

—Colega, veo que no llevas mascarilla. ¿Te importa si yo también me bajo la mía, para tomarme un respiro? —le dijo el taxista, mirándolo en el retrovisor. El pelo solo había empezado a encanecerle un poco sobre las orejas, pero tenía los párpados avejentados, y también ojeras.

—Sin problema, colega —repuso Toni, respirando hondo por la nariz, porque volvía a sentir el olor a incienso. ¡Sal de mí!, dijo para sus adentros.

—No sé, colega, yo confío en mí y en mi sistema inmune —

prosiguió el taxista—. Aquí me tienes, conduciendo este taxi desde antes de que apareciera ese bicho chino, y nada, toco madera —dijo dando un par de golpecitos con los nudillos sobre el salpicadero de plástico—. Eso sí, cada mañana me exprimo un limón en agua caliente al levantarme, antes del cigarrillo y tal, mi mujer me dijo que lo hiciera y la verdad es que funciona —dijo al detenerse en un semáforo—. Ya sabes como le dicen: inmunidad alimonada.

El taxista se rio de sus propias palabras.

—Así es, colega, cada uno tiene que cuidar de su propia salud —comentó Toni distraído, y se sacó el teléfono del bolsillo. Nina no le había contestado la noche del accidente. ¿Y si no recibió el mensaje por ser un simple SMS? Quizá tenga que volver a enviárselo, pero esta vez por Viber, y contarle lo ocurrido.

—Es más probable que nos mate esta ciudad y no el coronavirus —continuaba con su cháchara el taxista mientras se abría paso entre el tráfico cada vez más intenso—. Estas calles son un desastre, se construye en cualquier sitio, hay atascos a cada paso.

Toni se subió las gafas de sol a la coronilla.

—Así es, todo se hace sin ningún plan —confirmó.

—Y con ese calor que pega cada vez más fuerte, vamos a reventar —añadió el taxista.

Toni se alejó el teléfono de la cara y con cuidado buscó «Nina Suiz» en sus contactos de Viber, escribió «Tuvimos un accidente. T. J. está bien. Tamara falleció», pulsó *enviar* y revisó el mensaje. Al leer la palabra *falleció,* la garganta se le volvió a quedar reseca y le entró frío.

—Y tú, tan engalanado, todo de negro en un día como hoy… —continuó el taxista—. ¿Se ha muerto alguien o qué? —dijo sonriendo y levantando la cabeza para ver mejor a Toni en el retrovisor.

—Sí —trató de decir Toni, pero de su garganta salió un sonido

similar a un graznido.

—¡Ay, lo siento, colega! —exclamó el taxista—. ¡Mis condolencias!

«Condolencias», decía el mensaje que iluminó la pantalla del teléfono.

—Gracias, colega —pronunció Toni con voz atiplada y temblorosa.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y volvió a ponerse las gafas. Le hubiera gustado escribir «podrías preguntarme si estoy bien», pero no veía la pantalla. Apoyó la cabeza sobre el respaldo del asiento delantero.

—Respira hondo, colega —le aconsejó el taxista.

—Eso hago —repuso Toni, cerrando los ojos.

III

Siempre que evacuaba el vientre, se acordaba del accidente. Antes solía quedarse sentado en el inodoro como mínimo media hora, leyendo cómics o el periódico y, más tarde, mirando Facebook, pero ahora ese placer se le había arruinado. A los dos meses de la muerte de Tamara, las imágenes del siniestro le volvían a la mente una y otra vez, pero hacía todo lo posible por ahuyentarlas porque, de lo contrario, lo invadía una profunda lástima por sí mismo, por haberse quedado solo y en casa de su madre a su edad, por su difunto padre y por su hijo, a quien tenía prohibido ver. También por Tamara sentía cierta lástima, ya que tanto había anhelado unas vacaciones que habían terminado matándola; se le había metido entre ceja y ceja tomar el sol, pese a que tenía todo el cuerpo cubierto de lunares y la piel del color de una caballa congelada. En realidad, reflexionó Toni, ella no debería haberse expuesto al sol. Tal vez tendría que haberle regalado por su cumpleaños unas visitas a un centro de bronceado en vez de arrastrar ahora este trauma el resto de mi vida, pensó, e inhaló hondo el aire pestilente del baño, pero este acto no tuvo más que un minúsculo efecto reconfortante, como si estuviese inhalando una parte caliente y bien conocida de sí mismo. La palabra «trauma» se la había oído decir a mucha gente, sobre todo a las mujeres que

le daban el pésame. Algunas hasta le recomendaron que buscase ayuda, lo cual probablemente significaba ir a terapia. «Cuando encuentre un terapeuta capaz de entenderme de verdad, entonces, quizá…», le había contestado a su compañera de trabajo, Sandra.

Nadie le había mandado ningún mensaje, por lo que se sentía muy solo, pero se acordó de que era viernes y, además, hacía buen tiempo. Decidió escribir a Sharska en vez de llamarlo. Se había dado cuenta de que eso estaba de moda últimamente, aunque él prefería llamar por teléfono para no tener que ponerse las gafas todo el rato. Ya que en ese momento las tenía puestas de todas formas, optó por la forma de comunicación en sintonía con los tiempos. «Qué hacemos esta noche :)))», escribió poniendo los signos que, según creía, expresaban buen humor. No pasó ni medio minuto y le sonó el teléfono. Era Sharska, jadeando. A su alrededor se oía ruido de tráfico.

—¿Por qué me escribes como si fuera una tía? —le preguntó.

—Soy educado, no quería molestarte —repuso Toni mirando el papel higiénico. Se sentía como si su amigo estuviese presente en el baño, cuya atmósfera de golpe se le hizo insoportablemente hedionda.

—Educado, mis cojones —dijo Sharska, inspirando ruidosamente por la nariz.

—Cómeme los huevos —le respondió Toni de inmediato—. ¿Adónde vas resoplando así?

—El Barril, Quizco, David y yo vamos a tomar unas copas delante del antro del Barril —dijo Sharska con la respiración acelerada y, tras tomar aliento, añadió—: Anda, lávate los sobacos y vente con nosotros.

—¿Por qué estás jadeando? ¿Vas andando desde tu pueblo o qué? —preguntó Toni con una carcajada, aludiendo al barrio de

Karposh, donde vivía Sharska. Su voz rebotó en las viejas losetas color azul pálido del baño de su infancia.

—Déjate de tonterías y ven. Llego en diez minutos —dijo, y colgó.

Genial, pensó Toni y, para poder limpiarse el culo, dejó el teléfono sobre el borde del bidé que nunca utilizaba. Una oportunidad caída del cielo, porque no quiero estar en casa y tampoco puedo ver la tele por culpa de la vieja, pensó mientras tiraba de la cadena. Vio que era necesario volver a tirar y limpiar bien la taza del inodoro con la escobilla, pero decidió que no tenía tiempo para eso. Tampoco está tan sucia, se dijo mientras se enjabonaba las manos, mirándose en el espejo. Se había lavado el pelo el día anterior y ahora lo tenía en su mejor fase, al término de las primeras veinticuatro horas, cuando adquiría su forma ideal y ondeaba al viento de la manera más elegante. Quedó satisfecho también de cómo le quedaba el pendiente en la oreja derecha que se había colocado al cumplirse los cuarenta días de la muerte de Tamara. Se lo había regalado ella por uno de sus cumpleaños, un grueso aro de plata con un brillo mate, un pendiente masculino, en su opinión, pero en aquella época no quiso ponérselo para no darle falsas esperanzas de que fueran a casarse. Todo objeto con forma de anillo le olía a matrimonio, y él acababa de salir de uno con su primera esposa, Mílitsa, que llevaba ya quince años en Australia con la hija de los dos, Nela, de veintidós años. Por eso, cuando llegó el cumpleaños de Tamara —que ella anunció a bombo y platillo en todas las redes sociales, compartiendo en Instagram las felicitaciones que le enviaban sus amigas—, Toni no le compró nada a propósito.

Bueno, ahora llevo este aro en su honor, a ella le gustaba, y de hecho no me queda mal, se dijo mirándose en el espejo. Me pondré

la camisa de rayas, es perfecta para esta época, pensó, pues era una tarde cálida de septiembre. Y como sabía que iba a ir al Pandemónium, el pequeño club del Barril, decidió ponerse también la cadenita con el colmillo de león que Nina le trajo del safari en África al que había ido con su marido. «Tendrás solo el ascendente en leo, pero tienes un corazón de león», le dijo Nina, y Toni se sintió especialmente halagado por sus palabras, lo que a su vez hizo que ella le pareciera mucho más guapa que de costumbre. Fue precisamente en el Pandemónium donde conocí a Nina, así que igual esta noche también me sonríe la suerte; lástima que tengamos que estar fuera por el puto covid, pensó al quitarse la camiseta y rociarse cuatro veces con el perfume Sauvage que promocionaba Johnny Depp y que Tamara le había regalado por su último cumpleaños.

Entrar en el dormitorio de su infancia siempre le resultaba irritante. Al final, cada vez que rompía con una chica o una mujer, volvía a esa habitación que se había ido haciendo menos suya y transformándose en un espacio para tender la ropa y guardar las cosas inútiles de su madre. Para colmo, ahora allí estaban amontonadas sus tres maletas, amén de varias cajas con objetos que él consideraba suyos y que había conseguido rescatar del piso de Tamara antes de que apareciera su hermano: una máquina de café, una tostadora, un cuadro de un pintor del que solo sabía que era famoso, pero cuyo nombre en el ángulo inferior derecho no podía leer, y la PlayStation en la que solía jugar al FIFA pero que ahora no tenía dónde enchufar, pues su madre no se apartaba del televisor ni cuando estaba apagado.

Evguenia, su madre, se pasaba todo el tiempo sentada en un extremo del sofá enfrente de la tele, cómodamente apoyada sobre un cojín blanco bordado, casi siempre leyendo en silencio. También ahora estaba leyendo cuando Toni apareció engalanado con su

camisa de rayas, vaqueros negros, zapatillas de lona también negras y el diente blanco colgado del cuello, y le anunció que iba a dar una vuelta.

Evguenia no movió la cabeza, se limitó a levantar la mirada por encima de las gafas.

—No será solo una vuelta, arregladito y perfumado como vas —comentó ella.

—Mamá, voy tomarme una copa con mis amigos —le dijo Toni, con tono de adolescente—. Y tú, ¿por qué estás tan arreglada?

Evguenia llevaba un vestido azul de mangas largas y botones abrochados hasta la mitad del cuello, como una dama victoriana. Tenía el pelo recogido en un moño alto y el flequillo moldeado con secador.

—Qué va, si no me atrevo a salir, cómo voy a arreglarme en casa. Simplemente estoy inspirada —repuso ella y, tras quitarse las gafas, le enseñó la portada del libro. Por el tipo de letra *kitsch,* Toni apenas consiguió descifrar lo que ponía.

—Colette Chéri —leyó Toni—, ¿quién es ese?

—Hijo, no es ese, es esa. ¿No has oído hablar de Colette? Es una escritora francesa muy famosa.

—Ajá, por el diseño de la portada tendría que haber deducido que era un nombre de tía —dijo Toni con tono burlón.

—También pensabas que Simone de Beauvoir era un hombre —repuso ella—. No he conseguido enseñarte nada —suspiró, devolviendo las gafas sobre su nariz.

—*Mittere margaritas ante porcas* —dijo Toni.

—*Porcos* —le corrigió ella—, pero bueno, reconozco que eso sí ha tenido gracia —añadió, riendo. Toni estaba satisfecho—. En cuanto al libro, trata de una mujer mayor que se enamora de un muchacho más joven.

—Pues nada, te dejo, cuidado con lo que haces —le dijo Toni.

Se acercó y la besó en la mejilla. A fin de cuentas, le caía bien.

—Ten cuidado tú con lo que haces, como bien dices —Evguenia volvió a quitarse las gafas y, cerrando los ojos, le ofreció la mejilla derecha—. Mantén la distancia y ponte la mascarilla.

—Ya sé, ya sé, me lo has repetido cien veces —gruñó él camino a la puerta.

—¡Como eres un superhombre y decidiste no vacunarte! —le gritó Evguenia cuando él ya estaba saliendo, y sus palabras le hicieron cerrar la puerta de entrada con un portazo más fuerte que de costumbre.

Puta pesada, se repetía mientras bajaba por las escaleras, actividad que él contaba como ejercicio físico. Su madre sabía perfectamente que a él le aterraban las agujas y por eso no se había vacunado. Además, quién sabe lo que llevan esas vacunas, cualquiera se fía de la industria farmacéutica, murmuraba para sí mientras bajaba las escaleras, cada vez más irritado.

No era solo lo de las vacunas; su madre, tal y como era ahora, no le gustaba nada. Algo le había ocurrido en los últimos años. Todo había comenzado cuando le dio por reunirse regularmente con sus amigas para tomar el té, poco después de que Mílitsa y Nela se mudaran a Perth. Para empezar, a Toni le desagradaba que llamasen a esas reuniones «tomar el té», porque, además de té, tomaban alcohol, y Evguenia a menudo volvía a casa achispada. No le gustaba verla así, excitada por la ginebra, brincando y cantando por la casa, con esos vestidos de épocas pasadas con los que iba enriqueciendo su guardarropa. También por esa época había comenzado a ir con regularidad al peluquero, recordó Toni al pasar junto a la peluquería cerrada que su madre había frecuentado antes del confinamiento: dos visitas semanales en las que Lenche, la

peluquera, solía lavarle y secarle el pelo, que siempre llevaba de un color castaño oscuro que parecía recién teñido, inapropiado para una vieja de ochenta años como ella. Mientras pasaba al lado del escaparate vacío en el que ponía LA PELUQUERÍA DE LENCHE, Toni se observó en el cristal oscuro y sucio: tenía cierto aire cuadriculado con su camisa de rayas, y esta constatación le mermó un poco la confianza con la que había salido. Apretó el paso, furioso.

Siguió pensando obsesivamente en Evguenia. Otra cosa que a Toni le exasperaba eran sus amigas, sobre todo la más gorda, Dushitsa, catedrática de no sé qué literatura, bajo cuya influencia a su madre le había dado por leer mucho últimamente. Dushitsa le recordaba a un sapo grande y gordo. A pesar de su corpulencia, siempre llevaba ropa de colores llamativos, sobre todo violeta, el color que Toni más odiaba, por delante del rosa y del amarillo. Si en alguna camiseta descubría uno de estos tres colores, no se la ponía. Además, Dushitsa hacía gala de su pelo corto sin teñir, pero este carecía del brillo plateado que podría esperarse de las ancianas con estilo; más bien parecía como si le hubiesen echado ceniza por encima. Sí, Dushitsa era la que más le repugnaba, pensó en un cruce donde había que esperar un buen rato a que el semáforo se pusiera en verde para los peatones. No estaba casada, lo cual a Toni le parecía comprensible. La mejor de todo el grupo había sido Olga, viuda como las demás, a quien atropelló un coche poco antes de la pandemia, dejándola muerta precisamente en un paso de peatones. Había sido una mujer callada, apacible y retraída, una verdadera dama, pensó Toni, y cruzó la calle cuando por fin cambió el semáforo.

El camino al Pandemónium pasaba por la librería favorita de su madre, lo cual le recordó la tercera cosa que más le irritaba últimamente, a saber: sus frecuentes encuentros con el joven librero

gay llamado Víctor, que parecía estar en la puerta del negocio las veinticuatro horas del día. Ahora también estaba allí sentado, disfrutando del agradable atardecer otoñal, con los pies apoyados sobre una segunda silla pequeña, en la que a menudo se sentaba la madre de Toni. Evguenia le había contado que solían pedir una cerveza o un gin-tonic en el establecimiento de al lado y se quedaban un buen rato charlando de libros, a dos metros de distancia la una del otro.

—¡Toni! —le gritó Víctor al verlo caminar por la hacera, agitando la mano en la que no tenía un gin-tonic con movimientos afeminados, rápidos y enérgicos, como si limpiase un cristal.

Víctor era pequeño y delgado, lo cual a Toni le hacía sentirse superior. Le devolvió el saludo con la mano y con un ligero movimiento de cabeza, pero sin detenerse ni acercarse: tan solo ralentizó un poco el paso.

—Tengo un libro para tu madre. Ven, te lo doy —dijo Víctor, bajando los pies de la silla y haciendo ademán de levantarse.

—¿Me has visto pinta de cartero? —replicó Toni, moviendo los hombros de forma más enérgica mientras pasaba de largo.

Víctor volvió a poner los pies en la silla.

—Un cartero tal vez no, pero una cebra, sí —murmuró en voz baja, con una risita.

Toni se detuvo y se giró. Vio a Víctor sonriéndole dulcemente. ¿Y si me comes los huevos?, pensó decirle, como habría hecho con cualquiera de sus amigos, pero se contuvo.

—Ya hablaremos tú y yo —le espetó y siguió su camino, aunque con las palmas de las manos cubiertas de sudor.

—¡Que lo pases bien, Toni! —murmuró Víctor, sorbiendo ruidosamente el último trago de gin-tonic.

Con esta gentuza se reúne mi madre, dijo Toni para sí mientras

esperaba en el cruce que conducía a los edificios en cuya planta baja se encontraba el Pandemónium. No tengo nada en contra de los gays, pero tampoco tiene que restregarme su agenda en las narices todo el tiempo, repitió para sí —impaciente por cruzar la calle— las palabras que le había dicho un día a Evguenia, cuando comentaron la orientación sexual de Víctor. «Pero qué agenda y cómo te la está restregando, explícame», le había atajado de forma cortante Evguenia, con un libro que le había recomendado él en la mano. «No es solo él, son todos los demás de su laya», había replicado enseguida Toni. «Con sus libritos y sus cosas», había añadido, intentando recordar de qué manera los homosexuales le habían llamado la atención últimamente. «Pero ¿qué libritos ni qué cosas? ¿De qué estás hablando?», exclamó Evguenia. «Aquí tengo *El amante,* de Marguerite Duras, su ejemplar personal, que me ha prestado porque es una persona fina», le dijo ella, agitando el libro delante de sus narices. «No me jodas», respondió Toni con sorna, agregando entre dientes: «Eres una dama del centro de Skopie, profesora de latín, ¡de latín!, en un instituto de élite, pero dejas que te dé lecciones un marica de provincias». Evguenia no contestó, para satisfacción de Toni: esta sí era su madre de antaño, la tierna mujer que le acariciaba la cabeza antes de dormirse y le llevaba macarrones a la cama.

Era verdad que Toni no tenía ni idea de quién era Marguerite Duras, pero mientras zigzagueaba entre los coches aparcados, camino del pequeño club del Barril, se le ocurrió otra cosa que habría podido decirle a su madre para terminar de zanjar el debate; fue como una pequeña revelación que le sobrevino de golpe: la afinidad entre los gays y las mujeres, la verdadera causa de que Víctor y Evguenia hicieran tan buenas migas, compartieran libros y tuvieran esa asombrosa y nefasta alianza a pesar de la enorme

diferencia de clase. Ya solo falta que traiga a casa a algún amante jovenzuelo, pensó en el momento en que vio a sus colegas sentados alrededor de una de las dos mesas al lado de las escaleras que bajaban a los sótanos del alto edificio, sobre las que colgaba un rótulo de madera con el nombre del club en caracteres mixtos: ΠΑΝΔΕΜΟΝΙUM. A todos los que estaban allí los conocía: Toni Sharska, Toni Quizco, David y el dueño, Toni el Barril. La ira por la posibilidad de que su madre se buscara un amante joven, que un instante atrás le había provocado náuseas, dio paso a una alegría chispeante.

—¿Dónde te habías metido, maricón? Ven aquí a chuparme la polla —tronó el barítono de Sharska al ver a Toni acercarse.

Se levantó con torpeza de la silla y por poco vuelca todas las copas de la mesa. Era más alto que Toni y tenía la cabeza rapada, con la forma y el brillo de un huevo barnizado. De vez en cuando trabajaba como camarero en las cafeterías tradicionales de la ciudad, pero no le llamaban Sharska por su oficio, sino porque en la mili había metido carne picada[68] entre las rendijas de un radiador para simular sexo con una mujer.

—¿Dónde te metes tú, viejo verde? —le contestó con la misma alegría Toni. Se abrazaron de manera que parecía que se estaban empujando, dándose sonoras palmadas en la espalda.

—A ver, colega, ¿tú vas al trabajo o no vas? —intervino Quizco, que desempeñaba un cargo organizativo en la televisión pública, donde Toni trabajaba como escenógrafo.

Al ponerse de pie, toda la ceniza que siempre llevaba esparcida sobre el pecho y la barriga —porque nunca se acordaba de sacudir el cigarrillo— cayó al suelo, dejando nuevas manchas sobre su camiseta color naranja pálido. Quizco era flaquito, macilento y al menos diez años más joven que Toni y Sharska. Lo llamaban

Quizco[69] porque llevaba unas gafas que le magnificaban los ojos inyectados de sangre y las pupilas ya dilatadas por el efecto de los porros, pero también porque en las conversaciones destacaba por sus conocimientos en muy variados campos del saber.

—¡No, tú eres el único que trabaja, joven! —le respondió Toni, y los dos se saludaron con un apretón de manos que más bien parecía un pulso, tras lo cual, con un movimiento brusco y rápido, chocaron sus hombros derechos.

El Barril ya estaba de pie, esperando su turno. Cuando le tocó a él, tuvo que ponerse de puntillas para el abrazo, y aun así el hombro de Toni le aplastó la nariz. Como era de esperar, debía aquel apodo a su complexión y su estatura. Pero lo más llamativo de él era el rostro, que no parecía completamente humano, pero tampoco era como el de un animal ni el de un insecto. Tenía los ojos saltones y muy abiertos por naturaleza; unos cuantos círculos amarillos, menudos y brillantes cual perdigones, orbitaban alrededor de sus pupilas, como si tuviese dos blancos de tiro bajo las cejas. Sus mofletes estaban más hinchados de lo normal y eran duros, como si se hubiera metido un par de nueces enteras en la boca.

—¡Estás perdido, tío! —dijo el Barril frotándose la nariz.

—La puta pandemia y mi puta vida —le contestó Toni sin mirarlo a los ojos, pues ya se estaba desplazando para saludar a David, un joven profesor de matemáticas en una escuela primaria del centro a quien Toni conocía del barrio.

David se levantó con indecisión de la silla y, con un aire poco menos que asustado, abrazó a Toni. Este le devolvió el gesto como quien abraza a una mujer.

—Colega —le dijo David casi al oído, balbuciendo—, hace mucho que no nos vemos. Mi más sentido pésame.

Después se apartó, agarró a Toni de los hombros y los apretó,

mirándolo a los ojos. Toni se dio cuenta de que en los ojos azules de David había lágrimas. Coño, qué chaval más guapo, pensó mirando la hirsuta barba castaña y la tersa cara de su joven amigo. Yo también era así hace tiempo. Se miró las zapatillas e hizo un gesto de resignación con la mano.

—Gracias, tío, es…

No pudo terminar la frase porque lo interrumpió Sharska:

—¡Barril, trae ahora mismo una copa para el viejo! —gritó y, sacando una silla de la mesa vacía de al lado, la colocó detrás de las rodillas de Toni.

El Barril se acercó con pasos menudos a la escalera y su cuerpo fue desapareciendo a medida que bajaba.

—¿Jameson con hielo? —pareció gritar el par de ojos saltones detrás de la barandilla.

—¡Perfecto! —dijo Toni y, sacando el móvil y los cigarrillos de los estrechos bolsillos de sus pantalones, se sentó con cuidado sobre la pequeña silla, manteniendo el equilibrio con las piernas bien abiertas.

—¿Los demás queréis algo? —volvió a oírse la voz sorda del Barril desde el sótano.

—¡Trae otra ronda para todos! —gritó Sharska.

David seguía observando a Toni, inquieto, como si él mismo se sintiera incómodo por lo que le había ocurrido a su amigo. Su mirada volvió a despertar la autocompasión en Toni, que tuvo que encender rápidamente un cigarrillo para impedir que se le saltasen las lágrimas por el penoso recuerdo de las vacaciones y por el hecho de que ahora se veía obligado a vivir en casa de su madre, que no parecía quererlo tanto como antes. Tamara fue la que más me quiso, pensó, pero Sharska interrumpió sus reflexiones con una fuerte palmada en la espalda.

—¿Dónde coño te has metido, fiera? —dijo, encendiendo un cigarrillo y apurando de un trago la cerveza que le quedaba en la botella.

—¡Qué fiera ni fiera! Si es una cebra —comentó Quizco—, míralo qué arregladito viene, para pasearse por la ciudad…

—Enano, déjate de tonterías —murmuró Toni.

—Quizco, tú no sabes cómo se arreglaba este hace años —intervino Sharska—. Y antes de echar barriga, en el escenario, tocaba desnudo de cintura para arriba. Y descalzo, como un *hippie* —dijo riéndose—. Ya entonces se adornaba con baratijas —añadió mirándole el colmillo de león en el cuello.

Toni callaba, contento de ser el tema de conversación.

—Por cierto, me ha parecido ver cierto brillo en tu sonrisa —prosiguió Sharska, clavándole el dedo en las costillas.

Eso ya no le hizo tanta gracia: le recordó el momento de las vacaciones cuando se le cayó el puente y, más tarde, la visita al estomatólogo para que volviese a pegárselo, aparte del hecho de que ya casi no le quedaban dientes propios.

—Ah, sí, estoy vivo y feliz, rebosante de felicidad —repuso Toni, con la intención de recuperar el papel de víctima y cerrarle la boca a su amigo, que bajó la cabeza y miró al suelo, entre sus rodillas separadas.

—Aquí tienes, máquina —anunció la voz del Barril, y Toni vio una copa de whisky con hielo posarse delante de él.

—¡Gracias, hermano! —le dijo Toni cogiendo la copa. Solo el Barril y él tomaban whisky; los otros tres, cerveza—. ¡Salud y larga vida a todos nosotros! —añadió con tono grave, levantando la copa en alto.

—¡Salud! —balbucieron los demás y bebieron.

Se hizo un silencio incómodo.

—¿De qué estabais parloteando antes de que llegara yo?

—Quizco nos estaba dando una charla —dijo el Barril. Hablaba despacio y arrastrando las palabras, como si cada frase suya tuviese una enorme importancia—. Toni, perdóname —prosiguió, haciendo una pausa en la que aspiró hondo y con dramatismo, para exhalar enseguida por la nariz—, ¿te puedo preguntar una cosa?

—Adelante —repuso Toni.

—Te la voy a preguntar, pero quiero que me respondas con sinceridad —dijo el Barril, abriendo aún más los ojos—. Con total sinceridad.

—Está bien, pregunta ya —contestó Toni, sintiendo que el sudor le perlaba el labio superior por miedo a que el Barril quisiera saber cómo había ocurrido realmente el accidente. O por qué llevaba dos meses sin ver a T. J.

—Bueno, a ver… —dijo el Barril, mirando hacia arriba y volviendo a inhalar profundamente. Después levantó la barbilla como si supiera algo muy importante que ahora iba a soltar ante todos—. ¿Tú crees que los hombres de verdad se suicidan porque no tienen amigos?

—Yo no he dicho eso —interrumpió Quizco, enderezándose un poco. La ceniza del cigarrillo se le cayó en el regazo.

—No, colega, estás equivocado —intervino también David.

—Cómo que no, eso es lo que estábamos discutiendo hace un rato —protestó al mismo tiempo el Barril—. ¿Me veis cara de tonto o qué? —preguntó sin esperar respuesta.

—Sí —dijo Sharska—, pero solo un poco.

Toni y Quizco se rieron.

—Quizco estaba diciendo que los hombres no suelen hablar de sus problemas y por eso padecen depresión más a menudo, tío —les interrumpió David.

—¡Pues lo que yo he dicho! —gritó el Barril.

—¡No has dicho eso! —siguió vociferando David.

—A ver, ¿qué he dicho? —protestó el Barril.

—No te sulfures, tío —dijo Quizco, apoyándose despacio en el brazo de la silla—. Yo lo que digo es que, según un estudio que he leído, los hombres son más propensos a sufrir depresión porque no comparten sus problemas, ¿entiendes? No hablan entre ellos, y eso quiere decir que no tienen amigos de verdad.

—¡Cómo no van a tener amigos! —replicó Toni—. ¡Pues yo tengo amigos! Toda la vida he tenido amigos.

—Yo también —le apoyó Sharska.

—¡Y yo! —gritó el Barril.

—Que sí —continuó Quizco—, pero ¿por qué no hablamos de cosas íntimas? Eso estábamos discutiendo: si alguna vez nos hemos confesado algún problema de nuestra vida sentimental.

—Ah, hablando de vida sentimental, que este guaperas cuente lo de la puta de Suiza —dijo Sharska, volviendo a darle una fuerte palmada en la espalda a Toni.

—¿Y tú por qué no cuentas lo de la puta del radiador? —dijo Toni, volviéndose hacia Sharska y sonriéndole de oreja a oreja.

—Qué quieres, tío —gritó él—, esa historia se la sabe todo Skopie.

—Mira, muy delgadita la debes de tener si conseguiste meterla entre las rendijas del radiador —continuó burlándose Toni; mientras reía, el humo le salía de las fosas nasales y de entre los dientes, como si se le hubiese apagado un incendio en algún lugar del estómago.

—No me jodas, maricón. ¿Tú sabes de qué tamaño eran los huecos esos? —dijo Sharska abriendo los ojos—. ¡Así de grandes! —indicó separando las dos manos.

Toni y él estallaron en carcajadas. Sus voces rebotaban entre las

paredes de los altos bloques de viviendas, de manera que parecía como si se estuviera riendo toda una horda de hombres. El pequeño jardín entre los edificios estaba casi desierto; no había más que una pareja de adolescentes —un chico y una chica—, sentados en un banco con las cabezas inclinadas, mirando sus teléfonos. La luz de las pantallas les iluminaba las narices.

—Por cierto, la calefacción con radiadores es una de las formas más tontas de despilfarrar energía —declaró Quizco, dirigiendo la mirada hacia el Barril, que reía, a la espera de su reacción.

—Ya lo sé, he leído sobre eso. Pero es lo que hay en Macedonia, siempre somos los que están más jodidos —comentó el Barril y, alzando la voz para que lo oyeran Toni y Sharska, prosiguió—: Venga, cuéntanos lo de la tía de Suiza. ¿No será la que conociste aquí? ¿O era en el Cocoroco?

Fingía no acordarse. Toni sabía muy bien que el Barril recordaba perfectamente todos los locales que había regentado y quién se había enrollado con quién. El Cocoroco lo había administrado junto con Coco, del barrio de Madzhari, que había perdido hasta la camisa en el juego años atrás.

—No, tío, fue aquí mismo. Antes del covid, no hace tanto —dijo Toni, encendiendo otro cigarrillo—. Cuando el Cocoroco todavía existía y tocábamos con el Moco.

—Ah, espera, allí ibas con Tamara —se acordó el Barril.

—Con Tamara iba a todas partes…, ella venía a todos mis bolos —dijo Toni, dando una calada profunda al cigarrillo—. Y cuando yo pinchaba aquí también venía. No paraba de bailar.

—Es verdad, le gustaba bailar —confirmó el Barril.

—Si en esta vida alguien me quiso de verdad, fue Tamara —declaró Toni, pensando que ahora ni su madre lo quería tanto como lo había querido Tamara—. Estuvo a mi lado durante años, pasara lo

que pasara.

Al pronunciar estas palabras, vio a Tamara bailando delante de él mientras sonaba la música; ella y su amiga Milena se iban las últimas de Cocoroco, después de haber terminado despacio sus respectivas bebidas. A él le irritaba que llevase gafas y estuviese un poco rellenita. Una vez, en el Cocoroco, se le acercó en la barra. «Estarías más guapa sin gafas», le dijo. «Y con un par de kilitos menos», añadió besándola en la mejilla, y se fue.

—Descanse en paz —dijo Sharska, derramando un poco de cerveza al suelo.

—Descanse en paz —murmuraron los demás, y cada uno hizo lo mismo con su cerveza, que formó espuma y empezó a sisear sobre las baldosas.

Toni miró su copa: no le quedaba mucho whisky, así que trató de derramar lo mínimo posible. El líquido se deslizó por el borde de la copa, mojándole el nudillo; sin pensarlo, se pasó la lengua por el dedo.

—¿Sabéis que las mujeres viven de media diez años más que los hombres? —dijo Quizco, formulando la afirmación como una pregunta.

—Yo he oído que son cinco —comentó David.

—Eso será en Estados Unidos —replicó Quizco.

—Ya basta de cosas tristes, joder —dijo el Barril, con mayor rapidez que de costumbre—. Quiero oír la historia de la suiza, que no me la sé —añadió enderezándose en la silla, con lo cual sus ojos parecieron aún más saltones.

—No, no, no —dijo Toni con una carcajada.

—¡Yo tampoco me la sé! —exclamó David—. ¡De verdad que no, tío!

—¡Dejad de dar por culo, coño! —protestó Toni, riéndose.

—¡Por favor! —gritó el Barril —. ¡Por favor!

—Una historia como esa no la habéis oído en la vida —dijo Toni casi a gritos.

Las voces de los hombres retumbaban en el pequeño jardín entre los edificios como si estuvieran en un túnel. La noche era negra. La mayoría de las farolas del jardín no funcionaban. La pareja de adolescentes con los teléfonos ya no estaba en el banco.

—Primero trae bebidas, para mí un whisky doble —dijo Toni, cruzando las piernas como si quisiera ponerse cómodo para contar su historia.

—¡No empieces sin mí! —chilló el Barril.

Se levantó de un salto de la silla y corrió hacia las escaleras, sabiendo que Toni probablemente iniciaría el relato antes de que él volviera.

—¿Qué te interesa más en concreto de la historia? —preguntó Toni con tono misterioso, mirando a Sharska.

—Todo, de cabo a rabo —repuso este, dándose una palmada en la rodilla.

—Está bien, pero después os toca a vosotros —dijo Toni—. Ese era el trato, ¿no?

—Yo prometo que os cuento algo —anunció David, que se encontraba más lejos, con la silla casi pegada a la mesita vacía detrás de ellos.

—Vale, de acuerdo —dijo Quizco—, cada uno cuenta una historia, como en *Rashomon.*

—Será el *Decamerón* —le corrigió David.

—No, colega, yo sé muy bien lo que digo, no te preocupes —replicó Quizco, mirándolo con arrogancia.

—Da igual. El caso es que vengo una noche al Pandemónium, hecho polvo, entro y en la barra veo a una tía, un bombón, vaya.

Arreglada, de carne firme, las tetas como un racimo de uvas… Hablando de esto, de aquello o de lo de más allá, en un momento dado le pregunto adónde, ella propone un hotel y terminamos en un hotel, total…

En ese momento el Barril regresó con tres cervezas en una bandeja y dos copas de whisky llenas hasta el borde.

—¡Para ti, máquina! —dijo jadeando, entregándole la copa a Toni y después las cervezas a David, Sharska y Quizco—. Yo me he puesto otro whisky —comentó innecesariamente mientras distribuía las bebidas.

—¿Y? —preguntó David, inclinado hacia delante, acodado en sus rodillas separadas, como si no quisiese perderse una palabra, a pesar de que Toni hablaba en voz muy alta.

Sharska y Quizco encendieron cigarrillos.

—Total, que me entero de que es de Suiza, que está casada con un suizo, afincada allí hace tiempo.

—¿Cuántos años tenía?

—Yo qué sé, unos diez menos que yo —repuso Toni.

—Bien conservada, pero rondaba los cuarenta —intervino el Barril.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Quizco.

—Yo lo sé todo —respondió el Barril y dio un trago a su copa—. Además, se estuvieron besuqueando aquí por todos los rincones, como dos adolescentes, era una vergüenza.

Todos se rieron, sobre todo Toni: las voces volvieron a tronar en el jardín.

—Bueno, pues hicimos lo que hicimos, el amor, esas cosas, dos días más por Skopie, la acompaño al aeropuerto, intercambiamos contactos, correos electrónicos, y de pronto ella me dice: por qué no vienes a Suiza, y yo en plan por supuesto, yo encantado, sin la

menor idea de lo que es Suiza —dijo Toni y bebió dos tragos de whisky—, pero resulta que ella tiene un hombre, colega, una especie de paganini…

—*Sugar daddy* —intervino David.

—*Sugar daddy* —repitió Toni—, más viejo que yo, al menos diez años más. Pues qué quieres que te diga, el tipo a punto de jubilarse y tal…

—Le quedan dos telediarios —dijo Sharska.

—Total, que me planto allí, todo en efectivo, con la idea de estar una semana en Zúrich, calculando gastos, hotel y todo, en fin… Ella me recoge en el aeropuerto…

—Pues, colega, Suiza no es ninguna broma —le interrumpió Quizco—. Según el índice Big Mac, ocupa el primer puesto de Europa.

—¿Según el qué? —preguntó el Barril como si fuera sordo.

—Nada, viejo, a ti que no te saquen de las hamburguesas del Sedmitsa —respondió Quizco y se volvió hacia los demás—. Yo también fui a Suiza y me gasté un pastón en el McDonald's.

Toni callaba. No le gustaba que lo interrumpieran tan a menudo con comentarios, y quería evitar a toda costa el tema de los precios en Suiza porque los había padecido personalmente. De hecho, lo que no les dijo fue que antes del viaje había entrado en Booking para averiguar cuánto le costaría el alojamiento en Zúrich —durante los siete días que le había prometido a Nina en un arrebato amoroso, en el hotel cerca del Parque de la Ciudad al que esta lo llevó después del Pandemónium—, y los precios que había encontrado, sumados al billete de avión, le habían provocado un arrebato de indignación por lo caro que se había vuelto todo de repente. Se había dado cuenta de que, si quería hacer el viaje, tendría que pedir dinero prestado, y le iba a ser muy difícil ocultarle a su madre el verdadero propósito

del préstamo. En cuanto a la explicación que le daría a Tamara por ausentarse durante una semana, prefirió dejarla para más adelante, si la cosa prosperaba y a su debido tiempo. Se ufanaba de haber aprendido de su padre la siguiente lección: «Nunca descubras tus cartas hasta el último momento». Por eso, al escribir a Nina, le dijo que no le funcionaba la tarjeta de crédito y que no podía arreglárselas con las reservas en línea y cosas por el estilo. «Yo no entiendo mucho de internet ni de tarjetas —le había confesado por teléfono—, soy de la vieja guardia.» Al día siguiente Nina lo llamó para decirle que le había reservado el billete de avión y el hotel por una semana.

—¿Y? —preguntó David.

—Me recoge en el aeropuerto, con un BMW superpotente, y me dice: vamos primero a mi casa, después damos un paseo por ahí y te llevo al hotel. Bueno, pues vamos donde ella, echamos un polvo y me dice: quédate aquí esta noche. Y yo en plan, cómo voy a quedarme aquí, en cualquier momento llega el tipo ese, pero ella me dice: relájate…

—En plan, es un amigo y tal —intervino David.

—No, no, nada de presentarme. Tenía habitaciones abajo, en el sótano, ¿entiendes? —dijo Toni, haciendo con la mano derecha un gesto como una serpiente bajando.

—¡Guau! —exclamó David.

—¡Ahí va! —dijo también el Barril.

—Total, que él trabaja hasta las seis y nosotros habíamos salido. Regresamos una hora más tarde y yo empiezo a sudar, colega, llegamos a la casa, cómo voy a entrar, tía, esto va a ser una carnicería, pero ella me dice: espera un poco, y me enseña otra entrada que lleva directamente a los sótanos. Y allí, colega, todo un apartamento. No te imaginas el casoplón —declaró Toni y dio un

trago del whisky.

—¿En pleno Zúrich? —preguntó Quizco.

—No, tío, en algún sitio de las afueras, en una ciudad pequeña a media hora o una hora en coche, una especie de urbanización con casas enormes como aquella. Bueno, pues entramos por la puerta de abajo y yo me duermo, pero como un tronco, tío. Todo me la suda, estoy hecho polvo y me da igual dónde esté.

—¡Vaya puta leyenda! —exclamó el Barril.

—Por la mañana me levanto, subo arriba y ¿qué ven mis ojos? Un desayuno, todo servido…

—¡No jodas! —exclamó David, boquiabierto.

—Sí, tío. Zumo de manzana de la granja local, recién exprimido; todas las mañanas me preparaba unos huevos de gallinas felices, si les vierais el color, no son amarillos como los nuestros. Además, tocino de un cerdo recién degollado, y unas creps con aquellas frambuesas azules, no sé cómo se llaman…

—Arándanos —dijo Quizco.

—Eso. Qué quieres que te diga, un *prosecco* con fresas… Yo allí en calzoncillos y camiseta, una ducha, todo perfecto, ¿entiendes?

—Suiza es famosa por su comida orgánica. Está en el top tres de Europa en alimentos no modificados genéticamente —añadió Quizco mirando al Barril.

—Pero, tío, ¿tú fuiste allí para comer o para follar? —gritó Sharska dándole una palmada en la espalda, y todos volvieron a estallar en risas en medio del silencio y la oscuridad.

—Fui allí para embutir, entiéndelo como quieras —le respondió enseguida Toni, y las fuertes carcajadas volvieron a resonar entre los bloques de viviendas.

—¡Vaya leyenda! —dijo el Barril, agitando la cabeza con entusiasmo.

—Total, colega, que digo: aquí se está muy bien, ¿para qué me voy a gastar cien euros la noche en un hotel de mala muerte?

—¡Me quedo aquí abajo! —gritó Sharska como si se le hubiera ocurrido algo original, y el coro masculino volvió a estallar en risas.

—Y así cada día, a las dos, pum, subimos al BMW de ella, porque a las cuatro él vuelve de trabajar —prosiguió Toni, tomando un sorbo del whisky—, circulamos despacio… Y una vez le pregunto: ¿me voy al hotel? Pero ella me dice: no te rayes, tío. Yo pienso: no te preocupes, y así, colega, una semana entera, me pasé unas vacaciones en los Alpes… —dijo Toni, acordándose de que los Alpes los había visto solo desde el avión.

—¡Qué valor, la tía! —le sacó de sus pensamientos Quizco—. Lo tuyo no tiene tanto mérito, ¡pero lo de ella, tío! ¡Qué valor!

—Además, lo que se cargó en la tarjeta de él —dijo Toni, haciendo con la mano el gesto de pagar con tarjeta en una caja—, todos los gastos…

—¿Y él sin darse cuenta? —preguntó el Barril, asombrado—. ¿Tanto tiempo y nada?

—Nada, tío —rio Toni encendiendo otro cigarrillo—. ¡Nada!

—¿Y no le preguntó adónde coño iba todos los días? —inquirió David, casi alarmado.

—Antes vivían de la misma manera, tío —dijo Toni.

—¡Así que Dios sabe cuántos pasaron por el sótano antes que tú, colega! —tronó la voz de Sharska, y el Barril, David y Quizco echaron la cabeza atrás de la risa, enseñando los huecos desdentados de sus mandíbulas superiores.

—¡Qué más da! —dijo Toni—. Lo que importa es que nosotros nos lo pasamos de puta madre. Me ahorré quinientos euros en alojamiento, y le digo: déjame al menos que pague un par de noches en un hotel, llevo tres días en Suiza, dile a este que te vas a

alguna parte el finde, sal de tu casa y vamos a Zúrich… Tío, tenía que gastarme ese dinero de alguna manera —dijo Toni mirando a Sharska.

—Te empezó a picar —murmuró Sharska entre dientes.

—Y venga, a rascarme el bolsillo tres días en plan todo incluido en Zúrich… Le dije: tú me has mantenido durante tres días, ¡ahora me toca a mí tres días de paganini! —gritó Toni, y todos volvieron a estallar en carcajadas.

—¡Qué leyenda, joder! —exclamó el Barril, mirando a Toni con admiración, tras lo cual bebió de su whisky y enseguida se sobresaltó en su asiento porque algo cayó detrás de él con un plas, salpicándole la espalda.

Todos levantaron los ojos y alcanzaron a ver una sombra que se retiraba de una ventana iluminada en la cuarta planta.

—¡Tu puta madre! —gritó Sharska, poniéndose de pie y mirando hacia arriba, como si estuviera a punto de salir volando para darle un puñetazo al espectro de la cuarta planta.

—¡La puta que la parió! —murmuró el Barril, se levantó y se puso a recoger las copas y las botellas de cerveza de la mesa.

—¿Qué pasa, tío? —preguntó David.

—Hay una vieja arriba, una vez hasta llamó a las autoridades para que me hicieran una inspección sanitaria, ¿sabes? —dijo el Barril, abrazando las botellas—. Vámonos adentro porque, si no, igual me llevo una multa.

—¿Y eso? —se sorprendió Quizco, sin moverse de su sitio.

—Estoy registrado como club, es decir, no tengo derecho a sacar mesas afuera, y con el puto covid también tengo prohibido abrir como club. O sea, que no tengo permiso para esta reunión. Venga, coged las sillas y las mesas y adentro, antes de que me vengan a joder —dijo bajando a la carrera las escaleras.

El Pandemónium estaba sumido en la oscuridad y apestaba a moho y humo de cigarrillos estancado. Las penumbras y el hedor que antes excitaban a Toni, envolviéndolo en una atmósfera de erotismo y aventura, ahora le resultaban molestos. Sin gente, quedaban a la vista la suciedad del lugar, la grisura y la humedad de las paredes, lo gastadas que estaban la barra y las sillas, así como las quemaduras de cigarrillos en el suelo laminado de color guinda fermentada.

—Pasad a la sala vip —les dijo el Barril cuando todos hubieron entrado en el sótano.

La sala vip era una habitación separada con el suelo un poco más alto, en la que había un reservado con muebles del mismo color que el suelo laminado, de cuero sintético gastado y agrietado, con agujeros de cigarrillos por los que asomaban trozos ennegrecidos de gomaespuma.

—¿Por qué no pones algo de música? —propuso Toni al tomar asiento en el reservado y, señalando su copa casi vacía, añadió—: Y, si es posible, una más, jefe.

—Una más sí es posible, leyenda —dijo el Barril al recoger la copa y dirigirse a la barra, tan alta que solo se le veían los hombros y la cabeza mientras iba llenando la copa de whisky—, pero música no. Acabo de cerrar con llave por si vienen inspectores, tenemos que fingir que no hay nadie dentro.

—¡Vaya tontería! —dijo Sharska, encendiendo un cigarrillo—. ¡Qué mierda de país, tío! Me tenía que haber ido cuando pude, joder…

—¿Y ventilación no hay? —le interrumpió David, que se había sentado en uno de los extremos del sofá.

—¡Sí, hombre, claro! Con aire fresco de las montañas, importado directamente desde Suiza —replicó el Barril, colocando la copa delante de Toni y el cenicero vaciado delante de Sharska.

—No creáis que soy un gallina, pero tengo que ponerme la mascarilla —dijo David, sacando del bolsillo una FFP2 blanca—. Estoy vacunado y todo, pero mi madre, además de que ya es mayor, tiene asma, es población de riesgo, no vaya a ser yo quien le contagie el virus —añadió, con la voz sofocada por la mascarilla.

—Haz lo que quieras, esto es una democracia —dijo Sharska.

—Según las últimas investigaciones, las mascarillas son inútiles, pero allá tú —dijo Quizco.

Toni guardaba silencio. Se acordó de que, antes de salir de casa, Evguenia le había dicho que se pusiera la mascarilla, pero él ni siquiera la llevaba encima. Sí, ella también contaba como población de riesgo por la edad, pero era robusta la vieja, pensó él. Cada mañana se tomaba un zumo de naranja recién exprimido y, además, almorzaba ensalada, siempre de tomates.

—Bueno —se oyó la voz amortiguada de David—, ¿sigues en contacto con ella?

—¡Pues claro! —suspiró Toni, reflexionando sobre la manera más idónea de presentar la continuación de la historia—. Hubo momentos muy intensos, todo el tiempo. —Al decir esto, miró su copa de whisky y después a los ojos de David.

—Ah, ¿sí? —dijo este, arqueando un poco las cejas.

—Sí, nos escribíamos, nos llamábamos, ella volvió aquí, a Skopie, cosas por el estilo —suspiró Toni, pensando en todo aquello que no les había contado a sus amigos.

En la época de su viaje a Suiza, él vivía en casa de su madre. Nina solía pedirle sexo por videoconferencia y un día la madre de Toni entró en su habitación cuando él se estaba masturbando. Por desgracia, estaba completamente desnudo, pero al menos se había sentado de espaldas a la puerta, mientras que Nina, desnuda y con las piernas abiertas, miraba directamente a Evguenia desde la

pantalla, dándole instrucciones a Toni sobre qué hacer y cómo hablarle. Evguenia dio un chillido y salió con un portazo. Después de ese incidente, Toni decidió que ya era hora de volver a vivir con una mujer que no fuera su madre y eligió a Tamara, porque era la más perseverante, vivía en el centro y no tenía hijos. Entre lágrimas, Tamara le prohibió escribirse o hablar con Nina; durante un tiempo, Toni trataba de hacerlo a escondidas, pero muy pronto Nina dejó de responderle a los mensajes. Un día, por Navidad, se la encontró en el supermercado del barrio. Llevaba botas altas y ceñidas de color marrón, un abrigo de piel también marrón y una falda corta de lana color ocre. Le pareció guapísima. Tamara estaba a su lado, comprando ingredientes para la ensaladilla rusa: «Trescientos gramos de salami de cerdo, en rodajas gruesas», le dijo a la dependienta en el momento en que Toni vio a Nina delante de él, sonriendo de oreja a oreja con su pintalabios rojo fuego.

—¿Y por qué coño la dejaste? ¿No te gustaba? —interrumpió sus pensamientos David.

—Pues por la presión, ya sabes, los hombres huimos —repuso Toni, mirando a sus cuatro compañeros. Todos asentían con la cabeza.

—Cuando te das cuenta de que ella te está… —empezó diciendo Sharska.

—Cuando empieza a esclavizar tu ser… —añadió Toni, haciendo gestos con las manos como si estuviese estrangulando a alguien—, por muy buena que esté, te estás jugando la libertad.

—La libertad es la libertad, macho —confirmó Sharska, expulsando anillos de humo.

—Sí, todo lo que tú quieras, pero en el mismo sótano, no sé —cambió de tema Quizco—. Qué valor, la tía —repitió con entusiasmo, y la ceniza del cigarrillo se le cayó sobre la camiseta, rodando hasta

su ombligo.

—¡Bah, valor! —protestó el Barril—. Si el otro podía bajar en cualquier momento al sótano y noquearlo, tío… ¡El valiente aquí es Toni!

—A ver —insistió David, asombrado—, ¿ni una sola vez se le ocurrió bajar al sótano?

—Un borracho, tío —explicó Toni frunciendo el ceño y levantando el pulgar hacia la boca—. La bebida no se lo permite: después del trabajo va al bar, se harta de cerveza, vuelve a casa hecho polvo y ¡pumba! Un saco de patatas. Se levanta por la mañana, va al trabajo, al día siguiente lo mismo, un saco de patatas, y así todos los días.

—¿Y era nuestro o suizo? —preguntó David.

—Suizo, tío —dijo Toni, riendo—. Si fuera nuestro, ¡la mujer en casa, bajo llave!

—Es verdad, colega —rio Sharska.

—Además, estaban forrados, él ganaba ocho mil francos…

—Tienen los sueldos más altos del mundo —comentó Quizco con autoridad—. ¿Ves como el dinero te puede buscar una ruina?

—Créeme, ¡todos están frustrados sexualmente! —exclamó Toni, encogiéndose de hombros—. Esa es su mentalidad, son una nación reprimida… Había momentos en que algo empezaba a crujir… y resultaba que alguien había puesto la lavadora —dijo, provocando la hilaridad general.

En el sótano suizo de Toni había varias habitaciones. En una de ellas estaban la caldera de la calefacción, el calentador de agua, la lavadora, la secadora y un enorme lavabo, profundo y anticuado, en el que Toni meaba por la noche, pero de eso Nina y él no hablaban. La sala del medio estaba reservada para una mesa de *ping-pong,* la barbacoa, las sillas y las mesitas de jardín de hierro forjado. Una

gran puerta corrediza de cristal daba al espacioso jardín de la casa, que entonces no se utilizaba porque era otoño y hacía frío, y del otro lado del sótano estaba el garaje, donde el marido de Nina guardaba, bajo fundas protectoras, una Harley-Davidson y un Porsche amarillo. El cuartito de Toni se encontraba al lado del recinto con las máquinas y las tuberías y servía como trastero; lo tenían lleno de anaqueles. Allí guardaban todos los esquís, las tablas de *snowboard,* los cascos y las botas de Nina y su esposo, cuyo nombre Toni no quiso saber y a quien Nina se refería exclusivamente como «mi marido». Las botas emitían un leve olor a calcetines sudados. Toni dormía en un sofá frente a los anaqueles llenos de botellas de aguardiente de uva, vino T'ga Za Jug y botes de *ajvar* de la marca Mama's que los parientes o amigos de Nina le habían ido llevando al visitarla. Toni se sobresaltaba cada vez que alguna de las máquinas de la sala contigua se ponía a funcionar, así que tomaba aguardiente a pico de botella cada noche que Nina lo dejaba solo para ir a acostarse en su espacioso dormitorio con ventanas que daban al jardín. Como no se atrevía a fumar tabaco allí abajo, Nina le dejó un cigarrillo electrónico IQOS. En la oscuridad, al pálido resplandor del váper, las hileras de botes parecían susurrarle: «Mamá, mamá, mamá, mamá».

—¡Chapó, tío! —le dijo Sharska, dándole una palmada en la espalda—. No sé si yo podría.

—Podrías si la vieras —respondió Toni, apoyándose en el brazo del sofá y mirando hacia arriba en un intento de olvidar los botes de *ajvar* y evocar las tetas de Nina para tratar de describírselas a sus compañeros, pero sin hablar solo de ellas—: Qué mujer, tío, un bombón. Para salir por la ciudad con ella… —dijo enderezándose y sacando pecho.

—Un momento, ¿suiza o macedonia? —inquirió Quizco.

—Macedonia, colega —declaró Toni como si lo se sobrentendiera —. Llegó allí a los diecisiete. Si la vieras… Una señora con su sombrero, su camisa, las tetas sin sujetador… —Aquí Toni calló por un momento para hacer con las dos manos un gesto que significaba pechos grandes.

—¡Madre mía! —exclamó Sharska.

—Y yo, un desastre: me paseaba a su lado en vaqueros y con zapatillas de lona y chaqueta de cuero —mintió Toni, pues para el viaje de Suiza se había llevado la ropa más cara, incluido el abrigo azul oscuro y los zapatos que se ponía para las bodas.

—Yo la veía cuando venía por aquí —dijo el Barril con tono jactancioso—. Desde luego, era un bombón —confirmó y se besó las puntas del pulgar, el índice y el corazón juntos.

—¿Eso fue antes o después de Maya de Planificación? —intervino Quizco.

—¿Maya de qué? —preguntó David en voz baja, mirando a Quizco.

—Maya, la madre de su hijo —le explicó Quizco—. Maya del Departamento de Planificación, los tres somos compañeros de trabajo.

—Eso no tiene nada que ver: como en el trabajo nos aburríamos, pues por qué no follar —dijo Toni, haciendo un gesto con la mano como para quitarle importancia al asunto—. Esa llegó a los cuarenta sin hijos, le dio por aparearse y me eligió a mí, tío, ¡qué quieres que te diga! —comentó riendo.

Realmente no quería pensar en Maya ni en todos aquellos rincones abandonados y sucios del edificio de la televisión donde solían follar precisamente en los momentos —según sospechaba Toni — en los que Maya podía quedarse embarazada.

—¡Vamos, tío, Maya está buena, no me jodas! —protestó Quizco.

—No se trata de si está buena o no, el tema es que no me deja ver a mi hijo —suspiró Toni, tomando un trago de su copa.

Se hizo un silencio incómodo, pues todos se acordaron del accidente en el que había fallecido Tamara.

—Tío —la voz del Barril rompió el silencio—, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Pregunta, colega —suspiró Toni, otra vez temiendo que el Barril le pidiese detalles del accidente. En esta ocasión, además del labio superior, sintió que también la frente se le perlaba de sudor y se le enturbiaba un poco la mente.

—Pero quiero que me contestes con sinceridad —prosiguió el Barril.

Toni callaba, fumando a la espera de la pregunta.

—Perdona otra vez por la curiosidad —dijo despacio el Barril.

—Está bien, ¡pregunta de una vez! —estalló Toni.

—Ya va —dijo el Barril con los ojos fijos en la cara de Toni—. No te enfades. —Hizo una pausa, inhalando profundamente—. Dime, ¿follasteis en el sótano?

—¡Joder, tío! —gritaron a coro Sharska, David y Quizco, revolviéndose en sus asientos. Sharska se dio una palmada en la rodilla, lo mismo que Quizco, mientras que David se agarró la cabeza.

—Pensé que ibas a preguntar algo delicado —murmuró David, ajustándose la mascarilla.

—Pero ¿qué he dicho? —dijo el Barril, mirando desconcertado a sus amigos, y sus gruesas mejillas parecieron temblar de preocupación.

—Pues mira, ya que has sacado el tema —dijo Toni, apoyando los codos sobre las rodillas separadas, vuelto hacia el Barril con la cabeza inclinada y mirándolo a los ojos—, abajo, en el sótano, no

follábamos, pero arriba, en la casa, lo hicimos como conejos por todas partes, incluida la cama del tipo —mintió.

Lo que Toni no dijo fue que, tras recogerlo en el aeropuerto, Nina lo había llevado a su casa, donde su marido estaba dormitando en un sillón de cuero marrón delante de la tele. Entre susurros y risitas sofocadas, con el índice sobre los labios, lo había metido en el cuarto con los botes de *ajvar* y el aguardiente, lo había derribado sobre el sofá y había empezado a besarlo y a desnudarlo. Le había bajado los pantalones y los calzoncillos hasta las rodillas, pero Toni no lograba dejar de pensar que su marido estaba arriba en el salón viendo la tele, así que se le quedaba floja una y otra vez, por más que Nina se la chupara y la frotara contra su cuerpo. En un momento dado, ella se lamió el dedo corazón y, mirándolo a los ojos, se lo metió a Toni por el culo. «Quiero hacerte chillar como un lechón», había susurrado entre dientes.

—Menuda viciosa, la niña —dijo el Barril, cuyas mejillas parecían seguir temblando.

—Ya basta de mí —dijo Toni, arrellanándose en el sofá—. Quedamos en que todos íbamos a contar algo, ¿no?

Sharska estaba olfateando su cerveza.

—Colega, ¿no te parece que esto está estropeado? —le preguntó a Toni, acercándole la botella de cerveza—. Sabe raro.

Toni cogió la botella, la olió y bebió un trago.

—No, a mí me sabe normal.

—Sabe raro… —repitió Sharska, pensativo. Miraba desconcertado, ora el cenicero que tenía delante en la mesita, ora la botella de cerveza en su mano.

—Es verdad, todos habéis dicho que ibais a contar algo —retomó el Barril—. ¡Venga, Sharska, tú primero!

—¿Qué queréis que os cuente? —protestó este—. ¡Todos sabéis

que me follé a una *pleskavitsa!* —declaró, provocando las risas de los demás—. Con eso es suficiente. Barril, te toca.

—Pero dinos algo de tu vida sentimental, tío —dijo Quizco, volviendo la cara hacia el Barril—. Algo interesante que puedas compartir con todos.

El Barril estaba sentado en el extremo del reservado que quedaba más cerca de la barra y más lejos de David. Las rodillas de sus cortas piernas llegaban justo a la altura del borde de la mesa. Levantó la cabeza y cerró los ojos. Se hizo un silencio expectante.

—Os voy a contar algo importante para mi identidad —comenzó, ahuecando la voz—. Esto no se lo he confesado a nadie. Lo saben los que lo saben —dijo abriendo los ojos y mirando a Toni—. En primero de primaria teníamos una maestra muy mala —prosiguió, sin apartar los ojos de Toni—. Trataba con cariño solo a los hijos de los ricos. Todo esto que veis aquí lo he hecho yo solo —declaró, dejando la copa de whisky en la mesa—, con mis propias manos.

Le enseñó las manos a Toni, que pensó: «Tiene los dedos como salchichas».

—Ella solo quería a los de familias ricas —continuó el Barril—. Un día tengo que ir al baño urgentemente. Levanto la mano: ¡maestra, maestra, maestra! —Alzó la voz como si fuese un niño pequeño—. Maestra, ¿puedo ir al baño? Le insistí mucho, pero ella me dijo que no —dijo el Barril, abreviando—, y yo, ¿cómo se dice?, abatido, me cagué en los calzoncillos.

—Uy, ¿delante de todos? —preguntó David con tono preocupado.

—Sí, tío, delante de todos —confirmó el Barril, mirándose las deportivas.

—¿Y qué? —inquirió Sharska, riendo—. ¿Te sentiste aliviado?

Quizco y Toni soltaron una carcajada sonora.

—Qué va, tío, después tuve que cambiar de escuela —dijo el

Barril, apretando los labios— porque los niños me pusieron el mote de Toni Cagapantalones.

—¡No me digas, tío! —Toni soltó una risotada aún más fuerte y el Barril se dio cuenta de que había llegado el momento de reírse él también.

—No sé quién es la mayor leyenda: el que folla en un sótano, el que se caga en los pantalones o el que se tira a una *pleskavitsa* —gritó Quizco, incorporándose un poco por primera vez desde que habían entrado, pues hasta entonces había permanecido arrellanado en el sofá.

La hilaridad general se hizo aún más bulliciosa.

—Y tú, colega —dijo Sharska entre risas—, ¿qué nos vas a confesar?

—Yo no sé todavía, que vaya David primero —respondió Quizco, señalando con la botella de cerveza a su vecino.

—¿Me toca a mí? —preguntó David sorprendido, ajustándose la mascarilla.

—Eso parece —repuso el Barril, mirándolo con expectación.

—Pero lo mío es más *heavy,* como quien dice —dijo David—. No se trata ni de follar ni de cagar.

—Perfecto —dijo Quizco, levantando el dedo índice—. ¡Venga, cuéntanos algo *heavy!*

—No sé si sabéis que mi padre murió hace más o menos un año —empezó muy rápido David, como si estuviera hablando de algo común y corriente, mientras se ajustaba de nuevo la mascarilla a ambos lados de la nariz.

—No lo sabía, tío —comentó el Barril y derramó un poco de cerveza sobre el suelo laminado.

—¡Que en paz descanse! —dijo Quizco, derramando también algo de cerveza.

—Condolencias —se les unió Sharska, y a su vez dejó caer un poco de su cerveza al suelo.

—Qué desgracia —dijo Toni, derramando el mínimo whisky posible, porque otra vez le había quedado muy poco en la copa.

—Gracias, gracias a todos —dijo David—. Bueno, pues fallece mi padre de forma inesperada…

—Igual que mi padre. Del corazón —intervino Toni, dándose un golpe con el puño en el pecho.

—El mío también —dijo Sharska—, en el acto.

—Las patologías cardíacas son el asesino número uno de los hombres —declaró Quizco—, pero mi padre murió de cáncer.

—¿Qué cáncer? —preguntó el Barril.

—De pulmón —repuso Quizco, y la ceniza del cigarrillo le cayó sobre los pantalones.

—Bueno, pues estaba diciendo que falleció de forma inesperada —prosiguió David, aún más rápido que antes— mientras yo pasaba el fin de semana en Ohrid. Me llama mi madre el sábado por la mañana y me dice: «Ha muerto tu padre».

—¡Coño! —murmuró el Barril.

—Le pregunto cómo ha muerto y ella me contesta: parece que del corazón. Y yo, en plan…, no sé cómo describirlo, sentí algo que me da vergüenza reconocer. Sentí algo así como alivio.

Todos guardaron silencio, observando a David. Toni apuró el resto del whisky y miró al Barril, que se levantó en silencio para traerle otro, acercándose a la barra casi sin hacer ruido.

—¿Alivio cómo? ¿Ontológico? —preguntó Quizco.

Lanzó el cigarrillo al cenicero, pero falló. Siguió con la mirada la colilla, que cayó rodando al suelo laminado y se detuvo a dos metros de ellos. Después volvió a dirigir los ojos a David, a la espera de respuesta.

—No sé qué quiere decir eso, pero cuando murió yo me sentí aliviado porque ya no iba a maltratar nunca más a mi madre, porque yo iba a ser el cabeza de familia, porque tal vez fuera mejor que no estuviera vivo…

—¡Joder, tío! —exclamó Sharska, limpiándose las manos en las rodillas.

—¡Sí que es *heavy,* colega! —dijo Quizco, encendiendo otro cigarrillo.

Con el mismo sigilo de antes, el Barril regresó a la mesa y le entregó la copa a Toni.

—No os he preguntado si queréis más cerveza, veo que todos tenéis —dijo y volvió a su sitio—. ¿Y?

—Dame una Heineken, esta sabe raro —se quejó Sharska—. Está como insípida, igual se ha estropeado.

—¡Qué se va a estropear! ¡Dame que la pruebe! —protestó el Barril, cogió la botella y bebió un trago—. Está perfectamente —sentenció, devolviéndole la cerveza.

—Es igual, dame una Heineken —insistió Sharska, y apuró lo que le quedaba en la botella.

El Barril se levantó sin rechistar y volvió a desaparecer detrás de la barra.

—Total, que durante mucho tiempo tuve remordimientos por haber pensado semejante cosa —continuó David—. Me sentía como si me hubiera alegrado por la muerte de mi padre, y no era verdad: simplemente fue lo primero que se me pasó por la cabeza cuando mi madre me dio la noticia.

Todos callaban. En medio del silencio, el Barril le sirvió la cerveza a Sharska.

—En realidad, no me alegraba —repitió David, mirando al suelo.

—Tal vez fue por la impresión —dijo Quizco—. Esas cosas pasan.

—No se lo he confesado a nadie hasta ahora —declaró David—. Tú me has dicho que me sentiría aliviado, pero me has engañado, tío, ahora como que me siento peor. —Se volvió hacia David, abriendo teatralmente los brazos.

Los presentes decidieron que había llegado el momento de echarse a reír para dejar de pensar en la historia. Toni rio con amargura, recordando cómo había muerto su padre: fulminado por un infarto en una tienda del barrio. Había ocurrido un sábado: Evguenia lo había mandado a por tomates y, mientras los escogía, se desplomó al suelo y murió en el acto, antes de que llegara la ambulancia. Al ver que no volvía, la madre de Toni salió a buscarlo. La sopa llevaba un buen rato humeando en la mesa, hasta que se enfrió por completo, y Evguenia temía que el pollo con arroz también se quedara como una piedra en el horno. «Seguro que se ha parado a hablar con alguien», refunfuñaba Evguenia en el salón, furiosa. Cuando el plato principal también se enfrió, ella salió a buscarlo. Toni sintió que un rencor contra su madre se iba apoderando de él y que la cabeza empezaba a darle vueltas por el whisky.

En ese momento alguien le dio una palmada en la espalda.

—¡Venga, algo más alegre, colega! —gritó Sharska—. Este tipo de anécdotas no nos gustan. A ver, que el rey nos cuente lo de la nota que le colgó el vecino —dijo recostándose en el sofá y abriendo otra cerveza.

—¡No me jodas, tío! ¿Otra vez yo? —protestó Toni, a pesar de que se moría por contar la historia. Extendió la mano para coger el teléfono: tenía la foto guardada en una galería especial que podía abrir sin las gafas de lectura.

—¿De qué se trata? —preguntó Quizco.

—¡No te lo puedes ni imaginar! —dijo Sharska, bebió un trago de

cerveza y, mirando la botella con el ceño fruncido, chasqueó la lengua. Luego la olió—. ¡Tío, esto no sabe a nada! —Y enseguida añadió, en voz más baja—: Tampoco huele a nada.

—¿Cómo que no sabe ni huele? —se indignó el Barril, arrebatándole la botella y oliéndola—. Huele que apesta —dijo devolviéndosela en la mano—. Tendrás la nariz taponada.

Igual tiene covid, pensó Toni, que estaba sentado junto a Sharska. Eso dicen: si uno pierde el olfato y el gusto, es covid. Aunque hay un millón de otras causas que podrían provocar la pérdida del olfato o el gusto, como por ejemplo la gripe común, la sinusitis o cosas por el estilo, se tranquilizó, porque tenía muchas ganas de contar la anécdota de la nota que le había dejado el vecino en el ascensor.

De pronto, David se quedó como petrificado.

—Ostras, se me había olvidado por completo que tenía que recoger a mi madre de una visita —farfulló precipitadamente, levantándose de un salto y sacando mil denares del bolsillo—. Barril, aquí tienes lo de mis cervezas; si sobra algo, no pasa nada.

Acto seguido, se alejó hacia la puerta de entrada.

—¡Nos vemos, tío! —dijo Quizco, repantingado en el sofá.

—¡Hasta luego! —dijo Toni levantando la copa. Se preguntó si no debería irse también él, pero tenía un whisky casi entero por beber y una historia por contar.

—Espera, que te tengo que abrir. —El Barril se puso de pie y corrió hacia las escaleras que llevaban a la salida para alcanzar a David.

—¡Saludos a todos y gracias por las anécdotas! —dijo David.

Se oyó la llave girar en la cerradura, un chirrido y otra vez la llave que cerraba la puerta; después, los pasos del Barril.

—¡Venga, déjate de peros y cuenta! —insistió Sharska, y bebió

de su botella.

—Yo también quiero oír la historia —dijo el Barril, sentándose en el lugar donde hasta ahora había estado David.

—Vale, vale —accedió Toni con una tímida sonrisa—. Bueno, pues Tamara, que era una persona un poco especial…

—¡Y tanto! —declaró el Barril —. Era muy fina.

—Muchísimo —confirmó Quizco.

—Yo quería decir otra cosa, un poco delicada… —continuó Toni, y desbloqueó el teléfono para buscar algo en la galería de imágenes, con la mano entre las rodillas y la cabeza hacia atrás.

—No te cortes, tío —le alentó Sharska.

—Bueno, la cosa es que Tamara hacía mucho ruido en la cama —dijo Toni, levantando la mirada hacia sus compañeros; el cuello se le relajó.

—¿Qué dices? —se sorprendió Quizco.

—Nunca lo hubiera pensado —añadió el Barril.

—Una fiera —dijo Toni, sacudiendo la mano como si se hubiese quemado, y luego insistió—: ¡Pero una auténtica fiera, tío!

—Que en paz descanse —murmuró el Barril en voz baja.

—Bueno, pues un día entro en el ascensor y veo esto —dijo extendiendo el brazo para acercarle el teléfono a Quizco.

Este se incorporó para recogerlo y la ceniza del cigarrillo se le volvió a caer en el regazo. Al aumentar la imagen entreabrió la boca, que se le ensanchó en una sonrisa. El Barril se inclinó hacia Quizco para ver la foto.

—Lee en voz alta, que no tengo gafas —dijo.

—Eso, lee en voz alta —gritó Sharska, y volvió a beber con avidez de su botella.

Quizco se incorporó y comenzó a leer con tono jovial:

—«Vecino, espero que lo que te estés tirando sea una hembra,

porque la próxima vez voy a irrumpir en vuestra casa con un extintor y os lo voy a meter por el culo a los dos. Entonces, como dicen en Tétovo, rugiréis como reses…»

Quizco se quedó pensando.

—¿*Rugiréis* o *mugiréis*?

—Qué más da —murmuró Toni.

—¡No me jodas! —gritó el Barril, entusiasmado.

Sharska se estaba desternillando de risa, dándose palmadas en la rodilla. Justo entonces le sonó el teléfono; lo sacó del bolsillo, frunció el ceño al ver quien le estaba llamando, se encorvó un poco y, volviéndose hacia atrás, murmuró «Dime», cubriendo el aparato con la mano para que no se oyese el ruido. Mientras escuchaba lo que le decían desde el otro lado de la línea y repetía «Vale» o «Está bien», Quizco siguió leyendo:

—«Desgraciadamente, tengo que dirigirme a vosotros de esta manera porque habéis rebasado los límites de la decencia (perdona que te lo diga, Cerdita Peggy). P. D.: Y una cosa más, hermana: ¡modera el entusiasmo!» —En este punto Quizco soltó una carcajada y comentó—: ¡Ni que tu polla fuera un cuchillo, colega!

Después le devolvió el teléfono a Toni, que miró con satisfacción la imagen borrosa antes de apagar la pantalla.

—¡Desde luego, eres una leyenda! —exclamó el Barril, incorporándose un poco y extendiendo el brazo para brindar con Toni—. ¡A tu salud!

—Oye, todo esto me suena de algo —dijo Quizco—, como si lo hubiera visto en las redes sociales.

—Vale, voy. ¡Hasta ahora! —dijo Sharska y, tras colgar, se quedó mirando la pantalla desconcertado.

—¡Cómo no te va a sonar! Si le dio la vuelta a internet —respondió Toni—. ¿Cómo decíais los jóvenes? —Alzó la vista,

tratando de acordarse—. Se hizo viral.

—Compañeros, yo os dejo —anunció Sharska, poniéndose de pie y limpiándose las manos en las perneras de los pantalones—. Barril, ¿qué te debo?

—¿A qué viene tanta prisa, tío? —le preguntó Toni.

—Mi mujer no se encuentra bien —dijo Sharska, metiendo la mano en el bolsillo—. ¿Cuánto es la cerveza?

—Ciento cincuenta denares —repuso el Barril.

—¿Qué dices? —dijo Toni, mirando a Sharska— ¿Qué tiene?

—No sé, desde ayer se encuentra mal —comentó Sharska, tomando aliento como si fuera a añadir algo, pero no dijo nada. Todos callaban. Sharska sacó del bolsillo varios billetes de cien, los dejó en la mesa y se dirigió con pasos rápidos hacia la escalera—. ¡Venga, adiós! —añadió sin volver la cabeza.

—Espera, que te abro —dijo el Barril poniéndose de pie y siguiendo a Sharska en la penumbra.

—¡Qué pena, tío! —dijo Toni.

En ese instante se le ocurrió una idea que a todos los demás también se les había pasado por la cabeza: que Sharska y su mujer debían de tener covid. Después se acordó de que había bebido de la botella de su amigo y de que su madre le había dicho que se pusiera la mascarilla y guardara dos metros de distancia de los demás, así que él también se puso de pie y se dirigió apresuradamente a la puerta, diciendo:

—Gente, yo también me piro. Se me ha hecho muy tarde y tengo cosas que hacer.

Se guardó el teléfono y los cigarrillos en el bolsillo de los vaqueros, metiendo barriga.

—Por Dios, ¿qué es lo que tienes que hacer con tanta urgencia? —preguntó Quizco sin incorporarse. Sabía perfectamente que ni Toni

ni él mismo iban al trabajo y, cuando iban, no tenían nada que hacer.

—No es asunto tuyo —le contestó Toni con una sonrisa socarrona.

Intentó caminar de forma desenfadada hasta la puerta, pues no quería parecer dominado por el pánico.

—Hala —dijo el Barril, lanzándole una mirada irónica mientras le sujetaba la puerta.

—Esto es lo que hay —le dijo Toni y, apretándole el hombro, lo miró a los ojos—. Gracias por todo, tío —añadió, porque en ese instante se acordó de que no había pagado las copas y no quería volver atrás para dejar dinero en la mesa. No tenía dinero para todo el whisky que se había tomado y, además, el Barril le había llevado las copas por su propia iniciativa, sin que él se las hubiese pedido, por no mencionar que David había dejado algo más de dinero, y probablemente también Sharska, a quien ahora veía perderse en la noche entre los edificios. Encima, los he estado entreteniendo todo el tiempo, y quién sabe cuántas veces habré tocado o pinchado discos aquí, siguió justificándose en su fuero interno por irse sin pagar, tratando de no pensar en la posibilidad de haber contraído el coronavirus.

Me lo he pasado de puta madre, se dijo inhalando profundamente el fresco aire otoñal. Había empezado a hacer frío, como ocurría a menudo en otoño después del anochecer. Sintió un frescor agradable debajo de la camisa; los vellos de los brazos se le erizaron y los pezones se le pusieron rígidos. Se le despejó la cabeza y se sintió sano, fuerte y vivo, probablemente otra consecuencia del whisky, que volvía la noche aún más mágica.

Un momento, ¿qué era eso tan agradable en lo que estaba pensando antes de salir del Pandemónium y que no pude terminar de imaginar?, se preguntó, y decidió tomar un camino un poco más

largo hacia casa, entre los edificios y lo que quedaba de los pequeños jardines, para sentir de forma aún más intensa la noche otoñal de Skopie y sacudirse la atmósfera mohosa y húmeda del Pandemónium. Así haré más pasos hoy, dijo para sí, y siguió rumiando qué momento de la conversación le había dejado la sensación de una satisfacción incompleta. Ah, sí, ya se acordaba: los orgasmos de Nina y la nota en el ascensor.

En realidad, pensó Toni, Tamara había mejorado en materia de orgasmos después de que él le echara en cara que había un problema. Nina se corría de forma muy ruidosa, hasta tal punto que, cuando hacían el amor en el sótano suizo, Toni se veía obligado a taparle la boca. Las manos de él parecían enormes, fuertes y oscuras sobre la pequeña cara blanca y redonda de ella, que, sin embargo, forcejeaba para quitárselas mientras lo montaba de forma salvaje y con los ojos cerrados. Por un lado, a Toni eso le encantaba, pero al mismo tiempo le daba miedo, porque varias veces ella lo hizo cuando su marido estaba en casa. En realidad, era en el sótano donde Nina prefería que hicieran el amor y donde más se enardecía. Pero fue precisamente la comparación con Nina la que le había hecho ver con claridad la inferioridad de Tamara en ese aspecto, pensó Toni al recordar que, al principio, esta no emitía ni un sonido. «Tendrías que trabajarlo un poco», le dijo un día, tras terminar y apartarse. Su descontento con ella aumentó considerablemente después de conocer a Nina. «¿Tienes orgasmos?», le preguntó, pensando si debía dejarla en caso de una respuesta negativa, porque eso significaría que Tamara era defectuosa. «Sí —le respondió ella—, lo que pasa es que me da vergüenza.» «Si te da vergüenza, no puedes tener una relación estable conmigo», le recriminó él. «Tuve una novia, muy bajita, con la que podía hacer lo que se me antojara —siguió contándole a Tamara con la intención de

hacerle pasar aún más vergüenza—, pero, aunque era pequeñita, acababa de una forma brutal, todo el edificio temblaba.» Al decir esto, miró a Tamara, que tragó saliva con la vista fija en el techo.

Desde entonces, Tamara se fue volviendo cada vez más ruidosa, y llegó incluso a tener dos orgasmos: uno al inicio y otro al final del acto, calculando muy bien el momento. «¿No vas a correrte ya?», le decía Toni cuando se cansaba, y ella enseguida lo hacía, con fuerza y en *crescendo,* de manera tan estruendosa que a veces él le tapaba la boca, pero Tamara, a diferencia de Nina, no trataba de liberarse ni le lamía las palmas.

Satisfecho de sus éxitos con las mujeres, Toni encendió un cigarrillo mientras esperaba a que un semáforo se pusiera en verde para los peatones, para reforzar aún más su satisfacción. Cuando llegó la luz verde, inspiró profundamente y cruzó el paso de cebra, pero en ese instante una imagen intrusa irrumpió en su mente, enturbiándola.

Está con su hermana en la habitación en la que vive ahora. Es de noche, la persiana está subida y la luz de la calle ilumina suavemente la cama de él y la de su hermana. Esta no duerme y el blanco de sus ojos brilla en la oscuridad: lo está mirando fijamente mientras los dos escuchan el crujir rítmico que llega de la habitación contigua y los gemidos de su madre.

—¡Basta ya! —exclamó Toni, sacudiendo la cabeza en un intento de ahuyentar la imagen—. ¿No le da vergüenza? —dijo, de nuevo en voz alta, y después volvió a sacudir la cabeza, recriminándose con otro «Basta ya» aún más fuerte.

Apretando el paso, procuró regresar adonde quería estar: en el lecho de Nina y en la conversación con sus amigos, pero los pensamientos lo devolvían inexorablemente, una y otra vez, a su habitación de la infancia, a la cama donde de nuevo se veía obligado

a dormir. ¿Y si Sharska tiene covid y tengo que encerrarme allí dos semanas? ¿Lo llamo mañana para preguntarle si ha pillado el virus? Pero no serviría de nada, discutía consigo mismo; aunque haya contraído la enfermedad, no va a querer hacerse la prueba. Pasará lo que tenga que pasar. Además, es una simple gripe, nada del otro mundo, una gripe común y corriente, intentaba convencerse. Estamos en otoño, va haciendo fresco, es normal que haya virus. No puede ser covid. Vaya perspectiva: tener que aislarme dos semanas solo en la habitación, entre las máquinas de coser de mi madre y todas esas maletas. ¡No mientes ruina! ¡Ni lo pienses, ni lo pienses!, se repetía mientras caminaba deprisa por la calle que llevaba a la puerta trasera de su edificio.

Su mente volvió a trasladarlo a su habitación infantil, pero ahora era un adolescente. Su padre está sentado a su lado en la cama y le dice: «Hagas lo que hagas, ten presente que tú eres el primero. Para ti, siempre tienes que ser el primero. Hagas lo que hagas, siempre tienes que ponerte a ti mismo en primer lugar». Toni se vio, joven y guapo, asintiendo con la cabeza, con los ojos fijos en su padre. «Uno nace solo y solo muere», concluye Andon.

Tenía razón, siempre debo pensar primero en mí mismo y en mis intereses, dijo Toni para sus adentros, preguntándose si la sabia idea de su padre de que uno nace solo y solo muere era de su propia cosecha o si la habría sacado de algún filósofo, pues era una persona que rebosaba citas sabias. Vaya, uno de los hombres más inteligentes que he conocido. En ese instante se dio cuenta de que se encontraba frente al bufete de abogados Stefanovski del edificio detrás del suyo, el lugar donde antes había estado la tienda de barrio en cuya acera había fallecido Andon. Toni se detuvo allí donde creía que se habría desplomado su padre mientras elegía tomates. El sitio exacto lo determinó según su propio criterio, teniendo en

cuenta que los tomates siempre debían estar en la primera fila; se paró tres pasos detrás del lugar donde le pareció que habrían estado las cajas llenas de productos y cerró los ojos. Le conmovió la imagen de los tomates rodando alrededor del cuerpo de su padre. Le había preguntado a su madre si alguien le había hecho la respiración artificial antes de que llegara la ambulancia y ella le había dicho que no lo sabía, lo cual probablemente quería decir que no. De manera que también la dependienta era responsable de la muerte de su padre, por no haberle aplicado esa técnica que quizá le hubiera salvado la vida, seguía rumiando Toni, inmóvil, con lágrimas brotando entre los párpados apretados. Al caer se habría golpeado la cabeza, según le había contado su madre, y ese impacto seco sobre las baldosas, que casi podía oír, atormentaba a Toni. Le parecía injusto que aquella cabeza grande, sabia y dura fuera golpeada de tal manera que algo dentro se rompiera. Había también otro culpable de la muerte de Andon, además de la dependienta, y era la madre de Toni, por haberle pedido que fuera a por tomates. Podría haber ido ella misma a comprarlos. Por no decir que ese día había sopa para comer. Si había sopa, ¿para qué coño hacía falta una ensalada?, pensaba Toni mientras las lágrimas surcaban sus mejillas. Su madre llevaba toda la vida comiendo tomates, tenía que haber tomates en cada comida, aunque el plato principal fuera sopa. Si no hubiera ido a por tomates, el infarto le habría dado en casa, donde le habrían ayudado y habrían llamado antes la ambulancia. En cualquier caso, papá habría muerto en casa y no delante de la tienda, pensó Toni con rabia, abriendo los ojos. Se secó las lágrimas, sorbiéndose los mocos ruidosamente. Miró a su alrededor para cerciorarse de que estaba solo. No había ni un alma. Quiso besar el sitio donde su padre había entregado el alma, a imitación de los grandes tenistas que besaban la pista tras una victoria. A duras

penas se puso en cuclillas, apoyando una de las rodillas en el suelo de cemento para conservar el equilibrio. Se dio cuenta de que no iba a poder agacharse y besar el suelo de ninguna manera, así que se limitó a colocar una mano en el lugar donde creía que habría estado el cuerpo sin vida de su progenitor y volvió a cerrar los ojos. El cemento era áspero y frío, pero a Toni le pareció que irradiaba calor y, un instante después, una luz penetró a través de sus párpados. Abrió los ojos y vio que las luces del portal junto a la antigua tienda estaban encendidas. Con cierto esfuerzo, consiguió ponerse de pie y se encaminó al edificio vecino, al portal de su propia casa.

Otro sabio consejo que había recibido de su padre: no preocuparse por algo antes de tiempo. Eso formaba parte de su filosofía de que no había que revelar las cartas hasta el final del juego. «No confieses nada —le decía cuando estaban a solas— y no te angusties por la posibilidad de que algo ocurra hasta que haya ocurrido de verdad; ya habrá tiempo de buscarle una solución.» Y tenía razón: era inútil preocuparse dos veces en lugar de una sola o ninguna, pensó Toni mientras sacaba la llave para abrir la puerta del apartamento. Se quitó las deportivas en el recibidor y echó una mirada de reojo al salón: su madre se había acostado, cediéndole el terreno para poder ver la tele a discreción. Gracias a Dios, pensó Toni, y fue al baño. Mientras meaba, se dio cuenta de que las manchas que había dejado antes en la taza del inodoro ya no se veían. Se han limpiado, pensó al tirar de la cadena. Decidió lavarse las manos porque había tocado el suelo delante del bufete de abogados, y de camino se miró en el espejo. Le gustó lo que veía: un hombre adusto y moreno, con bolsas bajo los ojos, eso sí, pero no importaba, eran una señal de madurez y experiencia, se dijo mientras contemplaba el colmillo de león. Le parecía que se correspondía con su carácter, y su blancura le acentuaba el

bronceado.

Qué tranquilo y agradable parece el salón cuando no está mi madre, pensó mientras se sentaba en el sofá donde solía ponerse Evguenia. No quiso encender la luz para prolongar todo lo posible la paz de la soledad. Los faros de los coches que entraban despacio en la callejuela frente al edificio lanzaban sombras bailarinas sobre el techo. Estuvo un buen rato mirándolas absorto, como cuando era niño, y después puso la tele con la esperanza de encontrar una buena película antes de irse a dormir. Le apetecía ver alguna con tiroteos, aviones o tal vez caballeros medievales, pero en la mayoría de los canales no había más que viejos concursos, publicidad sin fin o canciones. Un (o una) cantante en medio del plató, haciendo *playback* y jugando con el micrófono. A un lado del escenario se encontraba la orquesta; al otro, una mesa llena de gente alegre que fingía saberse las letras, como si estuviesen en una boda, picando quesitos y tomando vino, lo cual estaba prohibido desde hacía más de un año. Toni se sabía de memoria ese tipo de programas y su puesta en escena, pues había colaborado en varios. Su trabajo siempre le había hecho detestar ese tipo de música. Se detuvo en un canal donde un abogado muy guapo trataba de resolver un caso criminal. La música macedonia ya no vale la pena, ni la literatura macedonia tampoco, pensó Toni, aunque no había leído casi ningún libro de un autor macedonio en su vida, no iba a conciertos y no escuchaba los nuevos programas de radio, ya que se emitían por internet, un fenómeno cuya filosofía Toni no alcanzaba a entender. Con Tamara discutía a menudo esas cosas. «¿Por qué no escribes algo tú?», le había dicho ella en varias ocasiones, y él se había tomado sus palabras como un insulto. Ahora que Tamara ya no estaba, sin embargo, le pareció que tal vez ella tuviera razón. Debería escribir una canción, dijo para sí, alargando la mano para

coger las gafas de lectura de la mesita al lado del sofá.

Toni no tenía libretas ni bolígrafos, por lo que decidió ser moderno y apuntar sus ideas en el teléfono, en una aplicación para notas donde escribía la lista de la compra.

Anotó en mayúsculas los versos que le brotaron espontáneamente:

DE MI PADRE UNA SABIA IDEA ME ALIENTA
PERO EL DOLOR MI ALMA ATORMENTA
ME HABLAS DESDE LA BÓVEDA ESTELAR

«Estelar» rima con «mar», pensó y se le ocurrió poner: y yo por poco muero a orillas del mar. No, tío, eso no, saca otro verso.

TODO LO QUE SÉ LO APRENDÍ DE TI

Quedó satisfecho porque era verdad, lo mismo que lo de la sabia idea y lo del dolor que lo atormentaba. De ti, de ti, de tiiii, repitió y luego continuó:

UNA TORMENTA RUGE EN EL CIELO SOBRE MÍ

¡Guau! ¡Qué fuerte!, pensó entusiasmado y, exhausto, reclinó la cabeza sobre el cojín bordado de su madre. Dejó el móvil junto a su mejilla. Tengo que escribir un estribillo y después compondré una canción con el Moco, si todavía le apetece. Podría decir algo como «padre Dios, mujer esclava», cosas así, discurría mientras se iba entregando al sueño. Que no se me olvide, se dijo antes de sucumbir. La siguiente imagen que le pareció entrever fue una figura delgada y blanca, con los cabellos sueltos, como una ninfa, que dio unas vueltas alrededor de él y lo cubrió con una manta.

IV

Tres días después del encuentro con sus colegas en el Pandemónium, mientras estaba sentado a la mesa del comedor con la espalda encorvada y cenaba pan rebozado en huevo que le había preparado su madre, Toni estornudó cuatro veces seguidas. Al primer estornudo, Evguenia levantó la mirada del libro que estaba leyendo y la clavó con severidad en la espalda de su hijo. Cuando terminó de estornudar, se sonó la nariz en la servilleta de papel que su madre le había dejado al lado del plato.

—Joder con la alergia… —murmuró con voz nasal. Sentía los ojos de su madre clavados entre sus omóplatos.

—¿Estás bien? —preguntó Evguenia con un tono que rezumaba sospecha.

—Sí, estoy perfectamente —repuso él, comenzando el tercer panecillo—. Hay que ver lo sucia que está la ciudad, es un verdadero asco. Ya no hay estación en la que no aparezca alguna alergia —se quejó con la boca llena.

—Tú solo eres alérgico a los tilos en flor —declaró Evguenia.

—¡Qué sabrás tú! —replicó él, masticando—. Me han ido apareciendo otras alergias —mintió, repitiendo los argumentos de muchos conocidos suyos: de pronto todos afirmaban tener alergias

que habían desarrollado a una edad más madura, y le echaban la culpa a la contaminación. Quizco era uno de ellos.

—¿Estás seguro de que es alergia? —le preguntó Evguenia, colocando tranquilamente el marcapáginas en el libro antes de cerrarlo.

—¿Qué va a ser si no? —dijo Toni, volviéndose para mirarla. Sabía que esa actitud atrevida lo volvía más convincente. Su madre callaba, mirándolo—. ¿Eh? —insistió, y se zampó el resto del panecillo.

—Límpiate la nariz —le dijo Evguenia, tocándose la fosa nasal izquierda con el dedo.

Toni se palpó la aleta izquierda, después la derecha y al final se limpió el dedo en la servilleta. Puta pesada, pensó.

—Podría ser covid, por ejemplo —dijo Evguenia sin apartar la vista—. ¿Tienes más síntomas? —preguntó quitándose las gafas.

—No —mintió Toni, pensando que quizá no fuese mentira, porque, técnicamente, no era imposible que los síntomas que presentaba tuvieran otra causa, si es que se les podía llamar síntomas. Por ejemplo, la noche anterior había sentido cierta debilidad muscular, justo a la vuelta de su madre del paseo por el parque con sus amigas, y una fuerte fatiga, pero atribuyó todo eso al hecho de que ese día había ido a trabajar y le habían cansado las conversaciones con sus compañeros, a los que no había visto en mucho tiempo. Además, había estado nervioso por si de pronto se cruzaba con Maya, que, afortunadamente, rara vez iba al trabajo. Por la noche había esperado con impaciencia la vuelta de Evguenia de su paseo diario para que le hiciera un bocata, así que se pasó un buen rato tumbado en el salón con la tele encendida.

—Ayer te noté un poco raro —le dijo su madre—. Cuando volví del club de lectura, no te vi buen aspecto en absoluto.

—¿Qué club de lectura? —balbució Toni, tratando de cambiar de tema y untando el cuarto panecillo con una espesa capa de Nutella, a modo de postre.

No he perdido el apetito, eso es que estoy sano.

—Ya te dije que tengo un club de lectura al aire libre con mis amigas. Leemos el mismo libro, lo dividimos en partes y comentamos cada capítulo.

—¿Y? —dijo Toni, mordiendo el panecillo con Nutella. Tenía ganas de decirle: «Podríais sentaros en la terraza de una cafetería», pero se dio cuenta de que eso devolvería la conversación a los síntomas y el posible covid, un tema que quería evitar a toda costa. Por lo tanto, decidió preguntarle qué estaban leyendo en ese momento, pues en los últimos años a su madre le encantaba hablar de esas cosas tan aburridas—: ¿De qué estuvisteis hablando?

—De Toni Morrison —respondió su madre—, *Ojos azules.*

—¿Norteamericano o inglés? —inquirió Toni. Lanzó una mirada a Evguenia por encima del hombro y después volvió a dirigirla hacia su plato; le quedaba un panecillo que pensaba comerse con miel, para fortalecer su sistema inmune.

Su madre cerró los ojos y suspiró:

—Norteamericana. Muy famosa. Negra. Premio Nobel, para que lo sepas.

—Estoy hasta las narices de tus escritorzuelas —le dijo para chincharla—, ¿no podéis leer a alguien más normal? No sé, Remarque, Hemingway o alguien por el estilo.

Después volvió la cara hacia su madre, sonriendo.

—Anda, cállate ya, analfabeto —le replicó ella en tono medio burlón y volvió a ponerse las gafas sobre la nariz.

—¡Era broma, mamá! —dijo él. Se levantó de la silla y, tras dejarse caer con torpeza en el sofá al lado de su madre, la atrajo

hacia sí de malas maneras con un brazo—. Sé perfectamente quién es Toni Morrison —mintió—. Y quería preguntarte si hay miel y té de hierbas del monte —añadió dándole un beso sonoro en la mejilla.

—¡Burro! —dijo Evguenia, zafándose del abrazo y fingiendo enfado—. Ahora te doy la miel y te hago el té. —Se encaminó con pasos menudos a la cocina, desde donde gritó—: ¡Siéntate a la mesa!

Toni estaba contento. La noche anterior se había quedado dormido delante del televisor viendo series policiacas con Evguenia, pues se sentía exhausto y le dolían los músculos. Despertó cubierto de una manta, pero tenía tanto frío que fue a refugiarse bajo el edredón en su habitación infantil. Al levantarse por la mañana, sintió sequedad en la punta de la nariz y una ligera molestia al tragar. Camino del trabajo, se compró pastillas para la garganta en una farmacia y las gastó todas. Para poder tomar el té con miel, tuvo que fingir que le apetecía comer el plato más sabroso de su infancia —panecillos rebozados en huevo— y le pidió a Evguenia que se lo preparase para la cena.

Toni la veía trajinar de acá para allá en la cocina, oyéndola abrir y cerrar armarios y el grifo o destapar botes. Al poco rato volvió y dejó en la mesa un tarro de miel, una cucharita y un cuchillo de cocina.

—Aquí tienes —le dijo—, miel cien por cien natural. Me la trajo Dushitsa de Vrben.

—¿Cuánto cuesta esto? —preguntó Toni mientras abría el bote y metía dentro la punta del cuchillo.

—No es barata —contestó Evguenia, dirigiéndose despacio a la cocina, desde donde llegaba el borbotear del hervidor eléctrico—. Ochocientos denares.

—¡Vaya! ¡Ni que fuera de oro! —dijo Toni, y lamió el cuchillo—.

¡Uf! —exclamó en voz alta. Se imaginó a Dushittsa, gorda y feliz, lamiendo una cuchara con miel—. Es muy fuerte, matará el sabor del té. También estropeará el panecillo —añadió, metiendo el mismo cuchillo en el bote de Nutella, aunque luego se dio cuenta de que, en realidad, la miel no estaba tan mala.

Oyó un silbido en la cocina y después vio una vez más a su madre pasar al lado de la puerta. Cómo ha encogido, pensó. Es muy bajita, da hasta pena, por más que intente arreglarse. Evguenia tenía el flequillo peinado con secador y el cabello recogido en un rodete encima de la cabeza. Todavía llevaba el vestido con el que había salido a pasear con sus amigas: largo, verde oscuro, con flores burdeos. Por más que se arregle, por más que se tiña el pelo, se dijo Toni, sigue siendo una abuelita menuda que parece un higo seco. Al pensar eso, le picó la garganta y tuvo un ataque de tos. Su madre, que llevaba en una mano una pequeña tetera blanca de porcelana que humeaba por el pico y, en la otra, una taza blanca sobre un platito, se quedó petrificada en el umbral de la ancha puerta entre la cocina y el comedor, mirándolo fijamente.

—¿Qué tienes? —le preguntó. Se oyó el tintinear rítmico y acelerado de la taza sobre el platito que sostenía en la mano—. ¿Estás bien?

—¡Mierda! —maldecía Toni, tosiendo y golpeándose el pecho con el puño—. Me he atragantado —mintió—. ¡Agua! —balbució sin dejar de toser.

Evguenia dejó la tetera y la taza sobre la mesa, fue rápidamente a la cocina y volvió al instante con un vaso de agua y la misma cara de susto. Toni había dejado de toser, pero tenía los ojos enrojecidos por el esfuerzo. Su madre le alcanzó el agua, que él se bebió de una vez. Cada vez que tragaba, sentía un ligero dolor de garganta. Ya pasará, se consolaba, no es más que un resfriado común, lo habré

pillado hace un par de días, durmiendo con la manta en el sofá.

—¿Por qué me miras así, mamá? —preguntó—. Déjame que termine de untar el último panecillo, que me lo voy a tomar con el té —dijo, clavando la vista en el bote de Nutella sobre la mesa, pues la mirada fija de su madre empezaba a incomodarle.

—Me parece preocupante —dijo Evguenia, volviendo con paso lento a su sitio al lado del cojín bordado en el sofá.

—Lo preocupante es que lleve años comiendo Nutella —cambió torpemente de tema Toni, porque no sabía qué decir—. ¿Te acuerdas de aquellos botecitos de Eurocrem? No me gustaba la parte blanca, pero ahora lo daría todo por mezclarla aquí y probar aquel sabor —dijo, y dio un mordisco al último panecillo—. Por Dios, ¿venderán Eurocrem en algún lugar? —preguntó como si nada.

Evguenia permanecía rígida al lado del cojín bordado, apretando entre sus dedos convulsos el libro que tenía en el regazo.

—Puede que tengas covid y estés disimulando —dijo ella como ausente, con la mirada vacía perdida en algún punto de la mesita delante de ella—. Sales de casa y me consta que no llevas mascarilla.

—¡Qué cosas se te ocurren! —protestó Toni con la boca llena. Le quedaban como mucho dos bocados, después pensaba enfadarse y llevarse el té a su habitación.

—Lo sé porque, cuando sales, te la dejas en la mesita de las llaves en el pasillo —dijo ella—. Por ejemplo, la noche que saliste con la camisa a rayas, dejaste la mascarilla aquí. Y, al volver, apestabas a cigarrillos. ¿Dónde estuviste?

Toni se llevó el último trozo de pan a la boca y, girando todo el cuerpo hacia Evguenia, apoyó el codo en el brazo de la silla. Abrió las piernas para parecer más grande. Masticaba despacio, mirándola. Cuando hubo tragado, dijo:

—Oye, ¡y a ti qué te importa dónde estuve! —Sacó el cuello y la mandíbula hacia delante—. No soy un niño pequeño para darte explicaciones.

—No eres un niño, pero vives conmigo —le replicó con brusquedad Evguenia.

—Te recuerdo que, desde la muerte de papá, este apartamento también es mío —declaró Toni, pasándose la lengua por los dientes delanteros superiores—. Además, estoy aquí porque ya estás mayor y necesitas ayuda.

Este era el argumento con que justificaba delante de sus amigos la vuelta a la casa de su madre cada vez que se divorciaba o separaba de alguna chica con la que había vivido: mi madre ya está mayor, necesita ayuda, vive sola, se siente bien cuando estoy a su lado.

—¿Que yo necesito ayuda? —repuso Evguenia con una carcajada y echando la cabeza atrás, de manera que Toni pudo ver los brillantes empastes grises en el hueco oscuro de su boca de anciana. Primero reía con un fuerte «¡Ja, ja, ja!», después bajó la cabeza y siguió en voz más baja: «¡Ji, ji, ji!».

Una hiena, dijo Toni para sí, una auténtica hiena. Eso le recordó a las dos muchachas que se rieron de su dentadura en Grecia, y todo su cuerpo se estremeció como si le hubieran echado una jarra de agua fría por encima.

—Dime qué es lo que te hace tanta gracia, y así me río yo también —le dijo. Seguía teniendo frío.

—Nada, hijo, nada —repuso ella, secándose las lágrimas de los ojos.

—Oye, si crees que he sido yo quien ha traído el covid a casa y no tú, que sales todos los días, me voy a mi habitación y no salgo de allí —dijo Toni, recogiendo la tetera y la taza, pero sin el platillo. La

tetera le quemó los dedos y se vio obligado a dejarla precipitadamente sobre la mesa. Luego volvió a cogerla con tres dedos para evitar una nueva quemadura.

—Ponte miel, es buena para el sistema inmune —le sugirió Evguenia, cubriéndose los ojos con la mano; los hombros se le sacudían como si siguiera riéndose.

—Gracias por la cena y por el té —le dijo Toni con tono formal y enseguida añadió—: De la miel cara y asquerosa de la gorda de Dushitsa voy a pasar, gracias. ¡Buenas noches!

Se encaminó a su habitación. Abrió la puerta con el codo y dejó la tetera caliente en la esquina de su antiguo escritorio, todo cubierto de cajas. Vaya mariconada de taza, pensó. Y este té, si yo odio el té, puto té de mierda, murmuró llenándose la taza, pues seguía sintiendo frío.

Se me han crispado los nervios, se dijo mientras soplaba la infusión que sostenía entre sus manazas. O, mejor dicho, es ella la que me ha crispado los nervios, rectificó. Mira qué caos, dijo para sí mirando el montón de cajas. A partir de mañana me pongo a limpiar todo esto y le digo a la vieja que empiece los trámites de la herencia; aunque eso significa que parte del apartamento se lo tendremos que dar a mi hermana. Quizá sea mejor que no diga nada de la herencia. Qué mierda de vida, dijo pensando en la ancha cama de matrimonio del apartamento de Tamara, que tenía enfrente una enorme tele con una videoconsola conectada, de modo que, por la noche, antes de dormir, Toni podía elegir entre ver películas —Tamara tenía Netflix— o jugar al FIFA. Ahora la vieja se pasa todo el rato delante de la tele, y ni siquiera la ve, no hace más que quemarse las pestañas con sus estúpidos libros, quiere parecer más inteligente de lo que es, pero nunca estuvo a la altura de mi padre, no en vano era profesora de instituto, mientras que él daba clases

en la universidad, reflexionó Toni. Decidió ponerse el pijama abrigado, a la vista en su maleta con la ropa de invierno que todavía no había guardado en el armario. Dejó la taza de té sobre una caja que utilizaba como mesita de noche —donde tenía también el teléfono y las gafas de lectura— y se metió bajo el edredón, pues no se le pasaba el frío. El té sin miel es una porquería, se dijo, incluso con la miel de la guarra de Dushitsa estaría mejor que esta mierda. Levantó un poco la almohada y abrió Facebook en el móvil. Vio que Quizco había publicado un *quiz* que permitía descubrir el peor rasgo del carácter de uno. Lo único que había que hacer era pinchar sobre la nariz de un león con una fantástica melena. *Tap the lion's nose to reveal the most hated thing about you,*[70] ponía, y Toni obedeció. Tuvo que darle a un par de botones más para obtener los resultados, y en la pantalla apareció lo siguiente:

TONI

YOU ARE YOUR OWN PERSON

Debajo venía este texto:

> *Toni is a diamond: rare, precious, and priceless. His life has never been easy, but he wears the pains of the past like armour. Polite, hardworking, and intelligent, he is someone who deserves to be better cherished. Toni has a giant heart. He knows that God is always there making sure he wins every battle.*[71]

Los test de Facebook son una tontería, ya lo sé, pero este lo ha clavado, dijo para sí, y le dio a *publicar los resultados.* La verdad es que mi mayor defecto es mi mayor virtud: me odian porque soy honesto y digo las cosas a la cara y como son. Merezco que me

tengan muy alta estima; mi única falta ha sido amar de forma profunda y sincera. ¿Y para qué? Para que se muriera mi padre, para que se muriera mi mujer, se dijo Toni, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Con la vista borrosa vio que había recibido una notificación y la abrió: *Milena Plackova likes this.* Milena, la linda amiga de Tamara que cantó en el entierro y que solía desmadrarse cuando Toni todavía tocaba, aunque en aquella época perseguía más al Moco. Cómo cambian las cosas, pensó Toni. A causa del alcohol y la marihuana, el Moco había desarrollado una paranoia y ahora vivía con una cabra y varias gallinas en un pueblecito del monte Skopska Crna Gora. Abrió el perfil de Milena y vio que la última publicación era la foto de una ensalada. «Mi plato casero de hoy: ¡queso de cabra fresco, remolacha, hojas de rúcula y nuez caramelizada! ¡No hay nada más sano o más sabroso! ¡Buen provecho!», ponía el pie de foto. Muy bien, pensó Toni al darle «me gusta», con ese culo no le vendría mal adelgazar un poco. Pero es bonita, dulce como un *baklava* azucarado y pegajoso…, pensaba mientras el sueño lo iba venciendo.

Amaneció en la misma cama, pero su madre estaba inclinada sobre él con el cabello suelto, acariciándole la cabeza y rascándole la piel con sus largas uñas. Después su madre se transformó en Tamara. «Come un poco de pan», le dijo, dándole un panecillo rebozado en huevo y untado con miel. Toni estiró un poco el cuello, cerró los ojos y trató de darle un mordisco al pan, pero sentía como si tuviera una esponja en la boca. «¡Mamá, no tengo dientes!», gritó abriendo los ojos, y vio a su madre inclinada sobre él con una sonrisa y el panecillo en la mano, del que caía una miel pegajosa a la boca de Toni. «Sí tienes, hijo, lo que pasa es que te los has tragado», le dijo Evguenia. «Escupe, hijo, escupe», le gritó, haciéndose cada vez más pequeña.

Toni despertó con un ataque de tos. Tosía creyendo que iba a escupir los dientes que se había tragado, pero muy pronto se dio cuenta de que había sido un sueño. A su alrededor no había más que oscuridad. La lámpara de su escritorio —que solía tener siempre encendida— ahora estaba apagada. Había dejado el móvil sobre la caja que hacía las veces de mesita de noche, junto a las gafas de lectura. Allí seguía también el té, frío, mientras que la ventana estaba abierta de par en par. Evguenia, pensó él, levantándose para cerrar, pero al ponerse de pie sintió que la cabeza le daba vueltas. Fue tambaleándose hacia la ventana, pero en el camino se golpeó el pie contra la maleta de la que antes había sacado el pijama. Putas pesadillas, joder, estoy fatal, pensó, y en ese instante se acordó de que, si uno se encontraba mal —y si, Dios no lo quisiera, tenía covid —, debía tomar paracetamol. Sabía que Evguenia guardaba los medicamentos en uno de los cajones del baño. Consiguió llegar hasta allí apoyándose en la pared, pero, como se había olvidado las gafas, no estaba completamente seguro de que la pastilla que se tomó —bebiendo agua directamente del grifo— fuera la adecuada. Después regresó tambaleándose hasta la cama, se puso calcetines y un jersey sobre el pijama, y se metió bajo el edredón. Dios está conmigo, pensó, sea quien sea, tenga la forma que tenga. Me ayudará a ganar todas las batallas, tengo una coraza protectora como un caballero, dijo para sí, y volvió a sumirse en el sueño.

—Anoche te oí desvariar y andar por la casa, buscando pastillas en el cajón del baño —le dijo Evguenia cuando Toni se levantó para hacerse un café.

Su madre llevaba una mascarilla FFP2 blanca y un vestido largo de color beis, de mangas anchas que se estrechaban en las muñecas; tenía el pelo recogido en un rodete, como siempre. A Toni

le recordó a una mariposa marchita. En cierto modo hacía juego con el cojín bordado junto al que estaba sentada otra vez, muy erguida, con las manos en el regazo. Todas las ventanas del salón y la cocina estaban abiertas y en la casa soplaba una brisa fresca.

—¿Por qué has abierto todo lo abrible en la casa? Me voy a congelar de las corrientes —murmuró Toni, decidiendo ignorar la mascarilla en la cara de su madre.

Soñoliento, fue a la cocina y llenó de agua el hervidor eléctrico para prepararse un café soluble. Le dolía la cabeza, pero ya no ardía por la fiebre como esa noche, cuando recordaba haberse despertado varias veces bañado en sudor. Ya no tenía la garganta raspada, solo la nariz taponada, pero seca. Será alguna alergia, dijo para sus adentros mientras observaba las pequeñas burbujas que empezaban a aparecer en el fondo del hervidor.

—¿Me oyes? —le llamó Evguenia—. Te he preguntado si tuviste fiebre anoche. ¿Por eso te tomaste un paracetamol?

Ah, menos mal, sí que era un paracetamol, no un betabloqueador u otro de los medicamentos de mi madre, pensó Toni, y decidió no responder a ninguna de las preguntas, por despecho. Si realmente estuviese preocupada, debería haberle llevado ella misma las pastillas por la noche, y no preguntarle con ese tono rencoroso si había tenido fiebre, molestando desde la primera hora de la mañana.

—¿Me estás oyendo? —gritó Evguenia, pero Toni prefirió ignorarla para sacarla de quicio.

Esperó con paciencia que el agua comenzara a hervir, sospechando que Evguenia podía irrumpir de un momento a otro en la cocina para seguir acosándolo con preguntas. Si lo hiciera, tenía planeado decirle: mientras te comportes como una histérica, no voy a hablar contigo. Eso sí que le provocaría un ataque de histeria, lo

cual significaría la victoria para Toni.

Evguenia, sin embargo, no entraba en la cocina; de repente se había quedado callada. Toni tenía la espalda húmeda por haber sudado tanto durante la noche, y las corrientes de aire le dejaron una desagradable sensación de frío en todo el cuerpo, aunque la atmósfera y el ángulo de la luz matinal le recordaban a aquellas mañanas de otoño cuando iba a la escuela con la esperanza de descubrir algún amor y las mesas delante de las tiendas del barrio rebosaban de uva. Después de remover el café soluble en la taza grande y echarle un poco de leche —azúcar no tomaba nunca, y a todo el mundo le decía que el café con azúcar era una blasfemia—, cerró la puerta del balcón de la cocina y pasó al comedor, donde acostumbraba a fumar cigarrillos con el café de la mañana.

Evguenia estaba en la misma postura, como si no se hubiese movido ni un centímetro, perforándolo con la mirada. Todas las ventanas al lado del sofá, detrás de su cabeza, estaban abiertas.

—Cierra al menos una ventana, ¡loca! —le dijo Toni, tomando un sorbo del café—. Ya te he dicho que es alergia, no dramatices tanto.

Toni se dio cuenta de que al café le faltaba sabor. Me ha quedado flojo, pensó encendiendo un cigarrillo. Al inhalar la primera bocanada de humo, se puso a toser.

—Encima estás tosiendo a mi lado —dijo su madre, cruzándose de brazos.

Toni todavía tenía ganas de toser, pero esta vez se tapó la boca y la nariz con el pijama.

—Es la flema de los cigarrillos y la alergia. ¡Joder! —dijo cuando se le pasó, y volvió a tomar un sorbo de la taza. No le sabía nada bien, por lo que decidió echar un poco más de café soluble.

—Quédate aquí, quiero que hablemos —lo detuvo su madre mientras él se dirigía hacia la cocina con la espalda encorvada.

A tomar por culo, pensó Toni, pero se dio cuenta de que sería mejor ignorarla, porque de esta manera conseguiría desesperarla aún más hasta hacerla explotar, y entonces sería él quien parecería la persona razonable y recuperaría el papel de víctima. Volvió a abrir la tapa de plástico de la enorme caja de aluminio del café y se percató de que antes tampoco lo había olido, así que metió la nariz dentro. Inhaló y exhaló varias veces, sin resultado. Joder, pensó, y puso otra cucharada entera en la taza. Necesito un pitillo, decidió, y rápidamente regresó a la mesa del comedor, donde el humo del cigarrillo en el cenicero subía serpenteando en el aire. Sintió escalofríos y el dolor de cabeza empezó a palpitarle en la nuca.

—Yo veo la situación de la siguiente forma —comenzó su madre, con tranquilidad—: tú estás enfermo. Te conozco muy bien, te he parido y te he criado o, mejor dicho, te he malcriado, por eso sé que estás enfermo. Esto no admite discusión —declaró con tono de juez.

—Si tú lo dices, será verdad —dijo Toni soltando una bocanada grande de humo—. Por supuesto que sabes más cosas de mí que yo mismo.

Toni bebió un sorbo de café, de cuyo sabor no percibió sino una amargura caliente. Su madre se estremeció dos veces, sin dejar de mirarlo. Como no recibió respuesta a sus palabras provocadoras, Toni prosiguió:

—Y sobre lo de haberme malcriado, no sé… Llevas años tratándome mal —dijo, aspirando otra bocanada de humo y mirándola con insolencia—. Pero años, ¿eh? —subrayó, disfrutando la oportunidad de echarle en cara que ella no le daba el suficiente apoyo financiero o moral en las disputas con sus mujeres e hijos. Y, por supuesto, que no le había acompañado al entierro de Tamara.

—Vamos a hacer lo siguiente —prosiguió Evguenia con tono glacial—: si miras a tu lado en la mesa, verás una mascarilla que te

he dejado y espero que la lleves en mi casa…

—¿En *tu* casa? —dijo Toni con una sonrisa cínica.

—Sí, en mi casa, porque este apartamento siempre ha estado a mi nombre.

Toni abrió los ojos como platos.

—Además, te vas a confinar en tu cuarto hasta que des negativo en un test —continuó Evguenia.

—Vale —dijo Toni, innecesariamente.

—En caso de que yo enferme, lo cual es muy probable que ocurra a lo largo del día de hoy, podrás salir de tu cuarto.

Ojalá enfermes, pensó Toni y enseguida se arrepintió. Déjate de tonterías, se dijo a sí mismo, revolviéndose en la silla.

—En el baño llevarás obligatoriamente la mascarilla —prosiguió Evguenia—, y, en cuanto a la comida, si llego a enfermar yo, la vamos a pedir por teléfono; hasta entonces, yo haré la compra y cocinaré, y tú comerás en tu cuarto —concluyó, dejando caer las manos sobre el regazo.

—Ponme todo eso por escrito para que no se me olvide —dijo Toni, inquieto por la cólera contenida de su madre, que veía ahora por primera vez—. Relájate un poco, mamá. No tengo nada, créeme.

—No te creo —respondió Evguenia en el mismo tono.

—Y aunque esté enfermo, no pasa nada —dijo Toni, sonriendo—. Estoy aquí para ayudarte. Siempre he estado aquí —declaró para insinuarle que estaba siendo injusta con él.

Evguenia suspiró.

—Ahora tengo que salir a hacer unos trámites —anunció sin dejar de perforarlo con la mirada—, y compraré lo necesario para los próximos días. Por cierto, pienso comprar test rápidos para que nos los hagamos esta noche.

Toni quiso decirle que no pensaba dejar que nadie le metiera un

palo por la nariz, pero se contuvo.

—Lo que espero de ti es que te vayas a tu habitación y limpies por fin esa pocilga —dijo Evguenia. Se puso de pie, se alisó el vestido y se encaminó al pasillo, donde Toni la oyó ponerse los zapatos—. Ahora es el mejor momento para hacerlo —añadió con un tono más compasivo, lo cual le dio fuerzas a Toni para replicarle.

—Tú también eres víctima de la propaganda —dijo dando una calada al cigarrillo, consciente de que Evguenia lo estaba oyendo—. A todos los viejos os pasa lo mismo. De vosotros vive la industria farmacéutica occidental. Hala, corre a la farmacia a pulirte cien euros en vitaminas, antibióticos y test rápidos por un resfriado o una alergia. La enfermedad no la vas a pillar de mí, sino de todas esas corrientes que hay en casa por tu culpa. Yo estoy como un roble —dijo, mientras Evguenia salía del apartamento con un portazo; ya fuera por las corrientes de aire, ya fuera por la cólera, el golpe resonó por toda la escalera del edificio.

El dolor en la nuca empezó a latirle con más fuerza, hasta el punto de cegarle. Apagó el cigarrillo y apuró el resto del café. Fue al baño. Su orina le pareció cerveza oscura y espumosa; aunque no podía olerla, sintió náuseas. Decidió lavarse los dientes y la cara, y después hacer algo para mejorar su estado: tomar del cajón de los medicamentos de su madre cualquier cosa que le pareciera útil. Fue a su habitación a por sus gafas de lectura y se puso a hurgar entre las medicinas, donde encontró más paracetamol, vitamina C, vitamina D, vitamina B, zinc y magnesio. Fue tragando las pastillas una a una, otra vez bebiendo directamente del grifo. A medida que iba corriendo, el agua iba saliendo cada vez más fría y el frío terminó por calmar a Toni. Un chorro fino se le deslizó por el cuello, refrescándole el pecho y el vientre. Qué agradable, pensó. Luego me ducharé, me sentará de maravilla, se dijo, y regresó a su cuarto. Al

final, aunque no quieras, haces lo que dice tu madre, pensó mientras volvía a meterse bajo el edredón. Tal vez tenga que llamar a Sharska, o al trabajo, para que no me busque nadie, reflexionaba mientras le iba venciendo el sueño.

Soñó que Tamara estaba viva y que tenía que morir. Estaba destinada a morir ese mismo día, pero seguía viva al lado de Toni, comportándose como si no fuera a morir. La quería más de lo habitual: la besaba, trataba de hacerle el amor. Pero Tamara no gritaba ni gemía como de costumbre, no mostraba entusiasmo alguno. ¿Me quito el condón para hacerte un bebé?, le preguntaba él, y Tamara asentía con la cabeza, pero seguía sin mostrar ni miedo de morir ni felicidad de que Toni la fuera a preñar. Mientras hacían el amor, a su lado pasaron tres lujosos coches fúnebres; en uno de ellos estaba el ataúd de Tamara. Los dos se quedaron mirándolo. Tamara, sin embargo, continuaba comportándose como si no fuese a morir, y Toni decidió seguirle la corriente. Al fin y al cabo, quedaba un buen rato para que muriera, y Toni trataba de convencerse de que tal vez pudiera salvarla. De pronto se encontró en una casa grande, espaciosa y luminosa que era de él, pero tenía abiertas todas las puertas y ventanas. Si las cerraba, Tamara no moriría. Toni empezó a cerrar las ventanas, pero eran tantas que no podía encontrarlas todas…

Se despertó bañado en sudor. Se secó la frente y el cuello con la manga. Menos mal, pensó, ha sido solo un sueño y Tamara no va a morir, está viva, pero en ese mismo instante se acordó de que ya estaba muerta. Se quedó sin aliento por la impresión y se incorporó, respirando profundamente con los ojos cerrados; cuando los abrió, vio que la ventana volvía a estar abierta, la persiana levantada, y parte de las cajas que habían estado en su escritorio ahora yacían en el suelo. En el escritorio había una bandeja con comida. Como si

obedeciera órdenes, el estómago de Toni se puso a rugir y la boca se le llenó de saliva. Me muero de hambre, pensó mirando el móvil; eran las tres de la tarde. He dormido como un lirón. Se desperezó, se levantó y con una curiosidad de niño se acercó a la bandeja. Había una botella entera de zumo natural de manzana, un vaso de agua, vitamina C, un test rápido para el covid y dos *gyros* calientes. Bien hecho, mami, así me gusta, dijo para sí dando un mordisco al bocadillo. Percibió una lejana pléyade de sabores familiares, pero sin sentirlos en toda su intensidad.

Oyó gritos que llegaban de la habitación de su madre, así que aguzó el oído y dejó de masticar. Volvió a poner el *gyros* en la bandeja y entreabrió la puerta.

—¡Hijita! ¡Hijita! —gritaba Evguenia tras la puerta de su alcoba —. ¿Me oyes, cariño? ¿Me oyes? ¡El solecito de la abuela, la más bonita del mundo!

Ajá, está hablando por Viber con Nela, pensó Toni; era la hija de él, con quien no hablaba desde hacía ya cuatro años, desde que ella comenzó presuntamente a ir al psicólogo y le envió un correo electrónico diciéndole que, a partir de ese momento, *she's going no contact* con él, y advirtiéndole que no intentara buscarla. «Tampoco es que me hayas buscado mucho que digamos», le había escrito. Al leer ese correo, Toni primero se enfadó, pero luego, cuando lo hubo asimilado todo, se sintió aliviado. A fin de cuentas, Nela vivía en Australia; además, había un poso de maldad en ella, como en su madre; no había heredado el espíritu de Toni, a diferencia de T. J., por ejemplo. Ya entrará en razón algún día, cuando se dé cuenta de quién es su padre, de dónde viene, y de que su madre es una simple exiliada de la Macedonia griega, se dijo y, tras cerrar la puerta, se concentró en comerse el *gyros.* El ruido que hacía masticando ahogó los gritos de su madre. De pie al lado del escritorio, dio cuenta del

segundo *gyros* a toda prisa y se bebió el zumo de naranja. Al final, decidió que solo se haría el test de covid si no le quedaba más remedio, y todo tiene remedio en esta vida salvo la muerte, pensó. Inmediatamente volvió a meterse bajo el edredón, porque de pronto le pesaban mucho los párpados y la cabeza. No es nada, pensó, y se sumió en el sueño.

Cuando volvió a abrir los ojos, fuera reinaba la oscuridad y su habitación estaba iluminada solo por la lámpara del escritorio, que lanzaba reflejos sobre el papel pringoso en la bandeja, manchado con salsa de tomate, mostaza y *tzatziki.* Tengo sed, dijo para sí, pensando en las cuatro cervezas frías que le esperaban en la nevera; se levantó, pestañeando soñoliento y aguzando el oído para detectar dónde podía estar su madre. Al entrar del pasillo al salón, se dio cuenta de que se le había olvidado ponerse la mascarilla, pero descubrió con alivio que Evguenia no estaba allí, apoyada en su cojín y leyendo como de costumbre, así que siguió hasta la cocina, sacó una cerveza fría del frigorífico, la abrió y, tras recoger los cigarrillos y el mechero de la mesa del comedor, salió al balconcito lateral con vistas al monte Vodno. Respiró a pleno pulmón el fresco aire otoñal y se sintió impregnado de Skopie. Vaya, tengo que apuntar eso, podría publicarlo en Facebook, pensó. Se dirigió a su cuarto para buscar las gafas y el móvil, pero en el tenebroso pasillo se percató de lo silencioso que estaba el apartamento y de lo mucho que llamaba la atención la ausencia de su madre.

—Mamá —pronunció en un susurro. Se sintió como en un túnel que terminaba en la puerta cerrada del dormitorio de su madre, bajo cuyo umbral no se veía luz—. ¡Mamá! —trató de decir en voz más alta, pero de su garganta no salió más que un sonido ronco. Se acercó de puntillas a la puerta, pegando la oreja a la hoja de madera. No oyó nada—. ¡Mamá! —gritó asustado y empezó a dar

golpes.

—¡Ni se te ocurra entrar! —chilló Evguenia desde dentro.

—¡Uy! —se sobresaltó Toni.

—¿Te has hecho el test? —le gritó su madre.

—Sí —repuso él.

—Mentira. ¿Llevas mascarilla?

—Sí —dijo Toni.

—Otra mentira —declaró Evguenia.

—¡Tú eres la que miente! —le replicó Toni, confundido.

Del dormitorio se oyó un suspiro.

—¿Cómo te has vuelto así a estas alturas? —gruñó Toni y siguió caminando hacia su habitación en busca de las gafas y el móvil.

La vieja se ha vuelto loca de remate, es insoportable, pensó. Ha perdido el juicio por culpa de sus amigas y de los libros, concluyó, y del marica ese que le da libros, la puta madre que lo parió. El mundo se va a la mierda, seguía pensando mientras regresaba al balcón, donde la fría cerveza abierta le mejoró el humor al instante. Se sentó en la silla de plástico y bebió ávidamente unos cuantos tragos. El efecto del líquido fue como el de verter agua fría sobre una quemadura. Después encendió un cigarrillo y entró en Facebook. Lo primero que le salió fue una cita del dalái lama que había compartido Milena: «Si no te quieres a ti mismo, tampoco puedes querer a los demás», ponía con letras grandes al lado de una foto del sabio. Es cierto, dijo Toni para sí, yo pienso lo mismo desde hace muchísimo tiempo. No es tonta la chica, además de simpática, reflexionó y le dio un «me gusta». Después abrió las notificaciones y descubrió que en la publicación con la nariz del león había apenas quince reacciones y un comentario de la tía Pinka de Canadá, un *sticker* de un gatito blanco abrazando un corazón rosa que latía. Volvió a la página principal para informarse de lo que ocurría en

Macedonia y en el mundo, y, curiosamente, a él también le salió una cita, esta vez de Nietzsche: *Without music life would be a mistake.* [72] Inmediatamente compartió la cita. Una verdad como un templo: la vida sin música no merece la pena. Nunca he podido entender a la gente que no escucha música, como mi madre y mi hermana, sin ir más lejos. No existe nada mejor que la música, pero ahora no puedo poner los altavoces por la vieja, reflexionó, y una pequeña bomba de furia le explotó en algún punto sobre el corazón. En la pantalla apareció una notificación: Milena le había dado un «me gusta». Mira tú, pensó, ahí está la pequeña. Enseguida apareció también un comentario de ella: «¡El mayor tesoro de la humanidad!», seguido de un corazón. A lo cual Toni respondió: *great minds think alike* :))). [73] Está en el bolsillo, se dijo, es mía. Satisfecho, apagó el cigarro en el cenicero y se quitó las gafas. Unas nubes largas y aplastadas se perfilaban en el cielo sobre la cruz iluminada del Vodno, debajo de la cual el monte parecía una tumba. Toni bebió un par de tragos más y encendió otro cigarrillo. La vida es bella, pensó mirando la cruz. Todo está de puta madre. Si hay que resolver algo, se resolverá cuando llegue una crisis. Y de momento crisis no hay, pensó, sonriendo. Se acordó de que había querido apuntar algo en el móvil, alguna idea sabia que se le había ocurrido. Bueno, se me ha olvidado lo que era. Ya me acordaré.

Durante cuatro días, Evguenia se negó a ver a su hijo y solo salía de su dormitorio para ir al baño. El segundo día, por la mañana, Toni se la encontró en el pasillo y su aspecto le asustó tanto que tomó la determinación de rehuirla mientras ella estuviera así: parecía un fantasma de una película de miedo. Todo lo que tenía que ser blanco ahora era grisáceo y arrugado: el rostro, las manos, el camisón. Tenía el pelo despeinado y sucio, con mechones apelmazados en la

nuca.

—Aparta —le dijo ella sin mirarlo cuando se la encontró delante del baño.

—¿Necesitas algo, mamá? —le preguntó Toni, pero la voz le falló en mitad de la frase.

Ella se limitó a hacer un movimiento con la mano como si ahuyentara una mosca, arrugando el ceño y mirando el picaporte. Ese mismo día, cuando le entró hambre, alrededor de la hora de la comida, Toni trató de entrar en el dormitorio de su madre, pero la puerta estaba cerrada con llave.

—Ni se te ocurra intentar entrar aquí —la oyó gruñir desde dentro con una voz que no tenía nada de maternal y sí mucho de demoníaca.

—¿Estás bien? —preguntó Toni, aunque tenía miedo de oír la respuesta y, además, sentía que la propia pregunta era una muestra de debilidad por su parte, una suerte de claudicación.

—Hasta que no te busque yo, ni se te ocurra acercarte —se oyó el rugido de Evguenia.

—Como quieras —dijo Toni con un tono quejumbroso que daba a entender que siempre se habían respetado los deseos de su madre y nunca los de él.

Allá ella, dijo para sí, percatándose de que en los días siguientes iba a poder ver la tele cuanto le diera la gana. No le pasa nada, solo está dramatizando, como siempre.

Mientras tanto, Evguenia estaba en contacto con Dushitsa, que iba dos veces al día —hacia el mediodía y al atardecer, a eso de las seis— a llevarle sopas y otros platos cocinados, fruta y medicinas. Dushitsa llamaba a la puerta y Toni le abría. «Ponte la mascarilla», le decía su madre, entregándosela en la mano y esperando a que se la pusiera. Dushitsa llevaba una mascarilla grande, de color azul

verdoso metálico y parecida a una coraza, que le cubría la nariz y la boca; iba sujeta con elásticos en la nuca, no detrás de las orejas como la mayoría de las mascarillas, por lo que el pelo teñido de color negro alquitranado le sobresalía a ambos lados de la cabeza en dos mechones indómitos. Parece un moscardón gordo y peludo, pensaba Toni asqueado siempre que la tenía delante. Su animadversión había crecido aún más al saber que la comida que llevaba no era para él. Yo también estoy malo, se decía, creyendo que la resaca provocada por las cervezas que se tomaba todas las noches frente al televisor era un síntoma de la enfermedad. Sin embargo, Dushitsa solo le llevaba comida a Evguenia. Tan pronto como Toni se ponía la mascarilla, ella entraba en el apartamento como un torbellino, abriendo todas las ventanas. Acto seguido, trajinaba con gran estruendo en la cocina, servía la comida para Evguenia en una bandeja y daba unos suaves golpecitos en la puerta del dormitorio, susurrando: «Soy yo». Evguenia le respondía desde dentro con un tierno «Adelante», después la puerta se cerraba y un par de minutos más tarde Dushitsa volvía a salir.

El segundo día, Dushitsa había llevado pastelitos de hojaldre con queso en una fuente cubierta de papel film que dejó en la encimera de la cocina, junto con un bol violeta lleno de jugosas uvas doradas. Toni se comió todos los pastelitos, con un yogur que caducaba ese mismo día y que encontró en el frigorífico. Están buenísimos, pensó, son caseros, quién los habrá preparado. Después dio buena cuenta de las uvas, consciente de que en la casa ya no quedaba nada de fruta.

—¿Dónde están los pastelitos y las uvas? —preguntó Dushitsa cuando acudió esa tarde a llevar la cena y ver cómo estaba Evguenia. Su voz parecía llegar desde lejos.

—Me los he comido —respondió Toni, sentándose frente al

televisor—. ¿Quién los ha hecho? Estaban buenísimos —añadió, preguntándose si no estaría siendo demasiado bueno con Dushitsa, esa abuelita gorda y arrogante que todos los días entraba en su casa como si allí ocurriese algo del otro mundo.

Pero Dushitsa no le respondió; se limitó a soltar un bufido dentro de su mascarilla. Desde entonces ya no dejaba nada en la cocina. Lavaba deprisa la vajilla que había usado Evguenia y después se iba, dejando sin lavar la de Toni, que la acumulaba en el fregadero. Nunca ponía el lavavajillas, entre otras cosas porque no sabía cómo. Puta gorda egoísta, pensaba Toni cada vez que veía el culo de Dushitsa desaparecer por la puerta principal. Después pedía comida a domicilio con la tarjeta de su madre.

Al cuarto día, cuando vio a Dushitsa salir del apartamento, Toni decidió que ya iba siendo hora de ducharse, pues hasta entonces, creyéndose enfermo, no había considerado conveniente hacerlo. Comprobó que le quedaban un par de calzoncillos y camisas limpios, lo cual le llenó de preocupación, porque, si su madre se quedaba en la cama mucho tiempo más o si, Dios no lo quisiera, llegaba a ingresar en un hospital, él no tenía ni idea de cómo poner la lavadora. Su madre siempre se había ocupado de los electrodomésticos. Cuando era pequeño, la lavadora tenía una pequeña rueda que Evguenia giraba a la derecha o a la izquierda y que emitía un sonido parecido al de raspar un peine. Ese manejo de la rueda, lo mismo que el de los dos botones rojos que se encendían quién sabe por qué y cómo, le parecía a Toni una tarea complicadísima, para cuya ejecución solo estaban entrenadas las mujeres. Ahora en casa había una lavadora digital y, cuando entró en el baño, se obligó a observarla con atención, consciente de que en los próximos días probablemente necesitaría familiarizarse con los entresijos de su funcionamiento. La máquina también tenía una

pequeña rueda, alrededor de la cual se veían inscripciones incomprensibles en inglés. Estuvo un buen rato mirando la rueda y la pequeña pantalla oscura a su derecha, hasta que oyó a su madre llamarlo desde el dormitorio contiguo.

—¡Toni! ¡Toni!

Salió del baño y se detuvo frente a la puerta.

—Aquí estoy —le dijo, sin atreverse a entrar.

—¡Toni! —siguió llamándole Evguenia con voz plañidera.

—¡Mamá! —gritó Toni—. ¡Estoy aquí! ¿Quieres que entre?

Al decir esto, sintió que el corazón le retumbaba en los oídos.

—¿Crees que te he llamado para que te quedes plantado delante de la puerta? —dijo su madre.

Toni sintió una mezcla de alivio y nerviosismo que no sabía cómo definir. Giró el picaporte y entró en el dormitorio de Evguenia.

—Veo que todavía no pierdes el ánimo —le dijo.

Se detuvo junto a la cama donde ella yacía con la cabeza levantada sobre dos almohadas, cubierta con un edredón hasta la barbilla. La atmósfera en la habitación era sofocante, a pesar de la ventana abierta.

—Lo voy a perder de un momento a otro, no te preocupes —le dijo Evguenia, sacando con un quejido la mano derecha de debajo del cobertor y señalando hacia la ventana—. Ciérrala, tengo frío —susurró con una voz pálida y débil como su mano.

Toni obedeció, aunque en la habitación no hacía nada de frío.

—No veo bien ni con gafas —dijo Evguenia alcanzándole un termómetro que se sacó de debajo de la axila izquierda—. Por favor, léelo y dime cuánto tengo. Siento que estoy ardiendo. —Empezó a toser.

Toni cogió el termómetro, resbaloso por el sudor de su madre, y un escalofrío le recorrió la espalda. Entrecerró los ojos y lo alejó

tanto como pudo, pero, por más que se esforzaba y lo inclinaba hacia la luz de la ventana, no conseguía ver nada.

—Te has quedado más ciego que un topo —balbució su madre, tosiendo—. Ve a por las gafas y tráeme agua.

Siguió tosiendo. Se tapaba la boca con la mano derecha mientras sacaba la izquierda por debajo del edredón y señalaba lánguida una botella de vidrio vacía sobre la mesilla de noche junto a la cama.

Toni recogió las gafas de la mesa del salón y leyó el termómetro: 39,3. Uf, tiene fiebre, pensó y el sudor le perló el labio superior; después fue a por agua. A duras penas pudo poner la botella bajo el grifo porque el fregadero estaba atestado de platos con restos de salsa de tomate, mostaza y mayonesa secas, en las que Toni solía mojar las patatas fritas y las lagrimitas de pollo que encargaba por teléfono para la comida o la cena. Con un paracetamol se le pasará, dijo para sí mientras observaba la botella llenarse. Seguro que se le pasa, es más fuerte que cualquiera y terca como una mula. Cerró el grifo y se dirigió al pasillo. La puerta de Evguenia ahora estaba abierta y del interior salía una luz en la que danzaban miles de partículas de polvo.

—¿Te lleno el vaso? —le preguntó, de pie con la botella sobre la cabeza de su madre.

—Sería lo suyo —repuso Evguenia, mirándole con los ojos humedecidos por la tos. A Toni le pareció un ser traslúcido y antediluviano, como los proteos que había visto en la cueva de Postojna, en un viaje por Yugoslavia que había organizado su escuela.

—Je, je, je —rio Toni sin saber qué decir.

—¿Y has visto el termómetro? —preguntó Evguenia.

—Sí, treinta y ocho grados —mintió Toni.

—Me siento muy débil, como si tuviera más —dijo Evguenia

cerrando los párpados, tan finos y descoloridos que a Toni le pareció que podría ver sus iris si se fijaba mejor. Después volvió a abrir los ojos y los párpados se le arrugaron como papel cebolla. Recorrió con la mirada el rostro de su hijo, haciendo que se le erizara la parte trasera del cuello.

—¿Has tomado paracetamol? —le preguntó Toni, intuyendo la respuesta. Enseguida se acordó de que no le había llenado el vaso y se inclinó para recogerlo de la mesita de noche.

—Sí, hace una hora, pero la fiebre no baja —repuso Evguenia.

—Ya bajará, ten paciencia —dijo Toni, ofreciéndole el vaso.

Todos los movimientos de su madre eran lentos; cogió el vaso y se lo fue acercando a la boca al tiempo que levantaba la cabeza de la almohada. La mano le temblaba como una rama al viento. Sacó los labios adelante como un pez, mucho antes de que el borde del vaso se acercara, igual que un bebé viejo tratando de alcanzar la teta, pensó Toni. Cuando empezó a tragar, dos hilos de agua le cayeron a ambos lados de la boca. Evguenia hizo una mueca.

—El vaso está muy lleno —dijo tras beber un par de sorbos.

Se lo devolvió a su hijo y hundió la cabeza en la almohada. Con el dorso de la mano se secó el cuello y después se pasó la lengua por los labios; la tenía blanca.

—¿Qué haces ahí de pie como un pasmarote? —le dijo ella, con los ojos entornados—. Siéntate.

—Por si necesitabas algo más —respondió Toni, sentándose en la silla al lado de la cama, donde suponía que se sentaría Dushitsa.

—De momento no —dijo Evguenia, cerrando los ojos.

—Es mejor que esté cerca. —Toni decidió que había llegado el momento de echar mano del encanto con el que solía hacer reír a las mujeres para levantarle el ánimo a su madre—. *Penis bonus pax in domus* —agregó, consciente de que, en aquella situación, el

proverbio no era muy conveniente.

—Uy, hijo —gimió Evguenia, volviendo lentamente la cabeza hacia él—, está bien que hayas aprendido algo de latín, pero eso suena a incesto.

—No, hombre. Yo quería decir otra cosa —replicó Toni—, no me has entendido.

—Ajá —dijo Evguenia, sonriendo—. Por cierto, el proverbio favorito de tu padre.

Toni también sonrió.

—Echo de menos al viejo —suspiró Toni, y sintió una necesidad urgente de beber algo.

—Te enseñó un montón de groserías —dijo Evguenia, giró la cabeza hacia el techo y, carraspeando, añadió—: Cancioncillas sobre penes.

A Toni le disgustó un poco que su madre pronunciara la palabra «pene», pero al instante lo atribuyó a la fiebre.

—Era una institución —dijo inspirando profundamente y sintiendo otra vez la urgencia de beber.

—¿Te acuerdas de cuando tenías cinco años y en la asociación de vecinos vino de visita Papá Noel? —le preguntó Evguenia, cerrando los ojos.

—No tengo el menor recuerdo —repuso Toni, muy sorprendido y entusiasmado porque iba a oír una historia de su infancia. Siempre se enternecía al verse en alguna foto de niño. Cuando miraba a T. J., le parecía observarse a sí mismo de pequeño. Al acordarse de su hijo, enseguida se dio cuenta de lo mucho que lo echaba de menos.

—Bueno, pues Papá Noel repartía paquetes y regalos, pero cada niño debía recitarle un poema. A los chicos les regalaba cochecitos de juguete, y a las chicas, muñecas, esas cosas. Tú también te sentaste sobre sus rodillas y él te pidió que le recitaras un poemita

—dijo Evguenia, tragando en seco.

—¿Y? —preguntó Toni excitado, inclinándose hacia delante, acodado sobre sus rodillas separadas.

—Tú le recitaste lo siguiente: «Soy un pequeño cartero, tengo el nabo certero, huid, mujeres, sin tardar, porque os voy a follar».

—Ja, ja, ja. —Toni empezó a sacudirse de risa y hasta se dio una palmada en la rodilla— ¡Qué pasada!

Su madre no abrió los ojos ni sonrió.

—Allí estaban también tu tía Violeta y tu abuela Lena, se pusieron rojas como tomates, querían que se las tragara la tierra. Yo me precipité para levantarte de las rodillas de Papá Noel, y tu padre gritó: «¡Así me gusta, hijo!».

—¡Madre mía, menuda leyenda! —exclamó Toni.

—Y Papá Noel, en vez de un cochecito de juguete, te regaló dos —concluyó Evguenia.

—¡Vaya! —dijo Toni.

Su madre seguía con los ojos cerrados y la cara inexpresiva. Metió la mano derecha bajo el edredón y se lo subió hasta la barbilla. Su cuerpo escuchimizado se perdió bajo el pesado cobertor. Parecía una blanca cabeza exánime que hablaba, colocada sobre una almohada.

—Entre muchos otros poemas que te enseñó tu padre, me acuerdo de «No se asuste, sonría…»

—«… que no tiene huesos la polla mía» —terminó el verso Toni y luego pasó a tararear el estribillo al estilo folclórico—: *Opa, nina, nina nay, nina nay nay…*

Sonrió al darse cuenta de la oportunidad que había perdido al no cantarle esa cancioncilla a Nina.

—Muy bien —dijo Evguenia, con el mismo tono inexpresivo de antes.

—Espera, había un verso más: «Gírese un poco a la derecha, moza, y verá qué fácil le entra la cosa, *opa nina, nina nay, nanananaaay…*».

Toni se enderezó en la silla y empezó a mover la cabeza al compás de la canción. Su madre entreabrió el ojo izquierdo, lo miró, y a Toni le pareció entrever una sonrisa.

—¡Bravo, hijo! Todavía recuerdas el repertorio con el que tu padre te exhibía en la universidad. Te llevaba allí y te hacía cantarles esas cancioncillas a los profesores… o, mejor dicho, a todos los empleados. Y a los estudiantes. O, mejor dicho, a las estudiantes —dijo Evguenia, pasándose la lengua rosa por los labios resecos.

—¡Hostia, es verdad! Algo recuerdo —dijo Toni, evocando un caso en que, tras su interpretación, una mujer rubia y guapa le pellizcó la barbilla, le dio un caramelo y le dijo: «¡Qué bien!».

—Tu padre estaba obsesionado con los versos sobre penes —dijo Evguenia—, es decir, humorísticos. Además, insistía en decirlos en serbio porque le parecían más graciosos. «Te la meto tras el seto», tonterías por el estilo.

—«Alrededor del tocón, te persigue mi pollón» —disparó como una escopeta Toni, erguido en su silla como si estuviese en un interrogatorio.

—Eso —dijo su madre, tratando de respirar hondo, pero se lo impidió un acceso de tos.

—«Esta pistola mía dispara con alegría», «con mi cetro, a la sombra te penetro» —prosiguió con orgullo Toni y, mirando hacia el techo, se acordó de otro verso que al punto declamó, casi a gritos—: «Te la meto derecho hasta el pecho.»

—«Te paso el testigo bajo tu ombligo» —dijo Evguenia con voz áspera y los ojos cerrados.

—¡Eso es, mamá! —exclamó Toni, agarrándola de lo que creía su

brazo izquierdo bajo el edredón y sacudiéndolo, pero sintió que había cogido algo fofo e inerte que no era un brazo, de modo que retiró de inmediato la mano como si hubiese recibido una descarga eléctrica.

—¡Ay! —gimió Evguenia frunciendo el ceño, sin mover la cabeza.

—¡Perdona! —dijo Toni, limpiándose la mano en la rodilla del pantalón, como si hubiera tocado algo pegajoso.

Tengo que enseñarle todas estas cosas a T. J., pensó. Como Maya era de Kichevo, él le había mencionado a su hijo solo el ripio de «chúpame el huevo», pero le quedaba por enseñarle todos los versos sobre las ciudades de Resen, Drachevo…

—Estas cosas le encantaban a tu padre —dijo Evguenia interrumpiendo sus pensamientos, y, tras aclararse la garganta, prosiguió—: Estaba muy orgulloso de su… polla.

Giró la cabeza para mirar a Toni y después a la mesilla de noche donde estaba el vaso de agua. Esta vez Toni abrió los ojos como platos y echó la cabeza un poco atrás, como si le hubiera dado un calambre o un ataque de náuseas. Ya no le hacían gracia las palabras directas de su madre: le parecían demasiado obscenas e indecentes.

—Dame agua —masculló Evguenia, sin sacar las manos de debajo del edredón.

Toni se dio cuenta de que quería que le acercara el vaso a la boca. Su madre levantó un poco la cabeza y volvió a sacar los labios adelante, cerrando los ojos mientras Toni se inclinaba sobre ella con el vaso de agua.

—¿Te acuerdas de Toni, su compañero de la universidad? —le dijo antes de engancharse al borde del vaso y empezar a tragar despacio, con avidez.

—¿Qué Toni? —preguntó él distraído, mirando

intencionadamente a un lado, hacia el tocador, sobre el que había una bandeja con platos y vasos usados, escuchando los sonidos que hacía su madre al chupar el agua, parecidos a los de un perro bebiendo a lengüetazos de un cuenco.

—Toni que come macarroni —repuso Evguenia, dejando caer la cabeza en la almohada—. ¡Uf, qué mareo! —exclamó, abriendo los ojos y clavándolos en el techo.

Toni se rio y se sentó en la silla, mirando a su madre con asombro. Se había ido volviendo cada vez más atrevida en los últimos años, pero la enfermedad y la fiebre parecían haberla convertido en un monstruo de la procacidad. Será por Dushitsa, el marica, los libros, estos tiempos locos que nos han tocado vivir, pensó Toni. Se acordó de que había dejado su teléfono en el baño y no podía ver qué hora era ni inventarse cualquier otro pretexto para salir del dormitorio asfixiante de su madre.

—Tu pregunta es legítima después de todo —continuó Evguenia, con un tono y un vocabulario que a Toni le parecieron presuntuosos —, había varios, pero yo me refiero al artista, al que llamaban el Miguel Ángel. Después te hablaré también de Toni el Vampiro, que era el dentista, recuérdamelo para que no se me olvide, porque a tu padre, como a ti, se le cayeron los dientes prematuramente e iba donde el Vampiro para que se los arreglase.

—Ajá —dijo Toni, no tanto por un interés genuino hacia la historia del Vampiro, sino más bien picado por el hecho de que su madre le hubiera recordado que ya no tenía dientes.

—Volvamos a la obsesión de tu padre con los penes —dijo Evguenia. Toni se miró los calcetines, pues había venido descalzo desde el baño, y suspiró. La vieja se ha vuelto loca, pensó—. ¿Sabes que tu padre y el Miguel Ángel se los midieron en la cantina de la universidad?

Toni no dijo nada. Ante sus ojos emergió la imagen de un mantel anticuado a cuadros rojos y blancos, sobre el que yacían dos penes flácidos de color rojo oscuro, colocados lo más cerca posible el uno del otro. Sobre uno de ellos vio los dedos de su padre, cortos y gruesos, amarillentos por los cigarrillos. Después vio la manga color gris oscuro de su chaqueta, demasiado larga para su brazo corto y también amarillenta por los cigarrillos que siempre humeaban en su mano derecha. Vio asimismo al Miguel Ángel, flaco, bajito, moreno, de pelo canoso y ralo peinado con gel hacia un lado, de manera que siempre parecía tenerlo mojado, como si acabase de nacer. Él también sujeta su pene con una mano delicada y femenina, al lado del de Andon. Toni se sacudió la cabeza para ahuyentar esa imagen.

—¡Venga ya! La gente dice cada cosa…, ya se sabe —murmuró. No quería confesar que no era la primera vez que oía la historia de los dos profesores que se midieron las pollas en la cantina de la universidad, y que en su momento la había considerado una leyenda urbana.

—Ocurrió de verdad, no finjas que no te suena de nada. A mí me lo contó el bibliotecario del Departamento de Latín, que lo vio con sus propios ojos —dijo su madre y volvió a cerrar los ojos.

—¿Y? —preguntó Toni—. ¿Quién la tenía más grande?

—Ji, ji, ji —rio su madre con un deje cínico. Luego intentó tomar aliento, pero emitió un silbido similar al del viento atravesando un bosque—. Eso sí, se los midieron porque antes se habían peleado. El nuestro llamó al Miguel Ángel un calzonazos mantenido por su mujer, y este se puso rojo de cólera, se abalanzó sobre él para pegarle, tuvo que intervenir gente para separarlos. Estarían borrachos, sin duda. Siempre estaban borrachos, sobre todo en el trabajo.

—No exageres… —protestó Toni.

—El Miguel Ángel era un miserable —le interrumpió Evguenia, sin rastro de ironía en la voz—. Él es el autor de aquellos bustos de mujeres sin cabezas. O sea, supuestamente al estilo antiguo, pero lo que quería era que la mujer no tuviese cabeza, rostro, identidad, cerebro. Que no fuese más que cuerpo. Obligaba a las alumnas a posar para él, así aprobaban los exámenes. Y después las hacía frotarse contra sus esculturas. Uf, me canso de hablar. Me cuesta respirar —susurró abriendo la boca, haciendo esfuerzos por respirar hondo.

—¿Cómo frotarse? —preguntó Toni, apartando la mirada del perfil pálido de su madre, que parecía fundirse con la blanca almohada. Tan solo los mechones de pelo marrón desgreñados alrededor de su cabeza introducían cierta nota de color y vida.

—¿Cómo va a ser? De forma erótica. Hubo una chica a la que, según dicen, delante de los demás alumnos la… —Evguenia tragó saliva—, hizo el amor con ella, por así decirlo. Las convocaba en su taller para que posaran, para que bebieran juntos, ya sabes, una lumbrera artística, profesor y gran bohemio —dijo frunciendo el ceño.

—Se lo tienen merecido por sacarse las notas de esta forma —dijo Toni—. Es su elección.

—Ah, ¿quieres decir que yo, de haber estado en el lugar del Miguel Ángel, podría haber aprobado a los estudiantes varones a cambio de servicios sexuales? —Evguenia giró la cabeza para mirar a Toni; tenía los ojos rosados en los bordes, como si se le estuvieran derritiendo.

—Eso es otra cosa —declaró Toni, alisándose el cabello grasiento con los dedos—. Además, aquí no estamos hablando de situaciones hipotéticas, sino de la realidad. Esa es la realidad —dijo, satisfecho de cómo sonaban sus palabras—. Hay que ser realistas —insistió,

echando mano de una de sus frases favoritas.

Evguenia trató de suspirar, pero solo le salió una tos débil.

—Vale —transigió, lo cual irritó a Toni—. Te prometí que te iba a hablar también de Toni el Vampiro. Era dentista, pero él insistía en que le llamasen estomatólogo. ¿Te acuerdas de él?

—Creo que sí, venía a visitarnos a casa —balbució, sin acordarse exactamente de quién era, pero queriendo evitar explicaciones innecesarias. Tenía ganas de fumar y de estar solo, sin su madre.

—Sí, venían aquí para que yo les sirviera: él, Miguel Ángel y aquel profesor de literatura pervertido, Toni Pánchevski, Panche le decíamos, que examinaba a las alumnas los sábados a las diez de la noche, sobre todo si no eran de la capital. ¿Qué me dices, eso también lo elegían ellas? —dijo Evgenia, sonriendo.

Joder, está enferma pero sigue con sus tonterías, pensó Toni mirando los dientes gastados y amarillentos de su madre. Optó por callar para que la historia terminase lo antes posible.

—Pues bien, algunas compañeras mías y yo íbamos donde el Vampiro para que nos arreglase los dientes —prosiguió Evguenia con una voz que se iba debilitando de palabra en palabra—. Un día tenía que empastarme la sexta muela. Cuando se te acercaba, así, muy pegadito… —dijo sacando la mano derecha de debajo del edredón y acercándosela a la nariz—, para mirarte la boca, te frotaba el pecho con el brazo izquierdo, como quien no quiere la cosa. Después se ponía de pie e iba al baño.

—¿A ti te hizo esas cosas? —preguntó Toni, enderezándose como si quisiera defender a su madre.

—Y no solo a mí —repuso Evguenia.

—Haberlo dicho antes, yo le habría partido la cara —Toni alzó la voz—, ¡le habría roto los dientes!

—Probablemente de él no quedan ya más que los dientes —dijo

Evguenia y soltó una risotada que la hizo toser y jadear—. Hace tiempo que murió.

Toni callaba, esperando que su madre dejase de hablar sobre los compañeros de su padre, pues se acordó de una cafetería a la que a veces, cuando era niño, lo llevaba su padre, con los mismos manteles a cuadros rojiblancos que, en su imaginación, habría en la cantina de la universidad. La cafetería estaba siempre oscura y llena de humo. Allí estaba su padre con sus compinches. Reían a carcajadas, bebían, fumaban. De algún lado salieron unas cuantas chicas jóvenes. Andon y sus amigos les daban cachetes en las nalgas cada vez que las chicas pasaban a su lado, riéndose de forma aún más escandalosa. Toni recordaba un nudo en el estómago que ahora volvió a sentir.

—Lo llamábamos el Vampiro porque las entradas le dejaban el pelo de la frente en forma de V —dijo de pronto Evguenia, volviendo a meter la mano bajo el edredón—. Sigo teniendo mucho frío.

—¿Quieres que te traiga algo? —preguntó Toni con la esperanza de escabullirse de la habitación.

—No, quédate aquí —repuso su madre, tragando saliva.

Cuánto tarda en tragar, pensó Toni, mirándole el perfil. Ahora le llamó la atención que, además de blanco, el rostro de ella estaba sembrado de manchas marronáceas. Probablemente, cuando no estaba enferma, las disimularía de alguna manera. Se veía más guapa cuando estaba sana y arreglada.

—Y no te indignes tanto —dijo Evguenia tras una pausa más prolongada, durante la que Toni tuvo la esperanza de que se hubiese quedado dormida—, vete a saber lo que haría tu padre en el trabajo.

—Qué dices… —dijo Toni, cambiando de postura y cruzando las piernas. Empezaba a sentirse incómodo en aquella silla dura del comedor que Dushitsa había traído al dormitorio para poder sentarse

al lado de su amiga.

—Toni —dijo Evguenia y volvió a tragar con esfuerzo.

—¿Mmm? —respondió él, sin saber qué hacer en esa pausa larga e inquietante. Su madre parecía fundirse con la almohada, perderse bajo el edredón, volverse cada vez más transparente.

—¿Quieres saber cómo murió tu padre realmente? —Evguenia giró la cabeza y miró a su hijo como si él estuviese muy lejos.

Toni callaba. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue contestarle que no, que no quería saberlo, pero no dijo nada.

—Creo que debes saberlo —dijo su madre, volviendo otra vez la cara hacia el techo y cerrando los ojos, y después empezó a toser.

Estuvo un buen rato tosiendo, con tanta fuerza que se incorporó sobre la almohada y el edredón se le cayó de los hombros. Sacó los brazos para apoyarse en los codos. Toni descruzó las piernas y puso las manos en las rodillas, en una postura alerta. Pero no hacía más que mirar a su madre, sin saber qué hacer, hasta que ella señaló con el dedo en dirección al agua. Se la alcanzó, pero esta vez ella la cogió con sus propias manos, haciendo un gran esfuerzo por dominar la tos antes de beber.

—Escucha, no tenemos mucho tiempo —dijo después de un sorbo de agua, entregándole el vaso y volviendo a cubrirse con el edredón—. No sé qué hizo tu padre con las alumnas en la universidad, pero siempre tuvo una amante allí: Dani, la archivera. Simpática, rubia, delgada. Una mujer tierna. Lo estuvo persiguiendo toda la vida, como a ti te persiguió la pobre Tamara. No sé si te acordarás de ella. Fue su otra mujer, la mujer del trabajo.

Toni seguía sin abrir la boca, rescatando de su memoria a la mujer que le había pellizcado la barbilla y ofrecido un caramelo.

—¿Recuerdas el despacho de tu padre? —preguntó Evguenia.

—Sí —repuso Toni, evocando la espaciosa sala parecida a un

pequeño piso, en un edificio de hormigón—. Era enorme —añadió con la boca entreabierta.

—Era un despacho doble, por su fama de filósofo importante —dijo Evguenia y añadió, casi en un susurro—: Tan importante que no inventó ni escribió nada.

—Estaba amueblado —recordó Toni, hablando como en sueños —, había un sofá.

—Exacto —dijo Evguenia, tratando de inhalar por la nariz.

Toni vio que, bajo el edredón, la espalda de ella se encogía como en un espasmo. Se quedaron callados un rato, hasta que Evguenia reunió la fuerza suficiente para continuar:

—Era sobrina de no sé qué secretaria del rector, y era joven cuando empezó a trabajar allí, todavía no había cumplido los treinta. Por la vecina Matsa me enteré de que había tenido una relación muy larga con un chiflado, de quien a duras penas consiguió zafarse, y de que antes había trabajado en una agencia de viajes. —Evguenia se pasó la lengua por los labios—. Es igual. El caso es que no se contentaron con follar todo lo que quisieron en la oficina…

—Vale, vale —balbució Toni, cerrando los ojos y frotándoselos con una mano, como si eso pudiese protegerlo de las palabras de su madre, que le provocaban náuseas.

—… sino que, justo antes del final, la loca de la archivera se compró un apartamento en el edificio al lado del nuestro, donde aquella tienda en la que tú crees que murió tu padre mientras compraba tomates para mí.

Toni levantó la cabeza y miró boquiabierto a su madre.

—Ya sé que piensas que lo maté yo porque se me antojó comer tomates; no te creas que no sé que se lo comentaste a otras personas, pero bueno, yo te quería proteger, me dabas pena, aunque yo a ti no te doy pena ninguna…

—¿Qué dices, bruja? —dijo Toni afónico, pues tenía un nudo en la garganta y apenas le salió un hilo de voz.

—El caso es que se compró un piso de una habitación en aquel edificio. Vivía sola, esperando que él se divorciara y, probablemente, que también le diera hijos, la muy tonta. Quién sabe, si tu padre no se hubiera muerto en su casa, igual se los habría dado y ahora tendrías una hermanita o un hermanito más —dijo Evguenia con una sonrisa (una sonrisa maliciosa, pensó Toni, ostensiblemente maliciosa), y después empezó a toser.

Toni quería irse, pero su madre le indicó por señas que le alcanzara el vaso de agua, y se lo bebió con avidez. Toni observó cómo sus labios se retorcían dentro del agua, como gusanos muertos, pensó, y sintió un escalofrío.

—Lo más gracioso de todo —prosiguió Evgenia, devolviéndole el vaso vacío y cubriéndose de nuevo con el edredón— es que solía visitarla cuando iba a por tomates. Él había leído algo parecido en una novela de García Márquez: dos personas tenían una relación amorosa secreta, pero, por falta de tiempo y por la necesidad de esconderse, la mujer esperaba a su amante en casa con las piernas abiertas y él, nada más entrar, se quitaba los pantalones.

—Tonterías —comentó Toni, recuperando algo de su vieja cólera —. ¿Cómo podrías saber tú eso?

—La vecina Matsa me lo dijo —respondió enseguida su madre—. Ella y la archivera quedaban para tomar café y la muy tonta se lo contó todo. Lo único que Matsa no recordaba era el libro del que era ese episodio: *El amor en los tiempos del cólera* o *Del amor y otros demonios*. Algo con *amor* en el título. A tu padre le gustaba García Márquez. Y Kundera. —Evguenia tragó saliva e hizo una pausa un poco más larga.

—¿Y cómo murió? —inquirió Toni.

—¿No lo has adivinado todavía? —dijo su madre y tosió—. ¿Quieres que te lo dibuje?

Toni no dijo nada. Quería saber más, pero no sabía cómo formular la pregunta.

—Sintió un dolor en el pecho estando en casa de ella. Cuando fui a buscarlo a la tienda, me encontré la ambulancia en el aparcamiento y vi cómo subían a tu padre. Había gente reunida. Casi no tengo recuerdos de ese momento: así es como mi cerebro ha decidido protegerme. Sé que Matsa bajó a la puerta del edificio y me llevó al hospital, donde me comunicaron que había fallecido. Después volví a casa.

Evguenia cerró los ojos y la boca. Respiraba por la nariz, de forma superficial. A Toni le pareció que entre cada inspiración pasaba una eternidad. Era incapaz de moverse de su silla. Un rato después, su madre volvió a despegar los labios:

—Hasta el entierro no pude averiguar lo que había pasado. Fue mucha gente, una aglomeración multitudinaria: asistieron aquellos a los que llaman intelectuales, así como personal de toda la facultad. Pero la que lloraba más fuerte y de forma más dramática era una mujer rubia. Se ahogaba en sus lágrimas y se apoyaba en otra mujer para no caerse. Estaba un poco apartada, pero daba igual: todos la estaban observando. A mí me miraban con compasión. Me dieron ganas de agarrarla del pelo y tirarla a la tumba de tu padre.

—Espera un momento, ¿no se golpeó la cabeza contra el suelo, delante de la tienda? —preguntó Toni, con retraso.

—Sí, pero en casa de la archivera —repuso Evguenia—. Es igual. Después, durante varios años, ocurría lo siguiente: yo iba a visitar la tumba, llevar una flor, limpiar… Pero siempre me encontraba con la misma escena: en la tumba había un enorme ramo de crisantemos frescos color rojo oscuro, siempre catorce. Primero pensé que era de

sus compañeros o de los estudiantes, pero ocurría con tanta regularidad que terminé por darme cuenta de que no se trataba de compañeros, amigos ni estudiantes. Además, la tumba siempre estaba limpia, en vano llevaba yo cubos y cepillos. A veces, sin embargo, le echaba agua por encima y veía restos de pintalabios sobre el nombre de tu padre.

Toni se estremeció, soltando un gruñido de asco al imaginarse a la tía Dani (así le habían presentado a esa mujer en el trabajo de su padre: como «tía Dani») de rodillas, inclinada, besando la lápida de Andon.

—Catorce crisantemos, ¿sabes por qué? —preguntó Evguenia, girando la cabeza en dirección a Toni. Tenía los ojos aún más acuosos, aún más rosados en los bordes. Parecía como si todo el rostro se le estuviese derritiendo, igual que una vela de cera consumida.

—No —contestó Toni, diciendo para sus adentros: tampoco sé si quiero saberlo.

—Uno por cada año —dijo su madre con una sonrisa, cerrando los ojos y volviendo la cara hacia el techo—. Un día la pillé: echó a correr dando brincos entre las tumbas y la vi esconderse detrás de las lápidas, pero la delató el cabello rubio encendido. Dondequiera que se ocultaba, se asomaba para ver si yo la miraba, y entonces su pelo brillaba al sol. No sé —Evguenia hizo una pausa para toser—, pero me parece que no era muy inteligente. Me pregunto qué es lo que vería en tu padre, tan moreno, con los brazos cortos y mangas amarillentas, con los dientes marrones por el tabaco, que poco a poco se le fueron cayendo. Hubo una época en la que le faltaban dientes —dijo frunciendo el ceño—. Igual le entusiasmó aquella competición en la cafetería, quién sabe. —Evguenia empezó a reírse sin voz. Todo el edredón se sacudía por su risa, pero de su pecho

salía solo un ronquido insano.

Toni vio una lágrima asomar por el rabillo del ojo de su madre. Una hiena, pensó, una hiena más.

—Lo importante es que limpiaba bien —prosiguió Evguenia, después de varios intentos de respirar hondo—, así que me fui desentendiendo del cuidado de la tumba y, poco tiempo después de aquel día en que la vi entre las lápidas, dejé de ir.

Toni se revolvió en su silla.

—La tumba estaba muy abandonada. El día del entierro de Tamara fui a visitar a papá —comentó.

—Habrá muerto ya —dijo Evguenia e hizo una pausa más larga —. Poco después se fue de este barrio, gracias a Dios. Antes, Matsa me informaba de todo, pero ahora ella tampoco sabe nada, desde que se fue, y yo le pedí que no me contara más historias de la archivera.

—Esto no lo encuentras en ningún libro —dijo Toni. Tenía la boca seca.

—La realidad siempre es más chocante que lo que cuentan los libros. Pero eso tú no puedes saberlo, porque ni lees libros ni vives en la realidad —dijo Evguenia, con otra risa ronca y pausada.

—Veo que te ha bajado un poco la fiebre —comentó su hijo con tono mordaz.

—¡Qué va! Estoy ardiendo. Nos queda un poco más de tiempo —susurró Evguenia y cerró los ojos.

—Espera, espera —Toni sintió la cólera renacer en algún punto muy profundo dentro de su estómago—, cuando tú decías que ibas al cementerio, ¿adónde ibas en realidad?

—Adonde me daba la gana. Iba de paseo con mis amigas, de pícnic, al cañón de Matka, a restaurantes… Y cuando conocí a Dimitar, iba a su casa o paseábamos juntos.

—¿A quién? —dijo Toni, abriendo las piernas y apoyando los codos en las rodillas para parecer más grande y más imponente.

Evguenia ni siquiera lo miró.

—Era amigo mío —respondió e intentó suspirar—, fuimos amigos muchos años después de que yo dejara de beber. Tú no te enteraste de nada. No te enteraste ni cuando empecé a beber ni cuando murió Dimitar. Era muy atento.

Toni callaba, tratando de recordar si alguna vez había notado la presencia de otro hombre en la vida de su madre o que ella se hubiera dado a la bebida, como acababa de afirmar.

—No te vas a acordar, en vano te esfuerzas —dijo Evguenia—. Fue cuando os conocisteis Mílitsa y tú, con los subsiguientes dramas como con todas tus novias… Además, nació Nela, mi tesoro. No me necesitabas, tampoco te interesaba mi vida.

—No digas tonterías —gruñó Toni, todavía asqueado por la idea de que su madre hubiera sido alcohólica y tenido otro hombre además de Andon.

—Escúchame bien, quiero confesarte algo más porque, como te he dicho —continuó, jadeando—, no nos queda mucho tiempo.

—¿Cómo que no nos queda…? —empezó Toni, pero su madre lo interrumpió.

—Esta noche he tenido un sueño. Unas cuantas briznas de hierba que bailaban y cantaban. Y mientras cantaban, formaron un corro en forma de corona floral y empezaron a acercarse. La cancioncilla decía así —dijo Evguenia y, tomando tanto aliento como pudo, se puso a cantar con una vocecita débil y entrecortada—: «Eras buena gente / dabas buen ejemplo / pero pronto serás hierba / olvidada por todos».

Toni sintió mucho frío de repente y tuvo la impresión de que había anochecido, aunque estaba seguro de que todavía era de día.

Miró por la ventana y vio un gris oscuro en lugar del cielo. La cancioncilla parecía flotar aún en el aire, junto a la respiración entrecortada de su madre.

—¡Ayyy! —apenas pudo pronunciar Toni. Quería decir que los sueños eran una tontería y no significaban nada, pero la lengua se le quedó como muerta en la boca.

—¿Ves aquella maleta allí? —Evguenia señaló despacio con la barbilla hacia un rincón donde había una pequeña maleta naranja de ruedas—. De un momento a otro vendrá Dushitsa a recogerme. Viene con su nieto, de la Unidad de Enfermedades Infecciosas.

—Pero ¿cómo…? —tartamudeó Toni.

—Sé que voy a morir, pero hay una sola cosa de la que me arrepiento —dijo Evguenia. Su rostro se deformó y su respiración se hizo aún más superficial, breve y, ahora, más acelerada—. En mi testamento te he dejado el piso a ti. ¿Por qué? Porque tú tienes hijos y tu hermana no. ¿Y qué has hecho tú con tus hijos? Primero tuviste una hija, pero la bautizaste en tu honor: Antoanela. Incapaz de identificarte con ella, por ser hembra, dejaste que se fuera a la otra punta del mundo y tuviste un hijo varón, a quien también le pusiste tu nombre. Y, otra vez, él te sirve como una suerte de decoración genética. ¿Cómo pude hacerte así? ¿Cómo pude dejar que tu padre te llamara Toni, como si fueras una mascota y no un ser humano? —preguntó Evguenia y empezó a gimotear con un llanto silencioso.

—Mamá, qué coño dices —dijo Toni, desconcertado, vacilando entre enfadarse por las palabras de su madre o alegrarse por lo del piso.

—Tu hermana escapó a tiempo, como no podía ser de otra manera, porque yo no la defendí ni de tu padre ni de ti. Y ahí la tienes ahora, surfeando las olas en Lima… Vive tu vida, cariño; a Dushitsa le diré que le haga llegar mis disculpas, fui una mala m…

No pudo acabar la última palabra por un ataque de tos. Toni le vio la lengua rosa plegada como una U entre los blancos labios agrietados, que formaban le letra O, y echó instintivamente el cuerpo hacia atrás por el miedo y el asco. Evguenia estuvo un buen rato tosiendo de forma convulsiva, mientras Toni permanecía sentado en su silla y la miraba petrificado. Al oír el timbre de la puerta de entrada, se puso rápidamente en pie. Tenía las ingles tan sudadas que se le habían formado sendas manchas en el chándal azul y, al despegarse del respaldo de la silla, se dio cuenta de que tenía también toda la espalda húmeda. Se apresuró a la puerta de entrada para abrir.

En el umbral estaba esperando Dushitsa, con la mascarilla verde azulada de mosca y gafas protectoras de cristal. Al ver a Toni, frunció el ceño, echó la cabeza hacia atrás y, como de costumbre, le entregó una mascarilla que él aceptó obediente. Al lado de Dushitsa había un hombre enorme, más alto que ella y que Toni, con un traje de bioseguridad blanco, con la cara enmarcada por el elástico de una capucha con la punta colgante: parecía un pitufo gigante. También llevaba gafas protectoras y una mascarilla blanca reutilizable con un orificio para la respiración en la punta, lo cual le daba un aspecto algo amenazante.

—¡Paa! —se oyó la voz amortiguada del gigante con la capucha.

—¿Perdón? —dijo Toni, pestañeando. Se dio cuenta de que la tos de Evguenia se había calmado.

—Apártate —tradujo Dushitsa, y Toni obedeció como si la orden viniera de un general: dio unos pasos atrás, permitiendo a la mujer y al hombre del traje blanco llegar hasta el dormitorio.

Toni cerró la puerta de entrada y se quedó allí plantado, con la mirada fija en la habitación de su madre al otro extremo del pasillo. Divisó la silla vacía que había ocupado él y oyó cuchicheos y

murmullos —«sujétala por aquí, déjamela a mí, yo la llevo»—, acompañados de quejidos. Al final vio al gigante del traje blanco salir por la puerta con la maleta naranja y, tras él, la enorme Dushitsa, que llevaba en brazos a Evguenia con su camisón blanco, colgada del cuello de su amiga como una muñeca.

—¿Adónde la llevas? —balbució Toni, cediéndole el paso al hombre del traje blanco y luego a Dushitsa, que se limitó a contestarle con un «¿Tú qué crees?» y, sin mirarlo, salió por la puerta, desapareciendo camino del ascensor.

El gigante mantuvo la puerta abierta mientras pasaban las dos amigas. Toni lo miró indefenso y los ojos de los dos se cruzaron.

—Tomeso —dijo la voz amortiguada del hombre a través de la máscara—. Tom, tom.

Se sacó del bolsillo del traje blanco una caja de cartón y trató de ponerla en la mano de Toni, pero este retrocedió.

—¿Perdón? —dijo azorado.

—Tom, tom… ¡Summed! —farfullaba la voz sofocada del hombre a través de la mascarilla, ofreciéndole con movimientos rápidos la caja, que tenía pinta de medicamento.

—No te entiendo —dijo Toni, ahora ya irritado.

—¡Marko! —llamó Dushitsa desde el ascensor—. ¡Vamos! —gritó, y su voz retumbó por toda la escalera del edificio.

El hombre del traje blanco irguió la cabeza, echándola un poco hacia atrás para poder retirar la mascarilla bajo la nariz.

—¡Tom, tom! —dijo, de forma tan rápida e incomprensible como cuando tenía la boca tapada—. ¡Summed! —susurró y puso la caja en la mano de Toni—. Te conozco mubien, sé quineres, tom, tom —farfulló. Por fin consiguió pasarle la caja, volvió a cubrirse la nariz con la mascarilla, le guiñó el ojo y se fue.

No tengo la menor idea de quién era ese tipo, se dijo Toni

mirando la caja, en la que pudo leer la palabra «Sumamed», el antibiótico que administraban a los enfermos de covid. Eso está bien, pensó, quizá no venga mal que lo tome para no llegar a ese estado lamentable, quién sabe. Qué guay que el tío me reconociera, seguramente nos hemos visto por ahí, a lo mejor pasó por Jugoton. Buen tipo, dijo para sí, y se detuvo en el centro del salón, en un apartamento que de repente se había sumido en un silencio sepulcral. ¡Oye, se han llevado a tu madre al hospital! En este país, en el hospital se entra vivo y se sale muerto, pensó, y enseguida cerró los ojos para ahuyentar esa idea. La vieja se pondrá bien, es fuerte y resistente, se dijo, abriendo los párpados y observando el espacio a su alrededor. Esta será mi casa, solo mía, pensó. Volvió a cerrar los ojos y luego dijo en voz alta:

—¡Basta ya!

Me apetece un cigarro y una cerveza, decidió. Fue a sacar una lata fría del frigorífico y, al acordarse de que había dejado el tabaco en el balcón, salió afuera. La lata siseó deliciosamente al abrirla; bebió unos tragos que le hicieron sentir como si lo acariciaran por dentro con seda fría, luego dio una calada tan profunda al pitillo que le pareció que los dos pulmones se le llenaban de humo sanador. Se acodó en la sucia lámina metálica sobre el antepecho del viejo balcón, preguntándose si vería a Dushitsa, a Evguenia y al gigante del traje de bioseguridad entrar en un coche, pero la calle estaba desierta. La montaña no se veía y el cielo estaba encapotado y gris. Las nubes parecían suspendidas sobre los tejados de los edificios y, de vez en cuando, rachas de viento cortas pero fuertes azotaban los árboles, arrancándoles las hojas amarillas y dispersándolas por el aire. Cómo no le da vergüenza tratarme tan mal, y encima estando yo enfermo, pensó Toni mientras seguía mirando la calle atestada de coches estacionados uno al lado del otro, cómo me dice que soy un

mal padre y que tengo nombre de mascota, y encima que no leo libros. Si he leídos tomos enteros de Remarque, y los mitos griegos, y Bukowski, Zaratustra y Hegel, y un montón de cosas más. Su mirada se desvió hacia la parte trasera del edificio, hacia la tienda donde había creído que había muerto su padre. O sea, que en este edificio se compró un piso la tía Dani; desde algunos de esos apartamentos se ve nuestra casa, pensó. ¡Guau, papá! Se acordó de algo que solía decirle Andon: «Polvos diurnos, hijo, el truco es echar polvos diurnos. Todos se creen que la noche es el momento de echar un polvo: cuando sales de juerga con tus amigos, tu mujer te espera en casa, te olisquea, te busca pelos en la camisa. Pero si sales de día, vas tranquilo», declara riéndose. En el recuerdo de Toni, su padre tiene los dientes quebrados, de color amarillo marronáceo; el aliento le huele a whisky, pero un whisky fresco, nuevo, masculino. «Te huele la boca a manzana, papá», le dice el pequeño Toni. «Ja, ja, ja», ríe Andon como si no hubiera oído a su pequeño hijo. «Cuando digo estas cosas, la gente se cree que miento. Hijo, te las vas a cepillar a todas como te dé la gana», le dice Andon al pequeño Toni, alborotándole el pelo.

Ay, papá, qué grande eras, pensaba Toni mirando el cielo encapotado. No moriste comprando tomates, sino follando. Las heladas rachas de viento le enfriaban el rostro, secándole de manera agradable la espalda húmeda. Bebió otro par de tragos de cerveza y dio dos caladas seguidas al cigarro como si estuviese sediento de tabaco. El viento sopló fuerte y algo cayó con un golpe seco en la calle. La racha siguiente hizo que por todo el barrio resonara un traqueteo de hojas de calamina en los tejados de los edificios y los garajes; la hojarasca voló en el aire con un rumor aciago, arremolinándose delante de la cara de Toni. Con la nueva ráfaga del viento se oyó algo gigantesco desplomarse y hacerse trizas con

estrépito a lo lejos. Una tormenta, pensó, tragando una bocanada de humo y abriendo la boca para inhalarlo más profundamente. Es una tormenta, pero ahora, por muchas tormentas que haya, yo tengo una casa. El viento volvió a rugir, y pareció que todo el barrio se desprendía del suelo. Se oyó un chillido de mujer; entre los edificios, bajo los árboles, se veía gente corriendo, presa del pánico. Toni miró hacia abajo para comprobar si no habría sido Dushitsa —o su madre — quien había chillado, pero la boca y los ojos se le llenaron de granitos de tierra. ¡Uy!, exclamó, y empezó a escupir los granitos mientras el viento le azotaba la cara y le impedía abrir los ojos. Se dio la vuelta para volver al interior del piso, pero en ese instante la puerta del balcón se cerró en sus narices con un tremendo golpe y el cristal se rompió con un fragor aún más espantoso, haciéndose pedazos por el suelo alrededor de sus pies descalzos.

V

Toni estaba frente al espejo en el dormitorio de su madre, atónito. ¿Por qué todo le quedaba pequeño? Las mangas del suéter azul oscuro le llegaban casi por la mitad de los antebrazos: parecía un niño que hubiese crecido mucho de repente. Además, el suéter le apretaba en el pecho y apenas le cubría el vientre sobre los vaqueros. ¿Cómo es posible que haya engordado tanto, sobre todo en los brazos y los hombros?, pensaba mientras lo estiraba para ver si daba de sí. Decidió probarse otro y fue a su antigua habitación, que ahora usaba para tender la ropa. De allí sacó un jersey negro, uno de sus favoritos, endurecido tras varios días secándose, y lo llevó al dormitorio para probárselo.

Al ver las marcas del tendedero y de las pinzas en el jersey, frunció el ceño. Joder, cómo se secarán estas cosas, pensó. Se quitó rápidamente el suéter azul y se puso el negro frente al espejo. Otra vez el mismo problema: las mangas le quedaban demasiado cortas y el jersey apenas le llegaba a la cintura. No es posible que haya engordado tanto, no es posible, pensó tras quitarse el jersey negro, mirándose con atención en el espejo. Se dio cuenta de que los pechos le colgaban como dos ojos tristes, pero, además, le habían salido sendas protuberancias carnosas debajo, como las bolsas bajo

sus párpados inferiores. La luz del techo iluminaba unos puntitos en los ijares que parecían celulitis y le resaltaba el vientre prominente, como un globo blanco con un punto negro en el centro. Vio que los campos de pelos que le crecían en el epigastrio habían encanecido. Con su tripa hinchada y dura, con el agujero del ombligo como una boca abierta y con sus pechos colgantes, el torso de Toni se asemejaba al rostro de un hombre asombrado y deprimido a la vez. No es posible que haya engordado tanto, se repetía. Será la luz.

Era verdad que Toni había ganado peso después de la muerte de Evguenia. A todo el mundo le decía que era por el estrés: Milena le había explicado que en situaciones de tensión se libera una hormona llamada cortisol que impide adelgazar, pues el cuerpo cree necesario conservar la energía disponible y almacena todo lo que uno le aporta. Pese a la explicación del cortisol, a Toni le decepcionaba no haber adelgazado ni por la gripe ni por la muerte de su madre. En general, la gente perdía peso cuando estaba enferma, pero el hambre de lobo de Toni no disminuyó en ningún momento. Vació la tarjeta de Evguenia pidiendo comida de todos los restaurantes a los que ahora podía acceder a través de aplicaciones. Este es un aspecto en el que la pandemia nos ha hecho avanzar, pensaba con satisfacción cuando aparecía en su puerta el repartidor con la comida caliente. Se puso morado de *gyros,* bocadillos, pizzas y kebabs, y encargaba cerveza de una tienda de alcohol. Comía y bebía en el salón, frente al televisor. Necesito algo para consolarme, se decía en aquellos días, mi madre está hospitalizada en estado grave, yo tengo covid y no estoy vacunado. Yo también podría haber muerto, pensaba, llenándose la boca con patatas fritas.

Unos días más tarde, cuando falleció Evguenia, Toni anunció a los parientes y amigos que lo llamaron para darle el pésame que no

iba a asistir al entierro, puesto que él también estaba enfermo. De esta forma consiguió que dos primas suyas, compungidas, le enviaran un doble almuerzo el mismo día del sepelio, organizado por Dushitsa y sus amigas para un círculo reducido de personas. Una de las raciones —ternera en salsa con puré de patatas— se la comió a mediodía, y la otra —lasaña—, para la cena. Fue Dushitsa quien lo llamó para comunicarle que su madre había fallecido e informarle de la hora y el lugar del entierro al que Toni no podía asistir; después colgó fríamente el teléfono sin darle el pésame. Aturdido, Toni se echó a llorar y sintió un dolor en la nuca. Había oscurecido y él apagó todas las luces del salón, excepto la tele, se tomó un analgésico con cerveza y fue a acostarse en el sofá. Mamá ya no está, pensó. Ahora soy huérfano, susurró, y empezó a sollozar en voz alta. Después se acordó de que, al fin y al cabo, era una persona adulta con un piso propio. No está bien que me quede aquí llorando como una mujer. Evguenia vivió una vida larga y feliz, pensó, y esa vida es lo que tenemos que celebrar. Siempre vivirás en mi recuerdo, mamá, dijo solemnemente al salir al balcón. Encendió un cigarrillo y se quedó mirando la cruz del Vodno, que brillaba siniestra tras las nubes del cielo encapotado. Después, de forma ritual, derramó un poco de cerveza sobre el suelo de azulejos, mojándose el calcetín. Media hora más tarde le entró hambre, llamó para encargar dos burritos y apagó el móvil. Estoy enfermo y encima se ha muerto mamá, pensó, acurrucándose bajo la manta frente al televisor.

Al día siguiente anunció en Facebook que su madre había fallecido, con una foto de ella tomada durante unas vacaciones en Montenegro en 1988, en los buenos tiempos, antes de la desintegración de Yugoslavia, cuando él tenía veinte años. Su padre los había fotografiado frente a la bahía de Kotor. La instantánea era pálida y, para colmo, Toni llevaba su habitual camiseta blanca, que le

marcaba el pecho firme y cincelado. También su cuello parecía fuerte, como el de una deidad, y por debajo de la camiseta, de forma muy sutil y erótica, asomaba un fragmento de su clavícula derecha. Rodeaba a Evguenia con el brazo izquierdo. Ella sonreía con picardía; llevaba enormes gafas redondas de sol y un vestido de verano multicolor con grandes flores estampadas. Junto a él, parecía diminuta. Un mechón de pelo de Evguenia volaba sobre su frente a causa de una brisa que, además, le había pegado el vestido al cuerpo, delineando su vientre. Pero el cabello de Toni ondeaba al viento como si fuera un modelo. Sonreía feliz. Era la mejor foto que tenía de los dos.

En la publicación escribió: «Evguenia, un nombre que quiere decir "de noble o grato nacimiento". Y fuiste noble, mamá. Para ti, mi eterno agradecimiento. Evguenia Stoyanova (1941 – 2021)». Se sintió orgulloso del juego de palabras: grato nacimiento / agradecimiento. ¡Joder, tengo talento!, pensó al ver cuánta gente le daba «me gusta» y expresaba sus condolencias.

Milena fue entre las primeras en escribirle: «¡Toni! ¡Mi más sentido pésame! ¿Cómo, qué ha pasado? ¿Estás bien?». «No puedo hablar, llámame», le respondió Toni, escribiéndole su número de teléfono. Ella lo llamó inmediatamente. Al ver el número desconocido en la pantalla iluminada, Toni decidió dejarlo sonar unas cuantas veces: sintió que despertaba en su interior una suerte de excitación etérea que revoloteaba en la zona entre el estómago y el corazón, algo que auguraba amor y felicidad, así que la dejó un rato esperando. Luego pulsó el botón verde y pronunció un «¡Hola!» ronco y profundo que pretendía expresar enfermedad y abatimiento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Milena alarmada, con voz temblorosa y tierna y un marcado acento de chica de Skopie. A Toni se le erizó agradablemente la nuca.

Le explicó que tenía covid y que el virus había segado la vida de su madre (se preguntó si *segar* no era una palabra demasiado dramática, pero nada más pronunciarla sintió que Milena se estremecía de compasión).

—No sé si se contagió de sus amigas o pillé yo el virus en el trabajo y se lo transmití —mintió Toni tragando saliva—, porque los dos enfermamos al mismo tiempo. Ni siquiera he podido ir al entierro —dijo sorbiéndose la nariz, aunque no lloraba.

—¡Qué horror! —contestó la voz de Milena por el auricular y después repitió, aspirando el aire—: ¡Qué horror!

—La vida es la que escribe las novelas —comentó Toni.

—Y tú, ¿cómo estás? ¿Tienes quien te ayude? ¿Hermanos, hijos, parientes? —preguntó Milena; por lo visto, sabía quién era el padre de Toni y que había fallecido, lo cual le provocó un agradable subidón de orgullo.

—No tengo a nadie —le respondió con una tos húmeda, prefiriendo no mencionar la comida que le habían enviado sus primas—. Mi hija está en Australia —añadió cuando se le calmó la tos, y en ese instante se dio cuenta de que no había informado a Nela de la muerte de su abuela. Pero después se acordó de que ella le había dicho *no contact* y eso le tranquilizó.

—¡Ay, pobrecito! —dijo Milena, y sus palabras llenaron a Toni de autocompasión, pero también volvió a sentir la excitación en el diafragma.

Después, ella le pidió su dirección. Le dijo que iba a llevarle comida a la puerta todos los días, hasta asegurarse de que ya no estaba enfermo.

—Tranquila, Milena, ya me las apaño yo —repetía Toni, pero ella no desistió.

—Tu harías lo mismo por mí —dijo Milena al final, y sus palabras

le quitaron a Toni las ganas de tener un romance con ella.

¿Acaso él correría a llevarle comida a una mujer que apenas conocía solo porque se la ponía dura? No quería que la gente le creyera un gallina y un calzonazos. Decidió no contestar a eso.

—Nos vemos en la puerta —dijo Milena, y colgó.

Bueno, pensó Toni, si quiere cocinar para mí, allá ella.

Y así, al día siguiente, Milena apareció en la puerta con mascarilla y guantes. En las manos tenía una fiambrera de plástico transparente con asas a ambos lados.

—¡Ostras, mi tío vivía en este edificio! —le dijo ella en vez de saludarlo, y le entregó la fiambrera.

Llevaba un abrigo acampanado azul celeste que resaltaba sus ojos azules, y bajo la mascarilla asomaba el rojo de los pómulos. El pelo, de color avellana claro, se lo había peinado detrás de las orejas, cuyas puntas también estaba rojas, ya fuera por el frío o por la timidez.

Es guapa, parece un angelito envejecido, pensó Toni, pues a la luz del día que se filtraba por las ventanas del pasillo pudo ver tres surcos paralelos que le cruzaban la frente.

—Hace frío fuera, ¿verdad? —preguntó, sintiéndose grande de pronto, porque Milena era bajita.

—¡Uy, y tanto! ¡Cómo ha cambiado el tiempo de repente! —respondió ella, sacudiendo la mano derecha—. No hemos tenido ni otoño ni nada —dijo en voz más alta de lo que hubiera querido, y sus palabras resonaron en la escalera del edificio.

—Bueno, pues muchas gracias —dijo Toni—, no deberías haberte molestado.

—No es ninguna molestia, para eso estamos. Sé lo que es estar solo y enfermo —dijo Milena con tono casi lloroso, mirando el felpudo marrón oscuro en el que ponía *Happy Hause* y bajo cada *A*

asomaba una cabeza de gatito alegre que antaño había sido blanca.

—Creo que pronto estaré bien —dijo Toni, consciente de que estaba completamente recuperado. Todavía tosía de vez en cuando, pero antes de enfermar también tosía por el tabaco, y cada mañana escupía flema. La única diferencia era que ahora tosía un poco más fuerte que de costumbre y durante más tiempo.

—¿Cuándo serán catorce días? —preguntó Milena.

—Dentro de dos o tres —supuso Toni, pues le daba pereza calcular cuándo había ido al Pandemónium exactamente.

—Cuídate hasta entonces y descansa. Te he preparado una crema de verduras, y después tienes pollo con arroz y verduras —dijo Milena tragando saliva, como si a ella misma le hubiera entrado hambre mientras hablaba.

A Toni también se le hizo la boca agua.

—¿Postre no hay? —preguntó muy serio, mirando en la fiambrera, en la que no había más que dos tápers más pequeños.

Ahora Milena se ruborizó hasta los lóbulos de las orejas y los ojos se le abrieron como platos.

—¡Ostras, se me ha olvidado! —exclamó.

Toni estaba contento: ese truco siempre surtía efecto. Por un lado, conseguía lo que quería —un postre al día siguiente— y, por otro, le hacía parecer chistoso.

—¡Te estoy tomando el pelo, mujer! —dijo despacio, esbozando una sonrisa torcida—. No seas tan seria.

Milena se rio, tapándose la boca con la mano a pesar de llevar puesta la mascarilla.

—Ay, Toni —siguió justificándose—, y eso que pasé al lado del Cioccolatissimo, quería entrar a por un petisú, pero justo en ese momento me llamaron por teléfono y… —Volvió a reírse.

Toni la miraba en silencio, con la misma sonrisa. Voy a hacer lo

que me dé la gana contigo, se dijo.

—Me gustan los petisús, pero me apetece aún más un *baklava* —dijo, recorriéndola con la mirada hasta donde suponía que las delgadas piernas se le ensanchaban para unirse a sus anchas caderas. Sus ojos abarcaron también los relucientes zapatos negros de tacón alto, que parecían nuevos. Eso significa que llevará una falda debajo del abrigo, se dijo. Qué guay.

—Bueno, me voy —anunció Milena con una alegría exagerada y dio unos pasitos atrás—. Que te mejores, y cuídate, por favor —dijo en voz un poco más baja y los ojos se le llenaron de tristeza—. Nos vemos mañana.

—Gracias, mi amor —le dijo, consciente de que con esta palabra se la iba a meter en el bolsillo—. Hablamos por teléfono.

Milena se despidió arrobada con un rápido gesto de la mano y desapareció detrás de la esquina, camino del ascensor. Toni cerró la puerta, le encontró sitio a la fiambrera sobre la mesita marrón del salón y, con los cubiertos sucios que yacían al lado de unas cajas vacías de comida rápida, atacó el almuerzo.

Esperó un par de horas antes de enviarle un mensaje de agradecimiento a Milena. Sabía perfectamente que solo al inicio de las relaciones daba las gracias y se portaba bien, y que después ya no hacía falta ser tan amable. Si estuviesen en plena relación, le diría: en una escala del uno al diez, le doy un seis a la crema. Podrías haberle echado un poco más de sal, y le faltaba un pelín de nata. Pero la proporción de verduras era excelente, y llevaba un ingrediente refrescante, probablemente jengibre, que le daba un toque especial. Al plato principal le doy un siete. Las verduras estaban un poco pochas para mi gusto y el arroz tenía una textura harinosa, pero el pollo era de primera. Lo que le escribió, sin embargo, fue: «Además de lista, buena cocinera. Gracias, de pronto

me he sentido curado :)))». Ella le contestó enseguida: «Nos vemos mañana a la misma hora <3».

Toni pasó toda la tarde, hasta la hora de acostarse, frente a la tele. Estuvo un rato chateando con Milena, tarea que le resultaba pesadísima, pues tenía los dedos demasiado gordos para el teclado del teléfono; además, le sudaba la nariz con las gafas de lectura. Por eso, no tardó en excusarse diciendo que le dolía la cabeza y que tenía que apartar la vista del teléfono, lo cual era cierto solo a medias. Realmente le dolía la cabeza, pero él solía achacarlo a la deshidratación y lo solucionaba tomando cerveza; también sospechaba que podía deberse a la mala postura del cuello. Había estado hablando con Milena una hora entera sin que se hubieran dicho nada sustancial, pero tenía la sensación de haber logrado mostrarse a la vez chistoso y afligido; la conversación había puesto el suficiente énfasis en el hecho de que, en muy poco tiempo, le había tocado estar de luto dos veces. Milena pensaba que aquello podía constituir un serio trauma con posibles efectos somáticos, pero a Toni no le quedó muy claro lo que quería decir eso, pues no pensaba más que en preguntarle cuándo iban a verse. Ella le había dicho que le enviaba energía positiva. Toni le había respondido que era un encanto y se había apresurado a desconectarse, seguro de que así la iba a seducir.

Extendió el brazo para dejar el móvil y las gafas sobre la mesita, pero descubrió que con tantas cajas, bolsas, vasos y latas casi no quedaba espacio libre. Tuvo que meterlos con cuidado entre una de las cajas de comida y el cenicero, intentando no tirar nada al suelo. Qué diferente era todo cuando estaba mamá, pensó, y en ese mismo instante se fue la luz. El frigorífico se apagó ruidosamente y la pantalla de la tele quedó a oscuras. Toni se incorporó un poco para mirar por la ventana y comprobó que las luces en los bloques

de viviendas contiguos también estaban apagadas, al igual que el alumbrado público. Oyó voces en los balcones y abajo, en la calle, y después silencio. Dejó caer lentamente la cabeza sobre el respaldo del sofá y sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y reconociendo los contornos de los muebles del salón. Una oleada de miedo y terror se apoderó de él, enfriándole todo el cuerpo; la cara y el cuello se le cubrieron de sudor. Mamá, pronunció en un murmullo que en medio de aquel silencio sonó como una voz ajena, de niño. Giró la cabeza hacia la mesita para ver si en la oscuridad reconocía el móvil —su salvador, su luz y su portal a la vida—, pero no pudo distinguir más que el cojín bordado de Evguenia brillando en las tinieblas como una luna llena. Se incorporó sobresaltado y, en ese momento, volvió la luz. El frigorífico rugió como si arrancara un tractor y en el piso se instaló un suave zumbido. La lámpara del techo lo deslumbró y tuvo que protegerse los ojos con una mano. Joder, dijo parpadeando, e intentó respirar profundamente, pero sentía que le faltaba el aire. Qué horror, Evguenia no está, pero su presencia es casi tangible.

Oye, qué hallazgo: ausente, pero a la vez presente. Qué bueno, lo voy a publicar, pensó, y volvió a alargar la mano para buscar el móvil entre el montón de basura que había sobre la mesa. «Tu ausencia es una dolorosa presencia», escribió en Facebook; eligió el adjetivo «dolorosa», le parecía mejor que «abrumadora» o «inmensa», y después se quedó dudando qué foto poner: de su madre o de Tamara. ¿O tal vez sea preferible que no se sepa de quién estoy hablando? Sí, mejor, decidió, y pulsó el botón de publicar. Acto seguido, satisfecho de lo que había logrado, se dispuso a limpiar la mesita del salón. Sabía que las bolsas negras de basura estaban en el segundo cajón de la cocina. Sacó una del rollo grande y metió dentro todo lo que había en la mesa. Luego, su mirada se

detuvo sobre el cojín bordado que parecía observarlo, brillando en la oscuridad como a la luz del día. Además de feo y anticuado, huele a mamá, huele a muerte, se dijo, y metió el cojín en la bolsa. Ahora en la mesa no quedaban más que una cerveza abierta, el móvil, las gafas y el cenicero con peces pintados que hacía años Evguenia había traído de Lisboa y cuyas figuras ya no se distinguían por el tono grisáceo que había adquirido el fondo. Se sintió aliviado. Dejó la bolsa junto a la puerta de entrada. No debo salir todavía, tengo que recuperarme del todo, se dijo, y fue a su habitación para sacar de debajo del escritorio la caja polvorienta con la consola de videojuegos. Te voy a instalar en el salón y me lo voy a pasar de puta madre en mi casa, murmuró al salir de su cuarto, dirigiendo la mirada hacia el final del pasillo, donde la puerta del dormitorio de Evguenia permanecía abierta a las tinieblas como el hueco de un diente extraído. Esta noche dormiré en una cama grande, como un ser humano, como el hombre adulto que soy, dijo para sí, y enseguida se dio cuenta de la cantidad de cosas que debía sacar del dormitorio de su madre y tirar a la basura. Se consoló con la certeza de que, al menos, había las suficientes bolsas de plástico negras para toda su ropa. Uf, cuánto trabajo me espera, pensó, y en ese instante tuvo otra idea genial. Corrió al salón, dejó la consola delante del televisor, sacó el móvil, se puso precipitadamente las gafas y abrió las notas para apuntar: «Cuando crees que ha llegado el final, te das cuenta de que es solo el principio». Dios, soy buenísimo, se dijo, y abrió Facebook para comprobar si había algún «me gusta» en la publicación sobre la presencia y la ausencia. Se quedó asombrado: veinte reacciones en menos de cinco minutos, una de ellas, por supuesto, de Milena, y un comentario de Ana, la compañera con quien compartió pupitre de primero a cuarto de primaria: «Siempre se te dio bien escribir ;)». Así es, pensó Toni, en

Lengua e Inglés siempre sacaba sobresaliente sin esfuerzo, ni siquiera me hacía falta abrir los libros, siempre sabía de qué iba la cosa, por pura lógica. Mañana publicaré la otra frase lapidaria, pensó, y empezó a desempaquetar la consola, lleno de entusiasmo por la vida que tenía por delante.

Al día siguiente Milena llegó vestida con un abrigo burdeos por debajo de las rodillas, ceñido con un cinturón, que no le quedaba nada mal. Llevaba otra vez los mismos zapatos y unas medias negras. La mascarilla era burdeos como el abrigo, con flores gris pálido a juego con el fino pañuelo gris anudado en el lado derecho del cuello, que le daba un aire de azafata.

—Hoy te traigo comida mediterránea —le dijo ella, tragando saliva—: musaca vegetariana y un *baklava* con cacahuetes.

A Toni le decepcionó que la musaca no llevara carne.

—¿Los has preparado tú misma? —preguntó recogiendo la nueva fiambrera. En ese momento recordó que no le había devuelto la del día anterior.

Milena se ruborizó bajo la mascarilla hasta los lóbulos de las orejas.

—La musaca sí, pero el *baklava* lo he comprado. Como dijiste que querías *baklava…* —farfulló.

—No te preocupes. Por cierto, el burdeos te sienta muy bien —dijo Toni, mirándola a los ojos con decisión.

—Gracias —dijo Milena, y probablemente sonrió, porque las comisuras de los párpados se le arrugaron cuando clavó los ojos en el felpudo—. Ahora tengo que ir a trabajar, pero si hoy te haces un test y resulta… Mañana tengo el día libre, así que, si quieres, no sé…

Del bolsillo derecho del abrigo sacó una caja larga de cartón con un test rápido y se la puso torpemente en la mano a Toni. La voz le

tembló y sonó un poco más baja:

—No sé… Si quieres, podríamos comer juntos.

¡Ostras!, pensó Toni y enseguida se le ocurrió que ni siquiera sabía en qué trabajaba Milena, pero prefirió dejar la pregunta para el día siguiente, si se acordaba.

—Me parece muy bien —dijo Toni—. Te escribo esta noche.

—¡Genial! —exclamó Milena—. Ahora tengo que darme prisa. ¡Hasta luego!

Salió corriendo y dobló el recodo en dirección al ascensor, que empezó a bajar desde alguna de las plantas superiores.

—¡Milena! —la llamó Toni. Al ir a cerrar la puerta, había visto la gran bolsa negra llena de basura del día anterior. Oyó los pasos rápidos de Milena antes de que ella volviera a asomar detrás de la esquina, donde se detuvo—. Por favor, es que me canso mucho, ¿te importaría tirar esto abajo, delante del edificio? —dijo entregándole la bolsa. Cuando ella la recogió con una mano, añadió—: Eres un sol.

La bolsa era del tamaño de media Milena. Oyeron la llegada del ascensor.

—No hay problema. ¡Mejórate! —dijo y, ahora con cierta dificultad, volvió a salir corriendo hacia el ascensor.

A Toni le dio un poquito de pena al verla así, pequeñita y arreglada como estaba, con una enorme bolsa de basura en la mano. «Eres un ángel», le escribió por la tarde, unas horas después de haber dado buena cuenta de la musaca, en la que lo único que no le gustó fue que no tuviera carne. «¿Y el *baklava* te ha gustado?», le preguntó Milena. «Tú eres un dulce *baklava*», le respondió él, a lo que Milena reaccionó con un gatito blanco con gafas que mandaba besos volados. Un par de horas más tarde, cuando ya había anochecido, ella le envió otro mensaje: «¿Te has

hecho el test?». Toni estaba bebiendo cerveza, fumando y jugando al FIFA. La mera idea de meterse un palo por la nariz le espantaba y le recordaba a su madre. «Negativo», mintió. «Te espero mañana en casa», le escribió en otro mensaje, y después se dedicó al juego con tanta atención que olvidó la existencia de Milena y de que muy pronto se acostaría con ella.

Al día siguiente, Milena llegó vestida con un estilo similar, pero con un toque más roquero, lo cual a Toni le gustó mucho: camisa burdeos, vaqueros negros ceñidos, botas militares y una chaqueta de cuero hasta las rodillas. Cuando se presentó en la puerta, tenía los labios carnosos recién pintados de rojo y una nueva fiambrera de plástico. ¿Cuántas fiambreras tendrá esta?, pensó Toni al verla.

—¡Aquí estoy! —exclamó ella, y pareció dar un brinco. Estaba jadeando ligeramente.

—¿Has subido por las escaleras? —le preguntó Toni, apartándose a la derecha e invitándola caballerosamente con la mano izquierda a que entrara.

—¡No! —repuso Milena, riéndose como si hubiera dicho algo gracioso.

Entró y se detuvo en el pasillo, entre los zapatos y las deportivas desordenadas de Toni. Miró el suelo a su alrededor, como pensando dónde y cómo quitarse los zapatos.

—No te descalces —le dijo Toni. Antes de la llegada de Milena, se había puesto unas deportivas limpiadas de antemano con un pañuelo húmedo. Empezaba a hacer frío y, además, no quería andar por casa en calcetines delante de una mujer, porque le parecía muy poco sexy, lo mismo que llevar pantuflas—. De todas formas, está todo hecho un desastre. No se ha limpiado desde que murió mi madre —dijo empujándola suavemente hacia el salón—. ¿Ahora ya

podemos saludarnos?

Milena levantó la cabeza y lo miró, ruborizada. Asintió, le acercó la mejilla y cerró los ojos, sonriendo. Toni se inclinó despacio para que sus mejillas se tocaran suavemente y, de forma premeditada, besó el aire, dejando que ella le diera un beso sonoro. Milena desprendía un aroma muy sutil a primavera, mientras que él olía a hombre, porque antes de la llegada de ella se había echado el perfume de Johnny Depp, y por la mañana se había duchado y lavado el pelo. Después se había puesto ropa limpia —toda negra, aunque no le quedaba mucha que no estuviera sucia— y el colmillo de león al cuello.

—Ay, te he manchado de pintalabios —dijo Milena cuando él se irguió y la miró victorioso. Alzó la mano y se puso a frotarle la mejilla para quitarle la mancha.

—No importa, así estoy más guapo —rio Toni, dejando la fiambrera sobre la mesa del comedor.

—Si no comemos ahora mismo, la comida va a enfriarse y se va a poner dura—dijo Milena.

Era evidente que estaba temblando, lo cual halagó a Toni y ahuyentó su preocupación por vivir en un cochambroso apartamento de abuelita. Desde que Dushitsa se había llevado a Evguenia al hospital, nadie lo había limpiado, con excepción del baño: esa misma mañana, a propósito de la visita, con la ayuda de pañuelos antibacterianos, Toni había adecentado un poco la taza del inodoro, salpicada de oscuras manchas de orina reseca; además, con ayuda de un limpiador que encontró por ahí y que había visto alguna vez en manos de su madre, consiguió eliminar —después de frotar concienzudamente varios minutos— las huellas que habían dejado sus evacuaciones de vientre.

—Voy a traer platos y cubiertos —dijo Toni—. Tú ponte cómoda.

Entró en la cocina, donde pisó una sustancia pegajosa. Oyó a Milena quitarse la chaqueta en el pasillo y enseguida la vio regresar al comedor, al no encontrar sitio libre en el perchero sobrecargado con los abrigos de Evguenia y Toni. Terminó dejando la chaqueta en el respaldo de su silla, tomó asiento, sacó un paquete de tabaco de su bolso de cuero y encendió un cigarrillo. Mientras tanto, Toni trajinaba en la cocina, sacando los mejores platos de Evguenia, reservados para ocasiones especiales, de las estanterías más altas. Con cada paso que daba, oía su zapatilla desprenderse del suelo con un sonido de goma pringosa.

—¿Qué hay de comer? —preguntó Toni entrando en el comedor.

Las suelas de los zapatos seguían emitiendo chasquidos pegajosos con cada paso, así que dejó sobre la mesa el mayor número posible de copas, platos, tenedores y cuchillos en un intento de minimizar sus desplazamientos.

—Escalope de ternera con salsa de champiñones y patatas cocidas fritas, y ensalada de rúcula con queso parmesano y piñones —dijo Milena con tono de satisfacción y exhaló el humo, con lo que pareció recobrar de golpe la seguridad de sí misma.

—Mmm, me encanta la carne y me encantan las patatas cocidas y fritas —dijo Toni, esta vez con sinceridad.

Le rugieron las tripas, pues ese día no había comido nada. Se había despertado a las once con dolor de cabeza y había necesitado un buen rato para arreglarse, ducharse y limpiar el baño, por lo que no le había dado tiempo a desayunar; además, el frigorífico estaba vacío.

—Uy, ¿no te habré disgustado con la musaca vegetariana? —se sobresaltó Milena.

—Mira, yo soy leo —declaró Toni con una sonrisa torcida—. Y el león come carne.

—Perdona —dijo Milena—, debí haberte preguntado.

—Es broma. —Toni se le acercó, le quitó el cigarrillo de la mano y le dio una fuerte calada. Cuando era pequeño, la gente decía que si fumabas del pitillo de alguien era como si intercambiarais saliva, o sea, como si os besarais—. Estaba muy rica y es sana —añadió, soplando un grueso anillo de humo.

—Qué bonito —observó Milena, recogiendo tímidamente el cigarrillo que Toni le devolvió, rozándole los dedos—. ¿De verdad eres leo?

—No, mi ascendente es leo, pero tengo alma de león —dijo sacando de debajo de la camiseta negra el colmillo que le había regalado Nina por su cumpleaños—. Mi signo es aries.

—¡Qué guay! —dijo Milena, acariciando la punta del diente—. Mi ascendente también es leo, pero soy libra —añadió tímidamente, y dio una calada al pitillo.

—Entonces somos compatibles —sonrió Toni, guiñándole el ojo, y Milena fijó la mirada en el cenicero, donde había cinco colillas—. Entonces vino tinto, ¿verdad? —le preguntó, porque no le gustaba hablar del horóscopo. Salvo antes de follar: entonces sí quería que le hablasen de su signo, que le explicaran sus buenas cualidades, como antes hacía Tamara; susurrando, a ser posible.

—Una copita —repuso Milena—. Últimamente se me sube muy rápido a la cabeza —se rio, cubriéndose la boca con la mano izquierda.

Qué manita tan pequeña, pensó Toni al dirigirse a la cocina en busca de vino y sacacorchos. Recordó que en la mesa también faltaban servilletas. La zapatilla seguía chasqueando con la misma intensidad: fuera lo que fuese lo que había pisado, no parecía dispuesto a darle tregua.

—¿Qué coño se me habrá pegado? —gruñó Toni, lo

suficientemente alto como para que lo oyera Milena. Después, sin haberlo planeado, empezó a toser con fuerza.

—¿Estás bien? —preguntó Milena desde el comedor.

—No es nada —repuso con voz áspera Toni, al tiempo que abría el aparador donde Evguenia guardaba botellas de vino tinto para cuando había que ir de visita a casa de alguien. Quedaban dos. Suficiente para hoy, pensó.

Oyó ruidos en el comedor y, cuando volvió allí con la botella recién abierta, se encontró con la mesa puesta, como por arte de magia. El emplatado de la comida era impecable, con la excepción de que en el plato de Milena faltaban las patatas y había la mitad de carne. El cenicero estaba vacío en el centro de la mesa.

—¡Guau, eres fantástica! —dijo Toni, llenándole la copa a la mitad, hasta que ella le indicó con la mano que era suficiente—. ¡Uy, uy! —exclamó, echándole un poco más—. Quiero que seas benévola conmigo —añadió, llenando su propia copa. Era consciente de haberle hecho dos cumplidos en muy poco tiempo; según cómo estuviera la comida, tal vez le hiciera más.

Resultó que la comida estaba incluso más deliciosa que la que le habían enviado sus primas y que las anteriores de Milena, por no hablar de la que había venido encargando por teléfono, con excepción de un kebab excelente del barrio de Chair.

—Estás hecha una auténtica experta —comentó Toni, sintiendo cómo la carne se le derretía en la boca con la salsa cremosa de champiñones—. Como sigas así, me vas a robar el corazón —agregó, levantando la copa para brindar. Se detuvo, pensando en lo siguiente que iba a decir, tragó todo lo que tenía en la boca y se pasó la lengua por los dientes—. ¡Paz a los muertos, larga vida a los vivos! —anunció solemnemente, mirando a Milena a los ojos.

Ella también tragó el bocado que estaba comiendo y chocó su

copa contra la de él. Parecía querer decir algo, pero los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Memoria eterna —musitó bajando la mirada hacia el plato que tenía delante.

Toni cortó otro trocito de carne untado de salsa, ensartó en el tenedor un pedazo de patata dorada salpicada de puntitos de color rojo oscuro, la adornó con un par de hojas de rúcula —reluciente por estar aderezada con aceite de oliva y limón—, miró amorosamente el bocado y se lo metió en la boca, cerrando los ojos y exhalando por la nariz.

—Mmm —se le escapó mientras masticaba.

—Me alegro de que te guste —dijo Milena, pinchando también un trozo de carne y rúcula—. Me encanta cocinar, y se me nota en la figura, ¡ja, ja, ja! —Rio más alto de lo necesario.

Se te nota, sí, pensó Toni. Tienes el culo grande y un poco de papada. Sin duda, tendrías que adelgazar, a ver cómo estás luego en pelotas. Pero, sin levantar los ojos del plato, se limitó a comentar:

—Se nota que sabes disfrutar de la vida.

—He empezado una dieta keto —dijo ella, pero Toni ni sabía ni quería saber lo que era aquello.

—Ajá —murmuró, absorto en la tarea de crear un nuevo pincho de comida en el tenedor.

—Y he dejado de comer patatas, pan y dulces —dijo ella, comiéndose el trozo de carne y la rúcula que se había servido en el plato. Masticaba con movimientos menudos y la boca apretada, respirando por la nariz, lo cual le gustó a Toni.

—Ajá —dijo él, lamentando que el almuerzo se acercara a su fin.

—Pero he traído postre, aunque yo no vaya a comer. Tienes dos *muffins* de chocolate que he hecho hoy.

—¿Y dónde están? —preguntó Toni con la boca llena, y una

migaja de patata medio masticada cayó sobre el mantel de hule naranja, amarillo y rojo con dibujos de fresas y tulipanes.

—En una bolsa encima de la mesita —respondió Milena, señalando con la barbilla hacia el salón—. Para no amontonar muchas cosas aquí.

—Bien pensado —dijo Toni mirando hacia la mesita, donde había una bolsa blanca de papel. Después su mirada regresó a la copa de vino que tenía delante. Se dio cuenta de que no había bebido casi nada, concentrado como estaba en la comida, y en tres grandes tragos apuró casi todo el contenido y volvió a llenarla—. ¡Eres increíble, de verdad! —dijo mirándola a los ojos y llevándose la copa a los labios.

Lo pensaba de veras, y decirlo en voz alta le trajo cierto alivio: dejó de dolerle la cabeza, que lo había estado atormentando todo el día. Habré dormido con el cuello torcido en el sofá, pensó, apretándose el cuello con la mano y frunciendo el ceño.

—Gracias —dijo Milena, y bebió un pequeño trago de vino—. ¿Te duele el cuello?

—Anoche me dormí en el sofá y ahora lo tengo rígido, y además me duele la cabeza —dijo Toni mirando su plato. Ya estaba vacío. Descubrió dos piñoncitos extraviados y con la ayuda del pulgar y el índice se los llevó rápidamente a la boca, uno tras otro.

—Si te lo ganas —dijo Milena, dando otro trago de vino—, igual te doy un masaje más tarde.

—Se te ha subido el vino a la cabeza, ¿eh? —rio Toni, y la rigidez del cuello disminuyó un poco por la risa.

Milena también se rio. Se puso de pie, recogió todos los platos y los cubiertos con un par de movimientos hábiles y, antes de que Toni tuviera la oportunidad de ser educado y decirle que le dejara esas cosas a él, entró en la cocina, pisando la loseta pringosa.

—¡Uy! —exclamó, y enseguida Toni oyó ruidos de suela pegajosa, de agua corriendo, tintineo de platos.

—¡Milena, deja eso! —le gritó con los ojos puestos en la bolsita de papel en la que debían de estar los *muffins* de chocolate.

Alargó la mano hacia el paquete de cigarrillos en la mesa. Encendió uno y bebió un trago de vino. No está mal, no está nada mal el vino, pensó mientras observaba cómo la nube de humo, que él mismo iba exhalando cual locomotora de vapor, ascendía hacia el techo.

—¡No te preocupes! —la vocecita chillona de Milena consiguió sobreponerse al ruido del agua corriendo—. Ponte cómodo y descansa un ratito.

Toni miró el tentador sofá, situado al lado de la mesita en la que le esperaban los *muffins* de chocolate.

—En cualquier caso, tengo que limpiar esta mancha pegajosa del suelo, tú tranquilo —resonó la voz de ella, reflejada en las losetas de la cocina—. Y cómete el *muffin,* ya sabes que yo no quiero.

Toni se puso de pie con la copa en una mano y el cigarro en la otra. Tenía la intención de entrar primero en la cocina, hacer el paripé de intentar disuadir a Milena y después, quizá, besarla en el cuello. Pero, al dar un paso hacia allí, la vio inclinada sobre el fregadero, frotando con dedicación los platos, y no solo los del almuerzo, sino también todos los que Toni había escondido en el lavavajillas. Le llamó la atención que a Milena se le había salido el faldón de la camisa para posarse —como si quisiera descansar— sobre su gran culo, embutido en los pantalones negros. Cambió de opinión y se dirigió al sofá.

—Vale. Como me duele un poco la cabeza, me voy a echar un rato —dijo en voz alta.

Fue a por la bolsa de papel, de cuyo interior sacó uno de los

muffins, grueso, fresco, negro y aromático, adornado con trocitos de chocolate con leche un poco más claro. Se le hizo la boca agua. Se terminó apresuradamente el cigarro y en tres bocados grandes dio buena cuenta del *muffin.* Está fenomenal, dijo para sus adentros, pues le daba vergüenza gritarle cumplidos a Milena, que seguía lavando platos en la cocina. Fe-no-me-nal, susurró, apurando en dos tragos el vino que le quedaba en la copa para enjuagarse los restos de chocolate que se le habían quedado adheridos a los dientes. Acto seguido, se repantingó en el sofá, recostando la cabeza en el respaldo y cerrando los párpados. En la cocina, el agua del grifo seguía corriendo y Milena estaba tarareando con la boca cerrada. Todo es perfecto, dijo Toni para sí; se pasó la mano por el vientre, bostezó y cerró los ojos. En sus oídos quedó solo el rumor del agua corriendo, como si estuviese tumbado en un prado junto a una catarata. El sol de la tarde le acariciaba la cara y él se hundió suavemente en el césped mullido. La catarata le dio sed. Despegó ligeramente los párpados y vio que no estaba en un prado ni cerca de ninguna catarata. Es el grifo de la cocina, pensó, mamá está lavando los platos.

—¡Mamá! —llamó con una tenue vocecita—. ¡Mamá! ¡Dame un vaso de agua!

Toni despertó con la garganta seca y, cuando intentó tragar, le dio un ataque de tos tan fuerte que se vio obligado a incorporarse. Sintió un cuerpo caliente sentarse a su lado y alcanzarle un vaso de agua. O sea que mamá sigue viva, lo de su muerte no ha sido más que un sueño, pensó mientras bebía ávidamente el agua.

—Todavía no estás bien —susurró a sus espaldas una voz femenina que no era la de su madre—. Pobrecito.

Unas uñas tiernas le acariciaron la nuca y el cuello, como solía

hacer Tamara. Toni se sobresaltó, abrió los ojos como platos y se dio la vuelta bruscamente para ver quién se había sentado detrás de él. Al ver a Milena, recordó dónde estaba y lo que había ocurrido esa tarde.

—¡Uy! —se le escapó.

—¿Te he asustado? —Milena le retiró enseguida la mano del cuello, se levantó para sentarse con cuidado en el sofá pequeño de al lado y susurró—: Perdona, pero es que estabas tosiendo y hablando en sueños.

—No, no pasa nada —dijo Toni, recorriendo con la mirada el apartamento a su alrededor, que le pareció extraño. En el rincón había una lámpara encendida que ni Evguenia ni él utilizaban nunca. El salón estaba bañado en una luz amarillenta y no olía como siempre, al humo de los cigarrillos de Toni o al humo de los cigarrillos de Andon impregnado en las cortinas y las paredes—. Me he quedado dormido —murmuró innecesariamente.

El corazón le latía desbocado en el pecho. Está muerta, está muerta, está muerta, pensó sin querer, sacudiendo la cabeza para ahuyentar aquellas palabras.

—¿Estás bien? ¿Quieres café? —le preguntó Milena, poniéndose de pie.

—Sí, un café, gracias —repuso Toni.

Tamara me preparaba café todos los días. Basta, basta ya, se dijo a sí mismo, fijando la mirada en Milena, que caminaba hacia la cocina. Tenía la camisa burdeos arremangada hasta los codos. Ya no llevaba las botas militares: sus diminutos pies estaban embutidos en las pantuflas amarillas de Evguenia. Toni se estremeció mientras Milena desaparecía en la cocina.

Al tratar de alcanzar el paquete de tabaco, vio que la mesita delante de él estaba vacía y reluciente, y que en el centro se

encontraba el cenicero de Lisboa, cuyos peces azules ahora eran perfectamente visibles en el fondo, mientras que el paquete de tabaco, con el mechero encima, se encontraba cómodamente al alcance de su mano, al lado del móvil y las gafas de lectura. En el otro extremo de la mesa estaban los cigarrillos y el móvil de Milena. Mirando alrededor, se dio cuenta de que todo estaba limpio, todo estaba ordenado y, de alguna forma, cambiado; antes de encender el cigarrillo, percibió el olor a un producto de limpieza mezclado con el del aire fresco y frío de Skopie. A través de la ventana abierta de par en par vio los cuadraditos iluminados del bloque de enfrente, en los que de vez en cuando se movían siluetas. Sintió frío en los pies. Miró hacia abajo: estaba en calcetines. Sus deportivas habían desaparecido.

—He abierto para airear un poco —gritó Milena desde la cocina, tratando de hacerse oír a través del ruido de la cafetera eléctrica, que empezaba a hervir—. El aire todavía no está contaminado.

Toni oyó el tintineo de tazas y cucharitas, el abrir y cerrar de aparadores. Miraba desconcertado a su alrededor, intentando descubrir qué era lo que notaba tan diferente, aparte de la luz y el aire, y la mesita, y el cobertor grasiento del pequeño sofá en el que él no quería sentarse, y el hecho de que, después de mucho tiempo, el apartamento volvía a estar limpio.

Le parecía que tal vez las decoraciones de su madre estuvieran dispuestas de otro modo en las estanterías y alrededor del televisor, pero no estaba seguro, pues nunca se había fijado demasiado en esos cacharros suyos. Le sacaban de quicio todas aquellas cajas, muñequitas y piedrecitas que traía de sus viajes al extranjero, como si el extranjero tuviese mayor importancia que la patria.

Milena apareció con dos tazas rojas que tenían el logo de Nescafé y dos posavasos con cuadros de Klimt.

—Yo también tengo unos como estos —le dijo poniéndole delante el de *El beso* y quedándose ella con una imagen que Toni desconocía—. Me los compré en Viena —añadió al sentarse frente a él—. Estos los he encontrado en aquella estantería allí —dijo señalando con la barbilla la biblioteca, donde había libros y decoraciones hechas por Evguenia, así como un vinilo con el *Réquiem* de Mozart que brillaba débilmente, recién limpiado.

Toni no dijo nada; miraba soñoliento su café, que exhalaba un vapor caliente.

—Gracias —se acordó de decir, tomando la taza por el asa.

—Te lo he preparado sin azúcar —dijo Milena—. Y sin leche. No había en el frigorífico.

Joder, ha hurgado en el frigorífico, pensó Toni.

—Lo tomo así —murmuró. Le habría gustado echarle un poco de leche, pero se le había olvidado encargarla.

—Normal. No esperaba menos de ti —dijo Milena, sacando un cigarrillo del paquete—. El café con azúcar es una blasfemia, sobre todo para un hombre —agregó llevándose el cigarrillo a la boca y mirando a Toni a los ojos.

—Exacto —confirmó Toni, ligeramente entusiasmado. No es tonta, sabe algunas cositas, se dijo, y de pronto se acordó de que tenía que darle fuego: sobresaltado, cogió el encendedor de la mesa y se inclinó hacia Milena, lo cual provocó un crujido en una de sus rodillas—. ¡Gracias! —le dijo encendiéndole el cigarrillo, y ella miró con timidez hacia las pantuflas de Evguenia.

—¿Estás bien? —preguntó tras beber un sorbo de café y dar un par de caladas al cigarrillo.

—No es nada, ya me he espabilado —respondió Toni, y dio él también un trago de su café. Cada vez se sentía mejor—. No sé cómo he podido quedarme tan dormido.

—Necesitas reposo después de todo lo que te ha pasado —dijo casi susurrando Milena, mirándolo con tanta ternura que Toni sintió compasión por sí mismo.

—Lo que te toca vivir, lo tienes que sobrevivir —soltó Toni sin pensarlo mucho, y se emocionó él solo. Tengo que memorizar esto, se dijo, repitiéndose varias veces la frase.

—¡Así se habla! —dijo Milena—. Te he visto también estos días en Facebook. Te expresas muy bien.

—Tal vez por las letras de canciones que hace años escribía con los chicos del grupo. Además, como ya sabes, en casa se leía mucho —respondió él, y con la mano en la que tenía el cigarrillo señaló la biblioteca con libros serbios, en la que ahora estaban maravillosamente ordenadas las baratijas de su madre.

—Es posible que algunas de esas figuritas las haya colocado donde no era —dijo Milena, como si le hubiese leído el pensamiento —, pero decidí limpiar un poco mientras dormías. Lo único que no he hecho ha sido pasar la aspiradora, para no despertarte, y no he entrado en las demás habitaciones.

—Huele bien —dijo Toni, sonriéndole, aunque en su interior luchaban sentimientos encontrados: estaba conmovido y, a la vez, un poco disgustado—. No tendrías que haberte molestado.

—El suelo de la cocina estaba muy pegajoso y tardé mucho en limpiarlo. Además, como te decía, tú te habías dormido profundamente y hablaste en sueños —dijo Milena muy rápido.

Toni no quería saber qué había dicho en sueños, así que no preguntó. Bebió otro par de tragos de café y dio unas palmaditas en el asiento a su lado, mirándola a los ojos.

—Ven aquí —susurró. Milena apagó el cigarrillo, se puso de pie y, obediente, se instaló al lado de Toni, pegándose a su muslo—. ¡Uy! —exclamó, pues Milena tenía las caderas tan anchas que él tuvo que

hacerse un poco a un lado.

—Disculpa —dijo ella con un hilo de voz, y se le volvieron a encender los lóbulos de las orejas.

—¿Sabes que, cuando algo te da vergüenza, esta carnecilla de aquí se te pone colorada? —preguntó Toni, estrechándola con el brazo derecho mientras con la mano izquierda le tocaba la oreja suavemente.

—Lo sé —susurró Milena, y pareció hundirse hacia atrás en el sofá, como si hubiese encogido.

—¡Eres un bombón! —Toni se fue acercando a su cara y, justo antes de besarla, le susurró dentro de la boca entreabierta—: Dulce como un *baklava.*

Después pegó sus labios a los de ella y le metió la lengua. La de ella era inusualmente lisa y húmeda, como si tuviese la boca llena de saliva. Distinguió un sabor a café soluble, a vino tinto, a cigarrillos y, de vez en cuando, un poco a cebolla, probablemente de la salsa de champiñones, que estaba exquisita, recordó Toni, y su propia boca se humedeció un poco. Está cañón, pensó al sentir la espalda de Milena erguirse por sus caricias y sus pechos girar hacia él. Los dientes de los dos entrechocaron cuando ella aceleró el tempo del beso. Hace tanto tiempo que no me morreo con nadie…, pensó Toni, buscando la lengua de Milena, más corta que la suya, y en un momento se la introdujo tan adentro que ella empezó a toser, obligándolo a retirarse.

—Me he enardecido un poco, eres tan dulce… —le dijo, imaginándose cómo iba a llevarla al dormitorio para verla dar brincos encima de él.

Empezó a besarla de nuevo y se dio cuenta de que se le estaba poniendo dura. Milena volvió a acercársele dócilmente. Con la mano izquierda, Toni le agarró la teta derecha. Primero palpó y apretó un

sujetador rígido, pero, como no sintió mucha carne, le desabrochó torpemente los botones de la camisa y metió la mano bajo el relleno de gomaespuma, pasando a besarla en el cuello, donde un olor a lejía pareció morderle las fosas nasales. Al final alcanzó una teta que, aparte de no llenarle ni media mano, era fofa como el brazo de una vieja.

—Espera, espera —dijo Milena jadeando y revolviéndose debajo de Toni—. Espera un momento —susurró, sujetándole la cara con las dos manos y mirándolo a los ojos.

¿Qué querrá?, pensó Toni.

—¿No tienes problema con esto? Ya sabes… —balbució Milena, apartando la mirada. Toni se incorporó y suspiró—. Me refiero a Tamara. Éramos muy amigas, amiguísimas.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Estaba toda roja alrededor de la boca por los besos y por las raspaduras de la barba de él, de varios días.

—Yo personalmente no tengo ningún problema —gruñó Toni, irritado. ¿Por qué tengo que aguantar estos lagrimones después de un par de besos, y encima este tufo a lejía?, pensó—. Tamara quería que yo fuera feliz —añadió, distante. Tomó aire y lo retuvo un rato, mirando hacia abajo, hacia sus calcetines. Sintió frío—. ¿Te importa cerrar la ventana? Me voy a congelar —dijo mirando la ventana abierta del salón.

—Ahora mismo —dijo Milena.

Se levantó obediente y cerró. Tenía el pelo un poco despeinado y la camisa abierta. Al regresar, encajó el culo al lado de Toni, pero él no la miró; se limitó a encenderse un cigarro. Milena también sacó uno de los suyos y Toni volvió a darle fuego, pero esta vez sin agradecerle la oportunidad de hacerlo.

—La verdad es que Tamara era un ángel —confirmó Milena con

la voz trémula.

—Hablando de remordimientos, tal vez yo también tendría que sentirme incómodo con el Moco —dijo Toni un poquito más fuerte, mirando a Milena con reproche—, porque tú salías con él.

—Ah, eso fue hace mucho, y no se le puede llamar exactamente una relación —repuso Milena, dando dos caladas seguidas al cigarrillo—. Llevo años sin verlo. Solo en los últimos tiempos he vuelto a salir de vez en cuando, después de que Día creciera.

Día debe de ser su hija, pensó Toni, pero no quiero oír hablar de la hija.

—El Moco vive solo en una aldea en el monte Skopska Crna Gora, está completamente quemado por las drogas, le ha dado por la religión y esas cosas —dijo Toni, satisfecho de que ahora quedara claro que Milena había elegido el integrante erróneo del grupo, aunque todas las mujeres siempre prefirieron al Moco, ya fuera porque tocaba la guitarra o porque cantaba, quién sabe, pensó Toni. En cualquier caso, se alegraba de que ya no fuera así.

—No lo sabía —comentó Milena, levantando los hombros.

—El problema está en tu cabeza —declaró Toni, mirándola con reproche—. A mí no me molesta, y estoy seguro de que a Tamara, si nos mirara desde algún lado, tampoco le molestaría. Así era ella —concluyó, y enseguida se preguntó si realmente había sido tan benévola. Tamara lo vigilaba y lo llamaba todo el tiempo, y, si Toni recibía algún mensaje, ella fingía no estar mirando, pero, sin mover el cuello, clavaba los ojos en la pantalla del móvil.

—Sí, así era —confirmó Milena y suspiró—. O sea, que no hay problema —dijo con una sonrisa, dándole un beso en la mejilla, y después le acarició el cuello—. ¿Verdad?

En ese instante se iluminó la pantalla del móvil de Milena. Se incorporó un poco para alcanzarlo y volvió a dejarse caer en el sofá.

Joder, es como una elefanta, pensó Toni.

—Un momento solo, tengo que contestarle a Día —murmuró Milena y se puso a escribir.

Toni callaba, fumando. Sabía que debía preguntar algo sobre la hija si quería continuar su relación con Milena. No es que me la ponga muy dura, pero es simpática, y además me quiere mucho, por no hablar de lo bien que cocina, pensó antes de preguntarle:

—¿Cuántos años tiene?

—Pronto cumple diecisiete. Y es una auténtica belleza, mírala —dijo Milena, enseñándole el salvapantallas.

Toni solo alcanzó a distinguir los contornos de una muchacha atractiva, así que se puso las gafas.

—¡Guau! —exclamó. La chica parecía una modelo.

—¿A que sí? —dijo Milena, con alegría—. Es guapísima. Pienso pagarle una academia de modelos.

—Lo tienes que hacer sin falta —dijo Toni, observando a Milena buscar en el teléfono otra foto que enseñarle. Qué bomboncito, pensó.

—Tiene hasta nombre de modelo —dijo Milena, mostrándole imágenes de una chica alta y delgada, de labios carnosos color rosa, una tez lechosa que irradiaba candidez, cabello castaño, largo y lacio, y grandes ojos verdes con las comisuras ligeramente hacia abajo. Tenía un aire a la vez atrevido e inocente, quizá por los voluminosos pechos duros que miraban con insolencia bajo camisetas ceñidas—. Día Ivanov —pronunció el nombre despacio y llena de orgullo. En todas las fotos que le enseñó, Día estaba en poses seductoras—. Tiene mis ojos o, mejor dicho, los de mi madre, tirando más a verdes, y también tiene su boca.

Ni me he dado cuenta, pensó Toni, me la trae floja qué ojos tenéis tu madre y tú. Se quitó las gafas.

—Le has dado un nombre bonito. Llegará lejos.

—Sí, además de una belleza natural, es una chica muy inteligente —dijo Milena, dejando el móvil sobre la mesita.

—¿Y qué es del padre? —preguntó Toni. Aunque no se sentía muy atraído por Milena, dentro de él despertaron ciertos celos: era posible que Día se pareciera a su padre, alta y guapa como era.

—El padre… —suspiró Milena, haciendo un gesto de desdén con la mano— se fue hace mucho tiempo. No quiero hablar de él.

Apretó los labios, en los que ya no quedaba ni rastro de carmín. Tendría una buena razón para irse, pensó Toni. Si Mílitsa y Nela no se hubieran marchado primero, tal vez lo habría hecho yo. Se quedó un rato reflexionando. Podría haber hecho carrera en el extranjero, pero no quise: a esta ciudad le hace falta gente como yo, a pesar de todas esas mujeres locas que me han amargado la existencia.

—Sé cómo te sientes. —Toni giró la cabeza para mirar a Milena, cuya coronilla le llegaba por la barbilla. Una nueva oleada de olor a lejía le invadió las fosas nasales; parecía provenir de su pelo, ahora recogido en una coleta inerte pegada al cuello. El sutil aroma de primavera, mezclado con el olor a ternera caliente que había traído al llegar al apartamento, se habían desvanecido—. Sé cómo te sientes —repitió en voz un poco más alta, algo enfadado—. Yo también me salvé por los pelos de dos mujeres locas.

—Uf —suspiró Milena y le acarició la mejilla, con lo cual Toni percibió otro olor ligero, esta vez a detergente.

—¿Sabes lo que es cuando intentan cambiar tu naturaleza, quitarte la libertad? —preguntó Toni mirándola directamente a los ojos, que le parecieron empañados de lágrimas, húmedos como su boca.

Milena asintió con sumisión.

—Ese es el error de muchas mujeres —dijo pegándose a él y

apoyando la cabeza en su hombro derecho—. No hay nada peor que pretender cortarle las alas a un hombre de espíritu libre.

Ah, bueno, la pequeña es razonable, pensó Toni. Me gusta que no sea como las demás. Milena le pareció más adorable de repente, acurrucada contra él, menuda y sabrosa. Con el dedo le levantó suavemente la barbilla y volvió a meterle la lengua en la boca. La sintió encogerse y enderezarse de nuevo, su mano descendiendo del pecho al vientre de él, buscando el bajo de la camiseta para levantársela.

—Vamos al dormitorio, allí estaremos más cómodos —susurró Toni, mordisqueándole el lóbulo de la oreja. Los pendientes le tintinearon de forma extraña entre los dientes.

La tomó de la mano y, tras ponerse de pie, la llevó por el pasillo a la habitación de su madre, consciente de que estaba descalzo y de que Milena trotaba en pos de él con las pantuflas de Evguenia. Al pasar delante del baño, sintió la urgencia de evacuar la vejiga.

—Entra y ponte cómoda —le dijo a Milena, señalando con la barbilla hacia la puerta entreabierta del dormitorio—, voy un momento al baño.

Mientras orinaba, Toni inclinó la cabeza hacia delante para ver mejor su pene y asegurarse de que el chorro no se le saliera de la taza del inodoro. Estoy hinchado por la comida, se tranquilizó al ver que la tripa le estorbaba la visión. En el baño se mezclaban dos olores ácidos: el de su densa orina y el de un producto de limpieza. La taza brillaba como una perla. Tiró de la cadena y miró a su alrededor: los azulejos, la bañera y el lavabo resplandecían. Mientras se lavaba las manos, se miró en el espejo, que ya no estaba salpicado de pequeños puntitos de dentífrico. Tenía los ojos un tanto hinchados y el pelo desgreñado. He dormido bien, concluyó. Se peinó y salió del baño. La puerta del dormitorio seguía entreabierta

como antes y dentro se veía la misma oscuridad vacía.

El pestillo de la puerta hizo clic detrás de él y Toni se encontró en medio de unas tinieblas insondables, rodeado de un aroma a lavanda: el aroma de su madre. Cuando era pequeño, su propia ropa también olía así, pues Evguenia solía poner en todos los armarios unas bolsitas decorativas de color violeta que traía de sus vacaciones en el Adriático. Los ojos se le fueron acostumbrando y, cuando se volvió a la derecha, hacia la cama, divisó un bulto bajo el edredón y, sobre la almohada, una cabeza cuya respiración inocente y acelerada se parecía a la de una gatita. Es Milena, y está desnuda, se percató. Lo único que no sabía era cuán desnuda, así que decidió desvestirse hasta quedarse en calzoncillos, tirando la ropa sobre la silla del comedor que seguía al lado de la cama de Evguenia. Se metió bajo el edredón y se hundió en el colchón, que, bajo su peso, pareció exhalar el olor de su madre. Cerró los ojos y alargó las manos hacia el cuerpo tibio de Milena, buscando con sus labios los de ella. Sintió una cosa diminuta y húmeda —como un pequeño calamar— succionándole la lengua, y con la mano izquierda palpó algo enorme, frío y desnudo. Se ha desvestido por completo, pensó Toni, deslizando la mano desde el culo hacia arriba, hacia los pechos de Milena, al tiempo que ella le metía la mano en los calzoncillos y empezaba a masajearle el pene medio flácido.

—Un momento —susurró él, incómodo por la falta de erección.

Cómo me voy a empalmar con ese olor a toallita húmeda en la nariz, pensó, y se le ocurrió que lo más sensato sería subirse entre las piernas abiertas de ella y frotarse hasta que se le pusiese dura. Cuando se instaló entre sus muslos, Milena intentó bajarle los calzoncillos, lo cual a Toni tampoco le gustó, pero le pareció que tal vez desnudo se excitaría con mayor facilidad. Al igual que la boca, Milena tenía el sexo tan húmedo que le mojó el vientre. Toni empezó

a frotarse contra ella sin besarla, porque su coronilla le llegaba por la nariz. Cada vez que empujaba adelante con las piernas y se clavaba en la pelvis de ella, el cabello de Milena parecía emitir un ligero olor a lejía, como si Toni hubiese pulsado un dosificador manual; al tercer o cuarto empellón, oyó cómo la cadenita con el colmillo de león golpeaba contra los dientes de ella y perdió la poca erección que había logrado tener.

—Espera un momento —susurró Milena, pegada contra su cuello —, voy a subir yo encima.

Lo tumbó de espaldas con destreza. Los ojos de Toni se habían acostumbrado ya por completo a la oscuridad y ahora podía ver, a horcajadas sobre él, el cuerpo de Milena. A la luz lechosa de las farolas de la calle y de los apartamentos vecinos había adquirido un tono azulado. Tenía los pechos pequeños y flácidos, como bizcos, pensó Toni, porque ambos pezones —inusualmente oscuros, casi negros en la penumbra— parecían mirar al ombligo de él. Hacia abajo, su cuerpo se ensanchaba como un triángulo, sin el menor asomo de cintura, y el pubis desnudo se encontraba a la sombra de los michelines que, como desde una estantería, rebosaban hacia adelante.

—Tengo una cesárea —musitó Milena, acariciando con la mano derecha el lugar bajo los rollitos donde debía estar la cicatriz.

De aquí salió Día, la modelo, pensó Toni y, cerrando los ojos, se la imaginó mientras Milena empezaba a balancearse sobre él, primero adelante y atrás, luego con movimientos circulares que le mojaron los testículos. Sintió una cosa peluda frotarse contra su barbilla y lamerle la nuez de Adán, después algo pequeño y frío sobre su pene blando —la manita de Milena—, y de pronto una oleada de olor a desinfectante, lavanda y café soluble. ¡Joder, vaya *amateur!,* pensó Toni, abriendo los ojos de golpe.

—¡Milena, Milena! —susurró. La agarró del codo izquierdo y, dominando su ira, la atrajo hacia sí—. Entiéndeme…, no puedo dejar de pensar en ella.

—¿En Tamara? —preguntó ella jadeando y se acostó a su lado.

—En mi madre —repuso Toni, inseguro sobre si debía mentir o no. Tragó saliva y se le formó un nudo de autocompasión en la garganta, obligándole a toser.

—¡Pobrecito! —exclamó Milena, acariciándole el pelo—. No debemos apresurarnos. Has tenido una experiencia muy traumática. —Lo besó en la sien, dejándole una huella húmeda sobre la piel.

—Todo aquí huele a ella —dijo Toni incorporándose y levantando el edredón para buscar sus calzoncillos. Al pensar que Milena lo estaba viendo sin erección, sintió una rabia que se le inyectó en las mejillas, calentándole el rostro. Milena se sacó de debajo del culo los calzoncillos de él y se los entregó—. Las sábanas y todo. Su ropa sigue en los armarios, no sé qué hacer con ella.

—Si quieres, te ayudo a recogerla y llevarla a la Cruz Roja —le propuso ella, hundida en el colchón de Evguenia.

Toni suspiró y se sentó en el borde de la cama, dándole la espalda a Milena, para ponerse los calzoncillos.

—Tengo que lavar todo esto y no tengo ni idea de cómo se pone la lavadora —reconoció al darse cuenta de que no le quedaba más que un par de calzoncillos limpios.

—Enseguida te enseño —exclamó Milena con satisfacción. Toni oyó movimientos y el roce de tela a sus espaldas: se estaba vistiendo.

Será de la lavadora, pensó Toni al ver que su sudadera favorita con cordones color ocre también había encogido al menos dos tallas. Joder, joder, joder, joder, maldecía en voz alta mientras caminaba

deprisa hacia su antiguo dormitorio, donde había tendido sus prendas de vestir favoritas de otoño-invierno, que dos días antes había lavado personalmente, creyendo seguir fielmente las instrucciones de Milena. Por su culpa, mi ropa más querida se ha echado a perder, pensó Toni, y dio un portazo tan fuerte que el revoque sobre el dintel se resquebrajó. Ahora tendré que comprarme ropa nueva, bramaba, como si yo nadara en dinero. Además, el sábado por la noche tenía que salir: Milena lo había invitado a su casa. Quería presentarlo a sus amigas y, por lo visto, oficializar de esta forma la relación. A Toni no le molestaba, más bien al contrario: le agradaba la presencia de Milena en su casa, pues le ayudaba a deshacerse de las cosas de Evguenia, limpiaba y cocinaba. Le había dicho que pensaba acondicionar su dormitorio para instalar allí a T. J., a quien no había vuelto a ver desde el accidente. Maya no le dejaba llevárselo hasta que no le facilitara unas condiciones normales para dormir y hasta que no hubiese pagado las cuotas de manutención atrasadas. Este último detalle Toni se lo callaba cuando se quejaba de la crueldad de Maya, que nunca lo había amado y lo había utilizado como un mero semental.

Decidió llamar a Milena por teléfono para echarle en cara el desastre de la lavadora, un desastre del que ella tenía la culpa.

—¿Sabes que toda la ropa me queda pequeña? —espetó a quemarropa, sin decirle ni hola cuando Milena le cogió la llamada—. ¡Ha encogido porque no me has explicado como Dios manda el manejo de la lavadora!

Milena suspiró por la nariz. Callaba. Toni sabía que era por miedo de haber cometido algún error.

—¿Estás ahí?

—Sí —repuso ella—. Ve a comprobar qué programa has seleccionado.

Toni se encaminó al baño echando chispas, pero a medio camino se acordó de que no tenía las gafas, regresó aún más airado al dormitorio y las recogió de la mesilla al lado de la cama. Su puta madre, murmuró.

—¿Has llegado ya?

—¡No! —gritó Toni, dando unos pasos más hasta el baño—. ¡Ahora ya estoy dentro! —rugió, y su voz rebotó en los azulejos.

—Mira qué indica la raya del mando.

—*Baby care* —respondió Toni.

—Pero ¿cómo se te ocurre programarlo en *baby care?* Eso es para ropa de bebés.

—¿Eso no significa que la ropa es delicada como un bebé?

—No, significa que la ropa se lava a una temperatura más alta, a sesenta grados, para limpiarla más a fondo —dijo Milena, con un poco más de seguridad en la voz—. No me extraña que haya encogido.

—¡Su puta madre! —bramó Toni, y empezó a toser—. La dejé en el programa que utilizaste tú antes —dijo tosiendo.

—¡Cálmate! —dijo Milena—. Y no te preocupes, no ha pasado nada grave. Iremos juntos a comprar ropa nueva y mucho mejor.

Toni seguía tosiendo.

—¿Estás bien?

—Sí, perfectamente. Te llamo más tarde —dijo Toni, y colgó sin despedirse.

Cerró la puerta del baño también con un portazo e irrumpió en el dormitorio, donde Milena le había ordenado la ropa en los armarios de su madre después de meter toda la de esta en bolsas negras y llevarla a la Cruz Roja con el pequeño coche rojo en el que venía a visitarlo o iba a trabajar.

De una de las perchas descolgó una camisa negra de manga

larga que sabía que le quedaba ancha. No estaba planchada, pero las arrugas sobre tela negra no llamaban mucho la atención. Se puso delante del espejo y empezó a abrocharla. Al llegar al vientre, notó que la camisa le apretaba. Toni inspiró nervioso por la nariz y vio su rostro ponerse azul en el espejo. Será posible que haya engordado tanto, si los vaqueros me quedan bien, se dijo, aunque era consciente de que, cada vez que se los ponía, se los dejaba más bajos a causa de la barriguita que ahora le rebosaba sobre el cinturón.

Por los nervios, sintió una oleada de calor. Con la camisa abrochada a medias y presa de la furia, fue al balcón, donde encendió un cigarrillo y aspiró profundamente el frío aire otoñal que ya empezaba a morder y a oler a esmog. Tengo que recuperar la forma, pensó. Sabía que no podía permitirse hacer ciclismo, porque recordaba que Toni el Taladro, un amigo de primaria que había empezado a montar la bicicleta ya entrado en años, un día en una cafetería se jactó de que era un deporte caro, que hacían falta miles de euros, pues las bicis costaban un dineral, y que por fortuna él tenía recursos, porque, si no, olvídate. Además, no quiero llevar casco, ni que fuera una mujer, pensó Toni. Y de gimnasio ni hablar, allí se entrenan muchachos jóvenes y guapos, chavales que rondan los veinte. Salir a andar no me sirve; además, el aire está muy contaminado, se dijo, y miró por la ventana, hacia la cruz del monte, que le pareció una señal. Subiré al Vodno, por supuesto. Tres veces a la semana a partir del próximo finde. Y dejaré de comer kebab todos los días. Milena va a cocinar para mí. Esta decisión y el cigarrillo lo tranquilizaron un poco. Pediré por última vez para despedirme de los kebabs, pensó, y volvió al dormitorio en busca del móvil y las gafas, que estaban sobre la mesilla de noche.

Tendré que comprar ropa nueva, pero será en balde, porque

seguiré estando gordo. De repente volvió a sentir pánico. Todo es en balde, le susurró una voz interior. Pero ¿y lo que tenía que comprar? De ningún modo será de balde. Un momento, se dijo, y abrió Facebook para escribir en el muro:

NADA SALE DE BALDE, PERO TODO ES EN BALDE.

¡Soy un *crack,* la madre que me parió, soy un puto *crack!,* pensó al ver cómo se multiplicaban los «me gusta» y los comentarios. Suspiró satisfecho y sonrió. Tal vez tenga que pedir dos kebabs para celebrarlo, decidió. Que la vida siga su curso.

VI

Toni llegó por fin frente al bloque de Milena, en una callejuela mal iluminada del barrio de Hrom que al taxista le había costado mucho trabajo encontrar. Ya creía que el trayecto en el taxi destartalado a través de la gélida grisura de Skopie no iba a terminar nunca cuando se detuvieron frente al edificio impersonal de nueva construcción donde vivía Milena, en la última planta. «No hay ascensor», le había avisado ella mientras Toni iba de camino, recordándole que en el portero automático debía pulsar el botón con la etiqueta de «Ivanov».

—Pasa. —Oyó su vocecita chillona, después la puerta zumbó y Toni la abrió con el codo.

En una mano llevaba la última botella de la reserva de su madre para visitas (un blanco espumoso de los que Toni odiaba) y, en la otra, *El lobo estepario* para Día. Tenía dos ejemplares en casa: uno que le habían leído de pequeño y otro más nuevo, con un lobo de ojos verdes en la portada, «unos ojos como los tuyos», pensaba decirle al entregarle el libro. «Este libro te enseñará muchas cosas sobre la vida que tienes por delante», le diría a la joven belleza. Vale la pena recorrer todo el camino hasta Hrom para ver a ese pibón, aunque sea en compañía de las amigas de Milena, se decía mientras

subía las escaleras. He entrado en un edificio nuevo, pero de mala muerte, pensaba mirando los zapatos gastados que los vecinos habían dejado delante de los felpudos en cada planta. Ya en la segunda planta empezó a resollar, y en la tercera tuvo que hacer un descanso. Otra prueba de que he perdido la forma; a partir de mañana me pongo las pilas, mañana mismo voy a subir al Vodno, cueste lo que cueste. Por la mañana me compraré una barrita energética para el camino, porque en casa no tengo nada para hacerme bocadillos, y además es domingo, joder, ¿dónde voy a comprar entonces mañana por la mañana?, discurría jadeando. Se dio cuenta de que no había probado bocado desde el almuerzo, cuando se había comido los pimientos rellenos preparados el día anterior por Milena. Tengo hambre porque no los acompañé con pan, se dijo, oyendo una puerta abrirse en la planta de arriba y una música mezclada con risas femeninas.

—Ya queda poco —resonó la voz de Milena.

Poco te voy a dar yo a ti, la amenazó Toni en su fuero interno, tratando de dominar su respiración. Con el dorso de la mano en la que tenía el libro se secó el sudor de la frente; tomó aire y lo retuvo. Igual ayuda, se dijo, y siguió subiendo hasta que vio a Milena, apoyada con uno de sus muslos en el marco de la puerta. Llevaba un vestido ligero de color verde y mangas largas, tenía una cadenita con una piedra roja grande entre los pechos y le esperaba sonriendo. Ah, bueno, no está tan mal cuando se viste en condiciones, pensó, forzándose a sonreír.

—A quien no está acostumbrado le resulta difícil —dijo Milena, poniéndose de puntillas para besarle. Tenía los dientes oscurecidos por el vino tinto y un aliento agrio—, pero, por el lado bueno, subir escaleras te deja muy buen culo —añadió soltando una carcajada.

Bueno no quiere decir grande, por poco le dice Toni al entrar. El

piso olía a cigarrillos, varillas aromáticas indias y limón. En el pasillo no se veía ni un zapato ni una pantufla, solo un pequeño armario marrón, muy elegante, sobre el que había un florero con una flor seca, un platillo decorativo lleno de llaves y monedas, una pirámide de la que humeaba lo que Toni había identificado como un aroma indio, y una lámpara con pantalla amarilla de papel que arrojaba una luz suave al espejo colgado sobre el armario. Toni se vio a sí mismo junto a Milena, enmarcados en el cristal, recordó lo estrecha que le quedaba la camisa y metió enseguida la barriga. Milena estaba de cara a él, y en el espejo se veía su pequeña espalda y la pinza con la que se había recogido parte del cabello, como una empollona de octavo de primaria.

—No te descalces —le dijo ella mirando las zapatillas de lona de él, en las que sus pies ya estaban ateridos—. ¿No te has cruzado con Día? ¡Ha salido hace dos minutos! —exclamó como si fuera una noticia maravillosa.

Toni sintió que algo se le hundía en el diafragma.

—Se ha arreglado, se ha puesto guapísima, y ha ido a una fiesta de cumpleaños —dijo Milena, poniéndole la mano en la espalda y empujándolo con delicadeza hacia el salón, de donde llegaba el parloteo de voces femeninas.

Toni entró, con el olor a frescura y a limón todavía en las fosas nasales. El olor a Día, pensó, y de pronto le dio mucha rabia, sobre todo cuando en el umbral entre el salón y la cocina vio a dos mujeres de mediana edad con copas de vino casi vacías en la mano, riéndose y bailoteando al ritmo de una meliflua canción de rock cantada por una voz femenina, probablemente en croata.

—Te presento a mis amigas —dijo Milena, dándole un empujoncito en dirección a ellas—. Esta es Veki. —Señaló a la más rolliza, una mujer de pelo teñido de rojo, más largo de lo apropiado

para su edad, pensó Toni, vestida con una ancha túnica cubierta de rosas estampadas. De las mangas le colgaban flecos de color rosa amarillento, y el escote exhibía una piel arrugada y demasiado bronceada, de tono cobrizo. Los ojos, de un azul transparente, parecieron traspasarle cuando le dio la mano, fría y puntiaguda.

Toni metió el libro bajo el brazo izquierdo para estrechársela y sintió que una especie de débil descarga eléctrica le recorría el cuerpo. Brrr, una bruja, pensó, dirigiendo la mirada hacia la otra mujer.

—Veki trabaja en…

Toni no oyó lo que le decía Milena: lo distrajo la cara de la otra mujer, que le pareció muy extraña.

—Esta es Lea, es doctora —dijo Milena.

Toni le dio la mano. La palma de Lea estaba tibia y húmeda; la piel parecía brillarle de sudor, que le perlaba el labio superior. Tenía los ojos grandes, marrones y muy abiertos, mientras que la boca entornada le colgaba como una caja registradora abierta en la parte inferior de la cara. Vestía toda de gris: una blusa gris y vaqueros grises. Era huesuda, alta y de pecho plano. A Toni le pareció uno de aquellos peces que viven en las tinieblas de las profundidades oceánicas.

—Esto es para ti —le dijo Toni a Milena, entregándole la botella de vino espumoso para después sacarse el libro de debajo del brazo.

—No hacía falta —protestó Milena con timidez, mirando hacia abajo, a sus pantuflas de cuero marrón. A Toni le llamó la atención que las otras dos mujeres también llevaban pantuflas, solo que violetas, baratas, de las que vendían en los mercadillos.

—¿Qué es esto? —preguntó Veki con una voz profunda y áspera del tabaco, y siguió saltando de pie en pie al compás de la música, torciendo el cuello para ver mejor el libro.

—*El lobo estepario* —repuso Lea, que también se movía al ritmo de la canción.

—Te lo he traído —mintió Toni, entregándoselo a Milena—, es uno de mis favoritos.

—¡Anda! —exclamó ella, recogiendo el libro con su mano libre—. ¡Siempre he querido leerlo, pero nunca me da tiempo! —dijo besándole en la mejilla.

Toni no sonrió. Quería beber algo rápido para ahogar su ira.

—Sí, a mí también me encanta, este y *Siddhartha* —gorjeó Veki.

—Y a mí ese sobre Juan Salvador Gaviota —dijo con voz impasible Lea.

Toni se sintió aún más ofendido, porque esos eran también sus libros favoritos de la secundaria. Quería decir algo inteligente, pero Veki no le dio la oportunidad:

—Íbamos a servirnos más vino —dijo dirigiéndose a Milena.

—¡Si es que hay más en esta botella! —trinó Milena, riéndose como si hubiera dicho algo sumamente gracioso—. ¡Y si no, tenemos más botellas! —chilló con alegría, como una maestra hablando a alumnos de primaria.

Toni estaba inmóvil en el centro del salón, en el que se sentía muy grande. Todo el espacio estaba ocupado por muebles de cuero color avellana, y las paredes, cubiertas con numerosos cuadros de flores amarillas, pintados al óleo en capas gruesas. Entre ellos asomaban estanterías con libros de tapa dura de cuero y títulos ilegibles. La cocina, con su mesa para comer, comunicada con el salón, brillaba impoluta con sus armarios a juego con los muebles, pero era también de un tamaño tan reducido que dentro solo cabía gente menuda, como Milena.

—Ponte cómodo, querido —le dijo Milena.

A Toni le sentó fatal que lo llamara así delante de otras personas,

pero no dijo nada; sacó los cigarrillos del bolsillo delantero de su chaqueta, se la quitó y, tras entregársela a Milena, con un par de pasos fue a sentarse al módulo esquinero del sofá. Sintió calor en el trasero y le pareció que se hundía en la materia muelle.

—¿Quieres Jameson? —preguntó Milena mientras colgaba la chaqueta en el perchero al lado del pequeño armario del vestíbulo, tras lo cual se encaminó a la pequeña mesa de la cocina, en la que había varios platos.

—¿Tienes hielo? —preguntó Toni al tiempo que se daba cuenta de que, por estar sentado en un sofá demasiado blando, la fría hebilla metálica del cinturón se le incrustaba en la piel debajo del ombligo.

—¡Sí! —gritó Milena, y desapareció detrás del frigorífico.

Toni observó cómo Veki le servía vino a Lea. Ambas canturreaban por lo bajo, balanceando las caderas al compás de la música, como dos niñas pequeñas en una fiesta de escuela.

—¡Salud, diosa! —le dijo Veki a Lea, y las dos brindaron.

—¡Esperadme! —gritó Milena, cerró la puerta del congelador y de un salto llegó a la mesa donde había dejado su copa para brindar con sus amigas.

—¡Por nosotras! —dijo Lea, sonriendo solo con los labios, sin que los ojos experimentasen cambio alguno.

Las tres callaron al mismo tiempo y se llevaron las copas a la boca. La música que salía de un pequeño altavoz al lado de la tele resonó en la habitación. Las mujeres tragaron y, tras mirarse con socarronería, empezaron a cantar al unísono la canción: «… tu primera chica, sha, la, la, la, la». Luego estallaron en carcajadas y se pusieron a bailar de forma más enérgica. En la estrofa siguiente volvieron a cantar juntas, al unísono: «Todo tu amor ha quedado aquí, sha, la, la, la, la». Qué canción más estúpida, pensó Toni, y

qué comportamiento más indecente y asqueroso, ni que fueran adolescentes. Hasta a Día le daría vergüenza ajena. En ese instante, Veki —la que menos le gustaba del grupo— levantó en alto los brazos con los flecos, vociferando:

—«¡Y cada noche sueñas conmigo!»

A Lea le dio tanta risa que se dobló en dos, mientras que Milena —también riéndose— huyó a esconderse detrás del frigorífico, desapareciendo de la vista de Toni. Puaj, pensó él, puaj, puaj, puaj. Espero que Milena haya ido a ponerme whisky, para que pueda sobrevivir a todo esto, joder.

—¡Estamos completamente locas! —gritó Milena, logrando imponerse sobre la música; después, sin dejar de reírse, pasó a la carrera al lado de las mujeres enardecidas y, con un vaso de whisky lleno casi hasta el borde, llegó al lado de Toni, sentado en el sofá.

—Podías haberme echado un poco más —murmuró él con sarcasmo, mirando con repulsión el vaso repleto.

Ni que fuera té, pensó, bebiendo dos tragos para vaciarlo un poco. La canción se iba acercando al final con unos acordes roqueros y Lea y Veki, con paso rítmico y meciendo las caderas, volvieron al otro lado del sofá, junto a sus respectivos teléfonos y paquetes de tabaco. En la mesita marrón, frente a Toni, estaban los cigarrillos y el móvil de Milena. Eso quiere decir que me he sentado en su sitio, pensó mientras la observaba instalarse despacio en un taburete cúbico de cuero del mismo estilo que el sofá.

—¿Sabes que estos cuadros son de Milena? —dijo Veki, girándose hacia Toni tan bruscamente que se le meció la papada.

—No…, primera noticia —repuso Toni, mirando los brochazos de pintura amarilla.

Milena clavó la mirada en su copa de vino, sonriendo con timidez.

—Sí, sí, ella es nuestra artista —anunció rápidamente Lea, con cara de asombro.

—Pues no me lo ha dicho —comentó Toni. No tenía la intención de ser amable. No le gustaban las flores. Le parecían manchas de agua derramada. Si no le gusta mi franqueza, no sé qué hace conmigo, pensó, y volvió a beber unos tragos de su vaso.

—Ostras, no hemos brindado —intervino Milena, extendiendo la mano hacia el centro de la mesa—. ¡Bienvenido, Toni! —dijo sonriéndole.

—Bien halladas —balbució él, tratando de deslizarse hacia delante en el sofá de cuero, en el que tenía hundido el trasero. Además de que le apretaba el cinturón, temía que alguno de los botones de la barriga reventara.

Cuando acabó con el brindis, Toni se enderezó de forma poco natural, consciente de que Lea lo examinaba de pies a cabeza, como escaneándole.

En ese momento, por el altavoz volvió a cantar una voz femenina, y Veki y Lea se miraron entusiasmadas. Como si se hubiesen puesto de acuerdo, dejaron sus copas en la mesa. Un rato después sonó un ritmo que a Toni le recordó a las canciones de Goran Bregović, a quien aborrecía porque consideraba que ese tipo de música era de paletos; Veki y Lea, sin embargo, empezaron a balancear los hombros al compás. Toni sintió asco, tanto por la melodía como por aquel espectáculo. ¿Qué hacía en un sitio hortera como ese, con tres palurdas que escuchaban *turbofolk?* Pero si Milena había ido a escucharle cuando él tocaba, ¿qué coño le pasaba ahora?

—¡Por Dios! ¿Vamos a escuchar *turbofolk?* —dijo Toni frunciendo el ceño.

—No es *turbofolk* —replicó la doctora, volviéndose hacia él sin

dejar de mecer los hombros—, es Severina.

—La misma mierda —sentenció Toni, encendiendo un cigarrillo.

—La cambio si quieres —pronunció con un hilo de voz Milena, alargando la mano para alcanzar el teléfono que estaba al lado de los cigarrillos de Toni—. ¿Qué te parece David Bowie?

—Pfffff —dijo Toni, exhalando a la vez el humo y un sonido que venía a decir que la pregunta era totalmente absurda. Del altavoz empezó a sonar *Let's Dance.*

Podría haber puesto una canción menos *mainstream,* pero bueno, es lo que conoce, pensó mirando a Veki y Lea, que, sin levantarse del sofá, se pusieron a mecerse al compás de la música como dos agujas de metrónomo. Acto seguido, para horror de Toni, ambas entonaron la primera estrofa.

Toni se dio cuenta de que tenía que hacer algo. Si no otra cosa, al menos hablar para no aburrirse.

—Desde que murió Bowie, de repente lo escucha hasta el apuntador —dijo bebiendo un trago de whisky—. Adondequiera que vayas, escuchas una canción de Bowie, lo ponen hasta en los putos centros comerciales.

Veki y Lea dejaron de menearse. Veki frunció el ceño y echó la cabeza hacia atrás, como sobresaltada por lo que había oído.

—De todos los álbumes (si no me equivoco, tiene una treintena publicados en vida, de los que, por supuesto, a la gente le impresionó más el póstumo, porque, claro, la palmó el tío), mi favorita es la Trilogía de Berlín. —Toni sonrió, mirando las feas flores de las paredes—. Aunque yo tenía diez años cuando la lanzaron y aquí no se podía encontrar nada, más tarde, cuando trabajaba en Jugoton, pedí que me la trajeran. Un álbum particularmente bueno —dijo dándole una calada al cigarrillo— es *Lodger,* donde está aquella canción inmortal sobre el DJ; todo el que se dedique a la

música debería conocerla, especialmente los que pinchan por las cafeterías de la ciudad. Pero ahora la música la pone todo tipo de gente, cualquiera abre el portátil y se cree DJ.

Bebió un largo trago de whisky y se inclinó hacia delante para sacudir la ceniza del cigarrillo, soltando un quejido de forma involuntaria.

—Es verdad, internet, los ordenadores y esas cosas lo han echado todo a perder—comentó Milena, y enseguida se puso de pie, preguntando—: ¿Tienes hambre? Nosotras ya hemos picado algo. —Sonrió descubriendo sus dientes oscuros.

—Podría comer algo —contestó Toni tragando saliva. Le interesaba vivamente lo que había preparado Milena. *A way to a man's heart is through the stomach,*[74] pensó.

—Solo tengo tapas en la mesa, una bandeja de entremeses —dijo Milena observándolo; él no se movió de su sitio—. Espera, te traigo —gorjeó y, levantándose al instante del taburete, corrió alegre a la cocina, donde se detuvo junto a la mesa.

A los oídos de Toni llegó el tintineo de un cubierto. Joder, una bandeja de entremeses, pensó desilusionado, porque tenía hambre y había venido con la esperanza de que Milena hubiese preparado algo más sustancioso. Por ejemplo, una vez le había dicho que sabía hacer *roulade* con jamón, mayonesa, nata y creps caseras. También esperaba que tal vez ella hubiese hecho cruasanes, porque un día se los había llevado a casa, con una *lutenitsa* preparada por su tía de Berovo. Acariciaba la secreta esperanza de que quizás hubiera un trozo frío de asado de cerdo, quién sabe, se decía, ya algo irritado de que la cena a la que lo habían invitado estuviese fría y se la tuviera que comer con las piernas abiertas sobre un sofá de cuero, con la comida en el regazo. Y, lo que era peor, delante de dos señoras que bailoteaban entusiasmadas y lo observaban con ojos

escudriñadores, sobre todo la más gorda con los flecos en las mangas, que no lo perdía de vista y ya no se mecía, después de que él insinuara que no entendían y no conocían lo suficientemente a Bowie.

—Tengo ensalada rica en vitaminas, quesillos y *prosciutto* —gritó Milena desde la cocina. La canción terminó y en el salón se hizo el silencio, en medio del cual Toni emitió un quejido apenas audible ante la idea de tener que comer col con queso.

—¿Estás bien? —dijo la voz grave de Veki.

—Últimamente tengo dolores de cabeza —dijo Toni, masajeándose el cuello.

—¿Te has tomado la tensión? —preguntó Lea, la doctora.

—¡La tiene alta! —gritó Milena desde la cocina.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Toni, girándose hacia ella. La rabia volvió a apoderarse de él.

—Me lo dijo Tamara —repuso Milena, en voz baja.

Eso significaba que Tamara le había contado a Milena cómo se habían liado. Toni estaba haciendo los exámenes médicos periódicos organizados por su empresa, y Tamara trabajaba como enfermera en la consulta de mala muerte a la que los habían convocado para el análisis de orina y sangre y para la prueba de presión arterial. Tamara fue la que le sacó la sangre y después le tomó la presión. «Ciento sesenta sobre cien —le había dicho ella—, está muy alta.» «Tú has hecho que me suba…», había replicado Toni con una sonrisa, dejando una pausa deliberada antes de añadir: «La presión, quiero decir».

—No importa, todos en mi familia tenemos la tensión alta —dijo Toni, apagó la colilla y encendió otro cigarrillo—. La cabeza me duele de todo lo que me ha ocurrido últimamente —declaró mirando triunfalmente a la doctora Lea, pues suponía que ella estaría al tanto

de las dos muertes en su familia y de que, en ambas ocasiones, él también había corrido el riesgo de perecer.

—Aquí tienes algo saludable —dijo Milena, alcanzándole un plato lleno de ensalada mixta de zanahorias, col y remolacha, que a Toni le parecía más apropiada para acompañar las copas de aguardiente en un bar y no así, con quesitos y algún que otro *prosciutto,* empapado de un líquido rojo proveniente de la remolacha. En vez de un cruasán, en el plato había tres rebanaditas de pan integral duro, dispuestas como piezas de dominó volcadas.

—Descubrí este pan hace un par de días, no tiene levadura —dijo Lea.

La furia de Toni iba en aumento, al igual que el líquido rojo que se estaba acumulando en uno de los lados del fondo del plato.

—¿Sabes? —empezó diciendo—. Hace poco leí sobre las ventajas de la civilización occidental, porque la gente se cree que son muchas, pero qué importa lo que piense la gente, la gente si ni siquiera piensa por sí misma, otros le dicen lo que tiene que pensar. Sin embargo, hay una cosa que la civilización occidental ha matado en nuestras tierras, donde desde siempre se ha apreciado lo verdadero, lo elaborado, lo duradero…, lo auténtico, aquello en lo que hay que invertir amor y trabajo… —Toni vio a Milena sentarse en el taburete, acoquinada—, y es el fenómeno de la tabla. Hace un tiempo leí precisamente sobre eso, sobre la tabla o, como soléis llamarla, la bandeja de entrantes o como sea…

Toni dio una calada y vio que Veki fruncía otra vez el ceño y echaba la cabeza hacia atrás en señal de asco. Gansa gorda, pensó Toni, ahora te vas a enterar:

—Al final se trata del feminismo agresivo de hoy día. Por un lado, las mujeres deben ser delgadas, o sea, ni curvas ni nada, porque los diseñadores, que son todos maricas, dictan qué aspecto han de

tener las tías: delgadas como los chicos menores a los que ellos, con perdón, se quieren follar.

Vio que en su plato el jugo de la col, la zanahoria y la remolacha había empapado completamente la loncha de *prosciutto,* lo cual le irritó aún más y le hizo alzar la voz:

—Y las mujeres, para poder caminar sobre no sé qué alfombras rojas o lo que sea, encima tienen que pasar hambre para servir a la civilización occidental, que dictamina que hay que gastar dinero en ensaladas… —Toni perdió un poco el hilo de su pensamiento, pero el silencio de las mujeres le devolvió la confianza—: Ahora, por un lado, se gastan un dineral en fármacos para adelgazar y no sé qué más…, pan sin levadura, y encima uno ya no tiene comida caliente en casa, pasó el tiempo de la *drob sarma,* la sopa de tripas, y le ha llegado el momento a las ensaladas instantáneas, al pan sin pan.

En el salón se hizo un silencio cavernoso. Se oía solo el zumbido del altavoz.

—¿Por qué se habrá apagado la música? —susurró Milena, extendiendo una mano temblorosa hacia el teléfono.

—No quiero que me malinterpretéis, yo estoy de vuestro lado. Las mujeres no tienen mejor aliado que yo. Lo único es que pienso analíticamente —dijo Toni sonriendo con satisfacción, pero un dolor en la barriga le indicó enseguida que había vuelto a relajarse y dejado que la hebilla del cinturón se le clavara en la piel. Se enderezó enseguida, sacando pecho.

—El *bluetooth* me está dando problemas —murmuraba Milena, mirando la pantalla del teléfono.

—Déjalo, no pongas música, de repente me ha dado dolor de cabeza —dijo Toni.

Ahora podría estar en casa, con un kebab delante de la tele, y no comiendo *prosciutto* mojado con remolacha en compañía de tres

tontas de mediana edad. Me engañó diciendo que iba a estar Día. Si por lo menos hubiera algo bueno aquí que compensara el viaje en taxi hasta Hrom…, pensó, y sintió que se le encendía la cara de rabia.

—Deberías comer ensaladas y pan sin levadura, y hacer ejercicio si tienes la tensión alta —dijo Lea con un tono helado.

—Tienes un aura muy oscura —dijo de pronto Veki, cerrando los ojos y apretándose las sienes con los índices—. Muy muy oscura —susurró.

Los flecos de las mangas se le mecían mientras se masajeaba la cabeza con los dedos de uñas pintadas de naranja chillón.

¿Y si te meto el aura por el culo?, pensó Toni.

—Debes moverte un poco más —dijo la doctora Lea, abriendo la boca más de lo habitual; su interior tenía un color azulado.

—Por supuesto que debo moverme. Por eso ahora me voy de aquí, queridas damas, porque, si no, me voy a emborrachar, y mañana quiero subir al Vodno —declaró Toni.

Con la mano derecha recogió los cigarrillos y el mechero de la mesa, y después emitió un quejido involuntario al deslizar el culo hacia delante para poder ponerse de pie. Milena levantó la mirada del teléfono, fijándola con pánico en Toni.

—¿Vas a subir al Vodno, con la tensión como la tienes? —Lea lo miró con los ojos tan abiertos que parecían a punto de salírsele de las órbitas.

Toni estaba de pie, mirando a las mujeres desde arriba. Se sintió como un monte. Soy la Selva Negra para estas enanas. ¿Qué coño hago entre enanas como estas?

—Me la suda, he subido al Vodno mil veces —replicó bruscamente, pensando en todas aquellas ocasiones en las que había subido al monte con sus compañeros de escuela, a veces

hasta en bici.

Eso lo hago yo con la punta del pene, iba a añadir, pero Lea lo interrumpió:

—Te vas a morir —susurró.

Luego, Veki repitió con voz más grave:

—La doctora dice que… te vas a morir.

—Disculpa, ¿tú eres doctora en qué? —preguntó Toni mientras se encaminaba hacia la puerta, desde donde vio su chaqueta de cuero colgada en el perchero junto al armario con la pirámide.

—Médica de cabecera —repuso Lea, y siguió mirándolo con la boca abierta.

—Esta energía hay que limpiarla —murmuró Veki, y empezó a balancearse adelante y atrás, con los dedos todavía en las sienes—. Hace falta salvia —añadió en un susurro.

—¡Ja! —rio Toni desde la puerta principal. Sabía que era mejor ningunear a la bruja de los flecos. Lo que más duele es que te ninguneen. Lo que más duele es que no te ocurra lo que te ocurre, o algo así, pensó Toni, a ver si me acuerdo y lo apunto después.

—¡Toni! —susurró y gritó a la vez Milena, siguiéndolo hasta la puerta—. ¿Por qué te vas?

—No soporto a esas brujas —rugió él, descolgando bruscamente su chaqueta del perchero.

Quería mantener la calma, pero el vientre y la espalda le dolían de haber estado sentado tanto rato con su ropa estrecha sobre el blando sofá de Milena y, además, tenía ganas de comer, ganas de comida de verdad. La cara de Milena, pálida de miedo, le pareció asquerosa, vieja e hinchada. ¿Qué error habré cometido para terminar enrollado con una mujer como esta?, pensó.

—¡Por favor, no te pongas así! —los ojos de Milena se llenaron de lágrimas y se le colgó del cuello.

Uf, la tía pesa como una bola de cañón, se dijo Toni, y de forma algo brusca se liberó de los brazos de ella.

—A ver si hay salvia por aquí para que quememos un poco —oyó la voz de la bruja hablándole a la doctora detrás de la esquina, en el salón.

—De verdad quiero levantarme mañana e ir al Vodno. Y de verdad me duele la cabeza. Nos llamamos —dijo Toni, agarrando el picaporte y girándolo varias veces, pero la puerta estaba cerrada con llave.

—Espera, te abro —balbució Milena y empezó a abrir una a una las varias cerraduras durante lo que a Toni le pareció toda una eternidad.

—Buenas noches, señoritas —dijo Toni, asomando la cabeza detrás de la esquina para echar una última mirada a las mujeres, a las que no quería ver nunca más en la vida. Esperaba que captaran la sutil ironía en sus palabras. Aunque estas son tan tontas que no se enterarán de nada, pensó.

Veki no abrió los ojos, pero Lea lo observaba con la misma mirada fija y llena de pánico.

—Lo que me estás haciendo no es justo —lloriqueó Milena al abrirle la puerta.

—Yo a ti no te he hecho nada —repuso Toni con frialdad—. Todo lo que haces, te lo haces tú sola —declaró en tono grave, y empezó a bajar las escaleras apresuradamente. Oyó un sollozo y después la pesada puerta se cerró a sus espaldas.

Salió a la calle oscura y desierta, inundada de una niebla maloliente. Una mujer mayor pasó a su lado, paseando a un perrito blanco con una correa.

—Buenas noches —le dijo ella, saludándolo con un movimiento de cabeza, pero Toni no se dignó contestarle.

No tiene marido, pero sí mascota. Han sustituido a los hombres con mascotas. Vaya siglo de mierda que me ha tocado vivir, dijo Toni, y empezó a toser, pues el aire frío le irritó los pulmones. Iré andando hasta la avenida de Partizanski Odredi para coger un taxi, pensó, orientándose por la cruz del Vodno que brillaba débilmente entre la niebla.

¡Me va a decir ella a mí que me voy a morir! Muérete tú, bruja estúpida, murmuraba por lo bajo mientras caminaba con pasos rápidos, pues tenía frío con la camisa y la chaqueta, y ya ni sentía los pies en sus zapatillas de lona. Te crees que me puedes asustar con la muerte, vieja asquerosa, por poco la palmo dos veces, he mirado a la muerte a los ojos y no le tengo miedo, porque amo la vida. Espera, espera un momento, dijo en voz alta, y se detuvo en la luz roja de neón de un supermercado cerrado, cuyas vitrinas estaban cubiertas de carteles blancos en los que ponía: LOS PRECIOS MÁS BAJOS. Espera, espera, espera, antes de que se me escape la ocurrencia, mascullaba mientras abría su perfil de Facebook, donde escribió «Quien teme la vida también teme la muerte» y enseguida lo publicó con un clic. De inmediato sintió que lo invadía una sensación de satisfacción, una suerte de calor interno. De no haber sido por aquella bruja, nunca se me habría ocurrido esto, ¡debería agradecérselo!, pensó con una sonrisa y salió a la avenida. Los faros de los coches que corrían deprisa por la calzada le dieron la esperanza de que muy pronto iba a llegar a su casa, donde pediría por teléfono un kebab caliente, se tumbaría frente a la tele y se taparía con su manta de cuadros favorita, que Milena había lavado la semana anterior. En medio del río de coches divisó la capilla luminosa de un taxi que se acercaba. Levantó el brazo en alto y el vehículo puso el intermitente derecho. A casa, pensó Toni al encontrarse en el interior caliente que olía a vainilla, pronto llegaré a

casa.

El plan de Toni era el siguiente: levantarse a las siete. Tomar un café y cagar; a ser posible, sin pensar en Tamara. Salir a las ocho y tomar un taxi junto a la escuela Kocho Ratsin, porque no quería ir andando por la ciudad tan temprano; de todas formas, iba a tener que caminar largo rato hasta la cumbre. Por el camino, comprarse agua y una barrita energética en algún quiosco. Esperaba poder subir en menos de dos horas, y cuesta abajo sería más fácil. Cuatro horas en total, y a la una estaría de vuelta en casa. Entonces pediría un kebab del Kebabworld y se lo comería con una cerveza delante del televisor. Puso la alarma para las siete.

—Joder —dijo, apagando el teléfono al oírlo pitar junto a su oreja izquierda.

Entreabrió los ojos y vio que la mañana era oscura y gris. Mientras dormía, la chaqueta del pijama se le había subido sobre el vientre y tenía la mitad del cuerpo aterida de frío. Se me van a enfriar los riñones, su puta madre, se dijo tratando de subirse el pantalón lo más arriba posible para cubrirse la parte desnuda, porque también los pijamas le quedaban algo pequeños y estrechos. Se acurrucó como un gusano bajo el edredón y volvió a dormirse con la intención de levantarse diez minutos después. Al despertar, vio una luz densa de color gris pálido que se pegaba a las ventanas cerradas del dormitorio. Estaba nublado y seguro que había mucha contaminación en el aire. Se quitó de encima el edredón y miraba los números grandes del salvapantallas del teléfono que le indicaban la hora. Uy, ya son las nueve y media, pensó, y le dio un ataque de tos tan fuerte que se vio obligado a levantarse para escupir las flemas en el inodoro. Tal vez sea mejor no ir a ningún lado, pensó mientras oía el borboteo de su orina. Podría comprarme unas pesas y

entrenar en casa, hacer sentadillas y abdominales, dijo para sí, y se fue arrastrando soñoliento hasta la cocina para hacerse un café.

El bote de aluminio con café soluble estaba junto a la cafetera eléctrica. Le quitó la tapa y se llevó una sorpresa: estaba casi vacío. Joder, joder, joder, joder, a Milena se le olvidó recordarme que tenía que comprar café, y eso que le pedí que me lo recordase, su puta madre, hoy es domingo, ¿dónde voy a encontrar café?, gruñía mientras iba abriendo uno a uno los aparadores con la esperanza de que su madre hubiese dejado algún paquete, aunque fuese turco. Como no encontró nada, a excepción de un par de cajas de té, fue cerrando las puertas de los aparadores dando golpes y, bufando de ira, se tiró en el sofá y encendió un cigarrillo. La primera calada le calmó un poco. Tal vez hoy no sea el día más indicado, pensó, y luego se fijó en cómo se estiraba el pijama, gris oscuro con rayas burdeos, sobre su tripa reciente. Se estremeció de asco y de pánico por haber engordado tanto, pero después su mirada pasó rápido por las estanterías con los libros, de las que había quitado todas las tonterías de su madre para sustituirlas con fotos enmarcadas de Andon y de él mismo que había encontrado guardadas en uno de los cajones de Evguenia. Junto a las fotos había colocado con orgullo el vinilo del *Réquiem* de Mozart. Papá nunca se habría dado por vencido, pensó. ¿A que no, fiera?, le dijo al retrato en blanco y negro de Andon, que miraba con el ceño fruncido algún punto detrás de Toni, con sus anchas patillas grises y sus gafas cuadradas de montura gruesa negra. Papá, ¡qué personaje fuiste!, dijo, y con renovadas energías fue al dormitorio para elegir las deportivas con las que había de comenzar a hacer ejercicio.

Tengo tiempo, se decía en voz alta. Si salgo antes de las diez, a las tres como mucho estoy de vuelta, y los domingos el Kebabworld abre hasta las cinco, no hay quien me pare. De la cómoda —donde

Milena le había dejado bien ordenada la ropa— sacó primero una camiseta sin mangas (en previsión de que entraría en calor a medida que subiera) y dos chándales: un Puma negro y un Adidas gris oscuro. Le encantaba el primero porque era caro, brillante y elegante, y, por supuesto, porque se lo había traído Nina desde Suiza. Primero se puso el pantalón y se dio cuenta de que le quedaba estrecho en los muslos y le apretaba en la cintura. Se vio palidecer en el espejo de Evguenia al abrocharse la chaqueta del chándal sobre la camiseta y comprobar que se le marcaban los pechos. Más razón para subir regularmente al Vodno, pensó mientras se quitaba el chándal con rabia, tirándolo al suelo junto a la cama. Estuvo a punto de darle una patada, pero cambió de opinión. Algún día, muy pronto, volveré a recuperar la forma, seré como un puma, igual que antes. Empezó a ponerse el chándal gris oscuro, de hacía veinte años, más ancho y de una materia más gruesa; el pantalón le colgaba de forma poco elegante en la zona de las rodillas. Con este no tendré tanto frío antes de entrar en calor, se consoló. Además, tiene bolsillos grandes, dijo para sí, y rápidamente los llenó con el teléfono, el mechero, los cigarrillos, las gafas de lectura y el dinero. Se preguntó si era buena idea llevar las gafas, pero como últimamente estaba inspirado, decidió que no le vendría mal tenerlas encima por si se le ocurría alguna frase sabia en el camino hacia arriba. En realidad, tenía la certeza de que se le iba a ocurrir algo memorable. Por el estado que publicó en Facebook la noche anterior, al salir de la casa de Milena, recibió nada menos que treinta «me gusta». «¡¡¡Toni!!! ¡Me has dejado sin palabras!», le dijo una compañera de trabajo en un comentario. Zoki, un amigo rechoncho del instituto que siempre le había caído bien, le escribió: «Muy cierto y más claro que el agua». Después venía un comentario de Meri, una muchacha que solía ir a verlos cuando Toni tocaba con

el grupo, pero era feúcha y, al dar a luz, desapareció: «¡¡¡En el clavo!!!». Milena no le había dado «me gusta». Ni le llamó ni le escribió.

Decidió bajar por las escaleras. Eso contaba como calentamiento, pensó, y enseguida se percató, irritado, de que las cosas que llevaba en los bolsillos producían un tintineo irritante. No voy a andar por ahí con una mochila como un marica, se dijo al salir al aire frío, que hizo que se le endurecieran los pezones. Joder, qué fresquito, pensó. Vio que en la esquina delante de él había un taxi. Se acercó con pasos rápidos, abrió la portezuela trasera y se acomodó en el asiento. Lo recibió un olor a aire estancado, o tal vez a la cena de la noche anterior del taxista, que, con los hombros encogidos y una mascarilla quirúrgica sucia bajo la barbilla, miraba distraído a lo lejos.

—A la escuela Kocho Ratsin —dijo Toni, consciente de que no estaba muy lejos y que al taxista no le iba a hacer mucha gracia, pero me la trae floja, es su problema, pensó y añadió—: Y para en algún estanco por el camino.

El taxista arrancó sin decir palabra, se puso la mascarilla sobre la nariz y entreabrió la ventanilla delantera. Un viento penetrante y contaminado le dio en el rostro a Toni, que frunció el ceño.

—Amigo, cierra la ventana, que me voy a morir de frío —dijo mirando a los ojos cansados en el retrovisor.

El hombre lo miró, pulsó un botón en la puerta del conductor y el cristal se cerró. No quiero que me mate con ese aire contaminado de la calle, pensó Toni, y miró por la ventanilla. Todo le parecía triste, desnudo y sucio. Pero, para él, lo más triste era que todo el mundo iba mirando el móvil, hasta andando.

—¿Qué es esto? —preguntó en voz alta—. ¡La gente no tiene vida fuera de los putos móviles! —añadió girando la cabeza de lado

a lado.

—Es lo que hay —repuso el taxista con tono inexpresivo, encogiéndose de hombros y sin apartar la mirada de la calle.

—Como si se viviera solo en las redes sociales —se quejó Toni—. Y venga fotos aquí, fotos allá… Las mujeres peor aún, qué quieres que te diga, selfis, no sé qué cosas, algunas ponen filtros, las ves luego en persona y te caes de espaldas.

El taxista callaba.

—El mundo ha llegado a un total desequilibrio…

—Allí hay un estanco —le interrumpió el taxista y, poniendo el intermitente derecho, se detuvo junto a la tienda, delante de la que había un par de frigoríficos con puertas de cristal.

—Ah, aquí puedo comprar también agua y café —dijo Toni y, al bajarse, emitió un quejido por costumbre.

Examinó las botellas de medio litro en el frigorífico, preguntándose cómo iba a llevar algo tan incómodo todo el camino hacia arriba. Necesitaba tener las manos libres y no andar cargando con una botella. Para eso sirven las mujeres, puedes meter todas tus cosas en sus bolsos, pensó con una sonrisa, porque la ocurrencia le pareció muy ingeniosa. Lo que más le apetecía beber era café, y en el frigorífico vio toda una hilera de botellitas de plástico. Había que elegir entre café y agua —era impensable llevar las dos cosas en las manos—, así que se decantó por el primero, creyendo que en el camino seguramente encontraría alguna fuente y, si era necesario, llenaría el recipiente de plástico del café.

—Ciento cincuenta denares —le dijo la joven cajera con el rostro lleno de granos, que ni se dignó levantar la mirada.

—Vamos, como si me lo estuviera tomando en una cafetería —comentó él, rebuscando irritado en sus bolsillos. Un café y un taxi te sale igual que dos kebabs, pensó al entregarle a la cajera doscientos

denares. Qué chica más fea, pensó, y añadió entre dientes—: ¡Ni que llevara oro en lugar de azúcar!

La chica le devolvió una moneda de cincuenta denares y de nuevo bajó la mirada a sus rodillas.

—¡Ciento cincuenta denares por este café, amigo! —le dijo al taxista cuando se hubo instalado otra vez en el asiento.

—Es lo que hay —repuso este, y volvió a encogerse de hombros.

—Ya casi llegamos —murmuró Toni al ver la escuela sobre la colina.

Vaya tiempo, pensó, gris y asqueroso y contaminado. Vaya día he elegido para subir al Vodno. Para colmo, en el camino habrá coches: respiraré gases de tubos de escape. Bueno, pues que me suba hasta Sredno Vodno, un día es un día, he salido de casa con mil denares, pensó. Después me bajo andando y vuelvo a casa andando. El domingo que viene ya empiezo desde abajo, como tenía pensado. Y también podría subir algún día entre semana, cuando no haya tanta gente ni coches, porque de todas formas no tengo que ir a trabajar todos los días.

—Amigo, ¿te importaría llevarme hasta Sredno? —le preguntó al taxista—. Es que me ha tocado un tiempo de perros —dijo mirando al cielo encapotado.

—No hay problema —repuso en voz baja el taxista, y siguió calle arriba.

Toni abrió el café y empezó a tomárselo, observando cómo de vez en cuando pasaban junto a algún caminante solitario o algún grupo de excursionistas que iban subiendo por el camino. En un momento dado, vio a dos chicos jóvenes, uno de los cuales llevaba *leggings* violetas que le marcaban el trasero.

—Desde luego, el mundo se ha ido al carajo. Como decía hace un momento, está totalmente desequilibrado —dijo, girando la

cabeza para examinar al muchacho con los *leggins,* que llevaba unas grandes gafas de sol amarillas—. Amigo, ¿sabes lo que le hace falta al mundo? —le preguntó al taxista, que seguía mirando hacia delante sin decir nada—. Al mundo le hace falta una buena polla, vamos, que le hace falta un hombre para que haya paz, orden, trabajo y disciplina. Los metrosexuales y todas esas ONG LGBTQ-RSTVWXYZ han resultado pésimos guardianes de la paz en la casa. Modernidad… ¡No me jodas! —prosiguió Toni, entusiasmado con el discurrir de sus pensamientos, que parecían haber despertado con el café—. La modernidad es una lenta deriva hacia la anarquía, amigo. El mundo se encuentra al borde de un nuevo formateo que ninguno de nosotros quiere, créeme…

—Pero ¿qué pasa? —se preguntó el taxista, porque de pronto el coche había empezado a dar tirones.

Toni, sin embargo, quería terminar su exposición, porque estaba a punto de llegar a su idea principal.

—Simplemente, no estamos educados para el tiempo y los valores que alguien pretende imponernos —continuó, pero el coche dio una última sacudida y el motor se apagó.

El taxista puso el freno de mano y por primera vez se volvió hacia él.

—Bájese, por favor —dijo con voz inexpresiva, mirándolo en algún punto por debajo de la barbilla.

—Amigo, ¿necesitas ayuda? —preguntó, aunque no sabía ni cómo abrir el capó.

—Solo le pido que se baje —repitió el taxista, y siguió mirándole el cuello.

—Vale, amigo, como tú digas, tú mandas —dijo Toni desconcertado y un tanto ofendido.

Me ha tocado un loco, pensó al cerrar la puerta. Puso los pies

sobre el asfalto de la carretera de montaña y el aire frío lo recibió con una bofetada. No importa, así me ahorro el dinero del viaje. Además, Sredno Vodno no estará muy lejos, se dijo al emprender el camino hacia arriba con zancadas aceleradas, pues tenía frío y quería entrar en calor lo antes posible.

Tras los primeros pasos se dio cuenta de que también ese chándal le quedaba pequeño: le apretaba en el culo. Menos mal que no viene nadie detrás, se dijo. Tiró del pantalón y consiguió cierto alivio, pero a los pocos pasos la tela volvió a metérsele entre las nalgas, provocándole otro ataque de rabia por haber engordado tanto. Qué bien que al final haya decidido subir; hace un tiempo de perros y no hay casi nadie por este camino, pero es que debo recuperar la forma. Solo hoy comeré kebab, y desde mañana, un régimen estricto. Se acordó de Milena y de su dieta keto. Sin querer, había aprendido de ella que se trataba de un régimen que daba buenos resultados porque combinaba carne con verduras. Eso lo puedo hacer, siempre que no me quiten la carne, yo no podría vivir sin carne, pensó mientras daba un trago del café en su mano derecha; de tanto jadear, se le había quedado reseca la garganta y, además, sentía que las tripas le rugían de hambre. Cómo se me ha olvidado comprarme una barrita energética, la madre que me parió, se dijo a sí mismo, preguntándose si era razonable subir la montaña con hambre y con tanta contaminación. Pero entonces el pantalón del chándal se le volvió a meter entre las nalgas, llevándolo a la conclusión de que, si se había puesto como una vaca, cualquier ejercicio estaba más que bienvenido. Se detuvo para recobrar el aliento justo cuando dos automóviles pasaban raudos a su lado, haciendo el aire aún más pestilente. La puta que os parió, putos coches de los cojones, maldijo en voz alta, bajándose la cintura del pantalón todo lo posible con la esperanza de no tener que sacárselo

de entre las nalgas cada dos por tres. En cuanto dio un par de pasos, sin embargo, volvió a su lugar favorito. Joder, murmuró Toni y se detuvo para tomar un trago de café. En ese instante, una mujer lo adelantó por la izquierda. Viéndola de perfil, calculó que sería más o menos de su edad: tenía el cuello arrugado y surcos a ambos lados de la boca. Ella ni siquiera lo miró al pasar de largo, silenciosa como un búho, y siguió su ascenso cuesta arriba a una velocidad constante. Llevaba *leggings* azules, un cortavientos negro, una cinta azul para la cabeza y el pelo recogido en una palmerita alegre color castaño. Está buena la tía, pensó Toni; vista así, desde atrás, no parece ni vieja. Después se fijó en sus zapatillas: negras y de plataforma alta, como si llevase tacones. Esto es el colmo, pensó Toni apretando el paso, no queriendo quedar a la zaga de una mujer de su misma edad y con tacones altos, para más inri, pero ella desapareció de su vista justo cuando llegó a Sredno Vodno. Qué bien, no queda mucho hasta la cumbre, dijo Toni para sí, dentro de nada estaré arriba y la próxima vez será aún más fácil. Al lado del camino vio un banco al que le faltaba una tabla; se dirigió ansioso hacia allí, pues estaba cansado y jadeando, y consideraba que se merecía una pausa. Decidió aprovechar la pausa para entretenerse y abrió Facebook para averiguar si alguien había comentado su última publicación. Resollando y tratando de recobrar el aliento para volver a respirar por la nariz, se sacó las gafas del bolsillo y abrió la aplicación. La mano le temblaba ligeramente, pero eso me pasa por tonto, por no haber comido desde esta mañana, pensó. Había solo tres «me gusta» nuevos, además del emoji de un pulgar amarillo agitándose de lado a lado que le había enviado su prima Mara desde Alemania. Quizá tenga que pensar otra frase sabia, se dijo, mirando la montaña en busca de inspiración. La vida es como una montaña…, empezó a reflexionar, abandonándose al cansancio y

respirando con la boca abierta. ¡Ya la tengo! ¡Madre mía, soy un genio!, exclamó para sí, y escribió: «La vida es una montaña que las mujeres suben con tacones altos». Quedó tan satisfecho que encendió un cigarrillo, y con la primera calada tomó un trago de café. ¡Mira cómo vacilo a las feministas!, se rio. No se sabe si lo que quiero decir es que las mujeres son tan tontas que suben las montañas con tacones —y, a un nivel superior, para los más avispados, si es que los hay, que son tan estúpidas, simbólicamente hablando, que van a todas partes con tacones— o que son tan luchadoras que pueden subir una montaña hasta con tacones. En todo caso, ganaré puntos también por el lado de esa interpretación más bien profemenina, porque tampoco es que no sea cierto. Mi madre, sin ir más lejos, se pasó toda la vida luchando así, pensaba Toni mientras miraba con tristeza su café, lamentando no tener aguardiente para derramar un poco en el suelo en memoria de Evguenia. Como sabía perfectamente la interpretación que sus colegas le darían a sus palabras, volvió a su estado de Facebook y sonrió contento. Allí estaban: mientras todavía miraba la pantalla, se fueron multiplicando los «me gusta», y el Barril dejó un comentario: «¡Menuda leyenda!». El Taladro también comentó: «Tío, me descojono contigo». Toni dio otra calada, pero el humo pareció irritarle los pulmones, provocándole un ataque de tos que, tras cada nueva ola, le hacía más difícil tomar aliento. El pecho le dolía tanto que empezó a darse puñetazos contra el esternón. La cabeza le retumbaba en las sienes y delante de sí no veía más que blancura, como si el sol lo hubiera deslumbrado.

—¡Señor…, señor! ¿Está bien? —oyó una voz, y en medio de la luz blanca emergió la figura de una chica joven y alta, de pelo largo castaño, labios carnosos y piernas kilométricas envueltas en *leggings* rosas. Estaba a su lado, ligeramente inclinada sobre él, mirándolo

preocupada.

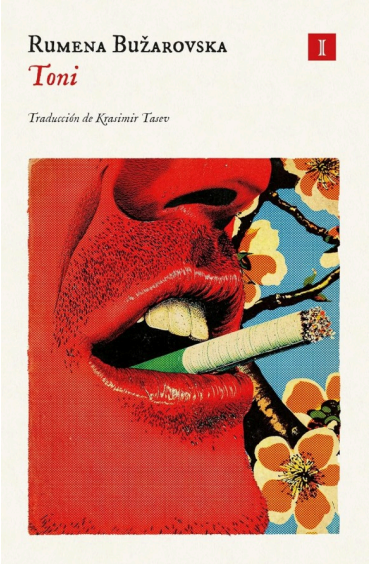
¿Señor? ¿Me ve cara de viejo?, pensó Toni, pero al tratar de decirle que se fuera, le dio una tos aún más fuerte, de modo que solo hizo un gesto con la mano como si estuviese ahuyentando a una mosca. La chica lo miró con cara de pánico y se alejó hasta perderse detrás de la siguiente curva. Poco a poco, Toni consiguió calmarse. Los ojos le lagrimeaban por la tensión provocada por la tos. Intentó inspirar hondo varias veces. La puta que me parió, soy subnormal, me he deshidratado, se dijo bebiendo con avidez las últimas gotas de café, frías y con sabor a nata, que le bajaron por la garganta como aceite. Se secó las lágrimas y, tras meterse rápidamente el teléfono y las gafas en el bolsillo, se puso de pie. Soy un luchador, soy un caballero, soy un león, se dijo, y es una vergüenza que, por todo lo que me ha ocurrido, haya caído tan bajo: enrollarme con tías de tercera como Milena o Tamara, o que me llamen «señor» y piensen que me estoy ahogando en un banco de esta ciudad dejada de la mano de Dios. Se dirigió con pasos decididos cuesta arriba, a pesar de que todavía le dolía la cabeza por la tos. Me voy a hacer más duro que una piedra, pensaba mientras contaba sus pisadas al compás de su respiración: un, dos, tres, inhalación; un, dos, tres, exhalación. Se imaginó que era un guerrillero marchando por la montaña durante la guerra. ¡Ah, Toni, Toni!, dijo para sí al ver en lo alto la cruz que ahora parecía al alcance de la mano. ¿Sabes lo que te salió mal en esta vida? (Un, dos, tres, inhalación; un, dos, tres, exhalación.) Primero, se te murió una mujer, se murió delante de ti. Y, por si fuera poco, casi pierdes a tu hijo, a tu hijo, que es lo más valioso que tienes en este mundo. T. J., vida mía, que sepas que papá volverá, papá te salvará, recordarás a tu papá toda la vida, como yo recuerdo al mío. Yo también por poco muero entonces, junto a mi hijo, pero los dos

sobrevivimos. Podría haberme muerto no una, sino dos veces: la primera por lo de Tamara, y la segunda, por lo de la otra mujer que se me fue, la mujer más importante de mi vida, mi madre. Pero sobreviví, sobreviví porque soy fuerte (un, dos, tres, inhalación; un, dos, tres, exhalación). Toni se detuvo porque la mirada —clavada en el asfalto— se le había nublado por el esfuerzo de la subida. Todo irá bien, se alentaba, porque tú tienes que sobrevivir para contar todo esto. ¿Quién contará las historias de esta ciudad que, tiempo atrás, palpitaba de amor y vida y entusiasmo? ¡Escribe cada día!, me dijo Milena una vez y, pese a que está por debajo de mi nivel, en eso tenía mucha razón. Si me sentara a describir solo lo que me ha ocurrido a mí… Me saldrían cinco libros, podría llenar tomos enteros, empezando por las tías y terminando con los conciertos, las vacaciones al Adriático y todo lo demás. Siempre se me ha dado bien escribir. Eso se nota también en los «me gusta». Todos me dicen: «¡Escribe, tío!». Y tienen toda la razón. Ya en cuarto de primaria me mandaron al taller de macedonio. ¿Por qué? Porque hice la mejor redacción por el Día de la República.

Toni estaba resollando, pero miraba fijamente la cruz que tenía delante, como una señal de lo que le esperaba, de la vista clara de esa ciudad que se ahogaba en la niebla, en una nube de ignorancia, de desconocimiento. ¡Ay!, exclamó en voz alta, sudoroso, con los labios abiertos, resecos y agrietados. ¡Ya está!, dijo en un susurro, porque sintió un dolor punzante en el centro del cuerpo, entre los pechos. ¿Cómo no se me había ocurrido hasta ahora lo que debía hacer?, pensó mientras el rostro se le retorcía por un dolor que no amainaba y por el aire que no conseguía inhalar. ¡Debo escribir una novela!, pensó entusiasmado mientras se esforzaba en pasarse la lengua por los labios e inspirar hondo. Pero, en vez de tomar el aliento que había de reanimarle, le entró un miedo que nunca había

experimentado. El miedo —¿a qué viene este miedo ahora?— lo golpeó con un sudor helado en la cara y con un dolor en medio del cuerpo que hizo que le fallaran las piernas. Toni se desplomó, pegando la mejilla derecha al frío asfalto. Cayó con facilidad, sin que le crujieran las rodillas, sin sufrir. Tenía los ojos muy abiertos. Vio delante de sí un par de zapatillas rosas y oyó «¡Señor! ¡Señor!». Después dejó de oír y de ver.

Mis agradecimientos a Landis & Gyr Stiftung, en Zug, Suiza, donde empezó la composición de este libro en 2022.



Una sátira negrísima y feroz de la autora de Mi marido, que desmonta el mito del seductor de saldo, del narcisista incapaz de sobrevivir al presente.

Toni, antiguo roquero de Skopie, funcionario de televisión, seductor de saldo, narcisista irredento y experto en no asumir jamás la culpa, atraviesa la crisis de los cincuenta con toda la arrogancia de quien aún se cree irresistible mientras el mundo hace tiempo que ha seguido adelante sin él. Unas vacaciones desastrosas, una cadena de accidentes, varias pérdidas y una sucesión de pequeños derrumbes domésticos y sentimentales irán despojándolo de todo aquello con lo que sostenía su vanidad: la fantasía de virilidad, la nostalgia del padre, la coartada romántica, la comodidad de ser siempre el centro de atención. Narrada desde una proximidad cruel, *Toni* se interna en la conciencia de un hombre ridículo, pueril y, no obstante, dolorosamente reconocible. Rumena Bužarovska disecciona, con su acostumbrada mezcla de lucidez despiadada,

hiperrealismo y humor cáustico, la íntima fragilidad del macho contemporáneo, atrapado entre el resentimiento, la confusión, la decadencia física y la dependencia absoluta de las mujeres a las que menosprecia.

***Toni* es la primera novela de Rumena Bužarovska y quizá su libro más feroz y despiadado: una sátira de altísima precisión moral, una comedia negra sobre la masculinidad herida, el autoengaño y la infinita capacidad de algunos hombres para convertirse en víctimas de su propia miseria.**

CITAS

«La literatura de Bužarovska es un retrato irónico, descarnado y desazonador de la naturaleza humana, pero también es un espejo donde mirarse.» —Miguel Roán, *El País*

«Una de las mejores voces de la literatura europea.» —*Literary hub*

«Rumena es una de las nuestras. Habla de nosotras.» —Božica Luković

Rumena Bužarovska nació en 1981 en Skopie, actual capital de Macedonia. Es profesora de Literatura Americana y Traducción en la Universidad Estatal de Skopie, y codirige el proyecto literario PeachPreach, centrado en contar historias que dan voz a las mujeres. Además de Toni, es autora del libro de no ficción *Next to God*, America (de próxima publicación en Impedimenta), que explora la cultura y la sociedad estadounidenses, así como de cuatro colecciones de relatos cortos que han sido traducidos a varios idiomas. Entre ellas cabe destacar *No voy a ninguna parte* (2023; Impedimenta, 2025) y *Mi marido* (2014; Impedimenta, 2023), que gozó de gran éxito en toda Europa y ha inspirado varias adaptaciones dramatizadas. Bužarovska colabora en varios periódicos y revistas dentro y fuera de su país, y ha traducido al macedonio a autores como J. M. Coetzee, Lewis Carroll, Truman Capote y Flannery O'Connor.

Título original: *Тони*

Edición en ebook: mayo de 2026

Copyright © Rumena Bužarovska, 2024
Copyright de la traducción © Krasimir Tasev, 2026
Imagen de cubierta: Red Smoker, Getty Images
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2026
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

IMPEDIMENTA
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2024,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros)

www.impedimenta.es

ISBN: 979-13-87641-81-8

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[1] En griego: «¿Qué desea, por favor?». *(Todas las notas son del traductor.)*

[2] En inglés: «Uno de pollo».

[3] En inglés: «Esto es Porky's, no hay pollo, amigo».

[4] En inglés: «Vale, tres *gyros* de cerdo».

[5] En inglés: «¿Qué le pongo, amigo?».

[6] En inglés: «De todo. ¿Cuánto es?».

[7] En inglés: «Tres *gyros,* nueve noventa, amigo».

[8] En griego: «Buenas tardes».

[9] En griego: «¡Hola!».

[10] En inglés: «Quédese el cambio».

[11] En griego e inglés: «¡Muchas gracias, hermano!».

[12] «¡Ten cuidado, pequeño!» (Toda la conversación que sigue está en inglés.)

[13] «¿Qué les decimos a las mujeres guapas, T. J.?»

[14] «Venga, ¿qué les decimos a las mujeres muy muy guapas?»

[15] «Ay, ¡qué mono!»

[16] «Como su padre.»

[17] «¡Adiós, pequeño!»

[18] «¡Que tengas un buen día!»

[19] En griego: «¡Señor!».

[20] En griego: «¡No, no!».

[21] Un barrio de Skopie, la capital de Macedonia.

[22] En inglés: «¿Efectivo o tarjeta?».

[23] En inglés: «¿Billetes más pequeños?».

[24] En inglés: «Último dinero suelto».

[25] En griego: «¡Virgen María!».

[26] «¡Bienvenido, amigo!» (Salvo que se indique lo contrario, toda la conversación transcurre en inglés, con frecuentes errores

gramaticales.)

[27] «Hay cosas conocidas y hay cosas desconocidas, y en medio están los Doors» (cita distorsionada del libro *Las puertas de la percepción,* de Aldous Huxley).

[28] «Mi música, mis tiempos.»

[29] «La casa invita. ¿Qué te pongo, amigo?»

[30] «¿Qué tienes?»

[31] «Lo que quieras.»

[32] «No hay whisky, amigo, pero traigo algo especial.»

[33] «¿Qué es esto?»

[34] «Bebida famosa.»

[35] «Magia griega.»

[36] «*Tsipuro,* amigo mío, el mejor de *Makedonía.*» (A pesar de estar hablando en inglés, el personaje pronuncia la palabra *Macedonia* a la griega.)

[37] «¡Por nosotros!» (En griego.)

[38] «¡Salud!»

[39] «¡Por Ray Manzarek!»

[40] «¡Buenas noches, chicas!» (En griego.)

[41] «Aquí también hay hueco.»

[42] «Lo de siempre, ¿verdad?»

[43] «¡Se lo agradecemos!» (En griego.)

[44] «¡A nuestra salud!» (En griego.)

[45] «¡Amigo, tráeme!»

[46] «¡Buena música!»

[47] «¡Hermano, trae dos más!»

[48] «¡Hermano, uno más!»

[49] «¡Amigos, otra ronda!»

[50] «¡Marchando!»

[51] «Pigs (Three Different Ones)» es un tema de Pink Floyd, del

álbum *Animals* (1977).

[52] «Bueno, amigo, esto es Porky's.»

[53] «Es el mejor sitio de Grecia.»

[54] «Disfrutad, hago otro.»

[55] La más importante compañía discográfica y cadena de tiendas de música de la antigua Yugoslavia.

[56] «Ginebra con tónica para las damas y *tsipuro* para el caballero.»

[57] «No, gracias. Me hace…, me hace enloquecer.»

[58] «Nunca sobreviviremos si no estamos un poco locos.»

[59] «¿Baño?»

[60] «Adentro.»

[61] «Me voy. Pago ahora, me tengo que ir.»

[62] «¡Vamos, hermano, pongo otra vez "Pigs" para ti!»

[63] «Quiero decir, ¡no!» (En inglés y griego.)

[64] «¡Pago, emergencia!»

[65] «¿Estás bien? La hierba te vuelve… ¿sabes? ¡Loco!»

[66] «¡Problema familiar! ¡Adiós, hermano!»

[67] «¿Quién te arrebató de mí, Tamara? / ¡Vendiste las lágrimas a otros! / Por las noches sueño con tus pasos. / ¿Adónde irán las chicas perdidas?» (Versos de la canción croata «Kuda idu izgubljene djevojke».)

[68] Alusión a la *sharska pleskavitsa*, un plato típico de carne picada.

[69] Por un programa concurso (*quiz show*) del mismo nombre en la televisión macedonia.

[70] En inglés: «Toca la nariz del león para revelar lo que más odia la gente de ti».

[71] «Toni. Eres tú mismo. Toni es un diamante: raro, valioso e inestimable. Su vida nunca ha sido fácil, pero él lleva los dolores del pasado como una coraza. Amable, laborioso e inteligente, es alguien que merece ser más apreciado. Toni tiene un corazón

gigantesco. Sabe que Dios está siempre a su lado, velando para que gane todas las batallas.»

[72] «Sin música, la vida sería un error.»

[73] «Las grandes mentes piensan igual.»

[74] En inglés: «El camino al corazón de un hombre pasa por el estómago».

Índice

Toni
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Sobre este libro
Sobre Rumena Bužarovska
Créditos
Notas